LA ÚLTIMA RADIC



La sangre no olvida.

Él tampoco.

PATRICIA JIMÉNEZ

A todos aquellos que alguna vez dudaron de sí mismos..
y aun así encontraron la valentía para perseguir sus sueños.



Agradecimientos

Durante años he creado mundos en mi cabeza: historias, personajes y destinos que solo existían en mi imaginación. Pero atreverme a escribirlos, a darles forma sobre el papel, ha sido una batalla constante contra mis propias inseguridades.

Plasmarlos en un libro ha sido, sin duda, una de las experiencias más reveladoras que he vivido.

Todo comenzó con un simple juego. El juego del Overlook, durante la lectura de El resplandor, en mi Club de Letras. Mis chicas del club fueron las primeras que creyeron en mí. Ellas vieron algo en mi que yo no era capaz de ver y me animaron a embarcarme en esta aventura. Sin ellas, sin sus consejos, su entusiasmo y su paciencia, este libro nunca habría visto la luz.

El Club de Letras se ha convertido en mi refugio literario, y ellas en grandes amigas. Gracias por todo, chicas.

A mi marido, por su infinita paciencia. Por aguantar horas de ordenador, silencios llenos de concentración y conversaciones sobre mundos, maldiciones y personajes que solo existían en mi cabeza. Gracias por escuchar cada una de mis ideas, incluso cuando sonaban un poco a locura. Y espero que esta vez sí… te leas el libro.

A mi familia, por apoyarme siempre y por ver lo mejor de mí incluso cuando yo no era capaz de verlo. Gracias por leer el borrador y darme vuestra opinión más sincera. Sois el pilar central de quien soy hoy.

Y por último, a Vera.

Porque hay personajes que nacen en la imaginación…
y otros que terminan formando parte de nuestro destino.
Gracias por acompañarme en este viaje.

Ahora esta historia también es vuestra

PRÓLOGO
1958
RADOMIR- CROACIA

La noche había caído sobre Radomir con una densidad extraña, casi viva, como si el propio aire contuviera un aviso que nadie se atrevía a pronunciar. Las casas de piedra dormían bajo un silencio sepulcral, un silencio que Ladka había aprendido a temer. No era paz. Era la calma que precede al desastre.

Dentro de la vivienda, solo ella y Mirko permanecían despiertos.

Habían preparado aquella huida durante meses, quizá años. Habían esperado señales, noches propicias, oportunidades que nunca llegaban. Pero esa noche… esa noche Ladka había sentido algo distinto: un tirón helado en la marca de su clavícula, una presión en el pecho, un susurro que no provenía de ninguna boca humana.

Fue entonces cuando supo que ya no podían esperar más.

Los niños dormían profundamente. Marko, de cinco años, abrazado al cuello de su padre; Filip, con apenas tres, envuelto en una manta sobre su hombro. Sus respiraciones suaves eran un contraste cruel con la tensión que agitaba las manos de Ladka mientras apretaba el asa de la maleta.

Los observó con un dolor mudo.

Ellos no crecerían en esa tierra. No correrían entre los pinos. No escucharían las historias antiguas junto al fuego ni sentirían el peso de los ojos de Radomir sobre ellos.

Quizá era mejor así.

Un espasmo le recorrió el vientre.

Era el cuarto en menos de una hora.

Ladka llevaba años luchando contra Él.

Años de pesadillas que parecían reales: despertaba jadeando, con los huesos doloridos, como si hubiera forcejeado contra algo que no recordaba. A veces, al mirarse al espejo, encontraba en su cuello marcas moradas con forma de dedos, o un rasguño en la espalda que no podía explicarse. Otros días amanecía con un dolor profundo en las costillas, un crujido que el médico achacaba a "movimientos bruscos durante el sueño".

Pero ella sabía la verdad.

Él se enfurecía cuando ella lo rechazaba.

Y la furia de un ente antiguo no se expresaba con palabras, sino con fracturas, sangre y silencio.

Y desde que supo que estaba embarazada, todo había ido a peor.

Había noches en las que despertaba con la sensación de que alguien respiraba sobre su vientre. Había oído su voz dentro de la cabeza, suave, paciente, inexorable. Había sentido un peso extraño en el abdomen, como si unas manos invisibles intentaran moldear el interior de su cuerpo.

Porque Ladka temía algo que no podía confesar en voz alta: temía que fuera una niña.

El Círculo no permitiría que viviera. Ya se lo habían advertido en cada embarazo.

Si es una niña, no verá un nuevo día.

Promesas que sabía que cumplirían.

Y si no eran ellos… sería Él.

La marca volvió a arder, esta vez con violencia. Un susurro se deslizó por su mente como una caricia que quemaba:

Ladka… ven. No huyas de mí.

Apretó los dientes y se sostuvo del borde de la mesa para no caer. Mirko la miró con desesperación, pero no había tiempo para preguntas.

Abrieron la puerta y la noche no los recibió: los engulló. El aire estaba inmóvil, denso, como si el mundo entero contuviera la respiración. No soplaba viento, no crujía ninguna rama, y ni siquiera los animales nocturnos se atrevían a quebrar aquel silencio espeso, cargado de algo que estaba a punto de suceder.

Avanzaron deprisa por el sendero. Cada paso levantaba un susurro de tierra húmeda, pero Ladka tenía la sensación de que el suelo no quería dejarlos marchar. La luna, enorme y pálida, parecía observarlos desde lo alto, demasiado quieta.

Un nuevo espasmo la obligó a detenerse.

Se llevó una mano al vientre. Un tirón brutal le atravesó la pelvis como un cuchillo.

Y entonces, todo cambió.

El aire se volvió denso. Las sombras de los árboles se estiraron como brazos que querían cerrarse sobre ellos. La marca ardió con tanta intensidad que sintió que la piel se abría.

Antes de que pudiera gritar, unas manos invisibles la rodearon por la cintura y la levantaron del suelo con una fuerza brutal. Su cuerpo quedó suspendido en el vacío, sin aire, sin control.

No podía mover los brazos.

No podía cerrar los ojos.

No podía huir de la voz que surgió dentro de ella.

No te vayas.

Lo que llevas dentro es mío… y voy a reclamártelo.

Un crujido le perforó el pecho. Sintió una costilla partirse. La respiración se le escapó en un gemido roto.

Mirko gritaba su nombre. Filip lloraba. Marko sollozaba contra el pecho de su padre.

Pero Ladka apenas los escuchaba.

El mundo estaba lejos.

Ella estaba atrapada en el centro del dolor… y de Él.

La luna, brillante como un ojo inmóvil, observó un segundo más. Luego una nube negra la cubrió de golpe.

Y en ese instante lo sintió.

Una presión salvaje le estalla en el bajo vientre, brutal, insoportable, como si unas manos invisibles se clavaran desde dentro y tiraran con furia, desgarrándola. El dolor no es solo dolor: es invasión. Es la sensación de que algo ajeno hurgara en su interior, de que le arrancaran algo vivo, algo que aún latía dentro de ella. Su cuerpo se arquea sin control, el aire se le escapa en un jadeo roto y un grito ahogado se queda atrapado en su garganta, incapaz de salir.

En ese último instante de lucidez, entre espasmos y oscuridad, lo entiende. Él ha ganado. Aunque consiga escapar de allí, aunque siga respirando… ya se ha llevado una parte de ella. Parte de su ser. Parte de su vida.

Ladka cae al suelo con un golpe seco que le sacude los huesos y le arranca un alarido que esta vez sí rompe el silencio. El dolor no cesa. Sigue dentro, retorciéndose, como si aquellas manos no hubieran terminado su trabajo. Entonces lo siente: la humedad caliente entre las piernas, extendiéndose sin control. Baja la mirada con un temblor que le recorre todo el cuerpo.

Sangre.

Oscura. Espesa. Demasiada.

Un sollozo le nace desde lo más profundo, pero no es por el dolor físico. Es por la certeza que la atraviesa en ese instante, limpia, definitiva. Lo ha perdido. No necesita que nadie se lo diga. Lo sabe. Lo siente. Él quería a esa hija… y, si no era suya, no permitiría que naciera.

Mirko llega hasta ella, pálido, temblando, sin saber siquiera cómo tocarla sin romperla más. Ladka intenta incorporarse. El cuerpo no le responde. Las piernas fallan. Pero aun así se obliga, empujándose contra el suelo, ignorando la sangre que empapa su ropa, ignorando el dolor que la desgarra por dentro, ignorando incluso el vacío que acaba de abrirse en su vientre.

Porque también sabe otra cosa.

Él no ha terminado.

Y no dejará de perseguirla mientras siga viva.

Otro sollozo escapó de su garganta, no por el dolor, sino por lo que entendió en ese instante.

Lo había perdido.

Corrieron. Corrieron los cuatro, atravesando el bosque como almas desesperadas, con la esperanza de que la oscuridad los dejara pasar una sola noche.

Porque Ladka sabía que no habían escapado.

Solo habían ganado tiempo

Y para la oscuridad que llevaba su nombre…

Una noche era suficiente.

1

Dicen que la noche de San Juan es mágica, pero para Vera siempre tiene algo de tormentosa. Desde pequeña, esa noche la hace sentirse diferente, inquieta. Las hogueras, la gente bailando a su alrededor, siempre le resultan perturbadoras, casi siniestras y, al mismo tiempo, cautivadoras. Como si el crujir de la madera al arder trajera susurros lejanos que Vera no logra comprender. Su mente quiere volar a lugares remotos en busca de algo que no sabe nombrar, mientras su cuerpo permanece anclado junto al fuego. Con el tiempo, aprende a evitar todo lo que rodea a esa noche.

Esta es otra noche más. Otro año más. Vera se dirige al hospital después de discutir con Fran. Una de tantas discusiones tras las que se va con un sentimiento de incomprensión, de soledad.

—No hace falta que trabajes. Yo gano dinero suficiente para los dos —repite él constantemente.

Fran es neurocirujano, un profesional de prestigio, con su propia clínica recién inaugurada. Vera sabe que es cierto. Aun así, ha aprendido desde muy pequeña —gracias a las mujeres de su familia— que la independencia no se negocia. Fran la conoció trabajando y ella nunca dejará una profesión que tanta ama.

Con esos pensamientos enredados en la cabeza, Vera cruza las puertas del hospital.

—Hola, Vera. ¿Ya entras de turno? Pues que sepas que acabo de pasar por urgencias y el ambiente ya está calentito… ¡Y todavía ni ha llegado la noche!

Blanca, su mejor amiga —enfermera como ella, aunque ahora jefa de planta —, la recibe con un abrazo cálido.

—Lo sé, lo sé. Esta noche va a ser criminal. Además, me acaban de decir que habrá luna llena, así que me esperan litros y litros de café —responde Vera con una sonrisa cansada.

Vera y Blanca son amigas desde la infancia. Estudiaron juntas enfermería en la Universidad de Sevilla, la ciudad donde se criaron y donde siguen viviendo. Han pasado por demasiadas cosas como para no conocerse al detalle: las risas, los llantos, la primera borrachera, el primer amor, el primer desengaño. Blanca siempre ha estado ahí. Es familia. Aunque trabajan en el mismo hospital, sus caminos se separaron: Blanca ocupa ahora un puesto de jefa de planta; Vera prefiere la acción constante de urgencias.

—Tienes mala cara, Vera. ¿Otro año más Fran te ha dado la grande, no?

—Sí… ya sabes cómo es. Quiere una cosa que no sé si estoy dispuesta a darle —responde. Su voz suena triste.

—Fran es buena persona, pero no sé si buscáis lo mismo en la vida. Tienes que hablarlo con él. Ya.

—Lo sé —Vera mira al frente y toma aire—. Bueno, amiga, es hora de que te vayas a casa y yo a mi puesto. No vaya a ser que llegue a oídos de la jefa que llego tarde.

—Pero si tú nunca llegas tarde. Llegas demasiado temprano —grita Blanca mientras ve a su amiga alejarse entre risas.

Con paso ligero, Vera se adentra en el interior del hospital. Su turno empieza en media hora, pero prefiere llegar antes, aparecer con un café bien cargado y recibir el relevo entre cotilleos y sonrisas.

—Vera, qué alegría verte. Estoy muerta… necesito una ducha y dormir doce horas seguidas —exclama Carla, la enfermera de turno—. Por cierto, ¿cómo sigue tu abuela?

—Ahí va la pobre. Con esas sesiones interminables de quimioterapia que la dejan sin aliento. Y aun así siempre tiene fuerzas para alguna de sus bromas —responde Vera con un tono triste, pero firme—. Es una guerrera. Seguro que irá bien.

Al terminar de decirlo, ni ella misma se lo cree.

Ladka siempre ha sido una mujer fuerte, robusta, llena de energía. Pero el cáncer de pulmón la está consumiendo. Hace un año se lo detectaron y, tras la operación y varias sesiones de quimioterapia, no ha mejorado. El pronóstico es delicado, y esa certeza mantiene a Vera atrapada en una tristeza constante.

¿Qué hará sin su abuela? Sólo de pensarlo se le parte el corazón.

De niña, Ladka es la voz que le cuenta historias de su Croacia natal; de adolescente, su figura protectora cuando hay que ocultar alguna salida nocturna a su padre; y de adulta, su mejor consejera. Vera no imagina una vida sin su voz, sin su risa baja, sin su inconfundible olor a lirios.

—Seguro que sí, Vera. Ya lo verás —dice Carla con un entusiasmo tan sincero que Vera no puede evitar sonreír.

La noche transcurre como esperaba. La sala de urgencias está llena, los pacientes protestan por la espera, las ambulancias entran y salen sin descanso. Decenas de heridos por petardos llegan al hospital y son atendidos uno tras otro.

Pero el tiempo vuela y, cuando se da cuenta, ya son las ocho de la mañana. Por fin.

Vera mira el reloj sabiendo que su relevo llegará tarde, como de costumbre. Diez minutos después aparece su compañero, jadeando, cargado de excusas y disculpas atropelladas.

Le pasa el relevo de los boxes ocupados: una mujer con quemaduras en la mano por un petardo, un adolescente con apendicitis esperando quirófano, un anciano traído de una residencia con una pulmonía.

Antes de irse, se acerca al abuelo. Sabe que está solo.

—Señor Paco, me voy. Pero no se preocupe, le dejo en buenas manos. Ya verá cómo pronto se encuentra mejor.

Vera le coge la mano. El gesto es sencillo, casi automático, pero cargado de intención. Algo en él le recuerda a su abuelo. No entiende cómo alguien puede dejar sola a su familia. Con una certeza que le oprime el pecho, piensa que, cuando llegue el momento, nadie sostendrá la mano del señor Paco.

Va a morir solo.

—Ay, hija mía… Dios te oiga. Ve a descansar, que ya has cuidado mucho de todos nosotros. Eres un ángel.

Un ataque de tos le impide seguir hablando. Vera le coloca la mascarilla de oxígeno con cuidado, ajustándola hasta que puede respirar mejor.

—Descanse, señor Paco. Descanse.

Se despide con un beso tierno en la mejilla.

Se dirige a los vestuarios y se da una ducha rápida para desprenderse del cansancio. Quiere ir directamente a casa de sus padres, donde vive su abuela Ladka, desayunar juntas y quemar las hojas, como todos los años.

Ya descansaré después, piensa mientras camina hacia el aparcamiento y busca su viejo Seat Ibiza.

Aparca frente al chalé familiar, en el barrio de Simón Verde. Su padre, Marko Radic, arquitecto de renombre en Sevilla, lo construyó cuando se casó con su madre, Laura. Cada vez que cruza la valla siente que entra en casa de verdad: el olor a chimenea en invierno, el perfume dulzón de la dama de noche en verano que su abuelo Mirko plantó con tanto mimo.

Esa casa es la historia de los Radic. Sus costumbres, su gastronomía, su manera de entender la familia.

Marko conoce a Laura con veinticinco años, gracias a unos amigos en común. Vera ha escuchado mil veces cómo, en el momento en que le dio dos besos, supo que se casaría con ella. Laura, culta y refinada, con ese aire intelectual que le da su trabajo en la Biblioteca Central, pasa aquella noche hablándole de libros, de viajes, de mundos enteros contenidos entre estanterías.

Pocos meses después se casan. Laura aprende las costumbres de la familia Radic, aunque, pragmática como es, nunca cree del todo en las historias que su suegra insiste en contarle.

Cuatro años después nace Vera: pequeña, pero fuerte; morena, con unos ojos verdes esmeralda abiertos al mundo. Entonces Mirko y Ladka se mudan a la gran casa familiar.

Por eso, para Vera, aquella casa es calor. Es familia. Es olor a canela y a historias contadas al caer la noche. Es su madre entre libros y su abuela hablando de su pequeño pueblo, Radomir y sus tradiciones.

Es paz.

Y por eso no puede evitar que una lágrima resbale por su mejilla mientras cruza el jardín hacia la puerta principal.

—Bakica, estoy en casa. ¿Y a que no sabes qué te traigo? —grita nada más entrar—. Te he traído orensitas de la panadería de Iván. Corre, antes de que las encuentre papá.

Bakica es la forma cariñosa de decir abuela en Croacia. Para Vera, su abuela siempre ha sido Bakica Ladka.

Se dirige a la cocina, pero está vacía. Deja el postre sobre la mesa y, guiada por una intuición que le oprime el pecho, camina hacia la habitación del fondo del pasillo. Desde que Ladka enfermó, trasladaron su dormitorio a la planta baja para evitarle las escaleras.

Al llegar, ve a su padre. Su semblante es serio, ojeroso, derrotado.

—¿Qué ha pasado, papá? ¿Dónde está Bakica? —pregunta, incapaz de contener las lágrimas.

—Vera… tenemos que hablar, hija mía —susurra Marko, con su marcado acento croata, cogiéndole las manos—. La abuela no está bien. El doctor vino anoche y nos dijo que empezáramos a despedirnos… Dice que le quedan horas.

Marko sigue hablando, pero Vera ya no escucha.

Retrocede hasta apoyar la espalda contra la pared.

Todo va a ir bien, se repite, aun sabiendo que no es cierto. Aquello es el final.

Tras unos segundos que le parecen eternos, camina hacia la puerta entreabierta. El frío del pomo le recorre la piel cuando lo toca y, con un gesto leve, empuja la puerta.

El aroma a lirios la envuelve de inmediato, mezclado con un olor extraño. A hospital. A antiséptico… o quizá a algo peor.

A muerte.

Lo primero que ve es una fotografía enmarcada de sus abuelos el día de su boda. Jóvenes. Enamorados.

Luego mira la cama.

Ladka yace allí, con los ojos cerrados y una serenidad que Vera no logra comprender. A su lado, su madre, Laura, lee en voz baja el libro favorito de su abuela: Orgullo y prejuicio.

Vera se acerca y posa la mano sobre el hombro de su madre. Laura reconoce el tacto sin mirarla, la estrecha con fuerza. Después se levanta, le da un beso silencioso en la mejilla y abandona la habitación, cerrando la puerta con cuidado.

—Bakica… soy yo. Vera —solloza.

2

Pasan unos segundos en absoluto silencio. El único sonido en la habitación es la respiración entrecortada de su abuela.

Ladka gira la cabeza poco a poco y abre los ojos para fijarlos en el retrato de su boda. Con lentitud, con esfuerzo, empieza a hablar.

—Tu abuelo Mirko te quería tanto… Tú y tu primo Darío erais su debilidad. Pero tú fuiste la hija que nunca tuvimos —su voz es apenas un susurro—. Fue el gran amor de mi vida, ¿sabes? Desde que lo conocí en Radomir supe que jamás amaría a otro hombre.

—Lo sé, Bakica. Djedek siempre me lo decía… —responde Vera con un hilo de voz—. Tu Bakica es mi hogar, incluso lejos de nuestra tierra. Ella es más fuerte que cualquier sombra que quiera alcanzarnos.

Vera nunca entendió del todo a qué se refería su abuelo con aquella última frase, pero bastaba con mirarlos en un momento así para saber que eso es el amor verdadero.

—Mira lo que te he traído —dice Vera, sacando de su bolso un pequeño manojo de hierbas medicinales—. Las he recogido como todos los años para celebrar San Juan. Tenemos que colgar las nuevas en la puerta y quemar las secas del año pasado.

Vera intenta mantener un tono jovial, alegre, para que Ladka no note su sufrimiento. Pero la verdad es que se está rompiendo por dentro

Ladka, con movimientos lentos, saca el brazo de debajo de la sábana y lo extiende hacia su nieta. Instintivamente, Vera se inclina para ayudarla. Sabe lo que quiere. Mil veces, Bakica ha buscado con los dedos la marca de nacimiento bajo su clavícula, el símbolo que ambas comparten. Como siempre, Vera lleva los suyos hasta la marca de su abuela.

—Tú eres la última Radic, Vera. Tienes que prometerme una cosa, mi niña —susurra.

Sus dedos, temblorosos y débiles, recorren el círculo incompleto de la marca de Vera. Un escalofrío helado le recorre la columna, más frío que el aire de la habitación.

—Pase lo que pase, jamás vayas a Radomir. Haz tu vida aquí. Deshazte de ese novio al que no amas —dice, con una pena antigua, como si por fin pronunciara en voz alta algo que ambas saben desde hace tiempo—. Vive de forma intensa. Ríe, llora, canta, baila… y, sobre todo, busca el amor verdadero. Como Djedek y yo. O como tus padres.

Una tos repentina la sacude. Le cuesta hablar, pero Vera sabe que no callará hasta decirlo todo.

—Bakica… ¿Por qué no quieres que vaya a Radomir? Allí está tu gente, tu pueblo… nuestra historia.

Como si una fuerza ajena a ella la arrastrara, Ladka se incorpora de pronto en la cama y acerca los labios al oído de Vera.

—Recuerda las historias de Radomir, pero jamás pongas un pie en el pueblo. ¡Prométemelo, Vera! ¡Prométemelo!

Hay algo en su voz que Vera nunca ha escuchado antes.

Miedo.

Un miedo antiguo.

El tiempo se detiene. La respiración de su abuela junto a su oído, su aroma, su aliento cálido, y su mano apretando la de Vera con una fuerza que ya no debería tener.

¿Por qué, abuela? Piensa, incapaz de abrir la boca.

Ladka vuelve a tumbarse, exhausta, y cierra los ojos. No suelta la mano de Vera. En un intento de súplica silenciosa.

Los minutos pasan. El sonido rítmico de su respiración acaba tranquilizándola.

Vera nunca ha escuchado ese tono imperioso en la voz de su abuela. ¿Por qué no querría que fuera a Radomir? Nunca ocultó su procedencia. Siempre habló del pueblo con cariño, aunque nadie le contó jamás por qué se marcharon cuando su padre era tan pequeño.

Marko tenía solo cinco años cuando cruzaron media Europa hasta llegar a Sevilla. Allí se instalaron. Allí su abuelo Mirko levantó el despacho de arquitectura que ahora dirige su padre.

Vera se levanta con cuidado para no interrumpir el sueño de su abuela y se acerca a la fotografía de sus abuelos.

Busca el amor verdadero, le dijo Bakica.

Pero ¿podría encontrar alguna vez a alguien que la hiciera tan feliz como ellos lo fueron?

Lo duda.

Fran nunca la mira de esa manera. Con él todo es fácil: no hay discusiones, no hay problemas… pero tampoco hay pasión ni romanticismo. Hace tiempo que lo sabe. Su relación está atrapada en el costumbrismo. Aun así, no sabe cómo dar el paso, sobre todo cuando él no deja de hablar de dar un paso mas y aumentar la familia.

Vera pasa los dedos por los rostros de sus abuelos en la fotografía. Inspira hondo, acerca el marco a su pecho y lo abraza.

Entonces, un sonido seco rompe el silencio del dormitorio.

Se gira de inmediato hacia la cama, pero Ladka sigue dormida.

Mira al suelo.

Allí, junto a la cómoda, hay una carta. El papel es antiguo, gastado, como si hubiera sido leído demasiadas veces.

Vera se agacha para recogerla y, durante unos segundos, duda. Reconoce al instante la letra de su abuelo Mirko.

Deja la fotografía con cuidado sobre el tocador y se sienta en el sillón de su abuela. Despliega la hoja despacio, casi con reverencia.

El papel conserva su aroma.

Dama de noche.

Entonces se da cuenta de cuánto lo echa de menos. Durante unos segundos cierra los ojos dejando que la calidez del recuerdo le acaricie el alma, y entonces, lee:

"Mi Ladka, mi luz…

Si algún día encuentras estas palabras, es que ya no puedo seguir sosteniéndote la mano.

No quiero que llores por mí, amor mío. He tenido la suerte que pocos hombres tienen:

amar a la misma mujer toda una vida… y seguir amándola hasta el último aliento.

Tú fuiste mi hogar incluso lejos de nuestra tierra.

Mi paz cuando el mundo se volvió oscuro.

La única certeza que he tenido jamás.

Si algo lamento, Ladka, es no haber sido capaz de darte una vida sin sombras.

No haber encontrado otra manera de protegerte… a ti, y a nuestra Vera.

Hicimos bien al marcharnos. Lo sé. Pero me pesa no haber sido más fuerte.

Me pesa no haber conseguido romper lo que empezó allí.

El símbolo lo marcó todo.

Lo supimos demasiado tarde.

Cuida de Vera.

Cuida de su marca.

Cuida del círculo como yo no supe hacerlo.

Ella no puede volver, mi amor.

No debe poner un pie en Radomir.

No mientras Él siga buscando lo que perdió.

Perdóname por dejarte este peso.

Perdóname por no haber podido quedarme más tiempo a tu lado.
Gracias por darme la clase de amor que uno solo encuentra una vez…
y nunca se olvida.
En esta vida y en todas las que vengan,
siempre tuyo,

Mirko."

El aire se vuelve más denso, como si la habitación contuviera la respiración con ella.

¿Qué significa todo esto?

¿Qué quiso decir su abuelo con esas palabras?

¿Qué hay en Radomir?

Y, lo más importante… ¿De qué huían?

Las preguntas se agolpan en la mente de Vera. Sentada allí, con la mirada perdida entre su abuela dormida y la carta de su abuelo entre los dedos, intenta recordar todas las historias, todos los cuentos que Bakica le narraba desde niña.

El símbolo lo marcó todo, repite en silencio.

¿A qué se refería? ¿A su marca de nacimiento?

Ni su abuelo ni su padre la tenían. Tampoco su tío ni su primo Darío. Solo ella y su abuela. Siempre creyó que era una forma de permanecer conectadas, algo más allá de una casualidad. Pero ¿y si la marca significaba algo más?

Decide que preguntará a su abuela en cuanto despierte.

Dobla la carta con cuidado, se la lleva a los labios y la besa.

—Te quiero, Djedek —susurra.

Siempre le ha gustado llamarlo así, abuelito en croata. Sabe que a ellos les llenaba de orgullo escuchar su antigua lengua en boca de su nieta. Vera no lo habla, pero aprendió algunas palabras, las suficientes para sentirse parte de algo que viene de muy lejos.

Camina despacio hasta la cama y se detiene a mirar a su abuela. Con un gesto casi maternal, la arropa.

—¿Qué te pasó en Radomir, abuela? ¿De qué huías?

Besa su mejilla aún cálida y sale al pasillo. Necesita respirar. Necesita respuestas.

Su padre la espera allí, con el rostro cansado, marcado por un dolor que no sabe cómo gestionar. Habla con voz agotada.

—Tu tío y tu primo vienen de camino. Va a ser un día largo para todos.

—Papá… ¿Puedo preguntarte algo?

Vera entrelaza su brazo con el de él y caminan juntos hacia la cocina, donde su madre prepara un té caliente.

—Claro, hija. Lo que necesites.

—¿De qué huían los abuelos cuando emigraron de Croacia?

Siente cómo su pulso se acelera mientras espera la respuesta.

Marko se detiene en seco.

Su piel se vuelve pálida, sus ojos se abren de par en par.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Qué es lo que sabes, Vera? —pregunta con la voz atropellada, como si quisiera adelantarse a sus propios pensamientos. Hay súplica. Hay miedo.

—Papá, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? Ven, vamos a sentarnos…

—No sé cómo hacer esto… —su voz se rompe—. No sé cómo despedirme de ella. —La mira—. Mi niña… no sé cómo protegerte de esto.

—¿Protegerme de qué, papá…?

Pero Marko ya no responde. Rompe en un llanto profundo, desgarrador. Se cubre el rostro con las manos y todo lo que ha contenido durante años —pena, miedo, dolor— se derrama con las lágrimas.

Laura y Vera permanecen en silencio, sin saber qué hacer salvo acompañarlo.

El mutismo se instala en la cocina. Los tres, cabizbajos, beben el té en silencio.

Cuando Marko se calma un poco, es incapaz de mirar a Vera a los ojos. Ella, atrapada en el dolor de su padre, no hace más preguntas.

No aún.

El timbre de la puerta principal los saca del letargo. Resuena por toda la casa como un eco lejano.

—Voy yo. Seguro que son Filip y Darío.

Laura se dirige a la puerta para recibir a su cuñado y a su sobrino. Antes de salir, se detiene un segundo y besa a su marido en la mejilla. Marko le devuelve una media sonrisa, con la promesa silenciosa de un estaré bien.

Cuando toda la familia se reúne, con los rostros serios y los ojos anegados de lágrimas, se abrazan en silencio.

—¿Cómo estás, primita?

Darío, apenas dos semanas mayor que Vera, siempre ha sido su apoyo. Está tan unida a él como lo está a su Bakica Ladka. Como siempre se dicen entre risas, somos compañeros de batalla.

—Bakica se va, Darío… No puedo creerlo.

Darío la abraza con fuerza. Vera se aparta despacio cuando su teléfono empieza a sonar.

Se dirige al bolso para atender la llamada, mientras el resto de la familia avanza con paso lento hacia la habitación de Ladka.

—Hola, Fran. Sí, estamos en casa de mis padres. Ha llegado el momento.

Un silencio se abre al otro lado de la línea.

—No, no hace falta que vengas ahora mismo. De verdad, estoy bien.

Una de tantas mentiras que dice. Fran nunca las percibe.

—Sí… cuando salgas del hospital, aquí te espero. Un beso.

Siempre el hospital.

Vera entiende que Fran, como neurocirujano, trabaje muchas horas. Pero su dedicación es estoica. Nada le parece lo suficientemente importante como para pedir un día libre, ni siquiera cuando no tiene cirugías programadas.

Yo no soy lo suficientemente importante, se dice.

Con ese pensamiento, se dirige a la habitación justo cuando todos salen de ella con los rostros empapados en lágrimas y el semblante pálido.

—Quiere hablar contigo a solas —susurra Darío.

Vera toma aire. Reúne un valor que sabe que no tiene y entra en la habitación con una sonrisa ensayada.

—Bakica, estoy aquí.

—Vera, mi dulce niña… Ven, siéntate a mi lado. Esta anciana tiene que decirte sus últimas palabras.

Ahogando cualquier reproche, Vera se tumba junto a ella, como ha hecho desde niña.

—Vera, sé que has leído la carta de tu abuelo Mirko. Te vi entre las sombras con ella y supe que ya no podía callar más. Voy a reunirme con él… pero antes debo decirte que tú eres la última. La última de nosotras que él quiere.

Vera contiene la respiración.

—Por eso es tan importante que nunca vayas a Radomir. Tu marca es tu legado… pero también tu maldición. Yo conseguí huir de él, pero tú, Vera, tendrás que ser fuerte. Te buscará. Te llamará. Pero no debes acudir.

Vera no sabe si su abuela, en los últimos momentos de su vida, está desorientada —como tantas veces ha visto en el hospital— o si le está diciendo la verdad.

—Bakica… yo estoy bien. Quédate tranquila —dice a modo de consuelo, apartándole un mechón de pelo de la cara.

—Sí. Estás bien aquí, en Sevilla. Este es tu hogar, mi pequeña. No remuevas el pasado y así evitarás tu destino.

Tumbadas una junto a la otra, en completo silencio, con las manos entrelazadas, Ladka siente cómo la vida se le escapa despacio, sin lucha. Su respiración se vuelve cada vez más suave, más lejana, como un hilo que se estira hasta casi romperse. Ya no hay dolor, solo un cansancio profundo, antiguo, que la envuelve por completo. Sus dedos se aferran un instante más, como si quisieran retener ese último vínculo con el mundo, y entonces, en un suspiro apenas audible, se apaga.

Vera lo sabe al instante.

No se mueve. No encuentra fuerzas para abandonar su lado. Aprieta con más fuerza la mano de su abuela y, con la otra, acaricia su marca de nacimiento. Por algún motivo, la nota más cálida. Casi ardiendo.

—No sé cómo viviré sin ti… Pero te prometo que lo intentaré.

Lanza la promesa en un susurro íntimo, sabiendo que, de algún modo, su abuela la escucha.

3

El mundo parece congelarse durante unos instantes.

Vera siente frío. Un frío que le hiela la sangre, que le impide moverse. Sin embargo, su piel permanece extrañamente caliente en contacto con la de su abuela. Intenta respirar, pero el aire no llega a sus pulmones; se queda atrapado en la garganta, ahogando un grito de dolor que no consigue salir.

En ese mismo instante lo sabe. Su vida acaba de cambiar. Para bien o para mal. Pero ya nunca volverá a ser la misma.

Se gira hacia su abuela y llora como nunca antes. Llora en silencio, mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas y mueren en el hombro inmóvil de Ladka. Permanece así sin saber si pasan minutos, horas… o una eternidad entera.

Solo quedamos tú y yo, Vera…

Vuelve a casa.

La voz rompe el silencio de la habitación. Es una voz de hombre. Cálida. Segura. No llega desde fuera, sino desde algún lugar dentro de su cabeza.

Vera se incorpora de golpe, sin soltar la mano de su Bakica, y mira a su alrededor, desorientada.

—¿Qué…?

Vuelve a casa.

Esta vez la voz suena fuerte y clara. No es una petición ni una sugerencia. Es una orden. Retumba en sus oídos y le golpea el pecho, como si buscara un hueco dentro de ella.

Vera se muerde el labio, un gesto infantil, automático, el que siempre aparece cuando el miedo la atraviesa.

—¿Quién… quién anda ahí? —pregunta, casi sin voz.

El silencio es la única respuesta. Y, aun así, lo siente. Algo la observa. Algo la llama. La puerta del dormitorio se entreabre y aparece el rostro demacrado de su padre, Marko. Basta una sola mirada para que lo comprenda.

Ella ya no está.

Sin pensarlo más de un segundo, avanza hasta la cama y, entre sollozos mudos, abraza a su hija.

Uno a uno, los miembros de la familia entran en el dormitorio y ocupan su lugar alrededor de la cama en la que ya descansa Ladka. Nadie habla. Nadie rompe el silencio que pesa en la habitación, permitiendo que Ladka encuentre por fin el descanso que tanto ha anhelado. Cada uno se toma su tiempo para despedirse. Poco a poco, van abandonando el dormitorio, hasta que solo quedan Marko y Vera, sumidos en un dolor profundo.

—Vamos, hija mía. Necesitas descansar.

—Papá… ¿Qué le pasó a Bakica? Por favor, tienes que contármelo…

—Ahora no, Vera —la interrumpe—. Ahora es tiempo de velar a tu abuela, para que encuentre el camino junto a tu abuelo.

Sin añadir nada más, conduce a Vera fuera del dormitorio. Antes de salir, Marko se detiene y le dedica a su madre una última mirada.

—No es un adiós. Es un hasta pronto. Mientras tanto, yo cuidaré de ella.

Con un beso al aire y una serenidad recién adquirida, cierra la puerta. La habitación queda en penumbra, impregnada del aroma a lirios.

Todo ha sucedido demasiado rápido, piensa Vera.

Frente al espejo del dormitorio que comparte con Fran, se viste con el traje negro que él ha ido a comprar para ella. Se observa durante unos segundos y no reconoce a la mujer que le devuelve la mirada. El vestido es elegante, el cabello está recogido en un moño pulcro. Pero los ojos… los ojos están vacíos, sin expresión.

Durante un instante, ambas —siendo una sola— se miran en silencio, formulándose las mismas preguntas para las que no hay respuesta. ¿ Y ahora que?

De forma casi inconsciente, Vera se lleva la mano al hombro y baja un poco la manga del vestido, dejando al descubierto la marca que las unía. En ese momento, Fran sale del cuarto de baño. Está impecable. Pulcro. Sereno. Incluso para un funeral, irradia una calma que a Vera le resulta ajena.

—Tenemos que irnos, amor. Tu familia nos espera. – ella asiente levemente y se deja guiar hacia la calle.

La iglesia donde se celebra el funeral está llena. Vecinos, amigos, conocidos… todos quieren expresar sus condolencias. Ladka era muy querida en el barrio. Siempre tenía una palabra amable, una olla de grah —su guiso estrella— para quien atravesaba un mal momento, o una sonrisa cálida capaz de ofrecer consuelo.

Finalmente, la despiden y le dan sepultura junto a Djedek Mirko. Así descansarán juntos por la eternidad, como siempre desearon.

Vuelve a casa…

Las palabras resuenan en la mente de Vera mientras, tras el funeral, regresan a casa de sus padres.

Solo quedamos tú y yo…

Vuelve a casa…

¿A qué casa?

¿A qué se refiere la voz?

La casa está llena de gente, pero Vera solo quiere estar sola. Evadirse del mundo y de todos aquellos que le repiten que su abuela ya descansa en paz. Necesita un refugio, un lugar donde quedarse a solas con sus pensamientos, así que se encierra en el dormitorio de Ladka.

Todo permanece exactamente como lo dejó. Incluso su aroma sigue suspendido en el aire, como si Bakica acabara de ponerse su perfume.

Vera recorre la habitación con la mano, acariciando los objetos que ha visto usar a su abuela durante años. El peine descansa limpio sobre el tocador. El perfume, junto al joyero. Lo toma y se lo acerca a la nariz, intentando guardar ese olor en lo más profundo de la memoria.

De pie, junto al mueble, cierra los ojos. Entonces…

—Vera…

Las ventanas se abren de par en par. Un viento helado irrumpe en la habitación, cargado de un aroma a tierra mojada. El silencio se rompe de golpe. El aire parece girar a su alrededor, trayendo susurros que no alcanza a comprender. Su pelo, antes recogido con cuidado, se libera y danza empujado por la corriente.

—Vuelve a casa…

—Vuelve a mi lado…

La voz regresa.

Es un murmullo cálido tras su oreja, como si una presencia se inclinara junto a ella. Siente una caricia leve en el cuello y el vello se le eriza. Ya no percibe el viento, solo una quietud absoluta, como si el tiempo se hubiera detenido.

Todo se disuelve a su alrededor.

Fuera, el mundo sigue avanzando, pero Vera no lo siente.

Los objetos de la habitación caen al suelo arrastrados por la furia del aire. El caos estalla a su alrededor, en un contraste brutal con la inmovilidad de su cuerpo.

—Vera… ven a mí. Te estoy esperando.

Mil voces pronuncian las palabras al unísono. No suenan crueles. Tampoco tiernas. Parecen llegar desde un lugar lejano. Antiguo.

De pronto, un golpe seco. El ruido de una puerta. Un cristal rompiéndose. Unas manos fuertes la sacuden con brusquedad. Vera abre los ojos.

Darío está frente a ella, sujetándola, gritándole algo que no consigue oír. El viento ha desaparecido. Solo queda el eco desbocado de su propio corazón.

Mira al suelo.

El marco de la fotografía de la boda de sus abuelos yace roto entre los restos de la habitación. Todo está desordenado. Todo… excepto una cosa.

Un libro descansa intacto sobre la cama de Ladka.

Sin responder a las preguntas de Darío, Vera se acerca con paso lento. Sus dedos tiemblan al tomarlo. En ese mismo instante, su marca de nacimiento se calienta. Late. Casi quema.

El libro habla del pueblo natal de sus abuelos.

Radomir.

Abre la primera página.

La caligrafía es antigua, perfecta.

Ven, Vera. Te estoy esperando.

Aquí encontrarás tu verdadero hogar.

—D

¿Quién es D?

¿Y por qué nunca había visto ese libro?

4

Como siempre, Vera es la primera en llegar. Tienen la mesa reservada a las ocho de la tarde en su restaurante preferido, Ostia Antica, un italiano en pleno barrio de Triana donde sirven los mejores gnocchi y lasañas caseras de Sevilla.

Mientras toma una copa de vino blanco y ojea distraída el móvil, llegan sus tres amigas entre risas, voces altas y gestos exagerados.

—¡Que sí, de verdad, Andrea! —grita Sofía, haciendo aspavientos con las manos—. Que no era un hombre… eso era un dios griego. ¡Qué músculos! ¡Qué porte! - Sofía finge derretirse sobre sí misma mientras Andrea ríe a carcajadas.

—Eres incorregible.

Así son ellas.

Sofía, abogada penal de éxito, pierde cualquier atisbo de razonamiento en cuanto se cruza con algún semental digno de mención.

Andrea, la más cabal del grupo, casada y enamorada de Pedro como el primer día. Su vida gira en torno a su familia, su marido y el pequeño Adrián, de tres años.

Y Blanca, su amiga más antigua, compañera de trabajo y, cómo no, la única que no despega la vista de la pantalla del móvil, el trabajo no la deja ni un segundo.

Se sientan una a una en sus sitios habituales, los mismos que ocupan desde hace años cada jueves por la noche, entre abrazos, besos y anécdotas que a veces hacen reír y otras conmueven un poco más de la cuenta.

— ¿Cómo estás, Vera? —pregunta Sofía, estirando la mano por encima de la mesa para entrelazarla con la suya—. Han pasado ya dos semanas desde lo de Bakica Ladka y apenas te hemos visto.

— Bueno… estoy bien. O eso creo —responde Vera tras unos segundos—. Estas dos semanas en casa han sido duras. Fran entendió que necesitara quedarme unos días con mis padres… y mi padre pasa el día encerrado en su despacho, haciendo no sé qué. Todo es extraño. — Suspira al terminar la frase.

— ¿Has podido dormir algo mejor? —pregunta Blanca con una mirada sincera, apartando por una vez el móvil para centrarse en ella.

— La verdad es que no —responde Vera tras unos segundos—. Hacerme a la idea de que mi Bakica se fue me está costando más de lo que creía. Y después están esos sueños…

Dos días después de enterrar a su abuela Ladka, Vera empieza a tener sueños extraños. Está sola, en mitad de la noche. La luna llena se refleja en las

aguas oscuras y quietas de un lago. Un bosque la rodea, impregnado del aroma a cedro viejo y a musgo húmedo. La niebla juega con sus pies mientras su mirada se fija, inevitablemente, en una vieja estructura en lo alto de una ladera. Parece un castillo en ruinas. Ese lugar la atrae como solo lo hacen los sitios que, sin saber por qué, sientes como tu hogar.

Y entonces, el olor.

Lirios. El aroma que siempre ha asociado a la seguridad. A Ladka.

De pronto, una figura etérea aparece a su lado. Es un hombre. Su belleza no parece humana. Sus ojos, de un violeta penetrante, la observan con una intensidad que le eriza la piel.

—Vuelve a casa —susurra con una voz cálida, acogedora, mientras le tiende la mano.

Vera empieza a levantar la suya, atraída por él, cuando el sueño se rompe de golpe y despierta.

—¿Cada cuánto tienes ese sueño? —pregunta Blanca, con el ceño fruncido —. ¿Te tomas las pastillas que el doctor Ribera te recetó para dormir?

Blanca, siempre práctica. Siempre anclada a la realidad.

—Pues a mí no me importaría ver aquí mismo a ese hombretón de mirada violeta penetrante… —interviene Sofía, con una sonrisa traviesa.

—Sofía, por favor —la riñe Andrea—. ¿No ves que es un tema serio?

—Lo sé, lo sé. Perdona, Vera. Pero me hablan de un mazizorro guaperas y pierdo tó el sentío —dice, exagerando aún más su acento sevillano.

Vera no puede evitar reír.

Ellas sí son su hogar. El lugar donde no existen expectativas sobre quién debe ser o cómo debe sentirse. Donde solo son cuatro amigas que se quieren y se aceptan tal como son.

La noche transcurre entre vino, buena comida y mejor conversación. Por unas horas, los problemas de Vera quedan fuera, sustituidos por las fiestas de Sofía, las preocupaciones maternales de Andrea y los nuevos estudios médicos que traen de cabeza a Blanca.

Llega el momento de pagar la cuenta y, como siempre, no hay discusión. Todo se divide entre las cuatro y los bizum vuelan de un móvil a otro. Mientras Vera desbloquea el suyo para hacer el pago a Andrea, Blanca se acerca un poco más y la mira a los ojos.

—¿Qué pasa con Fran, Vera? —pregunta en voz baja—. ¿No crees que ya es hora de afrontar la realidad y volver a casa? Quizá… volver al hospital.

Vera sostiene la mirada de su amiga, incapaz de responder de inmediato.

En el fondo sabe que Blanca tiene razón. Se ha refugiado en el calor del hogar de sus padres para no enfrentarse a una verdad incómoda: la vida

continúa sin su abuela. Toma la mano de Blanca y, aunque las palabras le resultan duras, agradece que vengan del corazón.

—Tienes razón —dice al fin—. Esta misma noche volveré a casa.

Se despiden entre abrazos y promesas de volver a verse el próximo jueves, en el mismo restaurante, a la misma hora. Luego, Vera se encamina andando hacia el piso reformado que comparte con Fran.

En realidad, el piso es de él. Ya vivía allí cuando se conocieron. Pero hace cuatro años decidieron dar el paso y empezar a vivir juntos.

Solo tarda cinco minutos a pie desde el restaurante, así que llega sin avisar. Es un bajo luminoso, con una pequeña terraza que ella misma decoró para convertirla en un espacio íntimo, casi un refugio. Allí ha pasado muchas horas con un buen libro y una copa de vino, intentando sentirse en casa.

Utiliza su llave, sabiendo que Fran ya estará en casa, aunque, sinceramente, habría preferido que tuviera guardia esa noche.

El apartamento huele a limpio. Como siempre, todo está en perfecto orden. Fran tiene contratada a una señora que viene a diario para encargarse de la casa. Cuando Vera se mudó, insistió en que ella podía hacerlo, pero él consideró que era la opción más práctica: ambos tienen turnos complicados en el hospital.

Deja el llavero en el cuenco dorado de la entrada. Sobre el mueble, una fotografía de Fran y ella en Nueva York. Hace solo cuatro años de aquello, pero le parece otra vida. Fue durante ese viaje cuando Fran le propuso irse a vivir con él.

Un aroma cálido y familiar llega desde la cocina.

Vera avanza con paso dubitativo y lo ve de espaldas, removiendo una cacerola. Parece sopa de pollo.

—Fran, estoy aquí —dice, apoyando una mano en su hombro.

Fran suele cocinar con los auriculares puestos, siempre música clásica. Dice que le ayuda a relajarse después de una larga intervención.

—Vera… —se gira—. Oh, qué alegría.

La abraza con alivio. Vera nota que ya no encaja del todo entre sus brazos. Aun así, se queda ahí unos segundos más de los necesarios.

—¿Qué estás cocinando? —pregunta al fin, como si necesitara llenar el silencio.

—Sopa de pollo con verduras —responde mientras vuelve a la vitrocerámica—. Perdóname, no sabía que venías hoy y no he preparado nada especial.

—No te preocupes. He cenado con las chicas.

El silencio se instala entre ellos. El olor de la sopa lo ocupa todo. Por un segundo —solo uno—, Vera siente el impulso de salir corriendo. Pero no lo hace.

—¿Te parece bien si me doy una ducha mientras cenas?

No espera respuesta.

Camina hasta el dormitorio y cierra la puerta tras ella. El frío de la habitación le cala los huesos. Apoyada en la madera, rompe a llorar en silencio. Por todo lo que ha perdido. Y por el futuro que, por primera vez, no sabe si quiere vivir.

5

Vera camina descalza por un sendero de barro. La frialdad le cala las plantas de los pies, un frío que no encaja con el aire cálido que la rodea, como si el suelo perteneciera a otro mundo. Es de noche y la luna se esconde, tímida, tras nubes lejanas. Aun así, el camino está iluminado. Pequeñas luces amarillas, parpadeantes, guían sus pasos hacia ningún lugar concreto.

Tiene la sensación de conocer esa tierra: su olor, su tacto. Cada paso es seguro, natural, como si hubiera recorrido ese lugar mil veces.

Al final del sendero aparece un lago. Hace calor. El sudor le resbala por la espalda. Introduce un pie en el agua y luego el otro. Sorprendentemente, está tibia. Avanza poco a poco hasta que el agua la envuelve. Su pelo mojado flota a su alrededor, danzando con suavidad.

A la derecha, distingue una hoguera.

Con la piel refrescada y una ligereza extraña en el cuerpo, se acerca al fuego. Sobre un tronco, junto a las llamas, hay un libro. Es viejo, de los que huelen a humedad. La portada es de cuero antiguo y solo muestra un símbolo grabado.

Vera lo toma entre las manos y se sienta en el tronco. Es ligero, casi liviano, pero algo dentro de ella sabe que es importante.

El chasquido de una rama rompe la quietud.

Después, un cántico. Bajo. Casi un susurro.

Proviene de muchas voces a la vez.

Vera se pone en pie, mirando en todas direcciones. Algo ha cambiado. Lo siente.

Los cánticos crecen. Ya no son murmullos: son voces a pleno pulmón que la rodean, aunque sabe que no hay nadie allí. El fuego ya no solo crepita; se inclina hacia ella, como si escuchara, como si danzara al ritmo de la música.

No entiende las palabras. Sin embargo, los ritmos le resultan familiares. Demasiado.

Vera se lleva las manos a los oídos.

—Parad, por favor… parad.

La música se eleva. Ya no es una melodía: son gritos, voces entrelazadas que la atraviesan. El mareo la vence y, justo cuando cree que no puede soportarlo más, todo se detiene.

Silencio.

El tiempo se congela. Solo escucha su respiración agitada. El fuego queda inmóvil, antinatural. Vera alarga la mano para tocarlo.

Entonces, un grito de hombre rasga el aire.

Corre hacia el lugar de donde proviene el alarido y lo que ve la detiene en seco.

Un lecho hecho de maderas sostiene a un hombre tumbado. A su alrededor, figuras encapuchadas observan en silencio. Una de ellas, la que parece el líder, permanece de pie junto al cuerpo.

Es hermoso. Alto. De complexión fuerte, musculosa. Pelo moreno. El hombre parece despertar de un sueño. Abre los ojos, desorbitados, y mira al encapuchado. En un gesto rápido, esta alza una daga y, mientras recita palabras incomprensibles, clava el puñal en el centro de su pecho.

Vera quiere gritar, pero su cuerpo no responde. Ve cómo extraen el corazón aún palpitante. Entonces, todos se giran hacia ella. Retrocede. Un paso. Luego otro.

—Vera… tu corazón nos pertenece. Eres la siguiente. Él te necesita.

El pánico la envuelve. Busca una salida.

De pronto, despierta.

Se incorpora sin aliento. Reconoce el aroma del dormitorio, la claridad filtrándose por la ventana, un cuerpo cálido dormido a su lado. Todo ha sido un sueño.

Una pesadilla.

Saca los pies de la cama y estira la mano hacia la mesita de noche para beber agua. Allí está el libro. El libro de su abuela.

Radomir.

Sin saber por qué, un nombre se forma en sus labios.

—Draven.

No es un pensamiento. No es un recuerdo. Es un susurro que nace desde dentro. Al pronunciarlo, su marca de nacimiento arde. Vera se lleva la mano a la clavícula y lo comprende.

El símbolo grabado en la portada del libro es el mismo que lleva en la piel.

El de Ladka.

El suyo.

6

Aquel sábado por la noche era especial para la familia. Darío inaugura una nueva exposición en su galería. Asistirán nombres reputados del mundo del arte y el ambiente tiene un aire de etiqueta cuidada.

Fran, para variar, está de guardia y no puede acompañarla. Promete compensarla llevándola a cenar a un sitio especial más tarde. Dos eventos importantes en un mismo fin de semana…, piensa Vera, con una presión extraña en el pecho.

Llegan en el coche de Laura, un Mercedes de última gama.

—¿Cómo vamos a ir a un evento así en tu viejo Seat Ibiza? —había dicho su madre al llamarla.

Ambas van vestidas con elegancia, preparadas para una noche de cortesías y sonrisas ensayadas. Vera odia ese mundo, pero sabe lo importante que era para Darío, así que coloca su mejor sonrisa.

La galería está preciosa. Amplia, luminosa, con un aroma cítrico que impregna el aire. La exposición pertenece a un joven pintor sevillano en pleno auge, Miguel Ángel Perea. Sus obras son cautivadoras y el público —coleccionistas, críticos, nombres influyentes— sostiene copas de Cruzat Millésime Blanc, un champán reservado para pocos bolsillos. Darío siempre va a por todas.

Él está impecable, como siempre. Su porte, su educación, su carisma lo hacen destacar. Saluda aquí, agasajaba allá, prometiendo recorridos privados con una sonrisa encantadora. Un Casanova irredento, piensa Vera con diversión.

—¡Primita mía! Hoy los ángeles han tenido que descender del cielo para regalarte esa dulzura que portas.

—Déjate de tonterías, Darío. Resérvalas para tus conquistas —ríe ella al abrazarlo—. Todo está maravilloso. Te has superado.

—Esta noche viene gente muy importante. Incluso me han dicho que asistirá Antonio Banderas.

— Madre mía, eso sería la releche…

—Vera, esa boca —la reprende Laura con cariño mientras besa a su sobrino—. Tu tío no ha podido venir, sigue recuperandose, pero te manda su enhorabuena.

Hablaron unos minutos más hasta que Darío fue requerido por los invitados. Antonio Banderas acababa de entrar, atrayendo todas las miradas.

—Mañana esto sale en todos los periódicos —comenta Laura mientras tomaban una copa.

Vera, de forma un poco distraída, empieza a contemplar todas las obras, pero una le llama la atención en particular. Es pequeña, colocada en un lugar solitario de la galería; no parece encajar bien con el resto del trabajo del artista. Es un pueblo, con un enorme lago oscuro y un castillo al fondo. Se detiene delante de ella y se acerca para verla con más detenimiento. Esa pintura le resulta familiar, más bien ese lugar. Vera permanece ausente durante un tiempo, como dentro de la pintura. Un segundo después escucha una voz detrás de ella. Una voz masculina, de tono suave y envolvente. Y un aroma, a lirios frescos.

—Bonita pintura, ¿verdad? —dice la voz, casi en un susurro, al oído de Vera.

Ella únicamente asiente, sin retirar los ojos de aquel castillo. De repente, un escalofrío le sube por la espalda recorriendo su columna; la sensación de frialdad que envuelve sus hombros desnudos contrasta con el ardor que siente en la clavícula. Unos dedos fríos empiezan a acariciar su círculo desde atrás, como una leve caricia, mientras la voz dice:

—Ese lugar te pertenece, Vera, como tú me perteneces a mí.

El mundo se para. Ya no hay nadie en la galería; no se escucha nada más que la voz del desconocido y la respiración de Vera. La luz se atenúa, disminuyendo el mundo al retrato, a ella y a ese aroma que le resulta tan familiar.

Vera siente una suave caricia deslizándose por su escote, cada vez más tibio. Los dedos parecen deleitarse con la zona alta de sus pechos, mientras, inmóvil, otra mano la sujeta por el vientre bajo desde atrás. Vera inclina suavemente la cabeza hacia un lado, esperando recibir aquel aliento en su cuello. Nota una presión: alguien la agarra con delicadeza, pero con un gesto fuerte, seguro. Algo la atrae; no puede resistirse o, quizás, no quiere resistirse.

La excitación de Vera crece, como hacía mucho que no sentía. No puede ver quién es él, pero siente sus manos sosteniéndola.

Un calor la abrasa por dentro; es tal su deseo que siente que su vestido liviano arderá en cualquier momento. El tacto suave de su mano recorre el hueco de sus pechos, marcando una línea recta hasta llegar a su ombligo. Como si conociera perfectamente su cuerpo, cada curva, cada rincón… los dedos bajan a la cadera, justo donde empieza la larga apertura lateral de su vestido. Y, como si de una puerta se tratara, se introduce por ella, rozando la suave piel hasta llegar justo a su monte de Venus. Vera se muerde el labio

inferior para acallar un gemido, mientras nota cómo salva el impedimento de su ropa interior, llegando a lo más privado de ella.

Sus latidos aumentan el ritmo; su respiración se vuelve entrecortada; sus pechos endurecidos claman el contacto del desconocido mientras sus piernas empiezan a flaquear. Un deseo visceral, casi animal, se apodera de ella, pidiendo más.

—Ven a casa, Vera. Ven a mí y te daré todo esto y más.

Su voz es sensual, erótica. Vera siente la humedad en su ropa interior mientras la mano incorpórea accede a su centro de placer. De manera instintiva desliza el pie derecho hacia afuera, dando espacio a donde él quiera tomar de ella. Es una invitación. Quiere más: más de su voz, más de su cálido aliento y, sobre todo, más de sus manos. Un ligero dolor en el pecho le sobreviene, una punzada, como un pequeño mordisco en la parte más sensible, que hace temblar sus piernas.

—Eres mía, Vera. Tan bonita, tan delicada, tan perfecta… Solo puedes ser mía. Quiero oírtelo decir.

—Soy… soy tuy…

—Vera, ¿qué haces ahí? Te estábamos buscando.

Todo se rompe. Vera abre los ojos y, de repente, está otra vez allí, en la galería de Darío. Se gira de manera brusca y avergonzada para encontrarse a sus tres mejores amigas mirándola con caras de tener muchas preguntas.

—¿Vera, qué ha sido eso? ¿Qué estabas haciendo ahí sola, en esa postura? —pregunta Blanca, siendo la primera en hablar.

—Parece que esa pintura te estaba gustando mucho. Pero mucho, mucho —añade Sofía, con un tono divertido.

Vera no puede mirar a la cara a sus amigas por la vergüenza que siente. No sabe qué ha pasado, solo sabe que ha sido real… al menos para ella.

—Perdonadme, chicas. Tengo que ir al baño.

Con un gesto rápido, esquiva la mano de Andrea y se dirige al baño. Cierra el pestillo tras de sí y se contempla en el espejo. Ha sido muy real. La humedad entre sus piernas lo demuestra.

Vera se lleva una mano a la clavícula y recorre los lugares donde lo ha sentido a él. Parece que su contacto aún permanece en su cuerpo, hasta que lleva la mano a un pecho y lo ve. Un hematoma leve, muy leve, como si fuera un chapetón, aparece cerca de su pezón endurecido. Eso no estaba ahí antes. Está segura. Lleva meses sin tener sexo con Fran.

Tras unos minutos en el baño para recuperar la compostura, Vera sale. Reza para que nadie más la haya visto en aquella situación. Sabe que más tarde tendrá que hablar con sus amigas.

Tras una breve búsqueda, encuentra a Darío junto a la barra, revisando algo en su tablet mientras atiende a un camarero. Aprovecha un hueco para acercarse.

—Darío… ¿De quién es la pintura del castillo? —pregunta en voz baja, intentando sonar casual.

Él frunce el ceño.

—¿Qué pintura?

—La del pueblo… el lago… un castillo en ruinas. Estaba al fondo, sola. Me he quedado un rato mirándola.

Darío deja la copa que sostiene, sorprendido.

—Vera, no hay ninguna obra así en la exposición. Ni en esta sala ni en las que están arriba.

Ella parpadea, desconcertada.

—Claro que la hay. Justo ahí —se gira para señalar el rincón donde la ha visto.

Pero el espacio está vacío. Una pared blanca. Ningún cuadro. Ningún marco. Solo un leve olor familiar, ¿ quizás a lirios?

Darío la observa, preocupado.

—¿Estás bien, prima? A lo mejor te ha mareado el calor.

Vera traga saliva.

—Sí… sí, será eso.

Pero no lo es.

Ella lo sabe.

7

Desorientada y todavía aturdida, Vera se marcha a casa excusándose con su madre por una fuerte migraña. Pide un Uber para llegar cuanto antes. Necesita una ducha con urgencia y, sobre todo, estar sola.

Nada más llegar, se quita el vestido de fiesta. El tejido sigue impregnado de aquel olor a lirios. Olor a él.

Pero… ¿A qué exactamente?

Allí no había nadie. Lo sabe. Y, aun así, la tocó, la acarició. Sintió su aliento cálido en el cuello mientras su cuerpo pedía más.

Se mira desnuda en el espejo. Toca la pequeña marca del pecho y entonces la ve: otra señal, en la cadera. La huella de unos dedos que la han sujetado con fuerza. Con posesión.

Ha sido real. Su cuerpo lo sabe. Pero su mente… ¿Está perdiendo la cordura?

Se da una ducha larga y caliente. La piel se le enrojece, los dedos se le arrugan, pero necesita borrar la sensación, convencerse de que nada de eso ha ocurrido. Al salir, aún con la toalla en la cabeza, decide prepararse una tila para calmar los nervios.

Está sola en casa.

Mientras el hervidor empieza a bullir, un golpe seco resuena en el comedor. Se acerca, extrañada, y lo ve: el libro de Radomir yace en el suelo, sobre la alfombra, abierto como si alguien lo hubiera dejado así a propósito.

Una imagen.

Un lugar.

Un castillo.

Vera cierra el libro de golpe y, presa del pánico, recorre la casa en busca de alguien. O de algo. Minutos después, con el apartamento patas arriba y agotada, se mete en la cama.

A la mañana siguiente, Fran vuelve a casa tras una larga noche en quirófano. Espera encontrar a Vera y desayunar juntos, así que pasa antes por la cafetería de abajo y compra unas napolitanas recién hechas.

Pero al entrar, se queda helado.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Vera?

Los libros están por el suelo, las fotografías tiradas, incluso ropa desordenada. Algo ha ocurrido.

Entra en el dormitorio y la encuentra dormida, con un libro junto a ella. El viejo libro de Ladka.

¿Desde cuándo está esto aquí?, piensa, desconcertado.

—Vera… despierta.

Ella abre los ojos y ve la cara de Fran. Todo lo sucedido la noche anterior irrumpe de golpe en su mente y, sin pensarlo, se aparta bruscamente, encogiéndose, abrazándose las rodillas.

—Cariño, soy yo. ¿Qué ha pasado?

Pasan unos segundos. Vera regresa al presente. Su cama. Su casa. Su… novio.

—¡Fran, eres tú! Perdona… he tenido una pesadilla.

—¿Y este desastre?

—No sé… ayer buscaba algo y no lo encontraba —responde, improvisando la mentira mientras la dice—. Perdóname, ahora mismo lo recojo todo.

Salta de la cama y empieza a ordenar con prisa.

—¿Quieres un café? —pregunta, con las manos llenas—. Mientras te duchas, preparo el desayuno. ¡Uy, napolitanas! Qué ricas…

Fran nota que algo no encaja, pero no insiste.

—Sí, por favor. Así aprovecho para contarte lo de esta noche…

Vera se queda rígida.

"Mañana tenemos una cita especial", le recuerda Fran.

Siente un vacío en el estómago.

El desayuno transcurre entre historias del hospital hasta que, justo cuando Fran va a retomar el tema de la cita, el móvil de Vera suena.

—Discúlpame, tengo que cogerlo.

Se encierra en el dormitorio.

—Vera, ¿cómo estás? Anoche estabas rarísima —dice Darío al otro lado—. Tenemos que hablar. No estás bien.

—Darío, yo…

—Nada de excusas. Te quiero en media hora en la cafetería junto a la galería. Te invito a desayunar y me lo cuentas todo.

—Yo ya he desayunado y…

—Media hora.

La llamada se corta. De esta no me escapo, piensa mientras se pone unos vaqueros, una camiseta y se recoge el pelo.

—Fran, me ha surgido una urgencia familiar. Tengo que irme. Luego hablamos.

—Pero Vera, lo de esta noche…

El portazo interrumpe la frase.

Diez minutos después, entra en la cafetería. Darío ya la espera, impecable como siempre.

—Vaya pintas me traes. ¿Te has quedado sin maquillaje?

—Muy gracioso. No me has dado tiempo —responde quitándose las gafas de sol.

La camarera les sirve el café sin preguntar.

—Habla. ¿Qué te pasa?

—Primo… creo que desde que murió Bakica estoy perdiendo la cabeza.

Se lo cuenta todo. Las palabras de Ladka. Los sueños. Las voces. Los olores. Lo ocurrido en la galería. Evita mirarlo mientras habla.

Cuando termina, se siente más ligera. Darío se recuesta en la silla, serio.

—¿De verdad tienes marcas en el cuerpo?

Vera baja un poco el escote y se la muestra.

Darío respira hondo.

—Tenemos que ir a Radomir.

—¿Cómo? ¿A Croacia? ¿No has oído que Bakica me lo prohibió?

—Precisamente por eso. Los abuelos huyeron por algo. Y ahora eso te llama a ti. Puede hacerte daño. Hay que enfrentarlo.

—Es una locura… nadie me conoce allí —dice, retorciendo una servilleta —. Pero tú… ¿Vendrías conmigo?

—Al fin del mundo. La galería puede esperar. Mimi se encarga. La familia no lo entenderá… y tratará de impedirlo. Por eso solo quedamos tú y yo.

Hablan durante horas. Del viaje. De cómo decírselo a sus padres. De Radomir. Saldrán en una semana.

—Yo me encargo de todo —dice Darío—. Vuelos, traslado, alojamiento. Tú pide vacaciones.

—¿Te recuerdo que soy enfermera, no marchante de arte?

—Reservados —le enseña el móvil—. Billetes en business para dentro de diez días.

—Esto no va a salir bien —suspira Vera—. Hoy voy a casa de mis padres. Y esta noche se lo diré a Fran.

—Ánimo, primita.

Envía a Fran un mensaje: "Tengo que comer con mis padres. Te veo esta noche y hablamos."

Lo envía.

Ya no hay marcha atrás.

En casa, Laura la abraza.

—Tienes mala cara.

—Estoy mejor, solo cansada. ¿Puedo comer aquí? Quiero contaros algo.

—Esta es tu casa —sonríe—. Tu padre va a hacer su lasaña, tu plato favorito

Marko entra cargado de bolsas.

—Dime que te quedas a comer.

—Eso parece.

—¿Dónde está Fran?

—Ha salido de guardia.

Marko la observa.

—A ver… ¿Qué pasa?

—En diez días me voy a Croacia. Al pueblo de los abuelos.

Las bolsas se le caen al suelo. Silencio.

—¡De eso nada! —grita Marko, alterado—. Te lo prohíbo.

—Papá, escúchame…

Jamás les diré por qué voy, piensa.

—Necesito hacerlo. Solo unos días. Darío viene conmigo.

—¿Darío? Él te ha metido esto en la cabeza.

—No. He sido yo.

—Por favor, Vera, no vayas…

—Lo siento, papá.

Marko sale sin decir nada.

—¿Por qué lo haces? —pregunta Laura—. Aquí tienes todo. Familia. Hogar. Trabajo. A Fran…

—Fran… —suspira Vera.

—No estáis bien, ¿verdad?

Vera se abraza a su madre y rompe a llorar.

8

Fran cree que esa noche es especial. La ha preparado durante semanas. Ha reservado un buen restaurante, ha pedido un ramo de flores para la mesa y, por supuesto… el anillo. Todo debe ser perfecto. Es la gran noche. Cada detalle responde a un plan trazado con precisión quirúrgica.

Rodilla en tierra incluida.

Un año para organizar la boda. En la Iglesia del Salvador, como la de sus padres. El convite en la Hacienda El Vizir, donde se celebran las bodas que importan. Su madre ya ha movido los contactos necesarios para asegurar la fecha. Luego, un viaje inolvidable —donde ella quiera— y, a la vuelta, formar una familia. Como debe ser.

Fran se coloca los gemelos frente al espejo y sonríe satisfecho. Todo encaja.

Vera termina de arreglarse en el cuarto de baño. Con mirada insegura se retoca el carmín de los labios. Se ve bien frente el espejo, aunque por dentro se siente una mentirosa. Sabe que esta noche es importante para Fran y ella se siente culpable de no saber lo que quiere. Solo espera que no le pida matrimonio y simplemente sea hablar de los sus planes de futuro. Ha insistido en que vaya especialmente elegante; es una cena importante, aunque no ha querido decirle el restaurante ni el motivo de la cena. Ella ha intentado posponer la cita, buscar una excusa, pero él ha sido firme: todo está preparado.

Cuando abre la puerta y sale al dormitorio, Fran se queda mirándola.

Lleva un vestido turquesa que resalta su piel bronceada, pendientes largos de oro y zapatos de tacón del mismo tono. Está preciosa. Perfecta.

—Estás espectacular, querida —dice acercándose para besarle la mejilla.

—Tú también estás muy guapo —responde Vera.

Las palabras le salen vacías.

Suben al coche y ponen rumbo al centro.

—¿Me dices ya dónde vamos? —pregunta ella, mirando al frente.

—Es una sorpresa —contesta Fran, entusiasmado.

Vera guarda silencio, observa la ciudad pasar tras la ventanilla. Fran vuelve a hablar.

—Vale, te lo digo. ¿Te acuerdas de Julio, mi amigo, el chef? Nos ha preparado algo especial en su restaurante.

Vera gira la cabeza.

—¿En Abantal? —pregunta con un nudo en el estómago—. Fran, ese sitio es muy elegante… y muy caro.

—Bah, no te preocupes por eso. Es amigo mío. Además, esta noche es especial.

—Fran… tenemos que hablar.

—Sí, sí, mi amor. Ahora hablaremos. Ya estamos llegando.

Vera siente cómo algo se cierra dentro de ella. Fran está ilusionado. Feliz. Y eso solo empeora las cosas.

Al llegar, una mujer alta y elegante los recibe.

—Bienvenidos a Abantal. ¿Tienen reserva?

—Sí, a nombre de Francisco García. Para dos.

—Por supuesto, señor García. Síganme, por favor.

Los conduce a una mesa junto a la ventana, apartada, íntima. Todo está cuidadosamente dispuesto. En el centro, un ramo de tulipanes perfectos, imposibles en pleno julio sevillano. Fran los ha conseguido sabiendo que son sus flores favoritas.

—¿Te gustan? —susurra mientras le retira la silla.

—Mucho. Gracias… no hacía falta.— su voz suena triste, casi cohibida, pero él no se da cuenta.

—Nada es una molestia para mi princesa.

—Fran…

El chef se acerca a saludar. Julio Fernández. Estrella Michelín. Amigo de Fran.

—Espero que todo sea de vuestro agrado —dice estrechándole la mano—. Fran ya me había hablado de ti, Vera. Siempre alardea que se ha llevado a la Sevillana más guapa, y veo que no le falta razón.

Ella sonríe por pura educación.

—Todo está perfecto —responde Fran, encantado.

La noche avanza entre platos impecables y vino blanco. Fran habla sin parar: del futuro, del trabajo, de planes compartidos. Vera escucha, asiente, pero siente que cada palabra la aleja un poco más.

Cuando llega el postre, Fran se levanta.

El mundo parece ralentizarse.

Se arrodilla frente a ella y abre una pequeña caja. Un diamante brilla bajo la luz cálida del restaurante.

—Vera Radic Cano —dice con voz segura—, eres la mujer más buena, más hermosa y más especial que conozco. Tú haces que mi mundo sea mejor y sería un honor envejecer a tu lado. ¿Quieres casarte conmigo?

El tiempo se rompe.

Vera no puede respirar. Mira el anillo. Mira a Fran. Todo es perfecto. Demasiado perfecto.

—Fran… yo…

Las palabras no llegan a formarse.

Se levanta de golpe, empuja la silla hacia atrás y sale corriendo del restaurante. Deja atrás el murmullo, las miradas, a Fran de rodillas sin entender nada.

En la calle se quita los zapatos y echa a correr.

—¡Vera! —la oye gritar a su espalda.

Pero no se detiene.

De ese futuro que otros habían trazado para ella y que, de pronto, se ha vuelto imposible de sostener.

Corre sin mirar atrás, aunque cada parte de su cuerpo le grita que lo haga. Sabe que, si se detiene, si duda un solo segundo, todo la alcanzará. El dolor. El recuerdo. Él.

No sabe hacia dónde va. No tiene un destino. No hay un lugar seguro esperándola al final del camino.

Pero eso ya no importa.

Porque huya donde huya… lo único que necesita es seguir corriendo.

9

Espero que algún día puedas perdonarme.

No te mereces esto, pero necesito tiempo, necesito irme.

Prometo que cuando vuelva te lo contaré todo.

Con cariño, Vera.

Es lo único que Vera es capaz de decirle a Fran. Un mensaje triste, cobarde, enviado por WhatsApp tras su huida. Sabe que él ha ido a buscarla a casa de sus padres y cuando enciende el móvil ve 20 llamadas de él. Se merece una explicación y lo sabe, pero no puede enfrentarse a él. No puede mirarle a la cara. No ahora.

Su madre intenta suavizar el golpe, poner palabras donde ya no las hay, pero Vera sabe que le ha hecho daño. Mucho. Quizá irreparable. Y lo piensa de verdad: Fran merece a alguien mejor que ella. Alguien que le acompañe en esa vida estable segura que ella creía querer hasta hace poco. Porque para Vera eso es Fran, seguridad. Pero todo ha cambiado, algo en su interior demanda más, anhela más.

Sin embargo, él un profesional brillante, educado, de buena familia, apuesto… todo lo que cualquier mujer desearía.

—Debo de estar loca por dejar escapar a alguien así —murmura entre sollozos mientras su madre la abraza.

—Hija mía, la vida es un misterio. Tú no has querido hacerle daño —susurra Laura, acariciándole el pelo.

—Soy muy mala persona, mamá —llora Vera, con la voz rota.

—No digas eso. Ahora duele… pero el dolor también pasa.

Los días avanzan lentos, pesados.

Vera se refugia en los preparativos del viaje a Croacia. Sus padres discuten con ella cada noche por la misma razón. Sus amigas tampoco apoyan su decisión. Para todos, esto no es más que una huida, una salida a todo lo que ella misma ha creado, la excedencia del hospital, Fran, la muerte de Ladka…

Quizá lo sea. Quizás Vera solo quiere huir, encontrarse ella misma, no tener que dar la cara a las personas que ha herido. Quizás sea eso, una egoísta.

Pasa las noches leyendo una y otra vez el libro de Ladka, memorizando cada palabra, buscando información sobre Croacia, sobre Radomir, sobre cualquier detalle que le dé sentido a todo. Intenta que su padre recuerde, que hable, pero Marko se cierra en banda en cuanto escucha el nombre del pueblo.

Hasta que, por fin, llega el día.

Darío aparece en casa de sus tíos con una maleta enorme y una emoción que a Marko le resulta casi ofensiva.

—Cuida bien de Vera —le dice, abrazándolo con fuerza—. No sabéis qué os vais a encontrar allí, y necesito saber que ella estará bien. Tráela de vuelta a casa.

—Quédate tranquilo, tito. La cuidaré —responde Darío sin dudar.

Marko se acerca a su hija. Le toma las manos.

—Aún estás a tiempo de quedarte. Podemos irnos donde tú quieras. Un viaje en familia.

Vera siente que las lágrimas le queman los ojos.

—Papá… necesito ir. Necesito conocer la tierra de Bakica. Te prometo que cuando vuelva haremos ese viaje. Mamá, tú y yo. Donde queráis.

Sabe que su padre está decepcionado. Lo ve en su mirada. Pero también sabe que ya no hay marcha atrás.

Y, extrañamente, desde que Mimi compró los billetes, todo está en calma. No hay pesadillas. No hay voces. No hay susurros.

—Vera —dice su madre de pronto—. He traído esto para ti.

Laura saca de una pequeña caja un colgante con una cruz sencilla.

—Mamá… si tú no eres creyente.

—Eso ahora da igual. Está bendecida por el párroco. Por favor, no te la quites nunca.

Laura se la coloca al cuello con manos firmes.

—Es preciosa. No me la quitaré —promete Vera, acariciando el metal frío.

Se abrazan. Se besan. Lloran.

Darío observa la escena a cierta distancia y, con voz baja, dice:

—Tenemos que irnos, Vera.

Un último beso.

Una última promesa.

Una última mirada atrás.

Vera no sabe si lo que deja atrás es su vida… O lo último que aún la protegía.

10

El comandante del avión anuncia el aterrizaje en la pista del Aeropuerto Franjo Tuđman, en Zagreb, Croacia. El vuelo ha sido cómodo y corto. Viajar en clase Business es lo mejor del mundo. Todo gracias a Darío, claro está. Incluso la sala VIP de Madrid, donde han esperado tres horas hasta el siguiente vuelo, ha sido toda una experiencia.

Llegan al atardecer, así que la eficaz asistente de su primo ha reservado una noche en el Hotel Le Premier. Vera y Darío bajan del avión los primeros y avanzan por el pasillo que conecta con el aeropuerto, en busca de sus maletas.

Parece un viaje más de tantos que han hecho juntos: Bali, Tailandia, Nueva York… Siempre que pueden se escapan los dos. Darío para ver arte y conocer mujeres despampanantes; Vera para ver mundo, descubrir playas y, cómo no, visitar todas las bibliotecas.

Al salir del aeropuerto, un hombre con traje sostiene un cartel con el nombre del señor Darío Radic. Es su chófer para llevarlos al hotel.

— Me encanta esta parte, me hace sentir importante —dice él, riéndose por lo bajo mientras levanta un brazo para indicarle al chófer que es él.

—Eres todo un divo, primo —ríe Vera entre dientes.

—¡Somos, querida primita, somos!— Dice mientras se coloca las gafas de marca con mucho estilo.

Entre risas saludan en un inglés perfecto al chófer y se suben al coche. Desde pequeños, Darío y Vera recibieron clases particulares con un profesor nativo de inglés británico. Sus padres insistieron siempre en que debían dominarlo como segunda lengua; decían que les ayudaría en la vida y en el trabajo. Claro, pensaban que Vera continuaría el legado familiar y estudiaría Arquitectura, así que cuando se decantó por Enfermería fue un chasco para ellos. En fin, al menos el inglés le sirve para sus continuos viajes.

Aún no ha anochecido y, durante el trayecto, Vera puede admirar la ciudad. Es muy diferente a Sevilla. Al salir de la zona del aeropuerto ve carreteras amplias y fluidas, rodeadas de zonas verdes. A medida que el coche se adentra en Zagreb, la ciudad se vuelve más cercana, más humana. Ya no hay campos ni vías abiertas. Aparecen calles anchas, trazadas con una lógica antigua, pero ordenada, donde los edificios no compiten entre sí. Todos guardan una altura similar, como si existiera un pacto silencioso.

Vera empieza a fijarse en las fachadas.

No son monumentales, pero sí elegantes. Colores apagados: amarillos envejecidos, verdes suaves, grises cálidos. Hay marcas del tiempo, pequeñas grietas, pero nada parece abandonado. Es una ciudad que cuida lo que envejece.

Pasan junto a plazas abiertas. No grandes ni turísticas, sino plazas vividas. Bancos ocupados, niños en bicicleta, parejas hablando en voz baja. Hay cafés con mesas al aire libre, gente leyendo, fumando despacio, mirando pasar el tranvía. Nadie parece tener prisa.

Los tranvías azules cruzan las calles con naturalidad, como si llevaran décadas marcando el pulso de la ciudad. Su sonido metálico no molesta; acompaña. A Vera le recuerda a algo antiguo, casi familiar, aunque no sabe por qué.

Ve árboles altos incluso en pleno centro. No decorativos, sino robustos, con sombra real. La ciudad parece haber crecido alrededor de ellos, no al revés. Esa mezcla de piedra y verde le resulta extrañamente tranquilizadora.

Los comercios son discretos.

Pequeñas librerías, tiendas de flores, escaparates sobrios. Nada grita. Nada reclama atención. Es una ciudad que espera ser mirada, no fotografiada.

La luz empieza a cambiar.

El sol de julio no cae a plomo como en Sevilla. Aquí se filtra entre edificios y hojas, creando sombras más nítidas, más frías. Vera siente un leve escalofrío, casi imperceptible, como si su cuerpo reaccionara antes que su cabeza.

Cuando el coche aminora frente al hotel, Vera tiene la sensación de que ya ha entrado, incluso antes de bajarse.

Como si la ciudad, sin decir nada, hubiera tomado nota de ella.

Mientras Darío realiza el check-in, Vera recorre con la mirada el vestíbulo del hotel. Magnífico, amplio, con una luz cálida. No hay música alta ni jaleo de gente hablando. Todo es calma.

Llegan a la habitación doble, donde encuentran todo su equipaje ya colocado. Una botella de champán con dos copas, junto a una cesta de fruta fresca, les da la bienvenida sobre la mesa de la entrada. Todo resulta muy acogedor. La habitación dispone de una sala central que hace las veces de comedor y un dormitorio en cada extremo, cada uno con su baño privado.

- Esto es maravilloso —exclama Vera mientras acaricia las cortinas aterciopeladas de color burdeos—. Necesito ver las vistas.

Sale a la terraza para admirar la ciudad. La noche ya ha caído y, aunque la temperatura ha descendido un poco, el ambiente sigue siendo cálido, con una suave brisa que agita su pelo suelto.

— Es una lástima que mañana tengamos que irnos —dice Darío, acercándose con dos copas de champán y entregándole una a Vera.

— Sí… este sitio tiene una magia especial. Su aroma me recuerda a…

—A Bakica —la interrumpe Darío, mientras ambos miran al horizonte.

Durante unos segundos permanecen en silencio, sumidos en sus propios pensamientos, respirando el aire de la ciudad mientras beben pequeños sorbos de sus copas.

—Bueno, es hora de refrescarse —rompe él el silencio, saliendo de la terraza—. Recuerda que tenemos mesa reservada en una hora para cenar en el restaurante del hotel. Y sé lo mucho que te encantan los baños largos con espuma…

— ¿Y si nos quedamos en la habitación…? —Vera pone cara de pena, intentando que su primo se apiade de ella y suspenda la cena. Solo quiere descansar.

— De eso nada, monada. En el salón contiguo al restaurante hay una exposición de cuadros y quiero verla. Así que, princesa, vístase, maquíllese y péinese, porque… tenemos una cita —dice guiñándole un ojo.

—Te odio —le saca la lengua en tono burlón.

— Me amas, y lo sé —responde Darío entre risas, mientras se encierra en su habitación, dejando a Vera con la palabra en la boca y una sonrisa resignada.

Una hora más tarde cenan en un salón decorado con absoluta exquisitez, mientras Vera habla de la arquitectura del hotel. Aunque no se dedica a ello, su padre le ha transmitido siempre su amor por la arquitectura. Y, como Marko le decía desde niña, Vera es capaz de ver el alma de cada edificio.

—Ahora, al terminar, iremos al salón —dice Darío mientras apura el postre —. Me han dicho que exponen la obra de un artista local muy valorado.

Recorren el pequeño salón en silencio. Cada uno observa las obras a su manera, con su propio tiempo. Por casualidad, el artista se encuentra allí mismo y Darío no pierde la oportunidad de entablar conversación con él.

Vera se detiene frente a un cuadro al óleo de un pueblo. Es pequeño, antiguo. Casas de piedra, calles empedradas. Una pequeña plaza ocupa el centro. Está pintado con todo lujo de detalle: luces, sombras, incluso el lago. Si se mira durante el tiempo suficiente, parece posible estar allí dentro.

¿Será así Radomir?, no sabe por qué ese cuadro le resulta familiar.

Bakica nunca habló demasiado del pueblo, pero siempre dijo que era un lugar detenido en el tiempo. Como ese cuadro.

Darío se coloca a su lado y empieza a hablar animadamente.

—Iván es el artista. Hemos quedado en que visitará Sevilla para exponer su obra allí. Son exquisitos, la verdad —dice mientras contempla el mismo cuadro

que observa Vera—. ¿Nos retiramos ya? Tienes cara de cansada.

—Sí… la verdad es que necesito dormir —suspira Vera, lanzando una última mirada al lienzo.

Se dispone a salir del salón cuando tropieza con un hombre. Es alto, quizá atractivo, aunque pese a la buena iluminación no logra verle bien el rostro. Viste de negro, con un elegante abrigo.

—Discúlpeme, no miraba por dónde iba —se apresura a decir Vera.

—No se preocupe, no ha sido nada —responde el hombre, con acento marcado, en un castellano perfecto.

Vera alza la vista para disculparse de nuevo… y se queda muda.

Unos ojos violetas la miran con intensidad. Cree ver cómo su boca se curva en una media sonrisa, aunque extrañas sombras le cubren el rostro. Su mirada la hipnotiza. Durante unos segundos, Vera se pierde en esos ojos, incapaz de moverse.

La voz de Darío despidiéndose del artista la devuelve a la realidad.

—Lo… lo siento —tartamudea Vera, dirigiéndose apresuradamente hacia la puerta.

—Bienvenida a mi tierra, Vera. Te estaba esperando —dice el hombre a su espalda.

Un escalofrío le recorre la columna. Lentamente, gira el cuerpo para preguntarle cómo sabe su nombre, qué quiere decir con eso.

Pero allí no hay nadie.

Con el corazón desbocado, busca al desconocido por toda la sala. Entonces, al volver la mirada al cuadro, le parece ver una sombra en su interior. Una presencia que antes no estaba.

¿Se está moviendo?

—Esos ojos… —susurra Vera para sí misma.

—¿De qué hablas, Vera? —Darío le toma la mano en ese instante.

—De nada. ¿Nos vamos a dormir, por favor?

Salen del salón en dirección al ascensor. Sin embargo, Vera siente una mirada clavada en su espalda.

Y, de algún modo, sabe que volverá a ver esos ojos.

11

El sueño de Vera es inquieto y fragmentado. Durante la noche no consigue apartar de su mente esos ojos violetas que la han mirado. Aún los siente en la piel, en la marca… como si no se hubieran ido con el despertar.

Cuando suena el despertador, ella ya está preparada. Se ha duchado y ha recogido todo para el viaje en coche al pueblo.

—¡Qué temprano te has levantado! —dice Darío bostezando—. Eso no es normal en ti. ¿No era cómoda la cama?

—Sí, mucho. Pero estoy algo nerviosa. Prefiero que nos vayamos pronto —responde, esquivando la mirada de su primo para que no vea las ojeras de una noche sin descanso—. ¿Quieres que, mientras tú te duchas, encargue el desayuno al servicio de habitaciones?

—Buena idea. Anoche me dijeron en recepción que ya tenían el coche listo para cuando quisiéramos cogerlo.

—Perfecto.

Vera descuelga el auricular y encarga un desayuno completo.

Unas tostadas, fruta y dos cafés después, ponen rumbo al pueblo en el flamante Mercedes color azul noche. Vera introduce las coordenadas en el GPS integrado mientras Darío ajusta el asiento y los espejos a su gusto.

—Según el GPS, tardaremos unas cuatro horas en llegar —explica Vera—. Parece que el pueblo está en una zona montañosa.

—Prepárate, que vienen curvas —responde Darío, colocándose las gafas de sol, sintonizando la radio y arrancando rumbo a su destino.

La primera parte del viaje transcurre bien. Hablan de la ciudad, comentan los paisajes que van dejando atrás y ríen con las canciones que suenan en la radio. Pero a medida que abandonan las zonas más urbanas y se adentran en áreas montañosas, el ambiente cambia. El silencio se vuelve más denso. Darío apaga la radio y presta más atención a la carretera, cada vez más estrecha y llena de curvas cerradas.

—¿Qué estamos haciendo? —piensa Vera mientras observa, a través de la ventanilla, el frondoso bosque que atraviesan.

La voz mecánica del GPS rompe el silencio al anunciar que en diez minutos llegarán a su destino. Ambos se miran. La tensión crece. Vera tiene el impulso de pedirle que dé la vuelta, que regresen al hotel lujoso, a la seguridad conocida. Pero suspira y guarda silencio.

De pronto, una niebla densa se cierne sobre la carretera. Aparece de la nada, como si las nubes hubieran descendido del cielo para cubrir el acceso al

pueblo. Darío reduce la velocidad hasta que alcanzan una carretera más estrecha, donde un cartel anuncia: Bienvenido a Radomir.

Dejan atrás el letrero y la niebla se disipa como por arte de magia, como si su única función hubiera sido ocultar lo que ahora se muestra con absoluta claridad.

Entran en un pequeño pueblo de calles estrechas y casas de piedra. Tal como les describió Bakica, el lugar parece detenido en el tiempo. El GPS los conduce directamente a la plaza mayor. Es amplia, quizá demasiado para el tamaño del pueblo.

Radomir se debate entre lo antiguo y lo moderno: casas de piedra, columnas y arcos rodean la plaza de suelo arenado, en contraste con un letrero de farmacia o los pocos semáforos que han encontrado al llegar. Es un viaje al pasado, a una época de vida austera y sencilla, donde los tenderos exponen fruta, carne y pescado, y las mujeres hacen sus compras con gastadas bolsas de rafia.

La gente va y viene, pero Vera siente cómo, por el rabillo del ojo, todos observan el elegante coche negro que acaba de aparcar.

Con la incómoda sensación de estar siendo observados, bajan del vehículo, aunque deciden dejar el equipaje dentro hasta encontrar alojamiento.

Con paso inseguro, se dirigen a un bar de la plaza para preguntar a la gente del pueblo. Mientras cruzan, hombres y mujeres los miran sin disimulo alguno. No hay sonrisas. No hay saludos corteses.

Solo rostros que parecen formular la misma pregunta silenciosa:

¿Qué hacéis aquí, forasteros?

—Buenas tardes. Me llamo Vera y buscamos un alojamiento para pasar unos días —dice Vera en inglés al hombre que está detrás de la barra del pequeño bar.

El hombre se queda mirándola con gesto hosco y hace un movimiento brusco con la mano, dejando claro que no les entiende. En ese momento, una chica joven, una adolescente, cruza unas palabras con él en tono elevado. Refunfuñando, el hombre se da la vuelta y se dirige a lo que ellos suponen que es la cocina.

—Perdonadlo, no estamos acostumbrados a tener turistas y no habla otros idiomas —dice la chica en un inglés algo tímido—. Me llamo Katerina y él es mi padre, Petar.

—Encantada, Katerina. Yo soy Vera y él es mi primo Darío. Estamos buscando un lugar donde alojarnos en el pueblo unos días. ¿Conoces algún sitio?

—¿Aquí? ¿En Radomir? ¿Por qué queréis quedaros en este pueblo? Aquí no hay nada —bufa Katerina, con un deje de desprecio en el tono.

—La verdad es que hemos venido a conocerlo. Nuestros abuelos nacieron aquí y queríamos entender nuestras raíces —responde Vera.

No sabe qué la lleva a contar esa versión de la historia, pero piensa que quizá alguien en el pueblo pueda recordar a sus abuelos.

Durante unos segundos, Katerina los observa en silencio. Luego, como suele pasar con los adolescentes, su expresión cambia y se vuelve más abierta, incluso divertida.

—Será divertido teneros por aquí. ¿Podrás contarme cosas de fuera? ¿De dónde sois?

Empieza a hacer preguntas sin parar, con curiosidad ansiosa, y Vera responde:

—Claro. Si quieres, cuando estemos instalados, una tarde tomamos un café y hablamos de lo que quieras.

Vera intenta mostrarse cercana y amable, consciente de las miradas inquisitivas de los hombres del bar.

—Aquí no tenemos hoteles ni nada parecido. Pero la madre de mi amiga Ivana tiene habitaciones vacías en su casa. Le vendrá bien el dinero. Enviudó hace poco y ahora están solas las dos, así que la segunda planta de la casa sería prácticamente vuestra.

—Eso suena estupendo, Katerina —dice Darío, aliviado.

—Acompañadme, no está lejos.

La chica sale de detrás de la barra y echa a correr plaza a través.

Un rato más tarde, tras negociar las condiciones del alquiler, Vera y Darío deshacen las maletas en la acogedora casa de Anja, la madre de Ivana. Anja no habla nada de inglés, pero su hija, al igual que Katerina, se desenvuelve bien porque lo estudia en la escuela.

La casa es grande, de dos plantas, con muros de piedra y tejado de madera. El dormitorio es amplio y fresco, con un gran ventanal que da a la plaza, al lago y a las ruinas del castillo. Anja solo dispone de una habitación, pero cuenta con una cama de matrimonio grande y un cuarto de baño completo. No es la primera vez que Vera y Darío comparten dormitorio, así que aceptan sin dudarlo.

—La gente aquí es algo extraña, ¿no? —pregunta Darío mientras cuelga la ropa en el armario—. ¿Has visto cómo nos miraban?

—Supongo que no están acostumbrados a gente de fuera. En unos días seguro que son más amables. Las chicas se han portado muy bien.

En ese momento, Ivana y su madre se asoman por la puerta. Ivana pregunta si todo está bien y si están cómodos. Anja mantiene una sonrisa tímida mientras su hija le traduce que están muy contentos.

—Mi madre es una cocinera excelente. Disfrutaréis mucho de sus comidas, ya lo veréis.

—Estoy segura de que sí —responde Vera mirando directamente a Anja—. Muchas gracias —añade en croata, una de las pocas frases que Bakica le enseñó.

Anja baja la mirada y sonríe, cogiéndole la mano.

—Sed bienvenidos a mi casa —dice en croata.

Ivana traduce sus palabras y ambas se giran para salir de la habitación. Pero se detienen a medio camino. Anja le dice algo a su hija y vuelven a girarse.

—Mi madre quiere saber vuestro apellido.

—Es verdad, perdonad. No os lo he dicho antes. Somos Vera y Darío Radic.

Anja se queda inmóvil. El miedo le cruza el rostro y se santigua. Empieza a hablar rápido con su hija, casi discutiendo. Ambas gesticulan, sin llegar a un acuerdo. Finalmente, Anja parece ceder. Niega con la cabeza y se acerca a Vera, entregándole un pequeño libro mientras dice:

—Neka te Bog čuva od njega… Neka te čuva od Dravena.

Sin añadir nada más, abandona la habitación.

Vera baja la vista al objeto que tiene entre las manos: una Biblia. Alza la mirada hacia Ivana, preguntando en silencio qué acaba de pasar.

—Que Dios te guarde de él. Que te guarde de Draven —susurra Ivana.

Y, sin decir nada más, se va.

12

Vera se queda paralizada al ver cómo Ivana cierra la puerta de la habitación al salir. Sus dedos aprietan con fuerza el libro mientras, en su mente, solo queda el eco de un nombre.

Draven.

¿Por qué ha dicho eso Anja? ¿A qué se refería?

Aunque Vera ha sido criada en la religión cristiana, podría decirse que es más bien agnóstica o no practicante. No sabe qué hay, no lo ve, no lo siente; para ella, la existencia de un Dios siempre ha sido inexplicable. Sin embargo, las palabras de Anja despiertan en ella una sensación nunca antes vivida: la necesidad de protección, como si algo más grande que ella pudiera sostenerla.

De forma instintiva se lleva la mano al colgante que le ha dado su madre y, con el metal frío entre los dedos, susurra:

—Señor, ayúdame.

Darío contempla la escena desde el ventanal, en silencio. No puede evitar preguntarse en qué se han metido, por qué están allí. Pero hay algo que sí tiene claro: su prima está en peligro. No sabe por qué ni de quién, pero su instinto es protegerla.

Vera siempre ha sido fuerte, decidida, valiente. De esas mujeres que parecen no necesitar a nadie a su lado. Pero él conoce también su parte más vulnerable: su delicadeza, su orgullo, su necesidad constante de proteger a los demás. Crecieron cuidándose el uno al otro: de los niños de la escuela, de novios y novias, de situaciones comprometidas. Pasara lo que pasara, siempre estaban juntos. Y eso no va a cambiar ahora.

Con paso decidido, Darío se acerca. Con suavidad, toma el libro que Vera sostiene y, con un gesto tierno, le aparta un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Estoy aquí contigo. Todo va a ir bien, Vera.

Ella lo mira directamente a los ojos. No dice nada. Solo asiente con un leve movimiento de cabeza.

No hacen falta más palabras mientras terminan de colocar el equipaje. Solo se oye la brisa entrando por el ventanal, cargada de un aroma ya reconocido. El olor a lirios.

La noche cae pronto y la mesa de Anja se llena de manjares para la cena. Cuando Ivana los llama, se sientan: Vera y Darío a cada lado de la mesa, presidida por las dos mujeres de la casa. Ivana no exagera; todo está exquisito. Vera saborea cada plato mientras la joven le explica en qué consiste cada receta.

La escena podría parecer cotidiana, una cena familiar como tantas otras. Pero Vera no puede evitar fijarse en que Anja mantiene entrelazado en la mano un rosario de cuentas negras, del que no se separa ni un instante.

Minutos antes, ha insistido en cerrar todas las ventanas de la casa, a pesar del calor de la noche. Dice que así evita que entre nada de fuera. Todo resulta enigmático, pero Vera se esfuerza por mantener la cordialidad.

—Mis abuelos nacieron aquí. Se llamaban Mirko y Ladka Radic. Quizá tu madre los conociera, aunque abandonaron el pueblo hace muchos años —dice Vera mientras prueba el mejor pan que ha comido nunca.

Ivana traduce sus palabras a su madre. Anja asiente con un gesto cargado de temor. Dice que sí, que conoce la historia de sus abuelos. Pero añade que no puede hablar de ello. Si quieren saber algo más, deberán acudir a Zora una anciana que vive a las afueras del pueblo y que fue amiga de la infancia de Ladka.

Mientras Ivana traduce palabra por palabra, Anja la agarra del brazo y añade algo en un tono bajo y apresurado.

Ivana traga saliva antes entender lo que dice su madre:

— Aquí no estás segura. Que lo que tiene que hacer es abandonar el pueblo y no volver nunca. Ellos aún no saben que está aquí, pero no tardarán en pedir explicaciones. Por favor… vete. Esta misma noche. Vete y vive tu vida lejos de aquí. — traduce mentalmente pero sin decir palabra alguna.

Ivana mira a su madre, extrañada por sus palabras, y duda si traducirlas. El pueblo siempre ha estado rodeado de viejas leyendas y supersticiones, pero ella no cree en ellas. Son cuentos de viejas, se repite la juventud una y otra vez.

Así que, sin pensarlo dos veces, decide decirle a Vera algo que no tiene nada que ver con lo que su madre acaba de decir.

—Mi madre dice que el pueblo es precioso y que la zona del lago tiene las mejores vistas. Que podéis quedaros en la casa todo el tiempo que necesitéis. Está encantada de teneros aquí.

Darío y Vera se miran en silencio. Algo no encaja, y ambos lo saben. La intensidad de las palabras de Anja no coincide en absoluto con lo que Ivana acaba de traducir. La mujer parece ansiosa, casi asustada. Aun así, Vera asiente, con la mirada clavada en los ojos suplicantes de Anja.

Con un profundo suspiro, la mujer se levanta de la mesa arrastrando la silla y, sin mediar palabra, se retira.

—No hagáis caso a mi madre —dice Ivana mientras empieza a retirar los platos—. Es de la vieja escuela y está llena de supersticiones. Pero es muy buena mujer. Aquí estaréis bien.

Cuando Vera y Darío se levantan para ayudar, Ivana se niega en redondo.

—No, por favor. Sois nuestros huéspedes. Id a descansar, habéis tenido un viaje largo. Yo me encargo de todo.

El cansancio empieza a hacer mella en ambos, así que, tras insistir una vez más sin éxito, se retiran a la habitación.

—¿De verdad crees que Anja ha dicho lo que su hija nos ha traducido? —pregunta Darío desde el cuarto de baño.

—No lo creo —responde Vera con voz apagada—. Pero ¿qué más podemos hacer? Sin saber el idioma lo vamos a tener difícil aquí. Espero que más gente hable al menos inglés.

—Mañana lo averiguaremos —contesta Darío a lo lejos.

El sonido del agua de la ducha llena la habitación. Darío tardará un rato; siempre disfruta de una ducha larga antes de dormir. Mientras tanto, Vera se pone un fino camisón de raso —la noche promete ser calurosa— y se dirige al gran ventanal, que permanece cerrado.

Ignorando la advertencia de Anja de mantener todas las ventanas cerradas, lo abre y respira la brisa nocturna.

Las vistas son magníficas. Abajo se extiende la plaza del pueblo; al fondo, el inmenso lago a los pies de las ruinas del castillo; a la derecha, otro edificio antiguo, bien conservado.

¿Qué será ese edificio?, piensa. Parece una capilla, una iglesia antigua. Mañana preguntará a Ivana.

La luna permanece alta, resplandeciente. Es creciente, pero su luz se derrama sobre el lago con una intensidad casi plena. Hay algo en esa estampa que le resulta extrañamente cercano. Sabe que la ha visto antes, aunque todo sea nuevo para ella.

Algo parece moverse entre las sombras de la plaza, bajo los arcos que la rodean. Vera escudriña la oscuridad, pero no distingue nada.

Será un animal, se dice, tratando de tranquilizarse.

Entonces, un sonido rompe el silencio. El sutil repicar de una campanilla.

Vera dirige la mirada al centro de la plaza. Y la sangre se le hiela.

Cuatro figuras inmóviles se alzan en medio del espacio vacío. Visten capas largas, con grandes capuchas que ocultan sus rostros. Permanecen en una postura fija, casi desafiante: piernas abiertas, brazos ocultos bajo las capas, la cabeza erguida… en dirección a ella.

Por su complexión fuerte y alta, Vera no duda de que son hombres.

Durante unos segundos interminables, se observan mutuamente. Vera se aferra a la esperanza de que sean simples transeúntes nocturnos.

Pero no se mueven.

No hablan.

No cambian de postura.

Siente sus miradas clavándose en la piel. Instintivamente, se cruza la bata de satén sobre el pecho, como si así pudiera protegerse. Se siente expuesta, juzgada, medida. Esos hombres están allí por ella.

Un roce en el hombro la saca del trance.

Darío acaba de salir de la ducha y está detrás de ella.

—Pero ¿qué coño…? —exclama al ver a los hombres en la plaza.

Uno de ellos, el que está un paso por delante, el que parece liderar al grupo, alza lentamente el brazo y la señala.

El terror se apodera de Vera. Solo logra emitir un grito ahogado.

—¿Quiénes sois y qué narices queréis? —grita Darío hacia la plaza mientras aparta a su prima de la ventana.

No obtiene respuesta.

Sin pensarlo más, cierra el portón del ventanal y conduce a Vera hasta la cama, envolviéndola con su cuerpo.

—¿Quiénes eran? ¿Qué querían? —pregunta ella, aterrada, dejándose acunar.

—No lo sé —responde Darío—. Pero lo averiguaremos.

Se meten en la cama abrazados y apagan la luz, intentando dormir.

De madrugada, algo despierta a Darío. Tal vez pasos en el pasillo, aunque no está seguro. Vera duerme a su lado; el medio lorazepam que ha tenido que darle ha hecho efecto y su rostro muestra una calma artificial.

Darío se levanta y, movido por un impulso, se acerca al ventanal. Son las tres de la madrugada. No debería haber nadie fuera.

Entreabre uno de los portones.

—No puede ser… —susurra.

Su voz se apaga.

En el centro de la plaza hay una figura.

Es uno de los hombres.

Sigue allí, inmóvil, con la misma postura desafiante, la cabeza alzada en su dirección. Está solo. Los otros han desaparecido.

Y en ese instante, Darío lo comprende.

Siempre serán observados.

Cierra el ventanal con cuidado y regresa a la cama, sintiendo cómo el miedo se le clava en los huesos

13

La mañana llega sin prisas. Una calma extraña se instala en la casa. El sol despierta perezoso entre nubes y el rocío gotea entre los árboles del bosque. Vera nunca ha visto una belleza natural así: árboles centenarios de hojas verde oscuro forman un manto frondoso que protege las aguas tranquilas del lago. La brisa que proviene del bosque se cuela por el ventanal, juega con su pelo suelto y le susurra algo al oído. No distingue palabras, pero las siente.

La plaza del pueblo despierta poco a poco, cobrando vida. Los comerciantes abren sus negocios intercambiando saludos mañaneros; la gente camina de un lado a otro con su existencia sencilla y repetida. Todo parece sacado de un cuento antiguo. Nada que ver con el amanecer de Sevilla: tráfico, prisas, miradas que no se cruzan.

—Me recuerda a la escena del principio de La Bella y la Bestia. ¿Sabes cuál? —pregunta Vera divertida a su primo Darío, que en ese momento se está poniendo los zapatos.

—Ya llega el panadero como siempre, su mismo pan viene a vender… —empieza a cantar Darío a pleno pulmón mientras se levanta y la toma de la mano—. Desde el día que llegué, todo sigue igual…

—Una muchacha de lo más extraña, siempre en las nubes suele estar…

Vera se une a la canción y ambos bailan por la habitación, riendo, desafinando sin pudor. Darío se sube a la cama para interpretar a Gastón y Vera acaba en el suelo, doblada de risa.

—¿Cuántas veces habremos visto esa película? —dice ella entre carcajadas, observando cómo su primo baja de la cama tras su actuación.

—¡Es tu Disney favorito! Me obligabas a verla una y otra vez —responde él en tono burlón.

Unos golpes secos en la puerta interrumpen las risas. Ivana asoma la cabeza, algo desconcertada por el alboroto.

—Eh… buenos días —titubea—. El desayuno está preparado para cuando queráis.

Los primos intercambian una mirada cómplice y asienten.

—¡Buenos días, Ivana! Claro, ya bajamos.

Se sientan a desayunar en silencio. Vera percibe que Adja no está cómoda con su presencia, aunque necesita el dinero. Así que intenta suavizar el ambiente.

—He visto un edificio precioso cerca del lago. Parece una capilla antigua.

—Ah, te refieres al monasterio —responde Ivana llevándose un trozo de fruta a la boca—. Es muy antiguo. Aún viven allí algunos monjes que no quieren abandonarlo, aunque está casi en ruinas. Dicen que no pueden dejar atrás tanta sabiduría. Tienen una biblioteca inmensa.

—¿Una biblioteca? —pregunta Vera, con los ojos brillantes.

—Sí. Está abierta al pueblo. Podéis ir si queréis.

—Has dicho la palabra mágica —resopla Darío—. Vera es incapaz de resistirse a una biblioteca, y cuanto más vieja, mejor.

—Entonces tenéis que ir. Preguntad por el padre Luka. Es el encargado. Tiene más de ochenta años, está algo ciego, pero se sabe cada libro de memoria. Le ayuda Matej, un novicio joven. También nos da informática en el instituto. Es muy majo.

—Pues hoy mismo iremos —concluye Vera guiñándole un ojo a su primo, que responde llevándose la mano a la frente en un gesto de hastío exagerado.

El desayuno termina entre anécdotas del instituto y del pueblo. Incluso Adja participa con alguna risa discreta. Entre todos recogen la mesa. Mientras lleva los platos a la cocina, Vera pregunta a Ivana:

—Ayer tu madre mencionó a una anciana amiga demi abuela. ¿Sabes quién es?

—Será Zora —responde Ivana—. Vive a las afueras, en una granja. Si quieres, esta tarde puedo acompañarte, cuando salga de clases de repaso. Me han quedado 4 en el instituto y mi madre me mata si falto.

—Me encantaría. Te recojo al salir. Y si necesitas ayuda con los estudios, Darío puede ayudarte, es un crack dando clases.

Le da un codazo a su primo para que asienta mientras toma un trago de su segundo café.

—Una cosa más… —añade Vera bajando la voz—. Anoche vi a cuatro hombres encapuchados en la plaza. Miraban directamente a mi ventana. No se movían. ¿Sabes quiénes pueden ser?

El rostro de Ivana se ensombrece. Guarda silencio unos segundos. En ese momento pasa Adja cerca y su hija le habla en susurros en croata. La mujer se santigua tres veces y toma a Vera de la mano, llevándola hasta un viejo butacón.

Darío se une a ellas. Adja habla deprisa, gesticulando, alternando la mirada entre todos. Al terminar, indica a Ivana que traduzca.

—Mi madre dice que vuestro apellido aquí está maldito —explica Ivana—. Que habrá hombres vigilándolos para averiguar vuestras intenciones. Dice que desconfiéis de todo el mundo.

Luego se apresura a añadir:

—Pero es muy supersticiosa. Aquí nunca pasa nada. Solo… no les gustan los forasteros.

Vera sostiene la mirada suplicante de Adja. No entiende del todo, pero siente el miedo de la mujer. Le toma las manos con suavidad.

—Iremos con cuidado. Se lo prometo.

No hacen falta traducciones. Adja lo entiende y se acerca para darle un suave beso en la mejilla. Después, sale de la sala sin decir nada más.

Poco después, Vera y Darío recorren el pueblo. Los niños juegan en la calle; algunos con móviles, otros a canicas o cartas. Las madres charlan en la puerta de los comercios. Es una infancia distinta, viva.

Algunos hombres, al pasar junto a Vera, murmuran una palabra y escupen al suelo.

—Prokleta.

Una y otra vez.

Vera guarda la palabra en su memoria para preguntar después por su significado a Ivana

Se alejan del pueblo por un sendero que se adentra en el bosque. Hayas, robles, abetos enormes. Troncos antiguos, sólidos, cargados de historias calladas. El silencio es denso, respetuoso. Allí, la magia parece posible.

El sendero desemboca en el lago. Oscuro, inmenso. El sol se refleja en su superficie.

Darío se agacha y hunde la mano en el agua.

—Está fría.

—Este lugar es precioso —dice Vera—. No me extraña que a Bakica le costara marcharse.

—Una pena lo del castillo —responde él mirando a lo lejos—. Está en ruinas.

Vera vuelve la vista hacia el castillo… y se queda quieta.

—¿Has visto eso? —susurra—. Esa sombra.

Darío afina la vista.

—Sí… que extraño, eso no estaba antes ahí.

Vera siente un escalofrío en la nuca cuando escucha un susurro.

—¿Has dicho algo? —pregunta Darío sin mirarla.

Ella niega despacio.

Darío levanta la vista hacia el castillo.

—Vera… —dice en voz baja—. Vámonos.

Vera permanece inmóvil, con la vista perdida en el castillo.

Algo la retiene allí. Algo la ancla al lugar.

Está esperando… aunque no sabe qué.

Darío se inquieta. Su cuerpo reacciona antes que su mente: el pulso se le dispara, la respiración se le vuelve corta, irregular. Mira a un lado y a otro, alerta, con la sensación clavada en la nuca de que no están solos. Hay algo allí. Lo siente con una claridad insoportable. Una presencia que los observa… paciente. Esperando. Pero no logra ubicarla. No hay movimiento. No hay sonido. Solo ese silencio antinatural que lo envuelve todo y la sombra difusa del lago.

Entonces sucede.

El aire cambia.

Una corriente helada le recorre la espalda, calándole hasta los huesos. El cielo, que hacía apenas un instante estaba en calma, comienza a oscurecerse como si algo lo devorara desde dentro. La luz se apaga poco a poco, como si alguien la estuviera retirando del mundo. El lago, inmóvil hasta entonces, adquiere una quietud aún más perturbadora, como si contuviera algo bajo su superficie.

Y en el centro… algo se mueve.

Una figura emerge lentamente sobre el agua. No es un hombre, pero conserva su silueta. No hay peso en sus pasos, no hay ondas en el lago. La superficie no se altera al sostenerlo, como si aquel lugar lo reconociera… como si lo hubiera estado esperando desde siempre.

Un destello violeta rompe la oscuridad.

Dos ojos.

Una mirada imposible, etérea, que no pertenece a este mundo.

Y entonces la voz.

Suave. Baja. Casi dulce.

—Te estaba esperando, Vera. Bienvenida a tu hogar.

El pánico golpea a Darío con una violencia brutal. No es miedo. Es algo más profundo. Más primitivo. Su cuerpo lo entiende antes que su mente: aquello no es humano. No debería estar ahí.

La figura comienza a avanzar.

No camina. Se desliza. Lentamente. Sin prisa.

Directamente hacia ellos.

El frío aumenta con cada paso, volviéndose insoportable, como si la temperatura descendiera solo a su alrededor. Darío siente que el aire se espesa, que respirar cuesta, que cada segundo pesa más que el anterior.

Sus piernas reaccionan antes de que pueda pensar. Da un paso atrás. Luego otro. Mira a derecha e izquierda, desesperado, buscando una salida que no existe.

Y entonces lo ve.

El monasterio.

Sin pensarlo, la alza en volandas. Vera reacciona, forcejea, le grita que la suelte, que la baje, pero Darío no se detiene. Corre. Corre con la certeza visceral de que allí, tras esos muros antiguos, estarán a salvo.

A duras penas alcanza las puertas.

Golpea, empuja, grita.

Como si alguien los hubiera estado observando, las hojas de madera se abren de golpe. Un monje aparece, los hace pasar sin una palabra y cierra de inmediato tras ellos, echando el cerrojo.

Lo han conseguido.

Están dentro.

Darío cae al suelo, arrastrando consigo a Vera. Ambos quedan tumbados sobre la piedra fría, con la respiración entrecortada, mirando al cielo del claustro.

El sol vuelve a brillar… hasta que una sombra les tapa la luz.

Una voz grave rompe el silencio:

—¿Quiénes sois vosotros?

15

El interior del monasterio huele a velas e incienso. Los muros de piedra proporcionan un frescor constante, incluso cuando el sol está en lo más alto. Vera siente la paz que transmite el lugar, una calma profunda que le afloja poco a poco el nudo del pecho.

Se encuentran en una gran sala que hace las veces de salón. Aunque hay lámparas colgadas del techo, los monjes mantienen velas encendidas por doquier, lo que otorga al espacio un aire antiguo, casi sagrado. Las sombras se alargan sobre las paredes de piedra, suavizando el silencio.

Vera, ya más calmada, bebe despacio un vaso de agua que le ha traído el monje que les abre las puertas. Darío, en cambio, conserva una expresión de nerviosismo; no deja de caminar de un lado a otro, incapaz de quedarse quieto, buscando respuestas a preguntas que no se atreve a formular en voz alta.

—¿Dónde se ha metido el monje que nos abrió? —pregunta Darío con impaciencia—. No consigo recordar su nombre. ¿Por qué no pueden llamarse todos Juan o Paco? ¿De verdad son tan difíciles los nombres croatas?

—Tranquilízate, Darío —le aconseja Vera—. Nos dijo que se llama Matej. Es el novicio del que habló Ivana, el que da clases de informática en el instituto.

Justo en ese instante, cuando Darío va a replicar, la puerta se abre y aparece Matej acompañado de un monje anciano. Su caminar es lento, pero seguro, como si hubiera recorrido aquellos pasillos miles de veces y no necesitara guía alguna.

—Vera, Darío —comienza el novicio—. Este es el Padre Luka, abad del monasterio. Es el mayor rango de nuestra comunidad… y el hombre más sabio que conozco.

—Ya, ya, ya —interrumpe el anciano con una leve sonrisa—. Hijo mío, déjate de tantas formalidades. Podéis llamarme simplemente Padre Luka.

El abad da unas palmaditas cariñosas en el brazo del novicio. Vera percibe al instante que entre ambos existe una relación especial, hecha de respeto, admiración y afecto sincero.

—Decidme… —pregunta con voz suave, lanzando la frase al aire, como si no lograra verlos del todo— ¿a quién ha guiado el Señor hasta nuestras puertas?

—Padre Luka, me llamo Vera, y este es mi primo Darío —responde ella—. Queríamos agradecerle su hospitalidad. No ha sido la mejor de las llegadas,

pero prometemos que, de una forma más civilizada, teníamos pensado visitarle.

—¿Civilizada? —murmura Darío entre dientes—. Algo nos perseguía…

—¡Primo, por favor! —le corta Vera en voz baja.

Padre Luka esboza una sonrisa tranquila.

—Venid, sentaos a mi mesa. Mi humilde comida es vuestra —dice con naturalidad—. Y contadme, mientras tanto, a qué se debe tanto nerviosismo. En la casa del Señor no hay inquietud que no pueda ser escuchada. Pero antes… —añade inclinando levemente la cabeza— repetid a este pobre anciano vuestros nombres y apellidos. La memoria ya no es lo que era.

—Me llamo Vera Radic Cano, y él es Darío Radic Méndez.

—Radic… —las letras salen despacio de la boca del monje—. Ese apellido me es familiar.

—Nuestros abuelos vivieron aquí, pero tuvieron que emigrar junto a nuestros padres —contesta Darío mientras toma lo que parece ser una cerveza suave de un viejo vaso.

—¿Sois nietos de Ladka? —se apresura a decir el Padre Luka, con cierta sorpresa—. ¿Qué os ha traído a este lugar remoto? ¿Cómo están vuestros abuelos? Yo era prácticamente un recién llegado cuando los conocí.

Vera y Darío se miran, con la tristeza reflejada en los ojos. No hace falta responder.

—Que Dios los tenga en su Gloria —susurra el monje—. Eran buenas personas. Tu abuela llevaba una carga que espero que tú no hayas heredado.

—¿A qué se refiere, Padre? —se inquieta Vera—. ¿De qué carga me habla?

—Todo a su debido tiempo —responde con calma—. Si los caminos del Señor os han traído aquí, no seré yo quien se interponga. Pero antes de nada, comed. El día es caluroso y, por lo que me dice Matej, algo os ha perturbado ahí fuera.

El Padre Luka habla con palabras serenas mientras el aroma de un guiso llena la sala. Otros monjes, silenciosos, entran en la estancia y van tomando asiento para la comida, como si en el salón no hubiera dos desconocidos.

—Gracias, Padre —dice Darío, algo más tranquilo—. Por cierto, ¿dónde habéis aprendido a hablar un español tan perfecto?

—Ay, hijo mío… —sonríe el anciano—. Si algo tiene un monje es tiempo. Y, por supuesto, una biblioteca llena de libros de todos los rincones del mundo. Todos nosotros hablamos varios idiomas para poder transmitir la palabra de Dios a cualquier visitante.

—La biblioteca… —Vera levanta la cabeza del plato—. Nos lo comentó Ivana. ¿Podríamos visitarla más tarde?

—Por supuesto —responde el Padre Luka—. Yo mismo os haré de guía. Aunque mis ojos sean viejos e incapaces de cumplir su cometido, conozco cada rincón y cada libro de esa biblioteca.

La comida transcurre en calma y silencio, lo que permite a Vera pensar en lo que ha visto. Fue real. No puede haber sido su imaginación. Darío también lo vio. Jamás le ha visto tan asustado.

Un pensamiento la sacude.

¿Estará su primo en peligro?

Darío es la persona a la que más quiere en el mundo. No soportaría que le pasara algo. Debe ser fuerte. Debe plantar cara… ¿Pero a qué? A esos ojos violetas.

Un calor le recorre el cuerpo al recordarlos. Ya los ha visto antes. Y algo dentro de ella sabe que, quizá en otra vida, fueron importantes. Muy relevantes.

El sonido de vajillas y platos la devuelve al presente cuando ve acercarse al novicio.

No sabe cómo, pero el Padre Luka ya no está a su lado. ¿En qué momento se ha ido?

El novicio se detiene junto a Vera y deja un cuenco vacío sobre la mesa.

—El Padre Luka os espera en la biblioteca —dice en voz baja—. Ha pedido que vayáis ahora.

—¿Ahora? —pregunta Darío—. Pero… ¿No estaba aquí hace un momento?

Matej asiente lentamente.

—Siempre está donde debe estar.

Vera siente un escalofrío. Se pone en pie, y al hacerlo, nota de nuevo ese leve ardor en la clavícula, como una advertencia silenciosa.

Algo va a ser revelado.

Y una vez sepa la verdad, ya no habrá vuelta atrás.

Vera se levanta despacio, siguiendo al novicio por el pasillo de piedra. Antes de cruzar el umbral, vuelve la vista atrás. Darío la observa con una sonrisa forzada, intentando parecer tranquilo. Ella le devuelve la mirada.

No te dejaré sola, susurra su primo.

Pero una voz, profunda y antigua, resuena dentro de ella.

Nunca has estado sola

16

A Vera le parece entrar en otro mundo.

Siempre que cruza el umbral de una biblioteca siente algo especial, pero aquella… aquella es distinta. Allí se respira sabiduría. Cada rincón invita a leer, a detenerse, a meditar. Ese lugar es el hogar de mil mundos, y Vera quiere conocerlos todos.

Durante unos instantes olvida todo lo ocurrido: la sombra, el castillo, incluso el verdadero propósito de su viaje.

Cada detalle está dispuesto con intención. Largas estanterías se alzan hasta el techo, repletas de libros antiguos y volúmenes encuadernados en cuero, custodiadas por enormes escaleras móviles que permiten alcanzar cualquier conocimiento oculto en las alturas. Amplias mesas de madera descansan bajo ventanales que dejan entrar la luz natural, bañando las páginas abiertas con una claridad suave y respetuosa.

En esas mesas se percibe el paso del tiempo: años de estudio, de dedicación silenciosa, de manos que han buscado respuestas entre palabras escritas siglos atrás. La estancia está perfectamente iluminada, acogiendo cada lectura sin prisa. Hay espacio para todos los monjes, para trabajar sin molestarse, como si el saber exigiera también silencio y respeto.

El Padre Luka está sentado en una amplia mesa de madera. Es redonda y ocupa el lugar más iluminado de la estancia.

—Como ya se habrán dado cuenta —explica el novicio en voz baja mientras avanzan hacia él—, la visión de nuestro abad es reducida. Aun así, no quiere dejar de leer ni de cuidar sus libros, así que hace unos años dispusimos esta mesa en la zona más luminosa de la biblioteca.

—Yo pensaba que todos los monasterios eran oscuros, con ventanas pequeñas —comenta Darío distraídamente.

—Aquí no —responde Matej con serenidad—. Aquí la luz de nuestro Señor lo ilumina todo.

Sin más palabras, llegan hasta la mesa del Padre Luka. El joven novicio les invita a tomar asiento. El abad tiene ante sí un libro antiguo, grueso, que parece un registro. Con la ayuda de una lupa, recorre lentamente las páginas, buscando algo concreto.

—Aquí está —dice al fin con un leve entusiasmo, acompañando sus palabras con un pequeño golpecito sobre el papel—. Mirko y Ladka Radic, casados en la primavera de 1949.

Levanta ligeramente la cabeza.

—Jamás olvidaré cómo tu abuelo miraba a tu abuela. No entiendo de amor romántico —añade con una sonrisa suave—, pero si tuviera que describirlo… estoy seguro que serían ellos.

Vera siente cómo una lágrima le resbala por la mejilla. Darío aprieta con delicadeza su mano. La historia de sus abuelos siempre la conmueve: ese amor limpio, ese peso silencioso que cargaban, esa devoción absoluta por la familia. Fueron únicos. Y lo demostraron con sus actos.

—Además —continúa el Padre Luka—, ocurrió algo curioso. Lo recuerdo bien porque fue una solicitud poco común. Al casarse, tu abuelo adquirió por voluntad propia el apellido de tu abuela. Tu apellido, Vera: Radic.

Hace una breve pausa.

—La tradición dicta que es la mujer quien adopta el apellido del hombre, pero insistieron tanto que lograron un permiso especial del propio cardenal. Nunca me dijeron por qué.

Vera frunce el ceño y mira a su primo.

—Nunca nos contaron esa historia… ¿Por qué lo harían?

—Ni idea —responde Darío en voz baja.

Pero ambos saben que esa decisión no fue casual.

—Tu abuelo era muy querido en el pueblo. Provenía de una buena familia de la zona y todos decían que tenía un futuro prometedor —empieza a relatar el Padre Luka, como si desenterrara una historia antigua—. Hasta que conoció a tu abuela. Nadie entendió su amor. No es que Ladka fuera una joven mala… sino que su linaje la perseguía, y el pueblo la evitaba. Todos menos tu abuelo, que cayó rendido a sus pies en cuanto la miró.

—Padre… ¿A qué se refiere con lo del linaje de mi abuela? —pregunta Vera.

—A tu marca, hija mía. No puedo verla ahora con estos ojos cansados de tantas cosas vistas, pero sé que la llevas en el hombro. Todas las Radic la tenéis. ¿Tu abuela nunca te habló de ella?

Vera se acaricia la marca. Recorre despacio su forma circular, sintiendo cada tramo, deteniéndose donde el dibujo se quiebra. Luego vuelve al inicio y repite el gesto. Desde niña, cada vez que está nerviosa o piensa demasiado, hace lo mismo, una y otra vez, hasta calmarse.

—No… —responde al fin—. Sé que tengo la misma marca que mi Bakica, que nos une de algún modo. Pero nadie me ha contado nada más. En su último aliento me pidió que no viniera nunca a este pueblo.

—Palabras sabias de alguien que ha conocido el infierno en carne propia —susurra el Padre Luka—. Y aun así, aquí estás.

—Padre Luka, necesito respuestas —dice Vera con un hilo de voz—. Siento algo… algo que me ata a esta tierra, a este lugar. Pero no sé por qué.

—Solo puedo contarte las habladurías del pueblo —responde—. Son gente supersticiosa, pero desde hace siglos él ha estado ligado a vuestro linaje. Desde mucho antes de lo que imaginas. Las mujeres Radic son llamadas por algo… algo que ni yo mismo alcanzo a comprender.

El monje se santigua.

—Un demonio, un ente que camina entre nosotros. A veces adopta forma humana, otras veces es solo sombra… y otras domina la voluntad de quienes lo rodean. Por eso las mujeres Radic siempre han sido vigiladas.

El Padre Luka parece envejecer de golpe. Su voz se vuelve un susurro cansado.

—Debes tener cuidado. Encuentra tus respuestas y marchaos de aquí. El pueblo es piadoso, pero ellos se reunirán para observar cada paso que des. Cuídate de lo que puedas tocar… y de lo que no, Vera.

En ese instante, un destello de luz atraviesa el ventanal e ilumina la pequeña cruz que Laura le regaló.

—Dios está contigo, Vera —dice el Padre Luka, dándole un suave beso en la mejilla—. Prometo darte respuestas a tus preguntas en otro momento, pero este viejo necesita descansar los huesos. Puedes quedarte aquí o, si lo prefieres, visitar la sala de arte. Allí podrás ver la mano de Dios en cada pincelada.

—¿Tenéis sala de arte? —salta Darío de pronto, sorprendido.

—Será un placer enseñártela —responde el novicio Matej, haciéndole un ademán para que lo acompañe.

—Vera, ¿vienes? —pregunta Darío, mirándola.

—Ve tú —responde ella—. Me gustaría quedarme un rato en la biblioteca, si no os importa.

—Por supuesto. Coge el libro que quieras —sentencia el abad mientras, con pasos cansados, se dirige hacia la puerta.

Vera se queda por fin sola en la estancia. Su cabeza da vueltas con todo lo que el Padre Luka le ha revelado.

Camina despacio entre estanterías interminables. Está maravillada por la cantidad de libros que alberga la biblioteca. No solo hay volúmenes antiguos de teología, sino también ensayos, teatro, novelas… De vez en cuando toma uno, lo hojea y lo devuelve a su lugar. Siempre ha encontrado paz entre libros. Las palabras la consuelan.

Sin darse cuenta, sus pasos la conducen hacia la zona menos iluminada de la estancia.

Alza la vista y recorre los lomos en busca de títulos. Sonríe al pensar que necesitaría dos vidas para leerlos todos.

El tiempo pasa sin que lo note y, al darse cuenta de que Darío no regresa, se dispone a abandonar la biblioteca cuando un sonido rompe el silencio.

Tilín.

Se gira, pero no hay nadie.

Tilín.

Esta vez suena más cerca. Más insistente.

Atraída por el tintineo, avanza hasta la última estantería. Allí el sonido es más claro, casi una llamada. De pronto, un libro cae al suelo, como si alguien lo hubiera empujado desde dentro.

Mira el libro. Luego el hueco vacío en el estante.

Con cautela se agacha y lo recoge. Está cubierto de polvo, como si llevara siglos sin ser tocado. Sacude la cubierta con la mano.

El corazón se le detiene.

Es de cuero negro y, en el centro, hay un símbolo. Su símbolo. La marca de nacimiento.

Con gesto tembloroso recorre el círculo abierto con la yema del dedo, igual que hace con su propia marca, reconociéndolo como suyo.

Abre la primera página.

Diario de Danica Radic.

Con la lentitud de una escena a cámara lenta, sin apartar la vista de la caligrafía pulcra y refinada, Vera se sienta en un banco… pasa página y lee con ayuda del traductor del móvil:

17

Diario de Danica
1810 año del Señor

Si este libro ha llegado a tus manos,
es porque llevas mi sangre.
Eres una Radic.

No sé en qué tiempo vivirás ni qué mundo te habrá sido dado,
pero si lees estas palabras, tal vez aún exista esperanza para ti.
La esperanza que a mí me fue negada.

Dejo aquí constancia de aquello que nunca se nos permitió nombrar.
Una verdad que, pronunciada en voz alta, me habría conducido a la hoguera.
Durante generaciones, a las mujeres de mi linaje se nos condenó al silencio.

Me llamo Danica Radic.
Escribo para que sepas quién fui…
y para que comprendas quién eres.

¿Por dónde comenzar a relatar una vida de sufrimiento y de marca?

Fui señalada desde el mismo instante de mi nacimiento, por llevar en la piel un signo que ni quise ni pedí. Nuestra maldición iba más allá del reclamo de Él: nuestra condena fue ser tratadas como apestadas, como parias entre los hombres.

Mi madre murió cuando yo aún era una niña. Nunca supe de qué manera.

Las malas lenguas murmuran que se quitó la vida y que por ello arde en el infierno.

Yo no lo creo. Pienso que simplemente se marchó, vencida por el peso de la existencia. La vida se la llevó.

Aún recuerdo su voz cuando me cantaba al caer la noche, el olor a lirios que la acompañaba cuando me estrechaba entre sus brazos, y los mechones sueltos que escapaban de su moño mientras recogía las verduras del huerto.

Hasta que un día ella desapareció, sin despedirse.

Nadie quiso hacerse cargo de una niña de siete años marcada por la maldición.

Así fue como los monjes se hicieron responsables de mí.

Crecí entre muros de piedra, rezos constantes y libros antiguos. Fueron severos conmigo, y desde muy joven hube de trabajar al servicio del monasterio y de quienes lo habitaban. Limpiaba los suelos, preparaba los alimentos y lavaba las ropas.

Más, gracias a ellos, también me convertí en una mujer instruida. Aprendí a leer y a escribir; me enseñaron doctrina, números y los movimientos del cielo. Aquellos saberes fueron lo más cercano a la felicidad que he conocido en toda mi vida.

En ocasiones debía descender al pueblo para proveerme de alimentos, pieles u otros enseres. Los aldeanos toleraban mi presencia, pero jamás me ofrecieron afecto alguno. En sus miradas siempre hubo recelo, y en sus silencios, desprecio.

Al cumplir los quince años, algo comenzó a cambiar en mí.

Susurros pronunciando mi nombre quebraban el silencio de la noche.

Sombras velaban la luz, y los sueños me negaban el descanso que tanto anhelaba al recostarme en mi lecho.

La marca, que hasta entonces no había sido más que una mancha sobre mi piel, comenzó a arder. No era un dolor pasajero, sino un fuego interior que no me abandonaba, ni siquiera durante los momentos de rezo.

Llegué a pensar que la locura se había apoderado de mí, que aquella sería la maldición de la que tanto me habían prevenido los lugareños.

Más mi mirada, contra toda voluntad, se dirigía siempre hacia el castillo junto al lago.

Allí había algo que me llamaba, que me reclamaba con un fervor creciente, como si me conociera desde antes de que yo pudiera recordarlo.

En una noche sofocante, cuando el sueño se negaba a concedérseme, me acerqué a la orilla del lago en busca de alivio.

Fue allí donde conocí a mi destino.

A mi maldición.

Un hombre surgió de la nada. Vestía de negro y su semblante era sereno, casi solemne. Al instante supe que mi vida había quedado ligada a la suya.

Me sostuvo con la mirada. Sus ojos eran de un violeta profundo, imposible.

No era un hombre; lo supe sin necesidad de prueba alguna. Había oído historias sobre una entidad que habitaba el castillo y reclamaba a doncellas.

Pero comprendí entonces que aquellas historias estaban equivocadas.

No reclamaba a cualquiera.

Me reclamaba a mí.

—Danica… por fin nos encontramos en persona —dijo. Su voz era cálida, melosa, y de él emanaba un aroma familiar. Un aroma a lirios.

—¿Quién eres? —logré preguntar.

—Sabes quién soy —respondió con seguridad—. Mi nombre es Draven y tu marca me pertenece. Tú me perteneces. Y ha llegado el momento de que me acompañes.

Un terror profundo se apoderó de mí. Mi voluntad se quebró en aquel instante, deseosa de avanzar hacia él, pero en lo más hondo de mi ser supe que aquello no estaba bien.

Corría peligro.

Huí.

Mientras corría, pude oírle a mi espalda:

—Corre, pequeño cervatillo asustado. Pero serás mía tarde o temprano. He aguardado siglos por ti.— No sé si estas fueron sus palabras exactas o si el tiempo las ha deformado, pero así quedaron grabadas en mí.

No dejé de escuchar su risa, suave y jovial, hasta que alcancé las puertas del monasterio. Fui directa a la capilla, caí de rodillas y recé como jamás lo había hecho.

Padre… ayúdame.

18

Vera cierra el diario con más cuidado del necesario, intentando dar sentido a lo que ha leído.

El silencio de la habitación se le antoja distinto, más espeso, como si el aire hubiera aprendido a escuchar. Durante unos segundos no es capaz de moverse.

Las palabras de Danica siguen resonándole en la cabeza con una claridad incómoda, como si no las hubiera leído, sino recordado.

¿Puede ser real?

Una antepasada suya ha dejado constancia de su sufrimiento. De su dolor.

Draven.

Ese nombre le resulta inquietamente familiar. No recuerda dónde lo ha oído antes, pero sabe que existe. Lo siente.

Pero no puede ser… El diario está fechado en 1810. Y ahora están en 2026. Es imposible.

Y, sin embargo, pronunciar ese nombre le resulta cercano, casi cotidiano. Como si siempre hubiera estado ahí.

Draven.

Con sumo cuidado apoya el cuaderno sobre la mesa y se frota las manos, intentando sacudirse la sensación de frío que le ha trepado por los brazos.

No lo consigue.

Entonces, un sonido estridente la saca del ensimismamiento.

Su móvil.

—Dios… por un momento me he olvidado del móvil. Pues no parece que sea yo la que está en 1810 —se recrimina en voz baja.

Es un mensaje de Blanca. Le pregunta cómo está y le pide, casi le exige, que la llame. Está preocupada.

Vera suspira y teclea con rapidez, como si volver al presente le costara un pequeño esfuerzo.

Estoy bien, Blanca.

No te preocupes.

En cuanto llegue a casa te llamo.

Te quiero.

Pulsa enviar.

Durante un segundo se queda mirando la pantalla apagada, con la sensación incómoda de que el mundo moderno —mensajes, móviles, fechas— es ahora lo irreal.

Y el diario…

Eso sí ha sido real.

La puerta se abre y Vera ve entrar al novicio junto a su primo, hablando animadamente sobre arte.

—Desde luego, este monasterio es una caja de sorpresas —dice Darío entusiasmado—. Jamás habría imaginado encontrar estas obras en un lugar de culto. Y esta biblioteca… es magnífica.

Con aire divertido, mira a su prima, que permanece sentada en un banco bajo el ventanal, con un libro entre las manos. Tiene un gesto ausente, casi lejano.

—¿Has encontrado algo que haya llamado tu atención, prima?

Vera lo observa en silencio mientras acaricia el lomo del libro, un gesto automático que le provoca cierto consuelo allí donde las palabras siguen resonando con violencia en su cabeza.

Antes de que responda, entra el Padre Luka. Su aspecto es más descansado; su paso parece haber recuperado parte de la firmeza que la edad le ha ido robando.

—Matej —dice con suavidad—, ¿por qué no servimos a nuestros invitados una taza de té antes de que se marchen? Imagino que ayudará a calmar las tormentas de este día.

—Claro, padre. Ahora mismo —responde el novicio.

Con una mirada cómplice, el abad toma asiento junto a Vera, sin apartar los ojos del libro que ella parece proteger entre las manos.

—Veo que has hallado respuestas a tus preguntas, hija mía.

Vera deja el libro sobre la mesa, aunque no se desprende de él del todo.

—Padre… ¿Quién es Draven? ¿O debería preguntar qué es Draven?

El anciano guarda silenció unos segundos antes de hablar.

—Draven es tu destino. Tu lucha. Aquello a lo que tu linaje está unido desde mucho antes de que nacieras. No puedo decirte qué es… porque ni yo mismo lo sé. Años de lecturas, de aprendizaje y de vida no me han otorgado el conocimiento suficiente para desentrañar ese misterio —dice en tono íntimo—. Eso, me temo, es tarea tuya.

Vera contiene la respiración.

—Tal como yo lo veo,tienes dos caminos —continúa—. Regresar a tu tierra y vivir allí, siempre atraída por este lugar… o quedarte y comprender qué destino ha escogido el Señor para ti. Esa es, quizá, la decisión más importante de una vida.

—Padre, yo…

—Y una cosa más antes de que decidas —la interrumpe con suavidad—. Debes saber que no estás en peligro solo por aquello que no puedes definir. Hay personas atadas a tradiciones, miedos y supersticiones que te pondrán en el punto de mira.

El tono del anciano se vuelve grave.

—Personas que verás como normales: el panadero, el tendero, la profesora amable… Ellos vigilarán tus actos, tus decisiones. Y si creen —porque lo creerán— que pones en riesgo su forma de vida, tomarán partido en tu destino. Se hacen llamar la Hermandad del Círculo, y son tan antiguos como aquello a lo que temen.

Hace una pausa.

—Tu camino no será fácil, Vera.

Coloca su mano sobre la de ella, que sigue fría sobre el libro.

—Llévatelo. Léelo. Y decide qué camino quieres tomar.

En ese momento, entra el novicio con una bandeja, una tetera humeante y varias tazas.

—Bien, ya está el té. Tomemos algo caliente y contadme cómo es la vida en España —dice con una sonrisa—. Este anciano solo conoce el mundo a través de sus libros.

Darío, dando algo de intimidad a su prima, finge ojear un volumen cercano. Pero no puede evitar escuchar cada palabra.

Y en ese instante, una idea se abre paso en su mente. Clara. Brutal. La única posible.

Para que Vera esté a salvo, debe encontrar a Draven.

Y debe matarlo.

No hay otro modo.

—¿Por qué no nos contaste la verdad, Bakica? —susurra, con el corazón encogido.

19

Tras despedirse —no sin antes agradecer la hospitalidad— de los monjes, Vera y Darío caminan despacio de regreso al pueblo. Ambos tienen demasiadas cosas en la cabeza, pero el silencio entre ellos no resulta incómodo. Es un silencio compartido, cargado de pensamientos que todavía no saben cómo ordenar.

La media tarde cae cuando llegan a la plaza. Los comerciantes comienzan a bajar las persianas de sus negocios, cerrando el día para volver a sus casas. El aire sigue siendo cálido, pero las sombras empiezan a alargarse sobre el empedrado, despidiendo lentamente la luz.

—¡Vera, Vera! ¡Por fin te encuentro!

Ivana aparece cruzando la plaza a la carrera, agitada pero sonriente.

—Llevo toda la tarde buscándote. ¿No habíamos quedado para ir a ver a la vieja Zora?

—Ivana, lo siento muchísimo —responde Vera—. Darío y yo nos hemos entretenido en el monasterio y se nos ha pasado la hora. Mañana, si te parece bien, vamos.

—Vale, no te preocupes —dice despreocupada—. ¿Os ha gustado la biblioteca? ¿Habéis conocido al profe Matej? ¿A que es guay?

Vera no puede evitar sonreír ante el torrente de preguntas de la adolescente.

—Sí, es muy simpático. Y la biblioteca es preciosa —contesta entre risas.

Vera se detiene en el centro de la plaza, justo en el lugar donde la noche anterior había visto a aquellos hombres. Levanta la vista hacia la ventana de su dormitorio. Ha sido un día de revelaciones, de emociones demasiado intensas. Sabe que debe tomar una decisión, y pronto. Pero su cabeza es un torbellino. Necesita aire. Normalidad.

De pronto se gira hacia su primo y, como ha hecho mil veces a lo largo de su vida, pregunta simplemente:

—¿Una cervecita?

—Pensé que nunca lo ibas a decir —responde Darío con un gesto exagerado de alivio.

Los tres se encaminan al bar de Katerina y se sientan en la terraza. Es un local antiguo, revestido de madera, con olor a vino añejo y a tiempo detenido. Reconfortante. Casi familiar.

—Voy dentro a pediros las cervezas —dice Ivana animada.

—Pide para ti un refresco, Ivana. Invitamos nosotros —añade Vera.

La adolescente asiente efusiva y entra al bar. Sabe que allí estará su amiga, y mientras ellos beben cerveza, ella podrá charlar con Katerina sobre ese chico que tanto le gusta del instituto.

Al cabo de unos minutos, Petar aparece con dos jarras grandes, frías, coronadas de espuma. Las deja sobre la mesa sin decir palabra y se marcha con gesto hosco.

La noche empieza a caer sobre la plaza y con ella llega el frescor que tanto parece agradecer el pueblo. La gente sale a la calle. La terraza se llena. Vera siente las miradas, los murmullos. Sonríe por inercia, devolviendo la cortesía.

—Hay algo que me inquieta de lo que dijo el Padre Luka —dice de pronto Darío—. Lo de esa hermandad…

—¿Estabas escuchando, sinvergüenza? —replica Vera con el labio manchado de espuma—. Eres un entrometido.

—Me lo ibas a contar de todos modos, primita. No creerás que no voy a meterme, ¿no? —añade solemne—. Le prometí a tu padre que te protegería y que te llevaría de vuelta. Si no, me despelleja vivo. Y lo sabes.

Ambos ríen, imaginando la bronca monumental de Marko.

—Sabes que te lo cuento todo —dice Vera al final—. Es muy extraño todo lo que ha pasado hoy. El lago, la sombra, el monasterio… Todo parece sacado de una novela de terror. Y, sin embargo, nos ha pasado a nosotros.

Darío baja el tono.

—Creo que el Padre Luka dice la verdad, Vera. Creo que aquí estás en peligro. Y que deberíamos irnos. Cuanto antes. Sé que quieres respuestas, pero… ¿Y si no las hay? ¿Y si simplemente tienes que volver a tu vida? Al hospital, a tus amigas, a Fran…

Fran. El nombre le cruza la mente con una punzada melancólica. Fran merece a alguien que lo quiera de verdad. Y ella sabe que no puede ser esa persona.

¿Y qué vida le espera en Sevilla si no resuelve sus preguntas?

—Eres la única persona que me conoce tal y como soy —dice Vera al fin —. No puedo dejarlo pasar como si nada.

Y en ese instante lo comprende. Ya ha tomado una decisión. Necesita conocer su linaje. Su destino. Necesita saber quién es él.

La noche cae con dureza, húmeda y fría, sobre Radomir. Durante la cena, Adja comenta lo extraño del clima. Para esa época del año, las noches suelen ser cálidas, pero hoy un frío incómodo se ha adueñado de las calles.

Vera se retira pronto a dormir. El día ha sido intenso y necesita descansar. Adja, Ivana y Darío se quedan en la mesa charlando animadamente.

En la habitación, Vera se da una ducha larga que la ayuda a entrar en calor y a calmar el ánimo. Pero las palabras del abad siguen resonando en su mente.

Debes elegir tu destino…

Para distraerse, toma el libro que siempre la acompaña: Orgullo y prejuicio, de Jane Austen. Lo ha leído mil veces junto a Bakica. Cada vez que abre esas páginas es como si Ladka estuviera a su lado, suspirando por el señor Darcy.

La lectura consigue envolverla por completo cuando, de pronto, escucha de nuevo el repicar de una campanilla. Sabe que ese sonido significa algo. Se acerca despacio a la ventana. La plaza está solitaria, oscura.

Otra vez, la campanilla.

Entonces lo ve.

Una figura masculina surge de la nada, mirándola directamente, con una leve sonrisa en los labios. Vera queda cautivada. No puede apartar la vista de esos ojos violetas. El hombre inclina la cabeza a modo de saludo y extiende una mano, con la palma hacia arriba, en un gesto de invitación.

Sin pensarlo, Vera se pone la bata y baja las escaleras con cuidado de no hacer ruido. Abre la puerta y sale al exterior. El frío le eriza la piel. El viento juega con su pelo suelto.

Camina despacio hasta quedar frente a él.

—Yo te conozco —dice tras unos segundos—. Te vi en la exposición del hotel… y creo… creo que te he visto en mis sueños.

—Me llamo Draven —responde él—. Bienvenida a nuestra tierra.

Habla un español perfecto, sin rastro de acento. Toma la mano de Vera con un gesto delicado y deposita un beso cálido sobre su piel. Ella siente el contacto, el aliento, el perfume inconfundible de lirios.

—Llevo mucho tiempo esperándote, Vera.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo sé todo de ti. Quién eres, de dónde vienes, qué buscas…

Draven se acerca un poco más y aparta un mechón rebelde de su rostro.

—Desde aquí puedo sentir cómo late tu nervioso corazón. Una dulce melodía para mis oídos. No me tengas miedo Vera. Tu has venido porque tienes preguntas. Y Yo, tengo todas las respuestas, incluso aquellas que no te atreves ni a pronunciar.

Su voz se inclina hacia su oído.

—Ven conmigo y lo sabrás todo.

Vera cierra los ojos. Su cuerpo recuerda lo ocurrido en la galería. Las manos invisibles, el aliento en su cuello. El deseo mezclado con el miedo. Draven no la toca, pero ella lo siente todo como aquella vez.

Cuando abre los ojos, él se ha apartado un paso.

—Ven mañana a mi castillo. Te estaré esperando. No tendrás que pensar en el camino… tu cuerpo lo reconocerá en cuanto lo sienta. Te responderé… y luego te mostraré todo lo que deseas. Solo tú y yo.

Se inclina levemente a modo de despedida y emprende la marcha.

—¡Espera! —grita Vera, como despertando de un sueño—. ¿Quién eres?

Draven se detiene un instante.

—Soy tu destino.

Y desaparece.

Vera queda sola en la plaza. Mientras regresa a la casa, con el corazón desbocado, una certeza se instala en su interior.

Su destino tiene nombre.

Y ese nombre es Draven.

20

La luz del amanecer empieza a abrirse paso entre los pórticos de la ventana.

Vera apenas ha podido pegar ojo después del encuentro de la noche anterior. En su mente se repiten, una y otra vez, sus palabras.

Su destino.

Esa voz resuena en su cabeza. No es autoritaria, pero sí firme; cálida, aunque transmite una seguridad inquebrantable.

¿Y cómo puede hablar español? ¿Se crió allí?

Su mirada desprende una sabiduría antigua, una quietud que solo conceden los años. Y, sin embargo, no aparenta más de treinta y cinco. Se expresa de un modo poco común: amable, respetuoso… y aun así, Vera siente que quiere algo de ella de manera imperiosa.

Decide levantarse sin hacer ruido para no despertar a Darío, que duerme como un lirón, y se dirige a la ducha.

Han quedado con Ivana para ir a ver a la vieja Zora, con la esperanza de que arroje algo de luz sobre todo ese sinsentido.

Después de veinte minutos bajo el agua caliente, Vera sale del baño envuelta en una toalla y con un turbante improvisado en la cabeza.

—Buenos días, bello durmiente —dice con tono burlón.

—Bueno, bueno… solo son las nueve de la mañana —responde Darío mientras se despereza—. No se le puede llamar a esto levantarse tarde.

—Si fuera por ti, te levantarías a las dos de la tarde.

—Eso de a quien madruga, Dios le ayuda es falso —sentencia—. Empezar el día con las primeras luces del alba es de locos.

—Anda, dúchate rápido y vamos a desayunar. Seguro que Adja ya lo tiene todo preparado —dice Vera con un tono casi maternal mientras se pone unos vaqueros y una camiseta de tirantes verde agua.

—A sus órdenes, mi capitana.

Darío se dirige al baño y cierra la puerta tras de sí.

Vera, mientras tanto, se cepilla el pelo y se observa en el espejo. Tiene ojeras. Ha perdido peso desde que llegó al pueblo. Normalmente, ocurre lo contrario: viajar con Darío y dejar el gimnasio suele significar volver a casa con dos kilos de más repartidos entre las caderas y el culo.

Ahora, en cambio, ve sus ojos hundidos y los pómulos más marcados.

Se maquilla un poco. No quiere que su primo le eche la bronca por no dormir ni comer lo suficiente.

Cuando Darío sale del baño, Vera ya está lista. El pelo húmedo suelto, un toque de rubor aquí y allá, una buena máscara de pestañas. La magia del maquillaje sigue pareciéndole casi milagrosa.

—Si te crees que con un poco de maquillaje me vas a ocultar tu estado, eres más tonta de lo que pensaba —dice Darío mientras termina de abrocharse unas deportivas de Emporio Armani.

Lleva pantalones verde militar de la misma marca y una camiseta básica de Hermès. Todo un modelo.

—¿Y tú te crees que vas a desfilar por una pasarela en París? —replica Vera —. ¿Es que no tienes ropa de marca normal?

—Como dice la canción: antes muerto que sencillo —responde mientras estira una arruga invisible de su pantalón perfecto.

—Anda, anda… —ríe Vera—. Menudo presumido estás hecho. Vamos, necesito un café. Y seguro que Ivana ya nos está esperando.

En cuanto Vera abre la puerta del dormitorio, un aroma a comida recién hecha les inunda el olfato.

—¡Qué hambre tengo! Podría comerme un caballo entero —exclama Darío mientras baja las escaleras.

—Qué olorcito a café… La verdad es que el café de aquí está buenísimo —dice Vera, imaginándose ya una taza de café negro humeante entre las manos.

—La verdad es que sí.

Ambos llegan al comedor y se encuentran a las dos mujeres de la casa terminando de poner la mesa para el desayuno.

—Buenos días. Lamento el retraso, pero a alguien se le han pegado las sábanas hoy —dice Vera a Ivana con una sonrisa traviesa.

Darío está a punto de replicar cuando ve a Ivana colocar un plato lleno de kobasica, la típica salchicha croata, y otro con pan casero acompañado de kajmak. Además, sobre la mesa hay huevos fritos y una bandeja con pan, mantequilla y azúcar para el toque dulce.

—Madre mía, ¡qué pinta tiene todo! Me estoy acostumbrando la mar de bien al desayuno croata. Bye bye a las tostadas con jamón serrano del Bar Luis —dice Darío entusiasmado.

Empieza a devorar la comida con verdadero fervor, mientras Vera, con un gesto agradecido, da las gracias a Adja y le pide a Ivana que le diga a su madre que no hace falta que se esmere tanto, que con unas tostadas y café sería más que suficiente.

—No, no —responde Ivana—. Este desayuno es lo normal aquí. Y no te preocupes, lo hace encantada.

Las mujeres se sientan a la mesa y comienzan a desayunar en silencio. Todo está delicioso. Vera no se queda atrás y da buena cuenta de su plato, hasta el punto de comerse un desayuno que podría levantar a un muerto.

—Madre mía… no puedo ni moverme. Todo estaba riquísimo, Adja. Muchísimas gracias por tu hospitalidad.

—Sí, sí… todo buenísimo. Ahora mismo te pediría matrimonio —añade Darío mientras devora otra rebanada de pan con mantequilla y azúcar.

Ivana traduce el comentario a su madre y los cuatro estallan en carcajadas alrededor de la mesa. Darío siempre sabe cómo sacar una sonrisa, piensa Vera. Desde luego.

—Vera, si quieres, podemos ir ahora a casa de la vieja Zora —propone Ivana.

—Claro. Déjanos solo un momento para cepillarnos los dientes y bajamos en cinco minutos.

—Perfecto. Os espero fuera, en la plaza —dice Ivana mientras ayuda a su madre a recoger la mesa.

Diez minutos más tarde, los tres se encuentran en la plaza del pueblo, preparados para la visita. Vera está nerviosa. No sabe qué puede contarle esa mujer sobre su abuela, ni si está preparada para escuchar la verdad. Tiene demasiadas preguntas sobre el pasado de Ladka.

—Vamos, su casa está a unos veinte minutos andando —explica Ivana—. Está a las afueras del pueblo.

Darío se coloca las gafas de sol, sonríe a su prima y sigue a la adolescente, que emprende la marcha con energía desbordante. Sabe que le esperan veinte minutos de charla acelerada y un millón de preguntas.

Vera sonríe ante la paciencia tranquila de su primo y echa a andar a su lado.

Durante el camino, Ivana y Darío no paran de hablar. De cómo es España, de la vida en el pueblo… Ivana les cuenta que su sueño es ser arqueóloga y recorrer el mundo en busca de historia. Le encantan las películas de Indiana Jones y dice que gracias a ellas encontró su vocación.

Su madre no lo ve tan claro, sobre todo porque la universidad es muy cara, pero Ivana no pierde la esperanza. Darío, para animarla, le dice que intentará convencer a Adja para que la deje ir unos días de vacaciones a Sevilla y así enseñarle España. Como era de esperar, Ivana se vuelve loca de ilusión.

Algún día será un padre estupendo, piensa Vera mientras los ve reír juntos.

Darío es paciente, atento, con un corazón enorme. Le encantan los niños. Vera sabe que acabará formando una familia preciosa, a la que ella adorará y mimará todo lo posible.

Pensar en el futuro la aturde durante unos segundos. Darío siempre consigue lo que quiere, siempre lo ha hecho. Encontrará a una mujer elegante, culta, buena, que le dará la familia numerosa con la que tanto sueña.

¿Y ella?

Vera no sabe cómo será su vida cuando vuelvan a Sevilla. Ni siquiera sabe si quiere seguir en el hospital. Todo en su interior es confusión. Su vida entera parece una incógnita, piensa con una resignación amarga.

—Hemos llegado —dice de repente Ivana.

Frente a ellos se alza una casa bonita, sencilla, pero muy cuidada. Es de una sola planta, con tejado rojo y enredaderas verdes que trepan por las ventanas hasta alcanzar los aleros. La rodea un jardín lleno de flores de todos los colores, que desprenden un aroma fresco, veraniego, reconfortante.

Un camino empedrado, cuidadosamente dispuesto, conduce desde la entrada hasta una valla blanca que delimita la propiedad.

Todo en aquel lugar transmite calma. Serenidad.

—¡Zora, Zora! Soy Ivana —llama la chica en croata—. Vengo con unos amigos.

Una mujer anciana está arrodillada junto a un rosal, podando algunas hojas. Al oír la voz, levanta la vista en su dirección. Debe rondar los noventa años, quizá más, pero se mueve con una agilidad sorprendente. Tiene el cabello completamente blanco, recogido con pulcritud en un moño bajo, y lleva un sombrero de paja que la protege del sol.

Su rostro es apacible. Su mirada azul, en cambio, refleja la fortaleza de quien ha vivido mucho… y no siempre bien.

Zora se incorpora y avanza hacia la valla con paso lento, pero seguro, dejando las rosas blancas en un pequeño cesto que lleva consigo.

—Ivana, querida… hacía tiempo que no te veía —dice con una voz suave —. ¿Qué haces tan lejos de casa? ¿Y quiénes son tus amigos?

—Zora, ellos son Darío y Vera. Son primos y vienen desde España.

—¿Desde España? —repite Zora con cautela—. Eso queda muy lejos. ¿Y qué os trae a Radomir… y más concretamente, a mi casa?

—Buenos días —interviene Vera con timidez—. Hemos venido a conocer el pueblo de mis abuelos.

—¿Tus abuelos eran de aquí? —pregunta Zora—. ¿Cómo se llamaban?

—Mirko y Ladka Radic —responde Darío antes de que Vera pueda hacerlo.

Algo cambia en el rostro de Zora.

Su mirada se oscurece apenas un instante, y sus labios dibujan una leve mueca de preocupación. Durante unos segundos, observa a Vera en silencio, con una intensidad que la incomoda.

—Por favor —suplica Vera, dando un paso al frente—. Mi abuela murió hace unos meses. Necesito respuestas… y creo que usted puede dármelas.

Zora duda. Vera lo ve en sus ojos. Está decidiendo si hablar… o no.

—Se lo ruego —añade—. Solo serán cinco minutos.

Finalmente, Zora abre la puerta de la valla y les hace un gesto para que pasen.

—Prepararé té —dice con calma—. Algo me dice que esto no se resolverá en cinco minutos.

Y sin añadir nada más, se da la vuelta y camina hacia la casa, seguida por Vera, Darío e Ivana.

Entran en un pequeño salón que hace las veces de cocina. La casa de Zora es antigua, austera, con un fuego bajo para cocinar a la vieja usanza y una cacerola suspendida sobre las brasas. Del techo cuelgan ramilletes de hojas secas, atados con cuerdas finas, boca abajo.

A Vera le viene a la mente, sin poder evitarlo, los ramitos que Ladka hacía cada año por San Juan.

—Ladka todos los años hacía estos ramos por San Juan… y quemaba los del año anterior —dice en voz baja, casi para sí misma, conmovida.

—Yo le enseñé cómo se hacían —responde Zora con naturalidad—. Protegen de los malos espíritus. Me alegra saber que lo siguió haciendo.

Vera pasa la mano por uno de los ramilletes y aspira su aroma seco, familiar. El nudo en la garganta es inmediato. Cuánto la echa de menos.

—Sentaos —dice Zora—. El té estará listo en cinco minutos.

Mientras Zora prepara la infusión, los tres guardan un silencio respetuoso, casi ritual. El crepitar suave del fuego es el único sonido que llena la estancia.

Finalmente, Zora rompe el silencio.

—Yo era la mejor amiga de tu abuela —comienza a relatar—. Y eso marcó toda mi vida.

Zora toma asiento lentamente, como si necesitara medir cada recuerdo antes de dejarlo salir. Da un sorbo a su té y, tras unos segundos de silencio, empieza a hablar con una cadencia pausada, propia de quien ha contado esa historia muchas veces… aunque casi nunca en voz alta.

—Yo nací en un hogar… digamos que muy protector. Mi padre era el maestro de la escuela. Mi madre se ocupaba de la casa y, de vez en cuando, cosía o remendaba prendas para los vecinos a cambio de unas monedas o de alimentos. No éramos ricos, pero en nuestra mesa nunca faltó un plato caliente ni una prenda que nos protegiera del frío. Vivíamos cómodamente, por decirlo de alguna manera.

Hace una breve pausa antes de continuar.

—Mis padres eran estrictos con sus tres hijos. Yo era la única mujer y, además, la menor, así que siempre había alguien vigilando cada uno de mis pasos. Me enseñaron a cocinar y a limpiar, como correspondía, pero también a leer, a contar, a entender los números y por supuesto a hablar inglés. A muy temprana edad mostré una habilidad especial para la botánica. Mi padre, quizá para tenerme entretenida, me regaló un libro sobre plantas y sus propiedades medicinales. No sabía entonces que ese libro me acompañaría el resto de mi vida.

Zora sonríe apenas, con nostalgia.

—Cuando rondaba los ocho años, mis padres me permitían alejarme un poco por el bosque en busca de hierbas. Era habitual verme caminar sola por las afueras del pueblo, siempre con un cesto en el brazo.

Su voz se vuelve un poco más grave.

—Una mañana me dirigí al lago en busca de barro. Había leído que, mezclado con agua, vinagre y ciertas hierbas, ayudaba a curar infecciones de la piel. Mi hermano mayor se había hecho un corte profundo en la pierna y yo quería evitar que se le infectara.

Zora alza la mirada, como si volviera a ver aquella escena.

—Y fue allí donde conocí a tu abuela, Ladka.

Respira hondo antes de seguir.

—Era una niña pequeña, de unos seis años. Estaba sentada a la orilla del lago, mirando fijamente hacia el castillo del… ente. No se percató de mi llegada y pude observarla en silencio. Nunca entendí cómo alguien podía permanecer tanto tiempo quieta, absorta en sus pensamientos. Me acerqué y vi cómo se acariciaba el hombro con un gesto lento, repetitivo, casi inconsciente. La saludé para sacarla de su ensueño. Recuerdo perfectamente cómo me miró primero con desconcierto y, al instante siguiente, con una sonrisa inmensa. Me dijo su nombre. Pasamos allí media mañana, hablando de todo y de nada. Y en ese mismo instante supe que mi alma quedaría ligada a la suya para siempre. Que seríamos inseparables… o eso creí, con la ingenuidad propia de la niñez.

Baja la mirada.

—Cuando esa noche llegué a casa y conté lo ocurrido, mi padre se enfureció. Jamás lo había visto así. Me prohibió de forma tajante volver a acercarme a ella. Y esa misma noche… descubrí la verdad.

Zora interrumpe el relato. Da otro sorbo a su té y, de repente, se levanta con esfuerzo. Se dirige a la pequeña ventana de la cocina y toma un ramillete de flores de color lila. Lo sostiene entre las manos, lo huele, lo palpa con delicadeza. Tras unos segundos, se gira hacia ellos con una media sonrisa cansada.

—Lavanda —dice—. Calma los nervios y serena el espíritu.

Aspira su aroma una última vez y regresa a su viejo sillón.

—Mi padre —continúa, con la voz quebrada— no era un mal hombre. Pero, atrapado por creencias heredadas durante generaciones, creía cumplir una función más importante que la de enseñar a leer y escribir. Creía que su verdadero deber era proteger al pueblo del ente… y vigilar siempre a las Radic.

Su mirada se endurece.

—Generación tras generación, ese ha sido el cometido de la Hermandad. Controlar aquello que un día despertaron… y que jamás volvió a dormirse. Y para cumplir con esa responsabilidad eran capaces de todo. Incluso de arrebatar una vida, si con ello creían asegurar la paz de este pueblo maldito.

Traga saliva.

—Saltándose las antiguas normas de la Hermandad, mi padre me contó la verdad. A cambio, me hizo prometer que jamás volvería a hablar con Ladka. «El destino de esa niña no puede ligarse al tuyo, sea cual sea», me repetía una y otra vez. Yo se lo prometí… por él.

Levanta los ojos, vidriosos.

—Pero no pude cumplir esa promesa. Quisiera o no, el designio de Ladka ya estaba unido al mío desde el momento en que la vi junto al lago. Yo era apenas un par de años mayor que ella… pero en ese mismo instante nació en mí un instinto de protección que jamás me abandonó.

Zora clava la mirada en los ojos húmedos de Vera.

Sabe que no comprende todavía ni la mitad de lo que acaba de escuchar.

Y se pregunta, con amargura, hasta dónde está dispuesta a llegar esta vez con la verdad.

Si Vera es la última Radic…

¿Debe protegerla también a ella?

— Con el secreto de mi padre en el corazón, mi amistad con Ladka creció en la sombra. Pasamos juntas de una tierna niñez a una juventud alocada, siempre a escondidas. Nos veíamos en lo más profundo del bosque o a orillas del lago, lejos de miradas indiscretas. Yo aprendí pronto a reconocer cuándo Ladka era consumida por una llamada silenciosa, algo que alteraba su espíritu y la dejaba como suspendida, en trance, durante horas. Siempre que podía, la acompañaba en silencio. Le cogía la mano para que sintiera que no estaba sola en aquella lucha que ni ella misma comprendía.

A medida que se hacía mayor, los sueños empeoraron. Llegaron a despertarla en mitad de la noche, obligándola a levantarse y caminar por el bosque en dirección al castillo. Me decía que siempre lo sabía antes de que ocurriera, porque escuchaba un tintineo, como el sonido lejano de una

campanita. Al principio estaba muy desconcertada; no entendía qué le estaba pasando. Su padre jamás le contó nada y su madre había desaparecido una noche, víspera de San Juan, cuando ella era solo un bebé. Nunca volvió. Ladka estaba sola en el mundo. Bueno… sola no del todo. Me tenía a mí.

Yo había jurado no revelar jamás la historia de las Radic. Durante años guardé el secreto, pero ver cómo mi amiga perdía la cordura, cómo su mente se resquebrajaba poco a poco, me obligó a hablar. Se lo conté. Y ese fue mi gran error.

Dominada por el miedo y la confusión, Ladka fue a mi casa a pedir explicaciones a mi padre, revelando nuestra amistad. Necesitaba saber más. Mi padre, fuera de sí, la echó con amenazas, advirtiéndole que no volviera jamás. Y a mí… nunca olvidaré su mirada. Jamás me había mirado con tanto odio. Me desterró de su casa, me repudió como hija y me condenó a una muerte segura dejando a una niña de dieciséis años sola en el mundo. Prohibió a mis hermanos y a mi madre que me ayudaran. Aquella misma noche me sacó de mi hogar.

Mi mejor amiga me había traicionado… y aun así podía entenderla. No la culpaba. Aquella noche dormí a la orilla del lago, sabiendo que Ladka volvería allí. Encendí un fuego para combatir el frío, pero estaba rota, devastada. En una sola noche había perdido mi hogar, mi familia, todo lo que amaba. Creí que mi mundo terminaba allí. Y, en cierto modo, así fue.

Aquella noche fue la única vez que el diablo en persona habló conmigo.

Debía de ser pasada la medianoche cuando el viento se detuvo y las llamas de mi fuego quedaron inmóviles, como congeladas. Entonces lo escuché. El tintineo. Una campanita. Durante unos segundos mi cuerpo no respondió. El miedo se apoderó de mí. Y entonces lo vi.

Una sombra avanzaba hacia mí cruzando el lago, como si sus pies caminaran sobre las aguas en calma. A medida que se acercaba pude distinguir la silueta de un hombre. Era alto, fuerte, moreno. Cuando llegó hasta mí, su expresión dura y su intensa mirada violeta delataban una furia interior devastadora.

—¿Qué has hecho, Zora? —me dijo.

Mis labios estaban sellados por el terror; no pude articular palabra.

—Has revelado un secreto ancestral a quien no debías. Pagarás por ello. Ladka es mía, ahora y siempre. Y tú vivirás sola, sin descendencia ni amor conocido. Tendrás una larga vida repudiada, en soledad, hasta que tu anciano corazón se rompa de pena. Esa será tu condena. Mi maldición.

Y se fue, tal como había llegado.

Los sonidos del bosque regresaron. El crepitar del fuego reclamó mi atención. Y entonces lo comprendí: estaría sola durante toda una eternidad.

Las palabras de Zora se quiebran y dan paso a un llanto silencioso, profundo, como si décadas de sufrimiento encontraran por fin una grieta por la que escapar. Sus hombros tiemblan mientras intenta recomponerse.

—Tenéis que perdonarme —dice al fin, sonándose la nariz con torpeza—. Este corazón anciano sigue siendo demasiado sensible a tanta emoción… A ver… por dónde iba. Ah, sí.

No podía creer lo que me había ocurrido. Sabía quién era él. Mi padre me lo había contado. Draven. Pero jamás había maldecido a nadie del pueblo. Nunca, hasta entonces. Claro… yo me había interpuesto en lo que deseaba, y eso no lo iba a permitir. En una sola noche maduré lo que otros hacen en diez años. Acepté mi propio destino. Estaría sola, sí. Pero él no me vencería. No se lo permitiría.

A la mañana siguiente Ladka me encontró dormida entre unos matorrales, tiritando, intentando entrar en calor. Estaba destrozada. Ella se mostró arrepentida, rota por la culpa. Entre lágrimas me pidió perdón una y otra vez. Supe que era sincera. La abracé y le dije que ni mi padre ni el propio Draven lograrían apartarme de ella. Que solo yo era dueña de mi destino.

Nos fundimos en un abrazo que selló algo más fuerte que el miedo.

Fue Ladka quien me consiguió esta casita. Me dijo que había pertenecido a su abuela, que llevaba años cerrada porque su padre no quería vivir fuera del pueblo. Me la ofreció sin dudar. Entre las dos la adecentamos y la convertimos en un hogar. Aquí, alrededor de este mismo fuego, pasamos horas hablando, riendo, soñando. Aquí me habló por primera vez de vuestro abuelo… ¡Ay, qué enamorada de él estaba!

Durante años mi propósito fue uno solo: aprender todo lo posible para protegerla. Leí todo lo que estaba en mi mano sobre protección, sobre curas y porque no decirlo ya… sobre brujería. Con el tiempo, Draven se volvió cada vez más agresivo, más insistente. Al principio se presentó con cortesía, intentando seducirla. Pero como yo la había prevenido, Ladka no cayó en sus redes. Entonces llegaron los sueños, las amenazas, las personas que hablaban en su nombre, como poseídas. Ladka sabía que estaba en peligro. Sabía que, al menor indicio de rendirse, la Hermandad acabaría con ella.

Juntas resistimos. No sin dolor. A veces amanecía cubierta de cortes y arañazos, como si alguien la hubiera atacado mientras dormía. Sentía la llamada ardiendo en la piel, constante, implacable. Cuando se casó, todo empeoró. Draven comprendió que ya no la tendría por voluntad propia… pero supo entonces que sería dueño de su hija.

Logramos mantenerlo a raya durante un tiempo. Infusiones. Cataplasmas sobre la señal. Sí, la señal —dice Zora, clavando la mirada en Vera—. La misma que tú llevas en el hombro. Eso es lo que os une a él. A todas las Radic.

En sus dos primeros embarazos supe de inmediato que serían varones. No había peligro. Pero el tercero… lo supe nada más verla. Era una niña. Y esa niña estaría en peligro desde el mismo instante de nacer.

Ladka y yo nos miramos y entendimos que no quedaba otra salida que huir.

Lo planeamos todo entre los tres. Elegimos una noche de luna llena, cuando sus poderes menguan. Preparé un amuleto que solo podría protegerla durante unos instantes. Apenas unos segundos. Los justos para escapar.

Y llegó la noche.

La noche en la que vi marchar a la persona que más he querido en este mundo.

La noche en la que la perdí para siempre.

Las lágrimas de Zora caen ahora sin contención, empapando su rostro mientras el silencio de la estancia se llena de una verdad antigua y devastadora

Vera y Darío no ocultan su dolor. Las lágrimas recorren sus rostros mientras sus manos se entrelazan con fuerza. Siempre supieron que sus abuelos habían huido de algo, pero comprender ahora el precio real de esa huida les rompe el corazón.

—Zora… —dice Vera al fin, respirando hondo—. Has dicho que mi abuela esperaba una niña. Pero ella solo tuvo dos varones. Nuestros padres.

Zora fija la mirada en el vacío. Permanece inmóvil unos segundos, como si necesitara volver atrás en el tiempo para aceptar lo que acaba de oír.

—Entonces… —susurra— entonces no fue suficiente.

Se lleva ambas manos a la boca, ahogando un sollozo.

—Él ganó… —dice con la voz rota—. Se la arrebató.

Se levanta bruscamente y abandona la estancia, dejando a los tres clavados en el sitio, cada uno atrapado en sus propios pensamientos. Al cabo de unos instantes regresa con una pequeña caja entre las manos.

—Tu abuelo Mirko regaló esto a tu abuela el día que se prometieron —dice mientras la abre.

En su interior reposa un fino colgante con un pequeño semicírculo.

—Le explicó que simbolizaba que, pese a su destino y a su maldición, él la elegía a ella. Elegía quién era, incluso con su marca. Ese día decidieron llevar su apellido como acto de resistencia.

Zora traga saliva.

—La noche en que huyeron, tu abuela me lo entregó. Era lo más valioso que tenía… y aun así me lo dio. Ambas sabíamos que no volveríamos a vernos.

Alza la mirada hacia Vera.

—Mi vida está llegando a su fin. Lo presiento. Y no me arrepiento de nada, ni siquiera de la condena que he pagado por ayudarla. A él no le gustará que haya hablado contigo… pero ya poco puede hacerme.

Coloca la caja en las manos de Vera.

—Esto te pertenece. Llévalo como orgullo, no como maldición. El miedo del pueblo os dio este destino, pero el orgullo de las Radic lo ha sostenido generación tras generación.

Vera asiente, con la garganta cerrada.

—Gracias, Zora. Por todo. Sé que mi abuela te llevó siempre en su corazón.

Zora sonríe apenas.

—Que tú estés aquí es suficiente. Significa que la vida de Ladka continuó.

Vera duda un instante antes de sacar el diario.

—Encontré esto en la biblioteca. Es de una antepasada mía… Danica.

Zora niega lentamente con la cabeza.

—Ese libro no es para mí. Es solo para una Radic. Léelo. Aprende de ella. Yo no puedo ayudarte más.

Su mirada se endurece.

—Te vigilan. La Hermandad ya ha puesto los ojos en ti. No confíes en nadie. Son tan letales como él. No dudarán en actuar si ven cualquier desliz por tu parte.

Entonces se gira hacia Darío.

—Sé que quieres protegerla. Pero hay caminos en los que no serás bienvenido. A él no le gustan los hombres que se interponen en su destino. Tu abuelo lo supo.

Darío sostiene la mirada.

—Jamás dejaré que le pase nada.

Zora asiente. La conversación ha terminado.

—Ahora marchaos. No volváis. Quiero pasar mis últimos días en paz, rodeada de mis plantas y mis flores.

Vera se detiene antes de salir y la abraza con fuerza.

—Nunca podremos agradecerte lo que hiciste por nuestra familia.

—Que estés viva es agradecimiento suficiente.

Abandonan la casa en completo silencio.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, reciben la noticia.

Zora ha muerto.

Cuando las autoridades y algunos vecinos entran en la casa, encuentran a la anciana sentada en su viejo sillón, con un retrato de dos muchachas jóvenes

riendo entre flores. En una mano sostiene un ramillete de lirios. Su rostro es sereno, como si al fin hubiera descansado.

Pero es el exterior que más inquieta.

El jardín, que el día anterior rebosaba vida, aparece completamente marchito. Las flores ennegrecidas, los tallos quebrados, la tierra seca y agrietada, como si algo hubiera pasado por allí absorbiéndolo todo.

No hay señales de lucha. No hay muebles volcados, ni cristales rotos, ni nada que indique resistencia. Solo ese silencio pesado, antinatural… y la ausencia.

El aire en la cocina es denso, casi irrespirable, como si la vida hubiera sido arrancada de golpe y aún quedara suspendida entre las paredes.

Entonces lo ve.

En el suelo, trazado con cenizas oscuras, aparece un símbolo. Un círculo imperfecto. Incompleto. Abierto.

La marca.

Vera se queda inmóvil. No necesita acercarse más. No necesita que nadie diga una palabra. Lo reconoce al instante. Lo siente en el cuerpo, en la piel, en la cicatriz que parece despertar bajo su ropa.

Ha sido él.

No como un ataque. No como un error.

Como un mensaje.

Una advertencia.

Una promesa.

21

Diario de Danica

Después de aquella noche junto al lago, no volví a encontrar sosiego.

Creí que la huida bastaría, que el refugio del monasterio y el peso de los rezos podrían mantenerlo lejos. Me equivoqué. No volvió a buscarme en los caminos ni a mostrarse ante mis ojos, pero su presencia comenzó a habitar mis pensamientos con una constancia inquietante.

La sentía al despertar y al cerrar los ojos. No siempre oía su voz, pero sí su certeza.

La marca respondía a Él como si poseyera voluntad propia: ardía cuando intentaba ignorarlo y se aquietaba cuando, sin darme cuenta, dejaba que mi mente vagara hacia el castillo. Aquello me llenaba de vergüenza. Llegué a preguntarme si el mal no habría anidado ya en mi interior, si no sería yo misma la causa de mi perdición.

Las noches se poblaron de inquietud. Cada vez que buscaba descanso en el lecho, los sueños se apoderaban de mí. En ocasiones solo percibía el latir desbocado de mi corazón y una opresión profunda, como si una fuerza invisible lo sostuviera entre sus manos y lo reclamara para sí.

Dejé de dormir y de alimentarme con regularidad. Mi cuerpo comenzó a reflejar la perturbación de mi mente y de mi espíritu. Los monjes advirtieron mi estado y me preguntaron por su causa. Yo respondía únicamente que era cansancio, pues temía que pensaran que el maligno se había apoderado de mí.

Una noche, tras un sueño inquieto en el que aquel que se hacía llamar Draven reclamaba mi presencia en el castillo, busqué consuelo en la cocina del monasterio con un vaso de leche. Allí me encontré con el padre Antón, a quien el sueño también le había sido arrebatado.

Movida por el temor, le solicité confesión, y por primera vez las palabras fluyeron en voz alta en busca de alivio en otra persona. El padre me escuchó con atención, sin juicio ni reproche. Al concluir, me dijo que no estaba loca ni poseída, que simplemente había nacido bajo el linaje Radic.

Era portador de conocimiento, pues su hermano formaba parte de la Hermandad del Círculo por derecho de herencia, del mismo modo que su padre lo había sido antes que él. En confesión, su hermano le había revelado la carga del ente que sus antepasados despertaron y el vínculo que, desde entonces, une a mi linaje con esa presencia.

Por primera vez, el padre Antón quebrantó el juramento de silencio impuesto por la confesión y me ofreció comprensión allí donde yo solo había

encontrado miedo. Me lo contó todo, y aquí lo dejaré escrito, para que tú, descendiente mía, sepas a qué te enfrentas.

Corría el año del Señor de 1320.

Radomir era entonces una pequeña aldea de gentes profundamente creyentes, cuyos rezos, sin embargo, no hallaban respuesta. La escasez de alimento asolaba a la población: los niños morían de hambre, los cultivos eran devastados por lluvias interminables o por largas estaciones de sequía. Nada ni nadie encontraba consuelo en aquella época.

Un grupo de hombres, versados en saberes que iban más allá de la doctrina de la Iglesia, decidió poner remedio a la situación que amenazaba con condenar al pueblo a la desaparición. Eran siete hombres —llamados hechiceros por algunos, magos por otros— que, fuera del amparo eclesiástico, afirmaban poseer conocimientos capaces de atraer a una entidad que otorgaría prosperidad y protección a la aldea.

Fue así como levantaron el castillo junto al lago, concebido como morada para el ente que pretendían despertar y del cual esperaban amparo para los aldeanos.

Sabían que para que su protector tomara forma era necesario un sacrificio. No podía tratarse de cualquier vida: debía ser un alma pura, de espíritu altruista y ejemplo para la comunidad. Los siete no dudaron en su elección.

Nikola Radic.

Nikola era un hombre ejemplar. Siempre dispuesto a ayudar, siempre generoso en consejo y acción. Estaba casado con Milena y era padre de una niña de apenas un año de edad.

La Hermandad no consideraba aquel acto un sacrificio, sino una contribución necesaria para la prosperidad común. Por ello, una noche de luna llena, engañaron a Nikola haciéndole creer que debía acudir a una reunión sobre los cultivos junto al lago. Aquella noche se despidió de su esposa con un beso tierno y se encaminó, sin saberlo, hacia su final.

Una vez allí, los miembros de la Hermandad le hicieron beber una tisana que lo sumió en un sueño profundo. Colocaron su cuerpo sobre una mesa de piedra y dieron inicio al ritual de llamada.

La noche, hasta entonces clara, se oscureció de súbito. Los cielos se quebraron en una tormenta violenta.

Milena, presa de un presentimiento inquietante, comprendió que algo no iba bien. Dejó a su hija al cuidado de su hermana y partió en busca de su esposo.

Cuando llegó al lago, el horror se desplegó ante sus ojos. Nikola yacía desnudo de torso, dormido sobre la piedra. Seis figuras lo rodeaban, entonando cánticos con los brazos alzados. A su lado, una séptima figura empuñaba un cuchillo en alto. Tras una última frase repetida por los demás, el hombre descendió el arma y la hundió en el corazón de Nikola.

Milena gritó y corrió hacia su marido. La sangre manaba de su pecho, el puñal aún clavado. Ella repetía su nombre una y otra vez mientras sostenía su rostro entre las manos, y sus lágrimas caían sobre los labios ya pálidos.

Los miembros de la Hermandad se apartaron en silencio. El ritual debía consumarse o todo estaría perdido.

En un gesto desesperado, Milena arrancó el cuchillo del pecho de Nikola y lo arrojó al suelo. Se inclinó sobre él, sollozando durante largos minutos. Entonces, un rayo cayó en medio del lago.

Milena alzó el rostro y miró el cuerpo de su esposo. Donde antes estaba la herida solo quedaba una piel intacta, marcada por una pequeña cicatriz. Un leve latido comenzó a escucharse en el pecho que había permanecido inerte.

Lo llamó por su nombre, una y otra vez.

Cuando Nikola abrió los ojos, algo había cambiado. Sus ojos verdes y serenos habían sido sustituidos por otros de un violeta intenso, brillante. Con un movimiento elegante, lento, pero seguro, se incorporó y observó a su alrededor.

Milena no comprendía lo que estaba ocurriendo. Aquel era el rostro de su esposo, su cuerpo… pero ya no era él. Cuando la miró, no hubo reconocimiento alguno en su expresión.

Se puso en pie y, con una voz clara y poderosa, desprovista de toda humanidad, pronunció:

—Me llamo Draven.

Vosotros me habéis despertado.

Y a partir de ahora, me pertenecéis.

22

Vera levanta la vista del Diario de Danica.

Lo que acaba de leer no sabe si es posible o no. Brujería, hechizos, posesiones… Su mente se niega a aceptar que algo así pueda ser real. Pero su corazón sí lo sabe.

La marca del hombro late con un calor incómodo, como si recordara por ella todo lo vivido hasta ahora.

Esto no es una novela de Stephen King ni de Agatha Christie.

Es su vida. La vida de las mujeres de su familia. Generaciones marcadas por decisiones que nunca tomaron. Siete hombres sellaron destinos que no les pertenecían.

Vera camina hasta la ventana. En la plaza, el ir y venir de la gente es el de siempre. La vida continúa. No se detuvo con la muerte de Zora, como tampoco se detuvo con la de Ladka.

Una punzada le oprime el pecho.

Cuánto dolor han arrastrado todos los que estuvieron ligados a nosotras.

Darío ha salido a pasear con Ivana. Quiere darle espacio. Sabe que lo necesita. Y ella se lo agradece, porque lo que está a punto de hacer él no lo aprobaría.

Vera sabe que acudir a la llamada de Draven es un error. Sabe que ha matado a Zora por ayudarla. Sabe que destrozó la vida de su abuela.

Y, aun así, no puede resistirse.

Tiene que ir.

Tiene que mirarlo a los ojos.

Tiene que exigir respuestas.

El atardecer empieza a caer, tiñendo el cielo de tonos apagados. Pronto Darío e Ivana regresarán a casa. No puede esperar más.

Se lava el rostro, como si quisiera borrar el miedo. Coge una chaqueta y, antes de salir, se coloca el colgante de su abuela junto a la cruz de su madre.

Ambas la protegerán.

O eso quiere creer.

Sin mirar atrás, Vera abre la puerta y sale.

—Ven mañana a mi castillo. Te estaré esperando. Encontrarás el camino. Tu cuerpo ya lo conoce. Te responderé… y haremos lo que tú quieras. Solo tú y yo.

Vera recuerda sus palabras mientras camina por el bosque.

Sus pasos la guían hacia un destino que no cree conocer. No sabe dónde está ni cómo volver y, sin embargo, avanza con determinación. Como si ya

hubiera recorrido aquel lugar un millar de veces. Cada árbol, cada piedra… el sendero se revela ante ella no como algo nuevo, sino como un recuerdo antiguo.

Y entonces lo ve.

Una estructura antigua, medio en ruinas, que aún conserva la fuerza de quien la habita. Vera no cree que nadie —al menos nadie humano— pueda vivir allí. Por fuera parece abandonado, devorado por la vegetación que se aferra a los muros como si quisiera proteger los secretos que guarda en su interior.

Llega ante una puerta de doble hoja, de madera vieja, tomada por enredaderas que reclaman su derecho por antigüedad. Vera alza el puño para llamar, pero se detiene a apenas unos centímetros. Antes de que llegue a tocarla, la puerta se abre sola, como si alguien desde dentro hubiera tirado de ella.

Vera entra con paso inseguro.

Una gran sala se abre ante ella, iluminada por cientos de velas repartidas por el suelo. La cera derretida cae sobre la piedra formando ríos irregulares. Un aroma lo impregna todo: fuego, cera… y lirios.

¿Lirios?

Las llamas parecen bailar al compás de una música silenciosa, como si una brisa invisible recorriera la estancia. Sin embargo, Vera no siente ningún movimiento. Ningún viento. Ningún sonido.

Solo quietud.

—Bienvenida a mi hogar. Te estaba esperando.

La voz surge de ninguna parte y de todas a la vez.

Vera está sola en la sala y, aun así, siente su presencia. Gira sobre sí misma, buscando entre las sombras al ser que se oculta.

—¿Dónde estás? —pregunta—. ¿Por qué te ocultas?

—No me oculto —responde la voz con calma—. Simplemente, aún no sabes dónde mirar.

La figura emerge de las sombras.

Es una presencia imponente. Se acerca a Vera con pasos seguros, elegantes, y se detiene a apenas unos pasos de ella. Toma su mano y deposita en ella un beso cortés, antiguo.

—Por favor, acompáñame —dice—. Nos pondremos cómodos. Seguro que tienes muchas preguntas.

Draven la conduce a una sala contigua. Hay una mesa de madera preparada con una bandeja, una tetera y dos tazas a juego. El contraste es desconcertante:

el interior resulta acogedor, casi íntimo, después del aspecto ruinoso del exterior.

—¿Vives aquí solo? —pregunta Vera mientras toma asiento.

—No me hace falta nadie más —responde Draven con una leve sonrisa—. Tengo todo lo que necesito.

Vera observa la estancia con atención. Una gran chimenea encendida disipa el frescor de la noche, pese a ser pleno verano. Da un sorbo al té y lo mira directamente.

—¿Qué eres?

—Algunos dicen que soy un demonio. Otros, un dios —responde con tranquilidad—. Pero lo importante es… ¿Qué soy para ti, Vera?

—Por lo visto, eres quien me ha traído aquí. Eres quien torturó a mi abuela y quien ha matado a Zora.

Draven la observa en silencio, fijando sus ojos en los de ella. Un silencio tan intenso que a Vera le oprime el pecho.

—Vaya —dice al fin—. Menudo concepto tienes de mí. Estaba a punto de decir que soy un tipo encantador.

Su mirada se oscurece.

—Zora tuvo una vida larga. Bastante apacible, para lo que hizo. Era su hora. Y en cuanto a tu abuela… creo que no te lo han contado todo. Ladka era mi destino, y yo el suyo. Me traicionó. ¿ Y porqué? ¿Por amor?

—¿Y qué mejor motivo hay para luchar en esta vida? —replica Vera.

—¿Sabes lo que es el amor verdadero, Vera? —pregunta él, acercándose un poco más—. Ese por el que morirías… o incluso matarías. ¿Fran es tu amor verdadero?

—¿Cómo conoces a Fran? —pregunta ella, alarmada.

—¿Aún no entiendes que lo sé todo sobre ti? —sonríe—. Desde que naciste. Tu marca te unió a mí. Y con la muerte de tu abuela, ese vínculo solo se ha intensificado. ¿Crees que no conozco cada detalle? Incluso a ese primo tuyo que cree que puede salvarte de mí.

Ríe, largo y bajo.

—No te atrevas a nombrarlo —advierte Vera.

—¿O qué? —Draven se inclina hasta quedar muy cerca de su rostro.

El desafío dura apenas unos segundos.

—Tranquila —dice al fin—. No quiero asustarte. Solo quiero que me conozcas. A mi lado no te faltará nada.

—¿Por qué debería estar contigo?

—Porque tu cuerpo ya me pertenece —susurra—. Cada célula de tu cuerpo me está llamando ahora mismo. ¿No lo sientes?

Vera se estremece.

—Puedo oler tu fascinación. Tu deseo. Y tu miedo —continúa—. Puedo hacerte sentir cosas que nadie más, ni siquiera tu querido medicucho, ha conseguido jamás. Volar. Tocar las estrellas. Ser libre. A mi lado el mundo no tiene principio ni final.

Draven se levanta y se coloca tras ella. Su voz desciende hasta su oído.

—Puedo hacer que tu cuerpo tiemble con solo un susurro.

Apoya las manos en sus hombros. Sus labios rozan el otro lado de su cuello.

—Puedo darte todo lo que desees… sin límites.

Una de sus manos acaricia la marca de su clavícula.

—Solo tienes que prometerme que serás mía. Libremente. Solo mía.

Vera siente la tentación recorriendo el cuerpo como una descarga eléctrica, caliente, chispeante. Cada parte de ella lo desea. Quiere tocarlo, quiere que sus labios recorran su piel. Todo su cuerpo lo pide.

Draven vuelve a sentarse y, con un gesto mínimo, acerca la silla de Vera hasta quedar casi sin espacio entre ambos. Su respiración roza la de ella.

—No te resistas… Vera.

De pronto, se detiene.

La huele. Algo cambia en su expresión.

—¿ Tú hueles a…? —susurra, confundido—. ¿Milena?

Por un instante, Draven parece humano. Vulnerable. Sus ojos se empañan con un eco de algo antiguo.

—¿Cómo puede ser…?

Le acaricia el rostro con una delicadeza inesperada.

Vera se inclina hacia él, sus labios a punto de tocarse. El deseo es insoportable. Entonces, una quemazón la sacude en el cuello. El colgante de su abuela que Zora le entregó.

Vera despierta como de un sueño. Se levanta de golpe, retrocede sin apartar la vista de Draven y, sin pensarlo, echa a correr.

Draven no la detiene.

Permanece sentado, observándola marchar, incapaz de moverse.

Minutos después, recupera la compostura. Se acerca a la ventana y contempla el lago.

—Volverás —susurra al viento.

Y Vera, mientras corre de regreso al pueblo, juraría que ha oído su voz pronunciando esas mismas palabras.

23

DRAVEN

No recuerdo con exactitud cuánto tiempo llevo recorriendo estas tierras. El tiempo, para mí, dejó de ser una medida fiable hace siglos. Desde que me despertaron de mi sueño, estoy anclado a este lugar y a un destino funesto que me ata, que me contiene, que me impide ser lo que podría haber sido.

Yo, que podría haber sido un dios.

Yo, que podría haber reclamado el universo entero.

Y, sin embargo, permanezco cautivo en mi propio castillo, encerrado por una maldición impuesta por humanos que apenas comprenden lo que despertaron.

Las Radic.

Insignificantes, frágiles… y aun así capaces de convertirme en prisionero. Todo por un solo requisito: un corazón entregado por voluntad propia. Uno solo. Nada más.

Muchas Radic han pasado por mis manos. Algunas estuvieron peligrosamente cerca de ceder. He probado el poder que brota cuando se enamoran, cuando confunden devoción con amor, cuando creen que al ofrecer su cuerpo me entregan también su esencia. He recorrido su piel, he saboreado su entrega, he estado a un paso de la libertad más veces de las que recuerdo.

Pero siempre ocurre lo mismo.

Algo se rompe al final.

Las mujeres Radic poseen una fortaleza que incluso yo debo reconocer. Resistirse a mí no es sencillo. Algunas eligieron la muerte antes que la rendición. Otras, cuando por fin estaban dispuestas a entregarme lo que tanto anhelo, me fueron arrebatadas por la Hermandad. A esos hombres los maldigo sin descanso: a sus juramentos, a su miedo disfrazado de fe, a su obsesión por controlar lo que no entienden.

Aun así, siempre he sido paciente. La eternidad enseña a esperar.

Hasta hoy. Hasta ella.

Vera.

Ella es distinta. Hay algo en ella que no había encontrado en las demás. Algo que no debería existir y, sin embargo, despierta en mí una parte que creía extinguida. Una sombra humana que quedó atrapada en este cuerpo que no fue mío en origen.

Malditos sentimientos.

No puedo evitar preguntarme si Milena vive en ella… si su esencia ha desafiado al tiempo, cruzando siglos de muerte y olvido solo para volver a mí. Si no estoy mirando a una heredera… sino a ella. A Milena. De nuevo.

Jamás he amado. Nunca he conocido el dolor verdadero ni la furia que los humanos describen. Pero desde que habito este cuerpo, algunas emociones se resisten a desaparecer. Ahora mismo siento una ira densa, sofocante, que no nace del hambre ni del poder, sino de algo mucho más peligroso.

La recuerdo como si fuera ayer…

Milena era diferente.

Provocaba en mí una reacción nueva cada vez que estaba ante ella. Sabía que se debía a que una parte del hombre que había habitado este cuerpo permanecía aún en mí. Enterrada. Oculta. Dormida.

Pero ella la hacía aflorar.

Y yo… yo sentí curiosidad por aquello que los humanos llamaban amor. Pasión.

Empecé a desear pasar tiempo con ella. Sin embargo, me repudiaba. Era la única inmune a mis encantos y, solo por eso, se convirtió en mi obsesión. Tenía que tenerla. Poseerla. Probar en mí mismo aquello que este cuerpo parecía recordar de forma natural.

Le llevé flores, joyas, cartas. Nada funcionaba. Rechazaba cada invitación.

Entonces empecé a observarla.

Pese a lo que habían hecho con su marido, Milena se mostraba atenta con los vecinos, servicial, cercana. Había en ella una bondad que no lograba comprender. Pensé que, si yo me mostraba así con los aldeanos, quizá ella se fijaría en mí.

Y así fue.

Dejé de reclamar a las hijas más hermosas. Dejé de exigir riquezas y alimentos. Permití que la aldea prosperara. Les concedí cosechas, ganado, protección. Me convertí en aquello que ellos necesitaban.

Una tarde me acerqué al lago.

Allí estaba Milena, bañándose. Me oculté para que no me viera. Admiré su cuerpo, el cabello mojado deslizándose por su espalda, el rostro relajado mientras nadaba. Un deseo antiguo se apoderó de mí. Tenía que tenerla. Tenía que hacerla feliz.

Qué ironía.

Aquel sentimiento tan puro se instaló en mí como una herida.

Me acerqué cuando ya se había vestido y, por primera vez, no me rechazó. Le hablé como lo habría hecho el hombre que vivía en mi interior. Y ella

reaccionó a él. Mantuvo cierta cautela, pero la sentí más cerca. Cada palabra, cada gesto, acortaba la distancia.

Soy lo bastante antiguo para reconocer lo que sentía y saber que no era amor hacia mí, sino hacia el hombre cuyo cuerpo habitaba. Y, aun así, no me importó. La quería cerca, y eso bastaba. El tiempo hizo el resto. Nuestros encuentros dejaron de ser casuales para volverse inevitables, cada vez más frecuentes, cada vez más peligrosos. Ese fue mi error… uno que he pagado durante siglos.

Y ahora está aquí otra vez. En otro cuerpo, con otra voz, con otro nombre. Pero no hay duda. Es ella. Lo sé con una certeza que no necesita explicación, una verdad que no admite error. Y mi cuerpo reacciona del mismo modo, como si el tiempo no hubiera pasado, como si nada hubiera cambiado.

Pero no voy a permitirlo.

No estoy aquí para repetir el pasado. Estoy aquí para terminarlo. Debo conseguir lo que necesito de Vera, su corazón, sin interferencias, sin distracciones, sin permitir que nada —ni nadie— se interponga en mi destino. Todo lo que en mí responde a ella será erradicado, arrancado si es necesario, hasta que no quede rastro.

Yo no amo. Yo no deseo.

Yo impongo.

Porque yo soy Draven.

24

Vera corre tanto como sus piernas se lo permiten. Necesita huir. De aquel lugar, de lo que ha ocurrido… pero, sobre todo, de lo que ha sentido.

¿Por qué su cuerpo recuerda ese tacto?

¿Por qué responde a sus palabras?

Un deseo enterrado se ha despertado en ella y sabe que, si Draven no hubiera cambiado de actitud, habría sucumbido allí mismo, sobre la mesa del té.

Como si su cuerpo y su alma estuvieran hechos para él.

Pero ¿para quién?

Draven no tiene alma. No es humano. Ha atormentado durante siglos a las mujeres de su familia… y aun así, ha estado a punto de rendirse.

El sendero es oscuro, empedrado. Vera sabe que no lo conoce, que puede caer en cualquier momento, pero no se detiene. Entonces, el chasquido seco de una rama rompiéndose la arranca de sus pensamientos.

Una sombra.

No está sola.

Está segura de que es Draven. Que la sigue. Que la devolverá al castillo para terminar lo que ha empezado. El pánico le arranca fuerzas que no sabía que tenía. Nunca ha sido buena corredora y, sin embargo, corre como empujada por algo invisible.

Ve la orilla del lago. La luna llena ilumina el camino. Su corazón amenaza con estallar.

Pero en cuanto pisa la orilla, su cuerpo se paraliza.

Seis hombres con capas oscuras le cierran el paso.

Vera se detiene, respira con dificultad, mira a ambos lados. Está acorralada. Entonces, detrás de ella, aparece otra figura. Un séptimo hombre, cubierto con una capucha, camina despacio, recuperando el aliento tras la persecución.

—¿Eras tú…? —dice Vera, confundida—. ¿No era él quien me perseguía?

—Hola, Vera —responde una voz grave desde la sombra.

Los hombres comienzan a moverse en silencio, cerrando el círculo a su alrededor. El que ha hablado avanza unos pasos.

—Sabemos de dónde vienes —dice, subrayando la palabra mientras señala el castillo—. Desde que llegaste a Radomir te estamos vigilando. Sabemos quién eres… y qué estás buscando.

Da un paso más. Su tono se vuelve amenazante.

—Pero aquí no vas a encontrar respuestas. Solo dolor. Y no dejaremos que sigas adelante.

—¿Hacer qué? —pregunta Vera, reuniendo un valor que sabe que es frágil —. ¿Qué queréis de mí?

El hombre ladea la cabeza.

—¿Querías besarlo, Vera? —dice con asco—. Una parte de ti deseaba que te poseyera. Sois todas iguales.

—¿Qué coño estás diciendo? —escupe ella, roja de rabia, empujándolo.

El hombre apenas se mueve. Su risa es seca.

—Tienes carácter. Me gusta. Te daré una última oportunidad.

La agarra del pelo y le obliga a alzar el rostro.

—Vete del pueblo.

—¡Vera!

La voz irrumpe entre los árboles.

Darío aparece corriendo, empujando cuerpos, rompiendo el círculo. Aparta al hombre de un empujón y se coloca delante de Vera, protegiéndola.

—¿Qué estáis haciendo? —ruge—. ¿Quién demonios sois?

Nunca Vera había oído tanta furia en su voz.

—Ha llegado el protector —se burla el encapuchado—. Os lo diré por última vez: marchaos esta misma noche.

—No me voy a ir —dice Vera, firme, detrás de Darío.

—No sabes dónde te estás metiendo —amenaza el hombre—. Llevamos siglos haciendo esto.

De pronto, tira de la muñeca de Vera.

Darío pierde el control.

El puñetazo vuela.

Todo estalla.

Los encapuchados rodean a Darío. Otro sujeta a Vera por detrás. Los golpes caen sin pausa. Darío cae al suelo, protegiéndose la cabeza mientras recibe patadas y puñetazos. Vera grita, suplica.

—¡Por favor, dejadlo! ¡No ha hecho nada!

—¡Alto!

El cabecilla levanta la mano. El silencio cae de golpe.

Se agacha junto a Darío, maltrecho.

—Este es el primer aviso. Marchaos ya. La próxima vez no habrá misericordia.

Suelta a Vera. Ella se arroja sobre su primo, temblando.

Las siete figuras desaparecen entre las sombras. Antes de irse, una última voz resuena:

—Si apreciáis vuestras vidas… volved.

Vera llora sobre Darío. Sabe que es su culpa. Por buscar respuestas. Por no huir.

—¡Por favor! —grita—. ¡Que alguien nos ayude!

No hay respuesta.

Desde la oscuridad, una figura observa la escena.

No interviene. La Hermandad es su mayor peligro. Pero no puede permitir que Vera se marche.

Ella levanta la vista, inquieta, como si sintiera algo.

—¿Hola? —susurra—. ¿Hay alguien ahí? ¿ Puede ayudarme alguien…?

Solo el silencio responde.

25

Despierto en una habitación apenas iluminada. El aroma a incienso lo invade todo. No sé dónde estoy ni cómo he llegado aquí, pero me siento bien. Demasiado bien. Como si acabara de despertar de un sueño largo y reparador.

El dormitorio está decorado con un gusto antiguo, casi barroco. Mis manos recorren unas sábanas de satén blanco, frías, suaves, capaces de apaciguar el fuego que siento bajo la piel. Llevo un camisón negro, ligero, demasiado corto.

No recuerdo nada de lo que ha pasado ni recuerdo haberme vestido así. Me incorporo de la cama y me dirijo a un espejo de pie que hay en un rincón de la habitación.

Me observo y apenas me reconozco. Mi piel está luminosa, mis ojos brillan, no hay rastro de cansancio. Hacía tanto tiempo que no me sentía así…. Así de bonita. No puedo evitar mirarme mientras mis manos recorren mi piel deslizándose lentamente por mi pierna hasta la cadera, subiendo sutilmente una parte del camisón.

Hay algo distinto en mi mirada. Algo intenso.

Hambre.

Un ardiente deseo que me está devorando por dentro. Me siento fuerte, sexy una mujer deseada. Sigo contemplándome mientras mis manos recorren mi cuerpo con una familiaridad que no es mía. . Cierro los ojos por un momento mientras disfruto de la sensación. No siento vergüenza. Solo deseo. Solo aceptación por lo que siempre he tenido.

Una suave brisa me agita el pelo, y entonces ya no es mi mano la que me acaricia. Siento unos dedos recorrer mi cuello, bajar por mi hombro. El fino tirante del camisón cae por mi hombro dejando entrever mi pecho derecho. Mis ojos permanecen cerrados, pero mi cuerpo reacciona a cada movimiento de esos dedos sobre mí.

Reconozco esas caricias sin necesidad de abrir mis ojos.

— Draven – un gemido sale de mi boca pronunciando su nombre

Él aparta mi cabello y deposita su boca en un punto de mi cuello erizándome la piel. Me muerde, me saborea me lame, mientras su mano baja por mi estómago.

— ¡Eres mía! – susurra en mi oído – Cada fibra de tu ser, nació para este momento. Para mi . Dilo, Vera. Di de quien eres.

— Soy tuya … .

Necesito más. Quiero que me posea allí mismo. Esa necesidad de tenerle dentro de mí me está consumiendo, me devora poco a poco. De repente siento que floto, mis pies ya no pisan el suelo y abro los ojos. Draven me lleva en brazos y como si no supusiera ningún esfuerzo se encamina despacio hacia la cama. Su mirada me atraviesa, me devora mientras camina.

Lentamente, me deja sobre la cama y su cuerpo me domina. No puedo evitar mirarle con lujuria. Es tan apuesto. Creo que jamás he visto a un hombre más atractivo y fuerte. Su cuerpo roza la perfección. Y lo tengo justo ahí, encima de mí con el torso desnudo. Esculpido cuál estatua griega. Mi mano recorre su pecho lentamente, dibujando cada musculo, cada forma de su cuerpo. Baja a su abdomen marcado y siento que quiero más. Busco la zona de su cuerpo que me enseña cuanto me desea. Quiero notar como él anhela mi cuerpo como yo el suyo.

Pero entonces, Draven baja el rostro y me besa. Dios mio. Siento que quiero morir. El beso me llena como jamás nadie lo ha hecho. Explora cada rincón de mi boca con la lengua, mordisquea mis labios carnosos. Sabe tan bien …

Todo mi cuerpo está preparada para él. Húmedo, caliente….

Draven deja mi boca atrás, para centrarse en mis pechos. Lentamente y sin apartar su boca de mi pezón, me baja el camisón dejando ambos pechos al aire. No siento vergüenza alguna, él hace que me sienta deseada, casi perfecta.

Continúa su camino hacia mi ombligo y con un movimiento suave y preciso, me retira la ropa interior. Me mira con lujuria mientras estoy completamente desnuda en la cama. Se deleita mirando mi cuerpo y para su mirada en mi sexo

— Eres perfecta – Dice

Jamás nadie me ha dicho eso antes, jamás me he sentido segura mostrando mi desnudez hasta este momento. Hasta que él me mira como si fuera la misma Afrodita.

Con una sonrisa traviesa baja la cabeza entre mis piernas, las cuales sujeta firmemente para que no puedan cerrarse negándole lo que quiere. Y me lame…

Su lengua recorre cada punto de mi interior. No puedo describir lo que me hace sentir. Le miro y veo su violeta mirada brillar. Está disfrutando lo noto. Entonces introduce dos dedos dentro de mí al mismo tiempo que su lengua recorre mi clítoris. Mantiene un movimiento constante, rítmico, mientras succiona mi haz nervioso. Me agarro a las sábanas. Sé que estoy a punto. El deseo arde en mi vientre y me hace explotar. Mi espalda se arquea en respuesta

a la corriente eléctrica que me recorre notando como mis piernas se humedecen más después de mi orgasmo.

Me quedo sin aliento mirando al techo, me falta el aire y las palpitaciones de mi pecho van en aumento. Pero quiero más, necesito más. Llevo la vista a Draven, sonríe con picarda. Se relame los labios saboreando mis restos.

— Sabes a miel…

Con un gesto rápido se deshace del nudo que mantiene sus oscuros pantalones sobre sus caderas. Cae al suelo. Draven se queda completamente desnudo ante mí. Es un dios, lo sabe. Su miembro erecto es perfecto.

Con la seguridad de quien conoce su perfección, vuelve a la cama. No dice nada, simplemente me abre un poco las piernas y sin retirar sus ojos de los míos me penetra.

Solo una embestida, con la cual siento que ha llenado toda parte de mí. Grito de placer ante su duro miembro. Él se queda quieto unos segundo y me mira

— ¿Quieres más? – Pregunta

— Si – mi voz sale ansiosa de mi boca mientras muevo mis caderas

— Pídemelo – dice de forma autoritaria

Durante unos segundos le miro confundida, pero lo necesito, necesito que se mueva dentro de mí, sentir toda su fuerza.

— Fóllame Draven.

— Así me gusta— y gime

Empieza a moverse, primero despacio, saliéndose de mi casi entero para después volverme a llenar. Poco a poco sus embestidas son más fuertes, más demandantes. Mi cadera se eleva para que me penetre más, para que su polla llegue más profundo.

Con cada movimiento siento que voy a explotar. Conoce todo mi cuerpo como si lo hubiera poseído

mil veces. Su movimiento se acelera con fuerza y me mordisquea mi duro pezón. Siento que me voy a romper en ese mismo momento. Pero entonces para. Me mira y sonriente

— Aún no

Se retira de mí, dejando un vacío doloroso. Con un rápido gesto vuelve a lamerme el sexo. Otra vez, me besa en interior de mis muslos mientras sus dedos juguetean con mi clítoris.

— ¿Quieres más? – exclama mientras ocupa su boca entre mis piernas

— Sí, no pares. Te deseo

Con un gesto rápido, me gira sobre la cama y me coloca boca abajo. Despacio baja mis piernas al final de la cama hasta que mis pies tocan el suelo. Y sin más palabra, noto una nueva embestida. Más fuerte que antes, más poderosa. Con su mano me sujeta las nalgas mientras una y otra vez me penetra de manera imperiosa. Como si él necesitara llegar más dentro de mí.

Está a punto de llegar, lo noto en como se mueve.

— Quiero verte la cara

Con esas palabras vuelve a girarme, y solo un segundo después me está follando de nuevo mientras con sus dedos estimula el centro de mi placer. Siento una de nuevo la corriente dentro de mí. Voy a correrme, lo noto. Noto venir esa explosión dentro de mí.

— No pares – le pido

Intensifica más aún sus embestidas y ambos con un grito de placer llegamos al clímax.

Del mejor sexo que he tenido en mi vida. He tocado el cielo y el infierno a la vez.

Exhausta me quedo tumbada. Intento controlar mi respiración, mi pulso. Jamás he sentido nada parecido. Y mi mente se esfuerza en entender que ha sentido mi cuerpo.

Voy a pronunciar una palabra cuando… De repente eme encuentro sola en la habitación

Un extraño sonido proviene de algún lado. Algo rítmico, suavemente

Pi-Pi-Pi

—Verá… Verá. Despierta.

Una mano la sacude con suavidad. Vera abre los ojos desorientada, tardando unos segundos en reconocer dónde está.

—Te has dormido —dice Ivana en voz baja—. Estabas inquieta, no parabas de moverte. ¿Te encuentras bien?

La habitación del hospital permanece fría, aséptica. El sonido que la ha arrancado del sueño es el pitido regular del monitor de constantes de Darío. Está tendido en la cama desde la noche anterior, después de la paliza de aquellos encapuchados.

—Debo de haberme quedado dormida… —murmura.

La vergüenza le sube al rostro de golpe. ¿Cómo ha podido soñar eso? Y, peor aún, ¿cómo ha podido sentirlo tan real? Con él. Con aquello que ha atormentado a su familia durante generaciones.

Intenta recomponerse y se acerca a la cama de su primo.

Darío duerme. Tras las radiografías y el TAC, los médicos han confirmado que solo tiene contusiones y algunos golpes sin gravedad. Aun así, lo han dejado en observación por precaución.

Vera le acaricia el cabello con cuidado. Darío abre los ojos poco a poco y la enfoca con una sonrisa torcida.

—Primita… tienes una cara que parece que te lo has pasado genial.

—Déjate de tonterías —responde ella, dándole un suave manotazo en el hombro—. Me tenías muy preocupada.

—Bicho malo nunca muere, ya lo sabes.

—Darío, no es para bromear —insiste—. Lo que te han hecho es serio.

Él suspira y su expresión se endurece.

—Precisamente por eso nos vamos. Tú y yo. Mañana mismo. De este maldito pueblo.

—Darío, yo…

—Ni "Darío" ni nada —la corta—. No voy a permitir que te quedes aquí con una secta asesina y con ese… ser que quiere tenerte. No hay más que hablar.

En ese momento entra la enfermera para cambiarle el suero. Vera aprovecha para salir al pasillo. Apoya la espalda contra la pared y cierra los ojos unos segundos.

Ese sueño parecía tan real…

Quizá Darío tenga razón. Quizá debamos irnos.

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta casi por inercia.

Toca algo.

Frunce el ceño, saca lo que encuentra… y el mundo se le detiene.

Un tanga negro, fino, de tela suave. Exactamente, el mismo que Draven le ha quitado en el sueño.

Vera se queda mirándolo, incapaz de respirar. Sabe, con una certeza que le hiela la sangre, que nunca ha tenido una prenda así.

Entonces, muy cerca de su oído, un susurro que no pertenece al hospital ni al mundo de los vivos:

—Vera… vuelve a mi lado, que volver a disfrutar de tu cuerpo. Quiero otra vez tu miel en mi boca

El monitor de Darío pita al fondo del pasillo.

Y Vera comprende, con un nudo en el estómago, que ya no está segura ni despierta.

26

Cuando la enfermera sale tras atender a Darío, Vera entra en la habitación.

Su primo duerme profundamente bajo el efecto de los calmantes. Verlo así le parte el corazón. Tiene cortes y hematomas en el rostro, el labio partido, y aún dormido se le marca en la expresión un rictus de dolor que no consigue ocultar.

Mientras se acerca a la cama, se pregunta qué están haciendo allí. Cómo han llegado hasta ese punto.

Con un gesto suave —uno que ha repetido mil veces en el hospital— arropa a Darío. Pero nunca había sido así. Nunca había dolido tanto hacerlo.

Vera siente cada golpe como si fuera suyo. Cada herida. Cada ofensa.

Una lágrima le recorre la mejilla.

Si no hubiera ido al castillo, nada de esto habría ocurrido.

Quizá Darío tenga razón. Quizá deberían marcharse. Huir de ese pueblo que solo les ha traído dolor.

Y, sin embargo, una idea no deja de girar en su mente.

Si se van… ¿Qué pasará después?

Adja. Ivana. Katerina.

Sabe que él no les hará daño directamente, pero también sabe que el pueblo seguirá atado a sus deseos. Siempre lo ha estado.

¿Debe preocuparse por personas a las que apenas conoce?

¿O debería pensar solo en Darío? ¿En ella misma?

Si se quedan… ¿Qué pasará con su primo?

¿Y con ella?

¿Será lo bastante fuerte para resistirse a Draven?

Aún no sabe qué quiere de ella.

O quizá si, y eso es lo que más miedo le da.

Entonces recuerda el pequeño diario que guarda en el bolso.

Se inclina y deposita un beso en la frente de Darío. Acerca el sillón a la cama y se sienta a su lado. Con cuidado, saca el libro y lo sostiene entre las manos.

Acaricia el lomo despacio.

Ahí tiene que estar la respuesta.

—Danica… —susurra—. Ayúdame, por favor, a hacer lo correcto.

Retira la pequeña flor seca que usa como separador

y comienza a leer.

27

Diario de Danica

Milena fue la primera en comprender que aquello que había regresado no era su marido.

El ser que ocupaba el cuerpo de Nikola caminaba con una seguridad que no le pertenecía, con una altivez fría, insolente, casi regia. Mientras los presentes permanecían clavados en sus lugares, paralizados por el espanto y la incredulidad, él se deleitaba en la posesión de aquel cuerpo nuevo. Lo miraba todo como si el mundo entero le debiera obediencia.

Su mirada no era humana.

Era hambre.

Uno de los encapuchados, el mismo que había empuñado el puñal durante el sacrificio, se adelantó con reverencia y habló con voz temblorosa, aunque procuró no dejar que el miedo la quebrara.

—Mi señor, te hemos llamado en busca de tu amparo. Rogamos tu protección y tu ayuda para la prosperidad de esta humilde aldea. Mandamos construir el castillo para que lo habites y sea tu morada. Todo cuanto demandes te será servido.

Aquel que se hacía llamar Draven lo observó en silencio. Después volvió lentamente la cabeza hacia el castillo que el hombre señalaba, alzado en lo alto, oscuro e imponente contra el cielo de la noche. Y entonces rió.

Rió con una fuerza tan desmedida que el trueno respondió en lo alto y la oscuridad pareció extenderse bajo el rugido de su voz.

—Soy un ser supremo. No os debo nada. Buscabais un protector y me habéis despertado a mí. Vuestro destino me es indiferente. Aun así, agradezco el cuerpo que me habéis otorgado. Por ello os permitiré vivir. Me retiro a mi nuevo castillo. Pronto os haré saber todo cuanto se me antoje. Desde ahora, vosotros me servís a mí.

Desde aquel instante, Draven caminó entre los hombres, y con él llegó el caos.

Sus exigencias no conocieron límite. Reclamaba los mejores manjares; el vino más dulce, las carnes más tiernas, los frutos más escasos. Y, cuando el hambre de su cuerpo parecía saciada, exigía a las mujeres más hermosas de la aldea para calmar otro apetito más oscuro, más perverso. Ninguna familia estaba a salvo de sus deseos. Cuando no era complacido, desataba su furia sobre todos: lluvias interminables que arrasaban las cosechas en cuestión de

horas, peces muertos que el río devolvía a la orilla, vientos salvajes que arrancaban tejados y convertían las casas en astillas.

Pronto comenzaron a temerle.

Todo lo que Draven pedía le era concedido de inmediato, aun cuando ello significara entregar la honra de madres, hijas y hermanas, o condenar al pueblo a la miseria más absoluta. La aldea se hundió en su propio infierno, aquel mismo que la Hermandad había despertado creyendo obrar para su salvación.

Sin embargo, un día algo pareció cambiar.

Draven paseaba junto al lago cuando vio a Milena inclinada sobre el agua, mientras refrescaba su cuerpo después de un jornada de trabajo . No fue su belleza lo que llamó su atención; había tomado mujeres mucho más hermosas sin reparar en ellas. Fue otra cosa. Algo que ni él mismo entendió de inmediato. Su cuerpo reaccionó ante ella con una violencia extraña, como si la carne que ocupaba recordara antes que su mente.

Preguntó a la Hermandad quién era aquella mujer, y ellos le explicaron que era la esposa del hombre cuyo cuerpo había sido sacrificado para traerlo a este mundo. Entonces lo comprendió: una parte de aquel humano seguía viva dentro de él, enterrada en un lugar profundo y oscuro. Y la presencia de Milena despertaba algo que no sabía nombrar.

Draven jamás había conocido aquello que los hombres llaman sentimientos. Pero lo que Milena provocó en él despertó una curiosidad persistente, una necesidad nueva, casi irritante. Intentó acercarse a ella, pero Milena lo rechazó una y otra vez con un desprecio firme, sereno, irreversible. Aquel ser había usurpado el cuerpo de su amado, y jamás le dirigiría palabra alguna.

Fue entonces cuando Draven averiguó algo más sobre ella. Milena, pese al horror que había sufrido con la muerte de Nikola, seguía siendo un alma bondadosa. Ayudaba a sus vecinos en las tareas más duras, cuidaba de los enfermos, ofrecía consejo a quien lo necesitara. Y él, que hasta entonces había gobernado por el miedo, empezó a preguntarse si el camino hacia ella no sería otro.

Llegó a pensar que, si se comportaba como los hombres creen que debe hacerlo un buen gobernante, Milena acabaría deseándolo.

Y entonces sería solamente suya.

Su actitud cambió. Dejó de exigir mujeres, repartió alimentos, hizo fértiles las cosechas y abundante la pesca. En pocos meses, la prosperidad regresó al pueblo. Los aldeanos, exhaustos y hambrientos, quisieron creer que aquello era una tregua. Algunos incluso se atrevieron a pensar que Draven se había vuelto benévolo.

Pero nada de lo que Draven concedía era gratuito, ni estaba destinado a durar.

Un día se acercó de nuevo a Milena. Imitó el tono de voz del hombre que había sido su esposo, adoptó gestos que no le pertenecían y usó palabras que no nacían de él. Milena, confundida, habló con él por primera vez. Con el paso de los días caminaron juntos por el pueblo, recogieron flores, y los aldeanos contemplaron con desconcierto aquella aparente paz.

Quizá Milena era la solución.

Quizá, si ella aceptaba a Draven, el demonio se contentaría.

Pero una noche Draven intentó poseerla. Milena reaccionó con horror y lo rechazó. No permitiría ser tocada por quien había reemplazado a su marido. No importaba el rostro. No importaba la voz. Ella sabía lo que habitaba bajo aquella piel.

La ira de Draven regresó con una violencia todavía mayor que la primera. Durante tres semanas, lluvias, tormentas y granizo arrasaron la aldea hasta no dejar nada en pie. El pueblo volvió a hundirse en el miedo, y Draven juró ante todos que, hasta que Milena no fuera suya por voluntad propia, la aldea entera permanecería condenada.

Tras lo ocurrido con Nikola, ningún aldeano quiso sacrificar también a Milena. Era un alma pura, una mujer buena, y la sola idea de infligirle otro daño les resultaba insoportable. Pero la Hermandad, en su obsesión por arreglar aquello que ella misma había desencadenado, vio en la situación una oportunidad.

Si Draven mostraba apego por Milena, pensaron, entonces allí residía su debilidad.

Prepararon en secreto un nuevo ritual. No para someterlo, sino para destruirlo. Creían comprender por fin la naturaleza de su error. Habían devuelto un ser al mundo usando el cuerpo de un hombre, pero ahora sabían que dentro de aquel cuerpo todavía latía una parte del humano que había sido Nikola. Si lograban unir el corazón de Milena con el corazón que aún respondía a ella dentro de Draven, la muerte de uno arrastraría al otro.

Era una lógica antigua. Cruel. Pero, a sus ojos, infalible.

En una noche de luna llena, en el mismo altar donde habían dado muerte a su esposo, depositaron el cuerpo de Milena, adormecido por la misma tisana. Comenzaron los cánticos en voz baja. El mismo puñal. La misma luna. El mismo altar que había abierto la puerta al horror.

El encapuchado, pidiendo perdón desde lo más hondo de su alma, hundió el arma en el pecho de Milena. El acero atravesó la carne con un sonido

húmedo y espantoso. Después abrió su caja torácica con manos temblorosas y arrancó el corazón todavía palpitante, elevándolo hacia el cielo nocturno.

—Por el corazón que fue amado,
y por el corazón que aún lo llama,
unimos su latido al tuyo.
Que donde uno caiga,
el otro lo siga.
Que la sangre de Milena
arrastre al demonio que la reclama.
Que el mismo pulso
que una vez fue humano
sea ahora tu final.

El cielo se oscureció de repente.

Draven se materializó junto al altar como si hubiese sido arrastrado hasta allí por una fuerza invisible. La furia ardía en sus ojos violetas cuando vio el cuerpo sin vida de Milena.

—¿Qué habéis hecho?

Alzó las manos para convocar los truenos, pero la Hermandad continuó el cántico con mayor fuerza. El corazón aún latía entre las manos del encapuchado, rojo y brillante bajo la luna, como si se negara a morir del todo.

—Por el corazón que fue amado,
y por el corazón que aún lo llama,
unimos su latido al tuyo.
Que donde uno caiga,
el otro lo siga.
Que la sangre de Milena
arrastre al demonio que la reclama.
Que el mismo pulso
que una vez fue humano
sea ahora tu final.

El cielo respondió con un trueno.

Draven alzó las manos para convocar la tormenta, pero algo en su interior se desgarró de pronto. Su cuerpo se tensó, como si una fuerza invisible tirara de él desde dentro. Dio un paso atrás. Luego otro.

El dolor llegó como un golpe.

Cayó de rodillas.

Un grito rasgó la noche.

Durante un instante el demonio pareció quebrarse. Sus manos se clavaron en la tierra y la furia que había llenado el cielo se apagó como una llama sofocada. Los encapuchados se miraron entre sí. Creyeron haberlo logrado.

Pero Draven no murió.

Respiraba.

Lentamente levantó la cabeza.

El líder de la Hermandad observó el corazón de Milena que aún latía en sus manos, rojo bajo la luz de la luna. Comprendió entonces que el sacrificio no había terminado lo que ellos habían comenzado.

El demonio seguía allí.

Aún podía destruirlos.

Sin perder un segundo, alzó el corazón hacia el cielo y pronunció un nuevo conjuro, sellando el hechizo antes de que Draven recuperara sus fuerzas.

—Por el corazón arrancado sin consentimiento,
te negamos la plenitud.
Que solo la entrega voluntaria
pueda devolverte lo que hoy te arrebatamos.
Desde este instante quedas atado
al pulso de la sangre que has reclamado.
Que el linaje nacido de este corazón
sea tu cadena y tu condena.

El viento se alzó de golpe, violento, como si hubiera estado esperando ese instante. El corazón de Milena se deshizo entre sus manos, quebrándose en fragmentos que no tardaron en reducirse a ceniza. Durante un segundo, pareció que todo terminaba ahí… pero no fue así.

Las cenizas no se dispersaron sin más.

Se arremolinaron en el aire, suspendidas, girando con una voluntad propia, como si respondieran a algo invisible. El viento las arrastró… pero no hacia la noche, sino hacia él.

Hacia Draven.

Las partículas oscuras comenzaron a rodearlo, a adherirse a su piel, a filtrarse en su interior como un susurro que buscara su lugar. Entraban por su boca, por su pecho, por cada grieta invisible de su ser, como si reclamaran lo que siempre les había pertenecido.

Draven alzó la mirada, confundido por primera vez.

Algo había cambiado.

Intentó convocar los truenos de nuevo… pero el cielo permaneció mudo.

Un vacío extraño se abrió en su interior.

Y entonces, un llanto agudo atravesó la noche.

Todos volvieron la cabeza.

Junto al viejo roble, donde la oscuridad apenas dejaba ver el suelo, una pequeña cesta se agitaba suavemente. Dentro, la hija de Milena lloraba con la fuerza desesperada de quien aún no comprende el mundo en el que acaba de quedar sola.

Uno de los encapuchados se acercó y la tomó en brazos.

La niña pataleó, buscando el calor de su madre que ya no estaba.

Cuando el hombre apartó la tela que la cubría, su respiración se detuvo.

—La marca… —susurró.

En el hombro de la pequeña ardía una quemadura oscura, un círculo incompleto grabado en la piel como si hubiese sido sellado con hierro al rojo.

El hombre levantó la vista hacia el líder de la Hermandad.

Este se acercó lentamente y observó la marca con gravedad.

Durante un instante nadie habló.

El viento arrastraba aún las cenizas del corazón de Milena alrededor del altar.

El líder tomó a la niña entre sus brazos y se volvió hacia Draven.

El demonio los observaba con una calma terrible.

Había dolor en su mirada.

Pero también odio.

—No hemos podido destruirte —dijo finalmente el líder con voz firme—, pero sí negarte la plenitud.

Sus palabras resonaron en la noche como una sentencia.

—Desde este instante quedas ligado al linaje de esta niña.

A su sangre.

A las mujeres que nazcan de ella.

Levantó ligeramente a la pequeña para que la marca quedara visible bajo la luna.

—Vagarás entre el mundo de los vivos y el de los muertos,

sin pertenecer por entero ni a la carne ni al espíritu.

No volverás a ser lo que fuiste.

Draven no respondió.

Sus ojos permanecían fijos en la niña.

El líder continuó:

—Tu poder no será completo hasta que una de ellas,

sin engaño ni imposición,

te entregue su corazón por amor y voluntad propia.

El viento sopló con más fuerza.

—Hasta ese día vivirás incompleto.

Serás espera.

Serás hambre.

Y entonces pronunció las últimas palabras.

—Y serás menos de lo que fuiste.

El silencio volvió a caer sobre el claro.

La niña dejó de llorar.

Y en el hombro de la pequeña Radic, la marca ardió con un resplandor oscuro antes de apagarse lentamente.

Fue entonces cuando comprendimos que aquello no había terminado.

Aquella noche no habíamos destruido al demonio.

Habíamos creado nuestra propia condena.

Así comenzó nuestra maldición.

No con Draven.

Sino con la marca.

28

Despacio, como si necesitara asimilar cada palabra leída, Vera cierra el diario de Danica. Lo hace con cuidado, casi con reverencia. Una bola se le anuda en la garganta, impidiéndole tragar, respirar con normalidad.

No puede comprender cómo, por ignorancia, por miedo… quizá incluso por soberbia, su vida estuviera marcada por un destino escrito siglos atrás, compartido con todas las mujeres Radic.

Eso es lo que él quiere de ella.

Su corazón.

No de forma metafórica. No simbólicamente.

Su órgano vital.

Lo necesita para recuperar aquello que le ha sido arrebatado por unos pocos hombres dominados por el pánico, que le robaron lo que —por naturaleza— le pertenecía tanto a él como al linaje Radic.

Su destino.

Su latido.

Su vida.

Vera tarda varios minutos en asimilar la magnitud de lo que ha leído. Y sí, su primer impulso es huir. Recoger sus cosas en cuanto Darío se encuentre mejor y volver a Sevilla, fingiendo que nada de esto ha ocurrido.

Pero entonces comprende las consecuencias que tendría si ella huye.

Un gemido suave la saca de sus pensamientos. Vera alza la vista hacia la cama. Darío empieza a despertarse. Deja el diario sobre la silla y se acerca a él.

Su primo ha recuperado algo de color en las mejillas. Aun así, el ojo amoratado y el labio partido siguen ahí, recordándole lo ocurrido.

—Ey… —dice ella con suavidad, tomando su mano—. ¿Cómo estás?

—Mejor —responde Darío, esbozando una sonrisa que termina en una mueca—. ¿Qué has estado haciendo mientras dormía?

—Nada importante. Leyendo.

—Espero que no una de esas novelas tuyas… guarrillas.

Vera niega con la cabeza, incapaz de evitar una pequeña risa.

—Eres incorregible. Ni en una cama de hospital sabes callarte.

—Oye, oye… nunca he dicho que no sean literatura de calidad.

Rien durante unos segundos. Luego, Darío cambia el gesto y la mira con seriedad.

—Vera…

—No —lo interrumpe ella, levantándose incapaz de quedarse quieta—. Sé exactamente lo que vas a decir. Y tienes razón. Todo esto nos supera. Seres antiguos, hermandades secretas, magia, maldiciones… Nada tiene sentido.

Se acerca de nuevo a la cama y vuleve a tomarle la mano.

—He pasado mucho miedo, Darío —confiesa, con la voz quebrada—. Cuando te vi inconsciente, lleno de golpes… Si te llega a pasar algo por mi culpa, no me lo habría perdonado jamás.

—No fue culpa tuya. Y sigo aquí.

—Déjame terminar.

Vera comienza a caminar de un lado a otro por toda la habitación.

—He pensado mucho. Nuestros abuelos fueron felices porque huyeron de aquí. Así que la decisión lógica sería marcharnos. Volver a Sevilla, seguir con nuestras vidas lejos de Radomir y de su maldición… —su voz se va apagando poco a poco—. Y por eso he tomado una decisión.

Se detiene frente a él.

—Te vuelves a casa.

Darío la mira, incrédulo.

—¿Quieres decir nos vamos a casa?

—No. Te vas tú. Yo no puedo irme. Y no puedo permitir que tu vida esté en peligro por mi culpa.

—Has perdido la cabeza si crees que me voy a ir dejándote aquí.

Vera suspira, va a por el diario y se sienta junto a él.

—Esto es lo que encontré en la biblioteca del monasterio. Es el diario de una antepasada nuestra con la que comparto destino. Lo he estado leyendo… y lo que dice no es nada bueno.

Durante largos minutos le explica todo lo que ha leído. No omite nada. Darío la escucha en silencio. Cuando termina, le pide el libro y lo hojea con cuidado.

—¿Cómo has leído todo esto? —pregunta al ver el idioma.

—Con el traductor del móvil.

—Y aun así… —dice cerrando el diario—, si lo que quiere es tu corazón, lo sensato es huir. A Bakica le funcionó.

Vera niega con tristeza.

—No lo entiendes. Si huyo… ¿qué pasa si algún día tengo una hija? ¿Y si ella tiene otra? Todas las Radic seguirán condenadas. Y aunque decidiera poner fin a mi linaje… ¿qué pasa contigo, Darío? ¿Lo has pensado? ¿Renunciarías a

tu sueño de formar una familia por miedo a que nazca una niña y herede mi maldición? Tu sangre es Radic como la mía. ¿Cómo voy a permitir eso?

El silencio se apodera de la habitación.

—Lo entiendo —dice Darío finalmente—. Pero si tú te quedas, yo me quedo.

—No —replica ella con firmeza—. Tú te vas hoy.

Darío se arranca el pulsioxímetro y los cables de monitorización, y se incorpora en la cama.

—Incluso si tuvieras que recorrer el mismo infierno a pie, yo iría de tu mano. Así que pásame mis pantalones y callate de una vez.

Algo en su tono no deja espacio para discusión.

Vera lo abraza con fuerza, sintiéndose por primera vez en horas protegida… amada.

—Te quiero, primo.

—Y yo a ti. Y te prometo que siempre estaré a tu lado, pase lo que pase.

La puerta se abre de pronto. Una enfermera entra al ver que el monitor no deja de sonar.

—Vaya… veo que estamos mejor.

Sonríe mientras se acerca a Darío. Vera se aparta un poco. El ambiente se relaja durante unos segundos… incluso empiezan a cuchichear en inglés y unas risitas disimuladas llenan la habitación. Todo parece una escena normal. Incluso cotidiana para Vera. Eso le hace añorar su trabajo.

Hasta que la enfermera se queda completamente inmóvil.

Baja la mirada. Sus brazos cuelgan a los lados, laxos, inertes.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Vera, tocándole suavemente el brazo.

La mujer levanta la cabeza.

Su piel está blanca como el mármol.

Sus ojos… violetas.

—Vera, querida. Ya has visto el peligro que corres, lo que son capaces de hacer —su voz ya no es la suya. Suena masculina, fuerte, imperativa. Un tono que ella conoce demasiado bien—. Ven conmigo al castillo. Allí estarás segura y nadie podrá hacerte daño. Será nuestro hogar.

Gira la cabeza, coge la mano de Darío y empieza a apretarla con una fuerza imposible para el cuerpo que ocupa.

—Y tú… —continúa mirándolo por primera vez a los ojos—, como te ha dicho Vera hace un rato, será mejor que te vayas. No queremos que tengas un mal accidente y te pase algo otra vez. Vuelve a tu Sevilla, a tu galería de arte. Yo cuidaré de ella.

Darío siente el dolor en la mano mientras la enfermera continúa la presión. Un duelo silencioso se instaura entre ellos. Se sostienen la mirada, retándose.

Entonces, una sonrisa maliciosa eleva la comisura de los labios de la enfermera. La mueca es forzada, casi grotesca.

—Entiendo —dice la voz roncamente.

Darío no ha pronunciado palabra alguna y, sin embargo, aquello que habita en la enfermera comprende su intención.

—Vera es mía. Me pertenece. Y ni tú ni nadie impediréis que cumpla el destino para el que ha nacido.

—Eso ya lo veremos —sentencia Darío.

La enfermera empieza a reír. Primero bajo, como conteniendo la risa. Después, una carcajada abierta que hiela la sangre de Vera.

Al terminar retira la mano de Dario, se gira hacia ella y le acaricia la mejilla en un gesto tierno. Ella reconoce ese tacto, esa mano.

Luego baja la cabeza. Sus rizos rubios le cubren el rostro. El silencio se apodera de la estancia.

Vera siente frío. Mucho frío.

Como si nada hubiera ocurrido, la enfermera vuelve a levantar lentamente la cabeza y mira a Vera con desconcierto.

—¿Qué iba a hacer yo? —murmura con tono jovial—. Ah, sí… quitarte la vía para que puedas irte. Un día de estos voy a perder la cabeza.

Como si nada hubiera pasado, vuelve junto a Darío y le retira la vía, colocando el esparadrapo con cuidado. Antes de irse, lo mira con una sonrisa tímida, completamente distinta a la anterior, y le entrega un papel doblado. Después sale apresuradamente de la habitación.

—¿ Que era eso? ¿Qué coño ha pasado? —murmura Darío.

—¿Crees que nos ha estado escuchando? ¿Cómo sabe lo de mi galería de arte?

Vera lo mira en silencio. Evidentemente, él los ha estado escuchando… pero no quiere asustarlo más.

—No lo sé.

—Tú has hablado con él. Le has tenido que contar algo.

—No. De verdad que no. No sé cómo puede saber tantas cosas de nosotros.

—Esto no me gusta nada —sentencia Darío.

Vera se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, gesto que repite siempre que está nerviosa. Ella está igual de desconcertada. Y tiene miedo. Mucho miedo.

Sin embargo, decide cambiar de tema.

—¿Qué es ese papel?

Darío la mira. Sabe lo que está haciendo. Aun así, le sigue el juego. Abre el papel despacio, lo mira un segundo y se lo enseña.

LLÁMAME
+385 43 321 654
ZDENKA

Vera alza la ceja.

—Ni una secta, ni un demonio ancestral…

—Lo que de verdad no tiene remedio eres tú.

Darío ríe. Ríe ante la incertidumbre que los envuelve, ante el miedo que recorre cada fibra de su ser. Y también ríe al ver a su prima viva, delante de él, sonriendo como si nada mas en el muhndo importara.

Ella está aquí. Eso es lo importante. Y juntos salen de la habitación.

29

El hospital se encuentra a media hora de distancia, por lo que Vera conduce de regreso con calma mientras hablan de los siguientes pasos a seguir.

Lo primero es terminar de leer el diario de Danica para obtener la mayor información posible sobre Draven y la Hermandad. Quizá, oculto entre sus palabras, esté el modo de acabar con ambos.

Vera también quiere volver al monasterio y hablar con el padre Luka. Sabe que no le ha contado toda la verdad, que el anciano se guarda algo. Necesita saber qué.

—Ojalá Zora pudiera contarme más cosas… —piensa mientras se acerca al aparcamiento.

Siente una punzada en el corazón. No conocía realmente a la anciana, pero su muerte cae como una losa sobre sus hombros. Sabe que, si no hubiera ido a visitarla, Zora seguiría viva cuidando de su jardín. Jamás olvidará su ayuda.

El sol brilla en lo más alto del cielo cuando Vera y Darío llegan a Radomir. Se dirigen directamente al parking donde siempre dejan el coche, algo más allá de la plaza central. Cuando aparca, algo le resulta extraño.

A esta hora, la plaza suele ser un hervidero de gente. Niños corriendo detrás de un balón, niñas saltando a la comba mientras sus madres terminan la compra. Gente sentada en el bar tomando un aperitivo tardío o un café después de comer.

Pero hoy no hay nada de eso.

No se escuchan risas ni gritos.

La plaza está desierta.

A medida que avanzan, la ausencia de personas se vuelve más inquietante. Los comercios permanecen abiertos, pero no hay nadie en su interior. En el bar, las mesas conservan tazas de té a medio terminar y hay cervezas servidas en la barra, intactas. En una mesa pequeña, una taza de café aún humea y la cucharilla gira lentamente en el interior, como si alguien la hubiera soltado un segundo antes.

Ambos se miran.

Todavía puede olerse el humo reciente de un cigarro. El aroma de comida caliente.

—¿Hola? —llama Darío en voz alta—. ¿Katerina? ¿Estás aquí?

—Es extraño, ¿no? —murmura Vera, asomándose detrás de la barra.

Al comprobar que no hay nadie, cruzan la plaza en dirección a la casa de Adja. Un balón solitario atraviesa lentamente el empedrado, como si acabara

de ser golpeado por un niño invisible. Se aleja de ellos hasta detenerse al borde de la carretera, como esperando que alguien vaya a recogerlo.

Pero nadie aparece.

Llegan por fin a la puerta de entrada. Está entreabierta.

Con cautela, Darío entra primero, seguido de Vera. Llaman en voz alta a las dos mujeres, pero nadie responde.

Un olor intenso les golpea al avanzar por el interior. Es dulce. Empalagoso. Ambos sienten cómo les quema la garganta al respirar.

—¿Qué es ese olor? —pregunta Vera, llevándose la mano a la nariz.

Darío, todavía dolorido al caminar, se adelanta y entra en la sala de estar.

Y entonces lo ven.

Un enorme ramo de lirios ocupa la mesa central.

Pero no son lirios comunes.

Son negros.

El aire parece nacer de ese ramo descomunal, denso, pesado, como si asfixiara el oxígeno de la estancia.

—Los lirios negros se asocian con el misticismo… con la renovación que surge de la oscuridad —dice Darío, mirando la pantalla de su móvil.

Vera gira la cabeza hacia él, incrédula.

—¿Cómo sabes eso?

Darío levanta el teléfono.

—Google.

Vera niega con la cabeza y vuelve a centrar su atención en el ramo. Se acerca y descubre una nota escrita con caligrafía elegante, antigua, en tinta roja.

Nadie más volverá a hacerte daño.

Entrégate ya a mí. Tu tiempo se acaba.

—Draven.

Una arcada la dobla por la mitad. Entrega la nota a su primo y sale corriendo al exterior. Necesita aire.

Nada más cruzar la puerta, vomita.

Su cuerpo expulsa todo lo que lleva dentro. El olor sigue impregnándole la garganta.

Cuando Darío sale, la encuentra de rodillas, con la cabeza gacha.

—¿Estás bien? —le pregunta, apartándole el cabello del rostro y tendiéndole un pañuelo.

—Dime que no les ha hecho nada… —murmura con la voz rota—. Que Adja e Ivana están bien. Que no han sufrido por mi culpa.

Darío guarda silencio unos segundos.

—No lo sé, Vera. Pero vamos a averiguarlo. ¿De acuerdo?

Su voz suena cansada, pero firme. Es un ancla.

—Quizá estén en el lago… —dice ella, intentando convencerse—. Quizá todo el pueblo esté allí.

—Puede… —responde Darío, aunque su tono no transmite convicción—. Vayamos a ver.

Vera se pone en pie y se sacude la tierra del pantalón.

—¿Puedes caminar? Necesitas descansar. Acabas de salir del hospital y ahora esto…

Darío se coloca frente a ella y le sujeta el rostro con ambas manos.

—Tranquila. Respira.

Inhalan y exhalan juntos, acompasados.

—Estoy bien. Los analgésicos me han dejado como nuevo —dice con una media sonrisa—. Y como te prometí… bajamos al infierno juntos.

Vera asiente. Guarda la nota en el bolsillo trasero del pantalón.

—Vamos. Encontremos a nuestras amigas.

Ambos se dirigen en silencio hacia el lago. Vera mantiene la esperanza —frágil, casi infantil— de que el pueblo entero se encuentre allí celebrando alguna festividad improvisada. Darío, en cambio, ya es consciente de que algo terrible ha sucedido. Mientras caminan, un rezo silencioso se forma en su mente.

El sendero del bosque está desierto. Una niebla espesa les cubre los pies mientras avanzan. El frío húmedo contrasta con el sol veraniego que brilla en lo alto del cielo, como si el día ignorara la amenaza que se cierne sobre ellos.

Al llegar al lago, lo encuentran vacío.

Ni huellas.

Ni voces.

Ni rastro de presencia humana.

El lugar transmite una paz antinatural.

—Aquí no hay nadie… —dice Vera, frustrada—. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Un murmullo rompe el silencio.

El crujir leve de una tela movida por el viento.

Ambos giran la cabeza al mismo tiempo. A lo lejos, algo rojo ondula colgado de un árbol.

Avanzan despacio. Muy despacio. Como si sus cuerpos ya supieran lo que van a encontrar y quisieran retrasarlo unos segundos más.

Y entonces lo ven.

El grito de Vera desgarra el aire.

—No… no… no…

Darío corre hacia el árbol. Se coloca bajo el cuerpo y le sostiene las piernas en un intento desesperado por aliviar la presión del cuello.

—¡Vera, no te quedes ahí! ¡Ayúdame!

Ella permanece inmóvil, las manos cubriéndole la boca, los ojos abiertos en un horror absoluto.

—¡Vera! —grita él con todas sus fuerzas.

Ese grito la devuelve al presente. Corre hacia su primo. Entre los dos logran desatar el cuerpo y tenderlo con cuidado sobre la tierra húmeda.

Vera se arrodilla. Busca pulso en la muñeca.

Nada.

—Está muerto… —susurra.

Con manos temblorosas, retira la capucha.

Y el mundo vuelve a quebrarse.

Es el líder de la Hermandad. El mismo que ordenó golpear a Darío. El mismo que los amenazó.

Darío registra el cuerpo con la mirada, buscando respuestas. Entonces ve el borde de un papel asomando del bolsillo interior de la capa. Lo extrae y comienza a leer en voz alta.

La carta suena extraña. Forzada. Como si cada palabra hubiera sido arrancada con violencia.

Algo me ha traído hasta este lugar y algo guía mi mano mientras escribo.

Dejo constancia de que todo cuanto hice en esta vida vino impuesto por mis ancestros. No actué por ambición ni por odio, sino por deber. Fui criado para contenerlo. Para proteger al mundo de él.

A quien encuentre estas palabras:

No es mi voluntad la que me conduce esta noche hasta la cuerda.

Mi cuerpo obedece. Mi espíritu no.

Algo oscuro se ha infiltrado en mi mente. Siento su presencia como una sombra que aprieta mis pensamientos y me empuja hacia el árbol más alto del lago. Mis manos —que aún responden un instante a mi conciencia— han escrito esta nota antes de traicionarme.

No deseo morir.

Pero tampoco me rendiré.

Si mi cuerpo sube a la soga, que sepáis que no es por cobardía ni arrepentimiento. Es él quien me arrastra. El mismo a quien juré contener.

A mis hermanos de la Hermandad:

Cumplid el encargo que yo no podré terminar. Acabad con ella. Acabad con Vera y con el hombre que la acompaña. Sellad el destino de su linaje antes de que él recupere lo que busca.

Él no morirá.

Pero puede debilitarse.

Cada generación que cae sin entregarle su corazón es una victoria.

Mi cuerpo muere esta noche.

Mi juramento no.

El silencio que sigue pesa más que el cadáver a sus pies.

Vera siente cómo la garganta se le seca.

—Lo ha obligado… —murmura—. Lo ha obligado a hacerlo.

La carta deja claro que no quería morir. Y, aun así, su propia mano lo ha condenado.

—Si alguien lee esto, nos matarán —dice Darío, con la voz baja y tensa.

—Pero no podemos ocultar que ha sido Draven —responde ella.

Darío la mira.

—Este hombre me llevó al hospital. Te amenazó. Y acaba de ordenar nuestra muerte. ¿De verdad quieres que alguien vea esta carta?

Vera baja la cabeza.

—No… supongo que no.

Y aun así, algo dentro de ella se quiebra.

—También ha muerto arrastrado por esta maldición… —susurra—. ¿Cuánta gente tiene que morir para que yo no lo haga?

Las lágrimas caen sin control. Se arrodilla junto al cuerpo sin vida del hombre al que ayer odiaba con rabia.

Por primera vez, Darío no la consuela.

Se levanta despacio. Camina hasta la orilla del lago. Introduce la carta en el agua y observa cómo la tinta roja comienza a disolverse, como sangre diluida.

Las palabras desaparecen.

Las órdenes. La despedida.La condena.

Solo quedan restos de papel flotando sobre la superficie.

Cuando el último fragmento se hunde, Darío susurra, con una voz que ya no tiene miedo, sino determinación:

—Vayamos al monasterio. El padre Luka podrá ayudarnos.

Y sin saberlo, están a punto de descubrir que ya no queda nadie

Con paso decidido se dirigen al monasterio.

La puerta exterior que protege el edificio está abierta de par en par.

La misma imagen desoladora que encuentran en el pueblo se repite allí. El monasterio permanece silencioso, casi fantasmal. No hay rastro de los monjes ni del murmullo constante de sus rezos.

—¿Padre Luka? —grita Vera.

Nadie responde.

Recorren el huerto, la capilla, el comedor. Todo vacío.

—Comprobemos la biblioteca.

Vera camina deprisa hacia la gran biblioteca. Sabe que es la estancia preferida del abad. Se aferra a la esperanza de encontrarlo allí, a salvo de lo que está ocurriendo.

Es la única puerta cerrada del edificio.

Algo la detiene frente al gran tirador de hierro.

Darío la observa.

—¿Qué pasa?

—¿Y si tampoco está? ¿Y si nadie vuelve?

El miedo la paraliza un segundo. Respira hondo. Una vez. Otra.

Y abre.

El aire de la biblioteca está cargado, pesado, como si llevara días sin ventilarse. Huele a humedad… y a algo más.

Los libros están tirados por el suelo. El orden meticuloso ha desaparecido. Solo queda caos.

—Pero qué narices…

Una tos leve, lejana, interrumpe a Darío.

Ambos se quedan inmóviles.

El sonido vuelve.

Y entonces lo ven.

Una figura demacrada, hundida en un sillón al fondo, oculta entre sombras.

—¡Padre Luka!

Vera corre hacia él.

El anciano permanece con los ojos cerrados, la piel cetrina. No responde al principio.

Vera le toma el pulso.

—Tiene pulso… es débil. Pero respira.

Darío, sin embargo, no aparta la vista de su pecho.

La túnica está desgarrada. Oscuras manchas de sangre empapan la tela.

Con mano temblorosa, aparta los jirones.

Ahoga un grito.

Vera alza la vista hacia él. Sigue la dirección de sus ojos.

Y lo ve.

En el pecho del padre Luka hay una marca grabada a cuchillo. Profunda. Sangrante.

La reconoce al instante. El semicírculo. Su marca.

—Dios santo…

La herida aún supura.

—Padre… ¿quién le ha hecho esto? —susurra, sabiendo que ya conoce la respuesta.

Darío saca el móvil.

—Tenemos que llamar a una ambulancia. Ya.

—Vera… hija mía…

La voz del monje es apenas un hilo.

Ella vuelve a arrodillarse junto a él y le toma las manos.

—Estoy aquí.

—No puedo verte… me ha arrebatado la poca vista que mis ojos conservaban. Pero sé que eres tú. Te siento.

Un escalofrío recorre la espalda de Vera.

—No hable. Estamos llamando a una ambulancia.

Darío se aleja unos pasos buscando cobertura. No la encuentra y sale al exterior para intentarlo.

—Lo siento —susurra el padre Luka—. He intentado resistir… pero él es fuerte. Más fuerte que yo.

—Lo importante es que está vivo.

—Debes irte, Vera. Vete. Jamás lograrás librarte de él. Reclama lo que es tuyo por naturaleza… porque él está perdiendo el control. Te ha llamado por otro nombre…

Vera siente cómo el corazón le golpea el pecho.

—No puedo irme. La gente ha desaparecido. Dígame qué ha pasado.

—Esta batalla la ha ganado el diablo… —murmura el anciano, delirante—. Pero Dios enviará a sus ángeles…

En ese momento entra Darío.

—La ambulancia está en camino.

El padre Luka pierde el conocimiento.

Vera se pone en pie lentamente.

—Dios no enviará a ningún ángel —dice con voz firme—. Pero yo sí voy a plantarle cara al diablo.

Mira a su primo.

—Quédate con él hasta que llegue la ambulancia. Yo voy a terminar esto.

—Vera, ni se te ocurra—

Pero ella ya camina hacia la puerta.

No se detiene.
Sabe que esto tiene que hacerlo sola.
Es su destino.
Y va a buscarla

31

DRAVEN

El castillo siempre responde cuando regreso. La piedra absorbe el frío de mi presencia como si me reconociera. Me gusta caminar despacio por estos pasillos. Escuchar el eco de mis propios pasos. Recordar que, aunque el mundo exterior cambie, aquí dentro todo sigue bajo mi dominio.

La Hermandad nunca lo entendió.

Creen que luchan contra mí. Creen que me vigilan. Que me contienen. Que me desgastan con sus pequeñas victorias miserables. Han matado a muchas Radic. Han escondido niñas. Han huido como ratas con la ilusión de que eso me debilita.

Qué concepto tan humano del poder.

El poder no desaparece porque lo ignoren.

Solo cambia de forma.

Siempre he tenido alternativas. Siempre. Si una Radic muere, otra nace. Si la protegen, la deseo más. Si la esconden, la encuentro. Los hombres son extraordinariamente predecibles cuando actúan por miedo.

Y yo llevo siglos estudiando el miedo.

El líder de la Hermandad lo sabía. Lo vi en sus ojos cuando amenazó a Vera. Fue valiente. O estúpido. A veces es difícil distinguirlo. Pero confundió protección con desafío.

Desafiarme nunca ha sido buena idea.

No lo maté por estrategia. Lo maté por corrección. Hay comportamientos que deben castigarse para que el sistema funcione. Lo guié hasta la cuerda con una precisión que habría admirado si hubiera tenido capacidad para hacerlo. Incluso le permití escribir su despedida. Un pequeño gesto de elegancia por mi parte.

Siempre he sido generoso con mis enemigos.

El monje… ese fue otro asunto. Hablar cuando no debe hablar. Creer que el conocimiento le concede autoridad moral. Me decepcionan los hombres que olvidan su lugar. Aun así, lo he dejado con vida. No por debilidad. No por compasión.

Por pura estrategia.

Vera debe comprender que no soy un monstruo sin criterio. Debe entender que todo lo que hago tiene lógica. Que incluso el castigo es proporcional.

Aunque sospecho que ella no lo verá así.

Vera.

Interesante criatura.

No se parece a las otras. No se mueve como ellas. No tiembla igual. Cuando me mira no solo hay miedo. Hay rabia. Hay resistencia. Hay algo que intenta negarse a reconocer lo inevitable.

Eso me divierte.

Podría tomarla por la fuerza. Sería sencillo. He torcido voluntades mucho más firmes que la suya. Pero ¿qué mérito tendría eso? El ritual exige más que carne. Exige entrega.

Y quiero verla rendirse.

Quiero que comprenda que luchar contra mí es inútil. Que no soy el villano de su historia. Que soy el centro de ella.

Su primo es un inconveniente. Lo percibí desde el principio. Tiene esa lealtad molesta que los humanos confunden con virtud. No lo he tocado porque ella aún no está lista para odiarme del todo. Todo tiene su ritmo.

Y esta noche el ritmo cambia.

He movido las piezas con cuidado. El pueblo vacío. El silencio. El mensaje. La sensación de que el suelo se deshace bajo sus pies. El miedo no siempre paraliza. A veces empuja.

Vendrá.

No porque yo la obligue.

Vendrá porque necesita respuestas.

Y yo soy la única respuesta posible.

Me detengo frente a la gran ventana del salón principal. El lago refleja el sol como si nada estuviera ocurriendo. Qué curioso que los escenarios de las grandes decisiones siempre parezcan pacíficos.

Siento la marca en mi muñeca. Esa que nos une.

Late.

No es dolor. No es placer.

Es conexión.

Le guste o no.

Yo no he esperado siglos para perder ahora.

Esta noche comprenderá que su destino no es una amenaza.

Es una consecuencia.

Y cuando cruce esas puertas, furiosa, decidida, creyéndose fuerte…

Yo estaré aquí.

Esperándola. No como un demonio. Como lo inevitable.

32

Sus pasos firmes la conducen hacia el castillo. Camina sin titubear, impulsada por una voluntad férrea que no le permite retroceder. No va a marcharse sin respuestas. Alguien tiene que enfrentarse a Draven. Sus actos no pueden quedar impunes.

Ha matado a un hombre.

Ha herido a un anciano indefenso.

Y Dios sabe qué ha hecho con los habitantes del pueblo… con sus amigas.

¿ Y todo para qué? ¿Para demostrar su poder? ¿Para recordar que está por encima de todos?

Vera ya conoce su juego. Sus palabras dulces disfrazadas de protección, su seducción constante, esa manera calculada de empujarla a desearlo. Y por un instante lo consiguió. Ha deseado su boca, sus manos, el roce de su piel. Ha deseado ser tocada por él. La sola idea aún le quema por dentro.

Pero hasta aquí.

No puede dañar a la gente que ama y salir ileso. No puede convertir el miedo en espectáculo y esperar gratitud a cambio. Nunca más.

Cuando llega a las puertas del castillo, las encuentra abiertas, como si la estuvieran esperando desde hace horas. No necesita que nadie se lo confirme: sabe que él siente su presencia.

Al cruzar el umbral, el vestíbulo la recibe con una imagen completamente distinta a la que recordaba. La última vez parecía limpio, casi luminoso, como si el abandono jamás hubiera reclamado aquel lugar. Ahora el polvo cubre los escasos muebles y se adhiere a las molduras. Telarañas gruesas se descuelgan desde el techo y el aire huele a humedad, a piedra cerrada durante siglos.

Es un reino sin vida. Un reino de sombras.

Avanza con cautela hacia la sala donde tomó té con él la última vez. Las mesas y las sillas han desaparecido. La estancia permanece en penumbra, iluminada apenas por un hilo de luz que se filtra por un ventanal estrecho. El frío es más intenso allí, un frío que parece nacer del suelo mismo. Sin embargo, Vera no lo siente. La ira le arde bajo la piel y la mantiene erguida.

—Espero que mi presente haya sido de tu agrado. Los lirios negros son difíciles de encontrar… pero como ya habrás averiguado, para mí no hay nada imposible.

La voz surge de las sombras, profunda y cargada de una satisfacción apenas contenida.

Vera entrecierra los ojos hasta distinguir la silueta al fondo de la sala. Allí, aislado en mitad del vacío, se alza un gran sillón que recuerda a un trono antiguo. La figura que lo ocupa reposa con una naturalidad insultante, como si el asiento hubiese sido creado a su medida. Es el único mueble en toda la estancia, lo que convierte su presencia en absoluta, incontestable.

Un graznido áspero rompe el silencio.

Dos grandes cuervos descansan sobre el respaldo, inmóviles, como guardianes oscuros que coronan el trono.

Y entonces lo ve.

Su rostro permanece parcialmente oculto, pero sus ojos brillan con intensidad. En ellos no hay culpa, ni duda, ni rastro de arrepentimiento. Solo orgullo. Disfrute. La certeza de quien se sabe dueño del tablero.

—Vaya… estás muy callada —continúa él, con un deje burlón—. Pensé que me agradecerías mis atenciones. Al fin y al cabo, todo lo hago por ti.

Con un leve chasquido de dedos, unas velas se enciende sobre su cabeza. La luz es tenue, cálida, pero suficiente para revelar su expresión. Draven sonríe con una amplitud casi perturbadora, una sonrisa que no nace de la alegría sino de la posesión.

—¿Por qué has hecho todo eso? —pregunta Vera.

Su voz no suena como esperaba. No es fuerte, ni desafiante. Sale baja, contenida, como si la sala misma le hubiese arrebatado parte de la furia con la que llegó. Durante el trayecto hasta el castillo se sentía invencible, pero allí, frente a él, algo se desmorona en su interior.

— ¿ A que te refieres?- su voz suena a desgana

—¿ A que me refiero? – Vera haya un ápice de valentía – Se que has matado a un hombre inocente.

— ¿Inocente? – Escupe con furia- Pensé que tu mejor que nadie vería la maldad de ese hombre. Al fin y al cabo mandó a tu primo al hospital, aunque para mi eso es lo de menos. Podría decirse que hasta disfrute de la escena.

—¿ Tu… Tu estabas allí? -susurra Vera- Y no hiciste nada para ayudarlo.

Draven sentado en su trono, la mira inquisitivamente durante unos segundos. Vera siente como la atraviesa esos intensos ojos. En un movimiento lento, elegante, Draven lleva su cuerpo hacia adelante, apoyando sus codos en las rodillas y empieza a reír . una risa oscura, profunda que retumba en las paradas de la estancia vacía.

— ¿ y por que iba a hacer yo eso Vera?- dice que un tono de mofa

Lentamente, Draven se incorpora de su trono. Sus pasos son pausados, seguros, cargados de una elegancia natural que parece innata en él. Cada

movimiento está medido, casi coreografiado, como si el simple hecho de avanzar formara parte de un ritual destinado a doblegarla.

Vera permanece inmóvil mientras lo observa acercarse. Sus pies no responden. Es como si una orden silenciosa los mantuviera anclados al suelo. Cuando él se detiene frente a ella, el aire parece volverse más denso.

Draven inclina levemente el rostro y aspira su aroma con una lentitud deliberada. Luego comienza a rodearla, despacio, sin tocarla todavía, dejando que su presencia la envuelva por completo. Al situarse a su espalda, sus dedos se deslizan entre el cabello de Vera y llevan un mechón hasta su nariz, inhalando con una calma casi íntima.

Vera siente su cercanía como una descarga eléctrica. El calor de su cuerpo, la respiración rozándole la piel, la presión invisible de su dominio. Su propio cuerpo reacciona antes de que su mente pueda impedirlo. Cada fibra de su ser responde a él con una necesidad que la avergüenza y la sacude.

Algo primitivo despierta en su interior.

Algo antiguo.

La mano de Draven continúa deslizándose por su piel mientras vuelve a situarse frente a ella. Recorre la línea de su espalda, asciende con lentitud por el hombro y se detiene en la marca.

Sus dedos trazan el semicírculo con una precisión casi reverencial, pero la presión es firme, posesiva. No es una caricia. Es una reclamación.

La mira directamente a los ojos mientras lo hace. En su expresión ya no hay ternura fingida. Solo deseo. Solo hambre.

Vera siente que el aire se vuelve insuficiente.

—Sin embargo… —ronronea él, inclinándose apenas hacia su rostro—, si decides quedarte conmigo esta noche, te juro que nadie volverá a poner una mano sobre aquellos a quienes amas. Nadie. Solo tienes que prometerme que serás mía. Eternamente.

Vera lucha contra el impulso de tocarlo, de ceder a esa corriente magnética que la arrastra hacia él. Sabe que si se abandona a esa necesidad, no habrá regreso posible.

Mantiene la mirada fija en la suya.

—No.

La oscuridad se desliza por el rostro de Draven como una sombra viva. La mano que antes acariciaba ahora se tensa. Sus dedos se clavan en sus hombros con una posesión que roza el dolor.

—¿Estás completamente segura? —su voz ya no es sedosa—. Tu tiempo se acaba, Vera.

—Atacaste a un anciano indefenso. Has hecho desaparecer a todo un pueblo —responde ella, obligándose a no apartar la vista—. ¿De verdad crees que puedo quedarme contigo cuando todo lo que tocas está manchado de sangre?

Draven se aparta unos pasos. La observa en silencio, como si la evaluara. Durante unos segundos no dice nada. Solo la estudia.

Con un leve movimiento de su mano, los cuervos alzan el vuelo al unísono y se posan sobre sus hombros. No es un gesto teatral. Es natural. Orgánico. Como si siempre hubieran pertenecido allí.

—No te conviene enfadarme —dice finalmente. Su voz ahora resuena con un eco grave, profundo, como si naciera desde la piedra misma del castillo—. No confundas mi cortesía con debilidad. Puedo hacer que sufras de mil maneras distintas. He tenido paciencia contigo… y aun así te atreves a negarme.

Cierra los ojos un instante, como si contuviera algo más oscuro que amenaza con escapar. Cuando los abre de nuevo, su tono vuelve a suavizarse, meloso, casi íntimo. Los cuervos alzan el vuelo de nuevo para custodiar el trono de su señor.

—Vera… solo quiero que estemos juntos. Eres mi destino. Y yo soy el tuyo. Liberaré al pueblo. Te lo prometo. Y respecto al anciano… sí, le hice daño. Pero no le arrebaté la vida. Solo necesitaba recordar que nadie me traiciona y permanece impune. Sin embargo, por ti… no volveré a tocarlo.

Sus dedos regresan al mentón de Vera, elevándolo con delicadeza calculada.

—Basta con que admitas lo inevitable. Que eres mía.

Su mano asciende hasta el mentón de Vera y lo alza con una firmeza que no admite rechazo. La obliga a mirarlo.

Durante un instante el mundo parece reducirse a la distancia que separa sus bocas.

Entonces Draven se inclina y la besa.

No es un roce ni una pregunta. Es una afirmación. Sus labios la reclaman con intensidad, con una necesidad que no deja espacio para la duda. La presión es exigente, dominante; la incita a abrirse, a rendirse, a permitir que su lengua invada el territorio que ya considera suyo.

Es un beso que no pide permiso.

Vera siente cómo su cuerpo responde antes de que su voluntad pueda intervenir. Durante un segundo —solo uno— le devuelve el beso. Y en ese instante se funden en una misma respiración, en un pulso compartido que late con violencia bajo la piel.

Cuando él se separa, sus labios rozan todavía los de ella.

—Mi ángel… —susurra, tan cerca que el aliento le roza la boca—. Este es nuestro hogar.

Vera lo mira fijamente. Sus labios arden, hinchados por la intensidad del beso. La piel le tiembla todavía, electrizada por el contacto. Su cuerpo no ha olvidado la sensación.

Pero su mente sí recuerda el dolor. La sangre. El miedo.

Y entonces lo dice.

—No.

Una sola palabra.

Nítida.

Inquebrantable.

Una decisión tomada.

Draven no levanta la voz. No necesita hacerlo. Una leve sonrisa curva sus labios antes de que su mano trace un gesto casi despreocupado en el aire. En el siguiente segundo, el cuerpo de Vera abandona el suelo sin que nada visible la sostenga. Una fuerza invisible la arrastra hacia atrás y la estrella contra la pared de piedra con tal violencia que el impacto le vacía los pulmones. El aire desaparece. Sus pies no tocan el suelo. No puede moverse. No puede caer. Algo la mantiene suspendida, presa de un poder que no alcanza a comprender.

Draven la contempla desde el centro de la sala, inmóvil, con una serenidad que resulta infinitamente más aterradora que cualquier arrebato. Sus labios pronuncian palabras en una lengua antigua, áspera, que parece reptar por las paredes y hundirse en su piel. El sonido no es alto, pero vibra en sus huesos.

Entonces el dolor llega.

No como un aviso. No como una amenaza.

Como una ruptura.

Una presión insoportable comienza en sus rodillas, como si manos invisibles tiraran de ellas en dirección contraria. Vera intenta resistirse, pero no tiene control sobre su propio cuerpo. El crujido seco resuena en la estancia antes de que su mente pueda procesarlo. El sonido es fuete, demasiado cercano.

Son sus huesos.

El grito que sale de su garganta la desgarra por dentro. El dolor asciende por sus piernas, se clava en la cadera, le arranca el equilibrio, le roba la cordura. No es un golpe. Es una fractura que arde y se expande, que la sacude en espasmos incontrolables.

—Por favor… —consigue articular, más aire que voz.

Draven la observa con la cabeza ligeramente ladeada, como si estudiara un fenómeno interesante.

—Te ofrecí eternidad —dice con calma—. Te ofrecí mi reino. Y aún así me niegas.

Otro gesto.

El brazo derecho de Vera se tensa de forma antinatural. Siente cómo la articulación cede, cómo el hombro se desplaza con un sonido húmedo y grotesco que se mezcla con su propio alarido. El dolor la ciega. La sangre le retumba en los oídos. La habitación gira.

La fuerza que la sostiene desaparece de pronto y su cuerpo cae solo para ser impulsado con violencia contra la pared opuesta. La piedra le abre la piel del rostro. El sabor metálico invade su boca. La sangre le cubre un ojo y le impide ver con claridad.

Cae al suelo . Intenta arrastrarse.

No puede.

Algo la vuelve a elevar, esta vez de espaldas, aplastándola contra la pared. No hay manos. No hay cuerdas. Solo una voluntad que la domina por completo.

Draven se acerca despacio. No la toca. Se coloca detrás de ella y su presencia lo llena todo. Vera puede sentir el calor de su cuerpo sin que haya contacto real, como si la sombra misma de él la envolviera. Su voz desciende hasta su oído, suave, casi íntima.

—Puedes detener esto. Solo tienes que decir que sí.

Vera tiembla. El dolor no disminuye. Late, constante, cruel. Siente la pierna inútil, el brazo colgando, el pulso desbocado.

—No…

La negativa apenas es un susurro.

Draven extiende la mano y cierra los dedos en el vacío. El brazo dislocado de Vera responde como si lo estuvieran desgarrando desde dentro. El dolor estalla de nuevo, absoluto, devastador. La oscuridad amenaza con tragársela.

—Puedo seguir así eternamente —continúa él, sin alterar el tono—. Puedo romperte tantas veces como quiera. Y reconstruirte después. Pero prefiero que vengas a mí por voluntad propia.

Su voz se vuelve más fría al pronunciar el siguiente nombre.

—No querrás que algo así le ocurra a Darío.

El mundo se detiene.

El dolor sigue ahí, pero el miedo lo supera.

—No… por favor… —suplica ahora, incapaz de sostener la dignidad que le quedaba.

Draven la hace girar con un movimiento casi imperceptible. Sus pies apenas tocan el suelo. Quedan frente a frente. Ella apenas se mantiene consciente. Él

la observa como quien examina una posesión que aún se resiste a ser domada.

—Entonces, mi lirio… ¿te quedarás conmigo?

Vera entiende, en ese instante, que no se trata de su vida. Nunca ha sido solo su vida. Si continúa negándose, él no la matará. La romperá lentamente. Y después irá a por los demás.

Respira con dificultad. Siente la sangre descender por su rostro. Siente los huesos quebrados bajo su piel sangrante.

Y aun así piensa.

—Sí… —susurra al fin—. Pero con una condición.

La mirada de Draven brilla con una satisfacción oscura.

—Habla.

—Una semana. Dame una semana… y volveré. Por mi propia voluntad.

El silencio que sigue es largo. Denso. Draven la estudia, buscando duda, buscando engaño. Solo ve derrota.

—Una semana —concede al fin—. Pero si incumples, no quedará nadie a quien amar.

La fuerza desaparece.

Vera cae al suelo como un cuerpo sin alma.

—Aún te resistes —murmura—. Pero terminarás comprendiendo que esto no es castigo. Es destino.

Draven se arrodilla junto a ella y coloca ambas manos sobre su abdomen. Esta vez el dolor es distinto, pero no menor. Vera siente cómo algo se recompone bajo su piel. El hueso cruje en sentido contrario, encajando con una precisión antinatural. El hombro vuelve a su sitio con un chasquido seco que le roba el aliento. La carne se cierra. La sangre desaparece como si jamás hubiera manchado su rostro.

La reconstrucción duele tanto como la fractura.

Y después… nada.

El silencio.

El frío.

Cuando termina, su cuerpo está intacto.

—Ya puedes irte —dice él, incorporándose con esa elegancia insultante—. En una semana. Al anochecer. Y esta vez será para siempre. Ni un día más.

Vera tarda unos segundos en ponerse en pie. No queda rastro físico del tormento, pero el recuerdo del dolor late bajo su piel como una cicatriz invisible.

Lo mira sin bajar la cabeza.

—¿Y el pueblo? —pregunta, con voz firme—. Devuélvelos.

Draven arquea una ceja.

—¿Exiges ahora?

—Me prometiste que nadie sufriría si aceptaba. Cumple tu palabra.

Durante un instante, algo oscuro cruza por los ojos de Draven. Luego sonríe.

—Tu amado pueblo ya está en sus casas. Como si nunca se hubieran ido.

Vera no agradece. No responde.

Con la cabeza erguida y los hombros firmes, atraviesa la sala y abandona el castillo sin volver la vista atrás. Los cuervos la siguen con la mirada desde el trono, inmóviles, atentos.

Draven se sienta de nuevo, dueño absoluto de su reino de sombras.

Cuando Vera cruza el umbral y el aire del bosque llena sus pulmones, aprieta los dientes hasta sentir dolor.

Una semana. Solo una semana.

Y por primera vez desde que todo comenzó, el pensamiento no nace del miedo.

Nace de la determinación.

- En una semana… te destruiré. -se aferra a ese pensamiento

Detrás de ella, un estallido de graznidos rasga el silencio del castillo. No uno. No dos.

Cientos.

Como si la propia oscuridad hubiera sentido el desafío.

33

Diario de Danica

La historia del monje me ayudó a comprenderlo todo.

La historia de mi antepasada había escrito mi destino.

Tu destino.

Mas yo no podía aceptarlo sin lucha. No permitiría que mi vida fuese grabada a fuego en el mismo hierro que marcó la suya.

El tiempo transcurrió bajo una fingida normalidad. Durante el día, las tareas del monasterio ocupaban mi mente; mas las noches se tornaban cada vez más inquietas.

Sentía su presencia en mi estancia. En mi lecho.

Algunas noches, al regresar a mi humilde aposento, un aroma empalagoso, dulzón hasta la náusea, me anunciaba que había estado allí. Sobre la mesa descansaba siempre el mismo presente: un ramo de lirios negros.

Jamás los conservé.

Los arrojaba al lago, uno por uno, con la esperanza de que comprendiera mi rechazo y desistiera.

Pasé largas horas en la biblioteca. Gracias a los monjes había aprendido a leer y escribir, y me entregué a los libros en busca de aquello que no sabía nombrar. ¿Un remedio? ¿Una absolución? ¿Un milagro?

Una tarde, mientras cocinaba y los monjes se hallaban ocupados en sus rezos, una sensación extraña recorrió mi espalda. Como si alguien me observase.

La cocina estaba vacía.

Una campanilla sonó en el silencio, idéntica a la que se hacía repicar en la misa para llamar a la atención de los distraídos.

Solté el cuchillo.

—¿Hay alguien? —pregunté.

Un susurro respondió junto a mi oído.

—Danica…

Las sombras se arremolinaron como movidas por un viento invisible, y una figura tomó forma ante mí.

Draven.

Allí, en mi cocina.

Nada le importaba que aquello fuese terreno consagrado. Caminó con pasos lentos, elegantes. Extendió la mano hacia mí, mas en lugar de tocarme

tomó una zanahoria de la mesa y le dio un mordisco sin apartar sus ojos de los míos.

—Me gustas cuando cocinas, lirio mío. Eres… adorable.

—No puedes estar aquí —dije, aunque mi voz temblaba—. Esta es la casa del Señor.

Rió.

—¿Qué señor? Aquí no hay más señor que yo. Ninguna puerta me retiene si deseo cruzarla. Y lo que deseo eres tú.

Me armé con el cuchillo, como si fuese a servirme de algo. Bastó un leve gesto suyo para que saliera despedido y cayera al suelo.

—¿Crees que puedes herirme?

— Lo se todo y jamás obtendrás nada de mí —le respondí, mirándolo de frente—. Conmigo morirá la descendencia Radic. Y contigo, el tiempo hará lo que debe hacer: convertirte en polvo.

Se acercó. Un paso. Otro. El aroma dulce me envolvió.

—La voluntad del hombre es débil, Danica. Mucho más que la tuya. Basta con inclinarla. Y si tú no me entregas lo que busco… otro lo hará por ti.

Posó una mano sobre mi vientre plano.

—Si no puedo romperte, la vida crecerá en ti. Y si no eres mía, lo será la que nazca de ti. Tengo siglos. Sé esperar.

Sus labios rozaron los míos en un beso etéreo. Después, se desvaneció.

Aquella amenaza se clavó en mi espíritu. Desde ese instante juré no abandonar jamás los muros del monasterio. Allí estaría protegida.

Pasó un año sin sobresaltos.

Creí haber vencido.

Hasta aquel domingo de Pascua.

El tendero entró por la puerta trasera, como hacía cada semana. El mismo hombre jovial que tantas veces me había hecho sonreír. Solo que aquel día no traía luz en la mirada.

Dejó el cesto en la mesa.

—Danica, estás muy hermosa hoy.

Me sorprendió su tono. Reí para aliviar la extrañeza. Continué limpiando la gallina, con las manos cubiertas de sangre y plumas.

No vi el movimiento hasta que su mano rodeó mi garganta.

Intenté gritar.

No pude.

Con la otra mano desanudó el pañuelo que llevaba al cuello y me lo apretó contra la boca. Me empujó contra la mesa. El cesto cayó. Las verduras rodaron por el suelo.

No comprendía qué ocurría .Me sostuvo así, aprisionándome entre su cuerpo y la madera, mientras con movimientos torpes y urgentes me levantaba las faldas.

Y entonces me forzó.

No hubo vacilación.

No hubo humanidad.

Sentí el desgarro cuando me penetró con violencia. El dolor fue punzante, brutal, como si me partiera en dos. Noté la sangre caliente deslizarse entre mis piernas mientras mi cuerpo era sometido contra la mesa donde aún reposaban los preparos de la comida.

Intenté resistirme, pero cada movimiento solo aumentaba el dolor.

Lloré en silencio, ahogada por la tela, mientras el olor metálico de la sangre se mezclaba con el de la gallina que había estado limpiando, tirada ahora en el suelo.

Cuando terminó, con una última embestida, sus labios se acercaron a mi oído.

Y entonces habló.

—Ves, lirio mío… el linaje continuará. Y si no eres mía, tu hija lo será.

No era la voz del tendero.

Era la suya.

El aroma de los lirios invadió la cocina.

Me soltó. Caí al suelo. Sangrando. Temblando.

El hombre salió sin mirarme.

Horas después lo hallaron colgado del árbol más alto junto al lago.

La misma voluntad que lo forzó a mancillarme fue la que lo condujo a su último aliento.

Y entonces lo entendí.

Ni siquiera dentro de aquellos muros había estado a salvo.

No pretendía doblegar mi voluntad.

Pretendía asegurar su herencia.

Había ganado.

En aquel mismo instante comprendí que ya no estaba sola en mi cuerpo. Y aun así… jamás podría deshacerme de mi pequeña. Comprendí que no era tan fuerte como yo creía.

34

Las lágrimas resbalan lentamente por las mejillas de Vera mientras cierra el diario con cuidado entre sus manos.

—Pobre Danica… —susurra para sí misma.

Cuando regresa del castillo no encuentra a nadie en la casa. Después de todo lo ocurrido no tiene fuerzas para ir al hospital a por Darío ni al padre Luka. Su mente está demasiado llena. Necesita pensar, ordenar sus ideas, encontrar una forma de escapar de la promesa que ha hecho a Draven.

Una semana.

Ese pensamiento regresa una y otra vez, como una campana que no deja de sonar en su cabeza.

La casa todavía huele dulce. A él.

Vera ha tirado los lirios negros nada más entrar, pero el aroma parece haberse quedado atrapado entre las paredes, impregnándolo todo. Es un olor persistente, casi irreal, como si el propio Draven siguiera allí, observándola desde cada rincón de la estancia.

Al menos ha cumplido su palabra.

Cuando llega al pueblo, pálida y temblorosa después de abandonar el castillo, la vida parece haber regresado como si jamás hubiera desaparecido. Los tenderos abren sus puestos en la plaza, los niños corren detrás de un balón y las mujeres conversan tranquilamente en las puertas de sus casas. Nadie parece recordar nada. Nadie habla de desapariciones, ni de miedo, ni de sombras.

Todos continúan con sus vidas completamente ajenos al precio que ella ha pagado para traerlos de vuelta.

Vera confía en que el diario de Danica pueda ofrecerle alguna respuesta, una pista, cualquier indicio que le permita entender cómo romper el destino que Draven pretende imponerle. Sin embargo, cada página que lee parece mostrarle únicamente una cosa: la verdadera naturaleza del hombre al que se enfrenta.

Cruel. Paciente. Obsesivo.

Su corazón solo parece haber latido de verdad por una persona: Milena.

El resto de las Radic, sin importar nuestros nombres o nuestros rostros, no somos más que un medio para alcanzar su objetivo. Un camino hacia la recuperación de sus poderes.

Y aun así, más de una vez Vera ha sentido algo diferente en la forma en que la mira.

Casi afecto.

—¿Me pareceré a ella…? —murmura en voz baja mientras se acerca al ventanal que da a la plaza.

En ese momento escucha murmullos.

Voces de asombro. Un murmullo inquieto que rompe la tranquilidad de la tarde.

Vera entrecierra los ojos y observa cómo una carreta se aproxima lentamente por la plaza. Durante un instante no logra distinguir quién la conduce, pero cuando la figura se acerca lo suficiente, reconoce de inmediato la silueta de su primo.

Sin pensarlo dos veces, corre escaleras abajo y abre la puerta.

Y entonces se queda inmóvil.

Darío avanza con el rostro sombrío mientras sostiene al padre Luka por los hombros. El anciano apenas puede mantenerse en pie.

—¡Darío! ¡Padre Luka! —exclama Vera mientras corre a su encuentro y ayuda a sostener al anciano.

Entre los dos lo conducen hasta el salón, donde una vieja mecedora descansa junto a la ventana. Con sumo cuidado lo ayudan a sentarse y acomodarse mientras el monje intenta recuperar el aliento.

—Vera, hija mía… ¿estás bien? —susurra el padre Luka. Su voz apenas es audible, pero aun así levanta una mano temblorosa y la posa con ternura sobre la mejilla de la joven—. Creíamos que te había pasado algo. Estábamos muy asustados. Gracias a Dios que estás aquí.

Vera apenas tiene tiempo de responder. Darío la agarra por el brazo con brusquedad y la aparta hacia un rincón de la habitación.

—¿Se puede saber dónde has estado? —le espeta con la voz tensa—. ¿Qué demonios ha pasado?

—Estoy bien, primo. De verdad.

Pero su rostro la delata. Vera puede intentar mentir con palabras, pero el miedo sigue grabado en sus ojos.

—¡Y una mierda estás bien! —estalla Darío, incapaz de contenerse.

Vera suspira. Puede ver el dolor reflejado en los ojos de su primo, sentir su miedo tan intenso como el suyo propio.

Respira hondo antes de hablar.

—Preparemos un té. Llevemos al padre Luka a la cama y después te lo contaré todo.

—¡De eso nada!

La voz del anciano resuena desde la otra punta de la estancia.

—Durante años he guardado silencio, y ahora es el momento de hablar. El demonio puede haberme quitado la vista, pero el oído lo tengo como el de un

muchacho de veinte años. Así que preparad ese té y sentaos a mi lado.

Darío resopla mientras se dirige a la cocina.

—No hace falta que lo jure, padre —murmura—. Su oido está perfecto.

Vera se acerca al anciano. Aunque es pleno verano, toma una manta ligera y la coloca sobre sus piernas antes de sentarse a su lado, casi a sus pies.

—Puedo sentir que te ha hecho daño, Vera —dice el monje con suavidad mientras acaricia su cabeza.

Ella apoya la frente sobre su regazo como una niña agotada.

—Eso no importa… —murmura con la voz quebrada—. Le hizo daño a usted por mi culpa. Por preguntar demasiado. Por no aceptar mi destino.

—Dios nos marca el camino correcto, hija mía —responde el padre Luka con serenidad—, pero el final lo eliges tú. Siempre tienes el poder de decidir quién quieres ser… al menos el poder de luchar por ello. No lo olvides.

—¿Que no olvide qué? —pregunta Darío al regresar al salón con una bandeja y tres tazas de té humeante.

Vera levanta la mirada hacia él, con los ojos todavía húmedos.

—Perdóname, primo. Pensé que debía plantarle cara por lo que había hecho. El hombre colgado, el monasterio, la gente del pueblo… No puedo permitir que otros paguen por algo que me pertenece. Pero me equivoqué.

Toma la taza y sopla el vapor que se eleva de ella antes de acercarla a los labios. El calor la reconforta. Aunque fuera el día es templado, la casa parece permanecer siempre fría.

—Tengo una semana para arreglar todo esto. Si no lo consigo… todo estará perdido.

Un silencio pesado se instala en la habitación. Es casi una invitación para que continúe.

Y Vera lo hace.

No omite nada.

Habla del castillo.

De Draven. De la tortura. De las amenazas. Del pacto.

Mientras el padre Luka niega lentamente con la cabeza, incapaz de asimilar lo que escucha, Darío se cubre el rostro con las manos para que su prima no vea las lágrimas que le provoca la impotencia.

Si hay una palabra que describe el ambiente en ese momento es dolor.

Cree

Cuando Vera termina su relato, el silencio cae entre los tres, denso, incómodo, como si las palabras aún flotaran en el aire sin saber dónde posarse.

—Vera… ¿cómo ha podido hacerte eso? —la voz de Darío sale baja al principio, pero se quiebra en rabia—. Lo mataré por tocarte.

Empieza a caminar por la habitación, incapaz de quedarse quieto. Sus pasos son rápidos, desordenados, cargados de una furia que no sabe canalizar. Se pasa una mano por el pelo, respira hondo, pero no consigue calmarse.

Después de unos minutos, se detiene en seco.

Se gira hacia ella.

La mira directamente a los ojos.

Y en esa mirada ya no hay solo ira… hay miedo.

—Algo podremos hacer… ¿no? —pregunta finalmente, casi en un susurro, más como una súplica que como una pregunta.

—No lo sé —responde Vera—. Nada más llegar he seguido leyendo el diario de Danica. Creo que en él está la clave, pero todavía no la he encontrado. Solo he confirmado que la maldad de Draven no tiene límites.

Les cuenta entonces lo que ha leído.

El encuentro entre Danica y Draven.

La violación.

El padre Luka suspira profundamente.

—Recuerdo haber leído en los registros del monasterio algo sobre una muchacha que dio a luz alli mismo, entre esas paredes. Apenas tuvo ayuda, salvo la de uno de los monjes. El resto la repudiaron por libertina. Pensaban que había deshonrado el lugar.

Vera lo escucha con el corazón encogido.

—Dio a luz a una niña —continúa el anciano—. Y al cabo de unos meses separaron a la criatura de ella y la entregaron a otra familia para que se hiciera cargo.

—Pobre Danica… —murmura Vera, incapaz de contener las lágrimas—. Huérfana, maldita, violada y repudiada por quienes debían protegerla. ¿Qué fue de ella después, padre?

El monje entrelaza las manos sobre su regazo.

—No lo sé, hija mía. Los registros dicen que poco después abandonó el monasterio sin permiso. Días más tarde encontraron su cuerpo a orillas del lago. Nadie investigó lo ocurrido. Ni siquiera mis propios hermanos del monasterio.

Suspira con tristeza.

—Pobre muchacha…

La dureza de aquel final deja a Vera sin palabras.

Ese podría haber sido su destino.

Morir sola.

Olvidada.

Pero enseguida sacude la cabeza.

—No… yo no estoy sola. Tengo gente que me quiere.

Permanece unos segundos en silencio antes de continuar.

—Creo que la respuesta está en el diario de Danica. Ella era fuerte, decidida. Seguro que intentó encontrar una forma de acabar con él para proteger a su hija.

Darío asiente lentamente.

—Entonces terminaremos el libro esta misma noche. Nos turnaremos para leerlo mientras el otro descansa.

Sus palabras suenan como un pequeño rayo de esperanza.

—Padre, usted debe descansar —dice Vera con suavidad—. Le avisaremos si encontramos algo.

Entre los dos ayudan al anciano a subir al dormitorio y lo acomodan en la cama. Después regresan al salón en silencio.

Vera deja el diario sobre la mesa.

Darío saca el móvil del bolsillo.

—Haré fotos de algunos capítulos —dice mientras abre la cámara—. Así podremos leer los dos a la vez.

Darío deja el móvil sobre la mesa después de fotografiar varias páginas del diario. Vera se acomoda en la silla frente a él mientras vuelve a abrir el cuaderno de Danica. Las hojas amarillentas crujen suavemente entre sus dedos.

—Si Danica encontró una forma de enfrentarse a él… nosotros también podremos —murmura.

Darío asiente en silencio mientras comienza a leer una de las páginas desde la pantalla de su teléfono.

La casa queda sumida en una calma tensa. Solo se escucha el leve crujido de las hojas al pasar y el sonido del viento que recorre la plaza.

Entonces, fuera, algo cambia.

Un graznido rompe el silencio.

Luego otro. Y otro más.

Vera levanta la cabeza y se acerca lentamente al ventanal.

Decenas de cuervos comienzan a posarse en los tejados de las casas, en los postes de madera y en las ramas de los árboles que rodean la plaza. Sus alas negras baten el aire en una inquietante sincronía.

Durante un instante todo el pueblo parece oscurecerse bajo aquella bandada silenciosa.

Vera siente un escalofrío recorrerle la espalda.

No necesita mirar al castillo para saberlo.

Draven la está observando.

35

Diario de Danica

Nunca me atreví a decir qué había pasado aquel trágico día en la cocina del monasterio. Cuando apareció el cuerpo del frutero colgado, nadie hizo preguntas, y yo… ¿qué iba a contar yo? Me tragué mi dolor y mi humillación sabiendo que aquello no sería suficiente.

El embarazo estaba ahí. No porque yo notara aún nada en mi cuerpo, sino porque sabía que él lo había querido así. Se había encargado de doblegar mi voluntad primero a no someterme a él, y después a no tener descendencia. Ingenua de mí, que pensé por un momento que yo podría acabar con él.

Las semanas pasaron y mi vientre comenzó a crecer. Al principio los monjes se hacían preguntas en silencio; bastaban las miradas y los susurros para comprender que mi estado ya no pasaba desapercibido. Pero cuando mi cuerpo empezó a mostrar sin lugar a dudas que era una mujer encinta, llegaron los desprecios.

Yo mantenía en orden todo el monasterio, por lo que sabían que no podían prescindir de mí. Tampoco podían dejarme marchar, pues la aldea pensaría que mi virtud había sido arrebatada por uno de ellos. Así que decidieron esconderme entre los muros de lo que yo siempre había considerado mi hogar. Pronto comprendí que ya no lo era. Era mi cárcel.

No podía salir más allá de la gran puerta del monasterio. Tan solo me permitían pasear por el pequeño jardín para tomar el aire y recoger mis plantas medicinales. En todo ese tiempo, el único que se comportó conmigo con cierta humanidad fue el abad. Aunque nunca me ofreció palabras de consuelo, tampoco mostró desprecio hacia mí. Ordenó al resto de monjes que me dejaran cumplir mis tareas en silencio y que no intervinieran en nada más que en los asuntos del Señor.

Fue mi único apoyo durante aquellos largos meses en los que pensé que mi vida ya era un infierno.

Ilusa de mí.

Durante mi embarazo el abad me permitió pasar largas horas en la biblioteca. Allí se guardaban registros de la aldea y viejos documentos que nadie parecía recordar. Me dispuse a buscar respuestas entre aquellos libros antiguos, y encontré algunas. Hallé documentos de la Hermandad, registros de sus miembros… incluso descubrí que algunos monjes habían pertenecido a la primera hermandad, la que trajo a Draven a este mundo. Necesitaba encontrar

algo que me ayudara a mantener a mi bebé a salvo. "Ojalá sea un varón", pensaba continuamente.

La soledad hizo mella en mí. Yo, que antaño había sido alegre y confiada, me volví taciturna y reservada. Huía de todo contacto que no fuera el del abad… o el latido de la criatura que crecía dentro de mí.

He de confesar que mi fe estaba puesta en no traer jamás una criatura al mundo. Sin embargo, cuando la sentí moverse por primera vez, Dios me tenga en su gloria… comprendí que era lo más maravilloso que me había ocurrido en toda mi vida.

Había sido concebida por hechizos del demonio y por la locura de un ser maldito… pero sería parida y criada en el amor.

Los meses pasaron. Mi vientre era ya enorme y mis movimientos cada vez más torpes. Nadie me había dado jamás consejo alguno sobre el embarazo. No sabía cuánto duraba ni en qué consistía el parto. Era ignorante en todo aquello.

Por eso un día, mientras cortaba patatas, sentí caer una humedad entre mis piernas, como si mi cuerpo no pudiera retener la orina. Sin comprender qué significaba, me arrodillé inmediatamente para limpiar el suelo. Dios no quisiera que un monje entrara en ese momento y viera tal desorden.

Entonces un dolor, como nunca antes había sentido, me atravesó el vientre. Llevé una mano a mi barriga y ahogué un grito. Cuando pasó, conseguí levantarme con dificultad… justo antes de que otro dolor, aún más fuerte, me doblara el cuerpo.

Mi marca comenzó a arder.

En el jardín del monasterio resonó el graznido de los cuervos.

Entonces comprendí que había llegado el momento. Y que Él estaba observando.

Como pude caminé entre dolores hasta mi pequeña habitación. Otro espasmo me dobló el cuerpo y sentí que algo dentro de mí se desgarraba. Grité como si la vida se me escapara con cada aliento.

La puerta se abrió de golpe. Era el abad.

—Muchacha… te has puesto de parto.

—Por favor… llame a alguien… necesito ayuda… —rogué entre lágrimas.

—No, Danica. Esto has de hacerlo tú sola. Es tu destino. Dios te ayudará.

Otro alarido escapó de mi garganta. Sentía como si mis entrañas se abrieran. El abad me obligó a ponerme a cuatro patas y él, sin ningún pudor, se colocó detrás de mí. Nadie me sostuvo la mano, nadie secó el sudor que corría por mi frente, nadie me dio aliento cuando sentí que lo perdía.

—Empuja, Danica. Empuja.

Mi cuerpo se partía en dos y la sangre corría por mis piernas. Entonces sentí algo entre ellas, algo que luchaba por salir de mí.

—Empuja otra vez.

Otro grito desgarró mi garganta.

Y entonces…

Un llanto.

El llanto de un bebé que hizo desaparecer todo el dolor que había sentido.

Me giré lentamente y vi al abad sostener a la criatura, envuelta en una manta marrón.

—¿Qué es, padre? —pregunté con la voz quebrada.

El abad se sentó a mi lado y me mostró al bebé.

Una niña.

Una hermosa niña… con una marca.

Mi misma marca ardía en su pequeño hombro.

—Es una niña. Y está maldita, igual que tú.

—Mi hija no está maldita.

Le arrebaté a la niña de las manos y la protegí contra mi pecho. La miré. Nunca en mi vida había sentido un amor tan profundo. Mi hija abrió los ojos y su pequeña mano se cerró alrededor de mi dedo.

Elena.

Elena fue el nombre que puse a mi hija.

Jamás tuve el amor de unos padres, jamás conocí el amor de un hombre. Pero en lo más hondo de mi ser comprendí que no hay amor más grande que el de una madre por su hija. Da igual cómo fue concebida, da igual el daño que él quiso hacerme trayéndola a este mundo.

Él se equivocó.

Yo me equivoqué.

Elena fue el mayor regalo que esta vida pudo darme, y haría todo lo que estuviera en mi mano para mantenerla a salvo.

Durante unos días permanecí en mi habitación a solas con mi hija. La amamantaba, la aseaba y la acunaba entre mis brazos. Sin embargo, pocos días después fui llamada de nuevo para atender las labores del monasterio y a sus huéspedes. Poco fue mi descanso, pero no me importaba. Llevaba a Elena en todo momento envuelta en un pañuelo sobre mi pecho, sintiendo el calor de su pequeño cuerpo contra el mío.

Las rutinas volvieron poco a poco: la cocina, la limpieza, el huerto… Todo pareció regresar a una extraña calma. Y cuando pude recuperar el tiempo perdido en mis quehaceres cotidianos, logré averiguar más sobre mi maldición.

En lo más oscuro de la biblioteca encontré unas hojas antiguas, casi borradas por el paso del tiempo, protegidas dentro de una carpeta de cuero. En ellas se recogía el breve relato de un monje que había pertenecido a la Hermandad, donde describía cómo creían que podría acabarse con Draven.

Entre aquellas letras podía encontrarse la salvación de Elena.

Necesitaba saber más.

Una noche, sin que nadie me viera, saqué la carpeta de la biblioteca y me la llevé a mi habitación. Durante muchas noches la leí una y otra vez, intentando comprender y memorizar cada palabra. Tenía que saber qué hacer para que mi hija estuviera a salvo, para que pudiera vivir la vida que a mí me había sido negada.

El ritual parecía sencillo, al menos sobre el papel.

Para destruir a Draven debían reunirse los mismos tres elementos con los que fue traído a este mundo.

El cuerpo que una vez perteneció a Nikola.

El corazón que lo ató para siempre al linaje Radic.

Y el mismo puñal con el que se derramó la sangre del sacrificio.

Solo si una mujer de nuestra sangre clavaba ese puñal en su corazón mientras pronunciaba las palabras del conjuro que lo despertó… Draven sería devuelto al lugar del que nunca debió salir.

Debía intentarlo.

Tenía que conseguir ese cuchillo.

Pero ¿cómo podría salir del monasterio sin que los monjes me vieran?

¿Y cómo hacerlo sin poner a Elena en peligro?

Debía hallar la manera.

Pasó un mes. Mi hija crecía cada día más hermosa. La marca en su hombro era tenue, casi imperceptible. A veces me permitía pensar que quizá ella no estaba tan ligada a él como yo temía.

La paz parecía haberse instalado en el monasterio. Incluso algunos monjes, de vez en cuando, se acercaban para hacerle alguna carantoña a Elena, y ella respondía moviendo sus pequeñas manos frente a ellos.

Pero aquella calma no duró.

Mi maldición fue más allá de Draven cuando, una mañana calurosa, mientras limpiaba los fogones de la cocina, un monje al que jamás había visto entró y tomó a Elena en brazos.

Inquieta, avancé hacia él para preguntarle quién era y qué estaba haciendo. Pero unas manos me sujetaron por detrás.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato.

—Otra vez no, Señor… —pensé, aterrada ante la posibilidad de revivir el horror del día en que Elena fue concebida.

El monje que sostenía a mi hija se volvió hacia mí con absoluta frialdad.

—Esta niña es fruto del pecado y está maldita —dijo—. No puede vivir en un lugar consagrado. Será entregada a una buena familia que cuidará de ella. Y tú jamás volverás a verla.

Grité.

Lloré.

Arañé y luché hasta quedarme sin aliento.

Pero fue inútil.

Solo pude ver cómo se la llevaban por la puerta de la cocina mientras mi pequeña Elena lloraba, reclamando el calor de su madre.

Nunca la volví a ver.

Nunca supe dónde se la llevaron.

En ese mismo instante mi corazón se partió en mil pedazos.

Pasé tres días encerrada en mis aposentos, sin comer, sin dormir, sin levantar la vista. Permanecía tendida en mi camastro, que aún conservaba el dulce olor de mi niña, llorando hasta que mi cuerpo ya no tenía más lágrimas que ofrecer.

El abad vino varias veces a intentar consolarme, sin conseguirlo ni por un instante. Me dijo que la niña había sido entregada a una joven pareja a la que el Señor no había concedido hijos propios. Aseguró que la criarían como suya, que tendría una vida cómoda y tranquila.

Pero aquellas palabras no lograron aliviar mi dolor.

Yo ya no tenía nada.

Ya no era nada.

Solo la sombra de la mujer que fui y de la madre a la que le arrebataron a su hija.

He comprendido por fin lo que debo hacer.

Durante noches enteras he leído esas páginas hasta aprenderlas de memoria, como si cada palabra fuera una oración. No lo hago por mí. Mi vida quedó atrás el día que se llevaron a mi hija entre mis brazos.

Lo hago por Elena.

Por su derecho a crecer libre de la sombra de esta maldición que ha perseguido a nuestra sangre desde que los hombres creyeron poder jugar con fuerzas que no comprendían.

Si Draven fue traído a este mundo con tres elementos, solo esos mismos tres podrán devolverlo al lugar del que nunca debió salir.

El puñal con el que se derramó la sangre de Nikola.

El corazón de una mujer Radic, que fue el precio del sacrificio.

Y las palabras del conjuro que sellaron su despertar.

Si una hija de nuestra sangre clava ese puñal en su corazón mientras pronuncia esas palabras, el vínculo se romperá y su alma será devuelta a la oscuridad de la que vino.

He memorizado cada sílaba.

No sé si tendré la fuerza suficiente.

No sé si el Señor escuchará mis plegarias.

Pero sí sé una cosa.

Si muero esta noche, que estas páginas sirvan para que alguna hija de mi sangre termine lo que yo no pude.

Elena…

Si algún día llegas a leer estas palabras, quiero que sepas que nunca fuiste un pecado. Fuiste lo único puro que Dios puso en mi vida. La única luz en medio de tanta oscuridad, la única alegría que mi corazón ha conocido.

Lamento que, solo por ser mi hija, tu destino haya quedado atado a algo tan oscuro. No hay culpa en ti. Nunca la hubo. No dejes que nadie te convenza de lo contrario. Tu corazón es puro.

Todo lo que voy a hacer esta noche es por ti. Por liberarte. Por darte la oportunidad de una vida que yo nunca tuve, una vida que no esté marcada por el miedo ni por la sombra de ese ser.

Pero si fallo…

Lucha, hija mía. Lucha con todo lo que tengas. No permitas que nadie decida por ti. Tu vida es tuya. Tu futuro también.

Ojalá este mundo no sea cruel contigo, mi dulce amor. Ojalá encuentres la luz que a mí me fue negada.

Esta noche saldré a buscar el puñal.

Y si el destino lo permite… acabaré con él.

Y si no…

Que Dios tenga piedad de la próxima hija de nuestra sangre.

36

Vera lee las últimas palabras de Danica una y otra vez. Necesita estar segura de lo que ha leído. Utiliza la traducción de tres aplicaciones distintas para no dejar margen de error. Las palabras del diario son duras, y no ha podido evitar sentir cómo algo se le rompe en el pecho mientras las relee.

Pero debe mantener la mente fría. Quizá, solo quizá, en esas últimas líneas esté escrita la forma de acabar con Draven. Danica lo descubrió… pero no pudo hacerlo. No la dejaron.

Levanta la vista poco a poco y mira fijamente a Darío, que está leyendo desde el móvil las páginas traducidas. Tiene el semblante cansado. Una sombra oscura se ha instalado bajo sus ojos normalmente brillantes. Todo lo sucedido en los últimos días está pasando factura a su primo. Ni siquiera ha tenido tiempo de recuperarse de la paliza que recibió.

—Darío… creo que lo tengo.

Las palabras salen despacio, como si pronunciarlas en voz alta pudiera romper algo frágil.

Su primo levanta la cabeza de inmediato y la mira. Vera le dedica una débil sonrisa y señala la página del diario.

—¿Danica averiguó algo? —pregunta él, conteniendo el aliento.

Vera empieza a leer el fragmento en voz baja para no despertar al Padre Luka. No omite ni una sola palabra. Cuando termina, el silencio se instala en la habitación.

Darío se pasa las manos por el pelo y deja los brazos apoyados sobre la cabeza, en ese gesto familiar que hace cuando intenta ordenar sus pensamientos.

—¿Crees que la hermandad guarda el puñal? —pregunta después de unos segundos.

—Segurísimo que sí.

Pero no es Vera quien responde. Es el Padre Luka.

Los dos giran la cabeza al mismo tiempo. El anciano permanece sentado en la cama, con la espalda recta.

—He escuchado todo vuestro relato —continúa con calma—. Y todo tiene sentido.

Su voz suena con una fuerza renovada, como si el descanso le hubiera devuelto algunos años de vida. Sin embargo, su mirada permanece vacía. La vista no regresará jamás. Saben que Draven se la arrebató para siempre.

—Estoy seguro de que la hermandad guarda el puñal a buen recaudo —prosigue—. Es algo demasiado importante para ellos. El problema será encontrar dónde.

Vera asiente lentamente.

—Tiene razón, padre. Pero el líder ha muerto. ¿Cómo vamos a saber dónde lo esconden? Tiene que existir algún lugar donde se reúnan. Donde celebren sus encuentros. Estoy segura.

El anciano reflexiona unos segundos antes de responder.

—Puede ser el antiguo edificio señorial. Ese edificio siempre ha pertenecido a una de las familias más influyentes del pueblo, y pondría la mano en el fuego a que pertenece a la hermandad.

Mientras hablan, Vera siente algo extraño. Una presencia. Como si unos ojos inquietos los estuvieran observando.

Instintivamente gira la cabeza hacia la ventana.

Y entonces lo ve.

El cuervo negro.

El mismo que estaba en el castillo.

El animal permanece completamente inmóvil sobre el alféizar exterior, observando la habitación. Observándola a ella.

—Maldito bicho… —murmura Darío levantándose—. Venga, fuera de aquí.

Empieza a dar palmadas para espantarlo, pero el cuervo no se mueve. Permanece rígido, como una gárgola en lo alto de una catedral. Lo único que se mueve son sus pequeños ojos negros, que recorren lentamente toda la habitación.

Un segundo después, el cuervo grazna con fuerza, como si estuviera avisando de algo.

Vera da un respingo cuando escucha unos golpes violentos en la puerta.

—¡Abrid! —grita una voz desde fuera mientras la puerta es aporreada—. ¡Sabemos que estáis ahí!

Vera se acerca rápidamente a la ventana justo cuando el cuervo levanta el vuelo.

—¿Quién anda ahí? —grita.

—¡Abrid! ¡Ahora!

En ese mismo instante se abre la puerta del dormitorio y aparecen Ivana y su madre, claramente asustadas.

—¿Quiénes son, Vera? —pregunta Ivana con voz temblorosa—. ¿Qué es lo que quieren?

—No es nada, Ivana. Tranquila —responde Vera intentando mantener la calma—. Quedaos aquí con el Padre Luka. Darío y yo bajaremos.

Ambos salen del dormitorio y descienden hacia la puerta principal. Los golpes se vuelven cada vez más fuertes. Si no abren pronto, terminarán derribándola.

Darío se coloca delante de Vera y apoya la mano sobre el pomo.

—¿Preparada? —pregunta en voz baja—. Quédate detrás de mí.

Vera asiente.

Darío abre la puerta.

Cinco hombres con capuchas rojas irrumpen en la casa empujando con violencia. Darío retrocede un paso y coloca a Vera a su espalda para protegerla.

—¿Quiénes sois? —pregunta intentando mantener la compostura.

—Tu has matado a nuestro líder.

La voz del hombre que habla es áspera. Está ligeramente adelantado respecto a los demás.

—¿Quiénes sois? —repite Vera con firmeza—. Descubríos. Quiero ver vuestros rostros.

Durante unos segundos los hombres dudan. Pero el que ha hablado se quita la capucha lentamente. Los demás lo imitan.

Vera examina cada rostro. Hombres grandes, robustos. Ninguno le resulta familiar… salvo uno.

El padre de Mikaela, Petar.

El dueño del bar.

El hombre la mira con un odio evidente en los ojos, pero cuando Vera sostiene su mirada, él la aparta durante un instante. Un gesto breve, casi imperceptible, pero Vera lo percibe.

Vergüenza.

—¿Qué queréis de nosotros? —vuelve a preguntar Darío.

—Tú has traído la ruina a este pueblo —dice el hombre señalando a Vera —. Él te reclama y hará lo que sea por tenerte. Y no lo permitiremos. Nuestros ancestros han protegido este lugar durante siglos de tu maldición, y nosotros continuaremos con ese deber.

—Vosotros creasteis la maldición, no yo —responde Vera, avanzando un paso para colocarse delante de Darío.

Los seis hombres se miran entre ellos. Algo en las palabras de Vera los ha desconcertado.

¿Cuánto sabe?

Vera percibe esa duda y aprovecha el momento.

—Lo sé todo —continúa con la voz cargada de rabia—. Milena. Danica. Draven… Sé cómo vuestros antepasados trajeron a ese demonio. Sé que no pueden acabar con él. Sé cómo habéis condenado a las mujeres de mi familia durante generaciones.

Hace una pausa y los mira uno por uno.

—Y sé que habéis acabado con la vida de muchas de ellas.

Da un paso más.

—Sois unos asesinos.

El hombre que parecía liderarlos avanza hacia ella.

—No sé quién te ha contado esas historias —dice con frialdad—, pero él lleva aquí siglos y parecía estar en paz hasta que tú llegaste.

—¿En paz? —replica Vera con desprecio—. Mi abuela sufrió su furia en su propio cuerpo y vosotros no hicisteis nada. Tuvo que huir para salvar a su familia. ¿Y vosotros qué habéis hecho todos estos años?

Señala a hombres con dureza.

—Yo solo veo a unos hombres que han aprovechado el miedo del pueblo para ganar influencia, poder… dinero. Quizá vuestro deber fue proteger a esta gente y destruir a Draven, pero ahora solo sois unos burgueses acomodados que no quieren hacer nada.

—Creo que te equivocas.

Esta vez es el padre de Mikaela quien habla. Su inglés es perfecto.

Avanza hasta quedar frente a Vera, tan cerca que ella tiene que alzar la cabeza para mirarlo.

—Haremos lo que sea necesario para que él no recupere su poder —dice en voz baja—. Lo que sea, muchacha.

Se inclina ligeramente hacia ella.

—Y tú… tú eres un problema.

Darío reacciona al instante y empuja al hombre con fuerza para apartarlo de su prima.

— Ahora si hablas ingles no? – le enfrenta Darío con una mueca de asco – si creéis que podéis venir aquí en mitad de la noche y amenazar a mi prima estáis muy equivocados. ¿ Que vais a hacer? Matarla?

Darío escupe cada palabra con una ira incapaz de controlar. Su cuerpo aun está débil, sin embargo parece fuerte, ágil incluso poderoso. Nada se interpondrá el la promesa que ha realizado de proteger a Vera. Nada se interpondrá en su amor por su prima.

— Solo sois unos fanáticos, ligados a un destino de locura y miedo. Y en lugar de arreglarlo, decidís matar a mujeres inocentes durante siglos.

— No son inocentes – exclama uno con los ojos repletos de odio mientras mira de arriba abajo a Vera- Ellas están ligadas a el. Son también demonios.

— Por vuestra culpa! – explota Darío- Porque vuestros antepasado tomaron lo que no les pertenecía a ellos. Por eso estas mujeres llevan generaciones pagando por vuestros errores. Mi abuela, mi prima…. A cuantas estáis dispuestos a matar en nombre de vuestro honor?

— A las que haga falta para que el no recupere todo su poder- Dijo uno de los hombres que había permanecido en silencio. - ¿ Creéis que somos los malos? No tenéis ni idea de lo que es capaz ahora, imaginaos si recupera todo su poder. Plagas, muertes, asedios… todo los tormentos que vuestra mente pueda imaginar, Draven puede multiplicarlo por mil.

El hombre, que habla con voz serena, comienza caminar por la estancia. No retira su vista de Darío y Vera, pero su voz suena melosa, como quien esta contando un relato.

— Por lo que vemos, te has documentado bien , Vera – se para frente a ella – No se de donde has sacado las historias que cuentas, pero en su mayor medida son verdad. Lo que no sabes, es que no hay forma de acabar con el. Lo hemos intentado de miles de formas durante generaciones. Con sangre Radic, con trampas y engaños… y nada funciona. Nada

El hombre continua su lento caminar inspeccionando cada rincón de la habitación

— Por eso solo nos queda vigilar para que el no consiga su propósito – Hace una breve pausa- No te consiga a ti. Si lo hace, no habrá sitio donde esconderse de su ira ni Dios que nos proteja

El hombre regresa al lado de sus compañeros y mientras se coloca nuevamente la capucha dijo

— Te advertimos una vez que te fueras y no nos hiciste caso. Por consideración a todo lo que ya has sufrido y vivido, te dejamos esta noche para que abandonéis el pueblo. Si al amanecer no os habéis ido…. Seremos nosotros quien ponga fin al peligro.

Los seis, con las capuchas puestas empiezan a abandonar la casa, pero el hombre de habla templada se para por un momento, se gira y sentencia

— No dudaremos un solo segundo mas. Idos y no regreséis jamas

Dicho estos los hombres emprenden el camino por la plaza desierta dejando en el aire la amenaza palpitante de sus ultimas palabras.

Darío cerró la puerta en silencio. Durante un instante apoyó la frente contra la madera, como si el peso de todo lo ocurrido acabara de caer sobre él de golpe. La fuerza que había mostrado unos segundos antes parecía haberse desvanecido con la brisa nocturna que acompañaba a los encapuchados.

El silencio que quedó en la casa se volvió espeso.

Pasaron unos segundos.

Entonces escuchó unos pasos.

Uno.

Otro.

Un andar firme que le hizo levantar la cabeza.

Vera estaba subiendo las escaleras.

No caminaba con duda ni con miedo. Cada paso era decidido, casi frío.

—¿A dónde vas? —preguntó Darío desde el pie de la escalera.

Vera se detuvo un instante, pero no se volvió.

—A averiguar dónde pueden esconder el puñal —respondió con calma—. El padre Luka habló de un edificio que usan como sede. Esta noche, después de lo que ha pasado, seguro que se han ido a sus casas y pueda colarme allí en busca del puñal.

Darío la miró con incredulidad.

—Vera… quizá deberíamos…

Ella lo interrumpió antes de que terminara la frase.

—No.

Una sola palabra.

Firme.

—Voy a matar a Draven.

Hubo algo en su voz que hizo que Darío no intentara detenerla.

No era rabia.

Era decisión.

Vera terminó de subir la escalera y desapareció por el pasillo en dirección a la habitación donde habían dejado el diario de Danica.

Darío la observó durante unos segundos en silencio.

Después suspiró, resignado.

Y comenzó a subir tras ella.

37

Cuando Vera llega al dormitorio encuentra al padre Luka fuera de la cama, sentado en el viejo butacón junto a la ventana. Nadie habla, pero el aire de la habitación está cargado de una tensión que se puede sentir en cada respiración. Adja no deja de moverse de un lado a otro, ordenando sin cesar los pocos objetos que hay sobre la mesa, recolocando mantas, doblando telas que ya estaban perfectamente dobladas.

Vera imagina cuánto debe arrepentirse la mujer de haberles abierto las puertas de su casa y haber permitido que toda aquella desgracia entrara con ellos.

Casi de forma instintiva, Vera se acerca y posa su mano sobre el brazo de Adja para tranquilizarla. Las dos mujeres se miran durante un instante y se comprenden sin necesidad de palabras. Vera esboza una leve sonrisa y la abraza.

Es un abrazo sincero, cálido. Un abrazo de gratitud, pero también de disculpa.

Durante los segundos que dura, Vera susurra junto a su oído, sabiendo que la mujer no podrá entender sus palabras.

—Gracias por todo. Te prometo que todo va a salir bien.

Como si, de algún modo, hubiera comprendido lo que acaba de decirle, Adja aprieta un poco más el abrazo antes de separarse. Luego asiente con timidez y, recomponiéndose, abandona la habitación en silencio rumbo a la cocina. Antes de salir, se inclina para depositar un beso en la cabeza de su hija, que había observado toda la escena en completo silencio.

En ese momento aparece Darío en el umbral de la puerta. Se queda allí unos segundos, inmóvil, observando a las personas que llenan la estancia: su prima, el malherido padre Luka y la joven Ivana.

Por un instante comprende algo que hasta entonces no había sido capaz de ver con claridad. Todos ellos forman parte del camino de Vera, igual que él. Cada uno, a su manera, ha sido necesario para que ella llegue hasta este momento.

Darío levanta la vista hacia su prima.

Vera permanece quieta, mirando al suelo. Él sabe que está ordenando sus pensamientos. La conoce demasiado bien.

Entonces la ve alzar lentamente el mentón, tomar aire y llevar la mano hasta los dos colgantes que descansan sobre su pecho: la pequeña cruz que su tía le

entregó antes de marcharse y el viejo colgante que había pertenecido a su abuela, aquel que la anciana Zora puso en sus manos.

Como si toda la fuerza de las mujeres de su linaje fluyera a través de esos objetos, Darío observa cómo Vera recupera poco a poco la determinación. La espalda se le endereza, la mirada se vuelve firme.

Y en ese instante él comprende algo con absoluta claridad.

Vera ya sabe lo que tiene que hacer.

Su destino.

Vera sonríe con ternura a Ivana, como si se tratara de una hermana pequeña. Da un paso hacia ella y, colocándose frente a la joven, toma sus manos entre las suyas.

—Lo siento, Ivana —dice con absoluta sinceridad—. Vosotras nos habéis abierto vuestro hogar y yo he traído el mismo infierno a vuestra puerta.

El silencio se instala entre ambas durante unos segundos.

—Pero te prometo que voy a arreglarlo. Esta misma noche. Y cuando nos marchemos de aquí, tu madre y tú estaréis a salvo. Prometo esperarte en Sevilla para enseñarte todo lo que Darío te prometió.

Las lágrimas asoman a los ojos de Vera. Para ocultarlas, abraza a la muchacha con fuerza, esperando recuperar la serenidad.

—Pero ahora debes dejarnos solos —añade al separarse, mirándola de nuevo—. Tenemos que hablar de lo que vamos a hacer y será más seguro si tú no sabes nada.

—Pero, Vera… yo quiero ayudar.

—Lo sé, mi niña. Pero me ayudas más si te quedas al lado de tu madre. Cuida de ella. Nosotros volveremos en unas horas.

Ivana duda durante unos instantes, pero al ver la determinación en el rostro de Vera finalmente asiente. Se levanta y abandona la habitación con la cabeza baja. Cuando llega a la puerta parece dispuesta a cerrarla, pero, sin que nadie lo note, la deja entreabierta lo suficiente para poder escuchar desde el pasillo.

Una vez que la joven se ha marchado, Vera se vuelve hacia el padre Luka. Darío permanece sentado junto al anciano. Vera acerca una silla y se sienta a su lado. Durante unos segundos los tres permanecen en silencio, formando un pequeño círculo, esperando a que alguien rompa aquella quietud.

Es el padre Luka quien habla primero.

—Vera, sé lo que ha pasado abajo. Ivana, como toda adolescente imprudente, salió al descansillo a escuchar y luego nos lo ha contado todo. Esos hombres van en serio. Deberías escucharlos, hija mía. El peligro no solo se cierne sobre Draven. Ellos también son una amenaza real.

Las palabras quedan suspendidas en el aire húmedo de la habitación, pesando sobre Darío como una pared de piedra.

—Lo sé, padre —responde Vera en voz baja—. Pero usted sabe que no puedo marcharme. No puedo dejar las cosas así y condenar a todas las futuras Radic. Además… algo dentro de mí me dice que luche. Que yo sí puedo acabar con esta pesadilla. No sabría decir qué es, pero siento como si alguien me acompañara en este camino. No a mi lado… sino dentro de mí.

Darío observa a su prima en silencio. Algo ha cambiado en ella desde que llegaron al pueblo. Sin embargo, su esencia permanece intacta: valiente, fuerte y decidida.

—Bueno —dice finalmente Darío, rompiendo la tensión—. Entonces, ¿cuál es el siguiente paso?

—El siguiente paso es el puñal. Si quiero tener alguna posibilidad de acabar con él, tengo que tenerlo. Así que esta noche me colaré en el edificio del que habló el padre y lo buscaré.

—Dirás… nos colaremos y lo buscaremos, ¿no? —replica Darío con su habitual tono burlón.

—Darío, es peligroso. Y tú aún estás convaleciente. Lo mejor es que te quedes aquí con el padre Luka.

—¡Ja! —Darío se recuesta en la silla—. Ni el mismísimo ejército español lograría retenerme aquí cuando tú estás en peligro. Así que, si quieres intentarlo, adelante… pero ya te aviso que vas a salir perdiendo.

Vera no puede evitar reír ante la absurda referencia de su primo. Sabe que dice la verdad: para obligarlo a quedarse tendría que dejarlo inconsciente. Y, aunque la idea de darle un buen golpe al payaso de su primo resulta tentadora, no quiere provocarle una conmoción.

—Está bien —dice al final—. Descartemos dejarte KO aquí mismo. Iremos juntos.

—¿Qué? —Darío finge escandalizarse—. ¿Me habrías golpeado?

Los tres terminan riendo. No porque la situación tenga algo de cómico, sino porque aquella exageración teatral de Darío logra liberar durante un instante la tensión que los envuelve.

—Bueno… —dice Vera mientras intenta recuperar la compostura—. Padre, usted nos habló de un edificio.

—Sí. Yo apostaría que es su sede —explica el padre Luka—. Es un antiguo palacete a las afueras del pueblo, no muy lejos de aquí. A unos quince minutos caminando. Está rodeado por un jardín, pero no tiene vallas ni murallas. Es una casa señorial con dos torres de aspecto imponente. Pertenece a una de las familias más antiguas del pueblo. Sin duda, yo empezaría a buscar allí.

—Perfecto. ¿Puede indicarnos cómo llegar?

En ese momento la puerta se abre de golpe y aparece Ivana, hablando con rapidez.

—¡Yo os puedo llevar! Sé dónde está.

—Ivana, ¿no te dije que nos dejaras solos? —la reprende Vera con dureza.

—Lo sé —se disculpa la muchacha—, pero no podía quedarme al margen. Al fin y al cabo es mi pueblo… mi gente. Y quiero ayudar a acabar con el demonio que durante tanto tiempo nos ha atemorizado.

Vera y Darío la miran en silencio.

—Por favor —suplica Ivana—. Dejadme ayudaros.

—Está bien —dice finalmente Darío, mirando a Vera—. ¿Qué te parece, prima? Si Ivana nos muestra el camino no perderemos tiempo.

Vera permanece pensativa unos segundos antes de volver a mirar a la joven.

—Está bien. Pero solo nos acompañarás hasta el edificio. Después volverás a casa —dice con absoluta firmeza—. Te lo digo en serio, Ivana. Nos enseñas dónde está y das media vuelta. Sin trampas. Debes regresar con tu madre y el padre Luka. Y de paso avisa a Matjet para que ayude al Abad.

—Te lo prometo —asiente la muchacha—. Lo haré exactamente como dices.

—Bien —Vera se pone en pie—. Voy a ponerme algo más cómodo para la incursión. Nos vemos abajo en diez minutos.

Ivana asiente y sale corriendo de la habitación.

Vera se vuelve entonces hacia el anciano.

—Padre —dice mientras posa una mano sobre su hombro—, debe descansar. Vuelva a la cama y espere a que regresemos.

Se inclina y le da un beso en la mejilla.

—Gracias. Sin su ayuda y sus consejos jamás habríamos llegado hasta aquí. Lamento de verdad lo que él le ha hecho.

—Todo irá bien, mi niña —responde el padre Luka, conteniendo las lágrimas.

Vera se retira al baño para cambiarse. Darío está a punto de salir de la habitación cuando la voz del anciano lo detiene.

—Darío. Vera corre un gran peligro. Cuida de ella. Te va a necesitar.

Darío se vuelve hacia él.

—Esté tranquilo por eso, padre. Daría mi vida por la de mi prima si fuera necesario.

Y sin añadir nada más, abandona la habitación.

Diez minutos mas tarde, están los tres reunidos en la cocina, preparados para partir. Adja, ajena a toda aventura, duerme en su dormitorio y el Padre

Luka por fin descansa en la cama de Vera, aunque a ésta le extraña que el sueño llegue a su encuentro. Esta tan alterado como lo puede estar Vera o Darío

Cuando la luna está en lo más alto del cielo y saben que el pueblo descansa, el trío abandona el refugio de la casa y emprende el camino hacia el palacete que el abad les ha indicado.

Ninguno habla. No hace falta.

Las instrucciones han quedado claras en el calor de la cocina.

Vera ha sido muy firme respecto al papel de Ivana en aquella incursión. Llegarán al edificio y la muchacha deberá regresar inmediatamente a casa. Vera no puede soportar la idea de ponerla en peligro.

El pueblo permanece dormido. Solo las sombras los acompañan mientras avanzan entre las casas silenciosas.

Tal como había indicado el padre Luka, el impresionante palacete se encuentra a unos quince minutos caminando.

Ahora están los tres allí, en la calle de enfrente, observando el antiguo edificio como si se tratara de las mismísimas puertas del infierno.

Vera se gira y mira directamente a Ivana.

—Es hora de que te vayas. Vuelve por donde hemos venido y no te detengas hasta llegar a casa. Después cierra bien la puerta y las ventanas. No te preocupes por nosotros… llevo la llave.

Ivana no aparta la mirada de Vera. En sus ojos hay una expresión de terror que no consigue ocultar. Sabe que algo terrible está a punto de suceder y es incapaz de soltar la mano de su amiga.

Justo cuando parece que va a decir algo, un sonido estridente surge entre los árboles.

Los tres levantan la cabeza al mismo tiempo.

En las copas oscuras se distingue una bandada de cuervos que los observa desde las ramas más altas.

Un graznido. Luego otro.

Y de pronto todos empiezan a graznar al mismo tiempo, creando un ruido ensordecedor que rompe el silencio de la noche.

Ivana se cubre los oídos. Vera la toma por los hombros y la obliga a mirarla.

—Corre.

No necesita decir nada más.

La adolescente sale corriendo como alma que lleva el diablo. Cuando desaparece de su campo de visión, Vera se gira hacia Darío, que observa con inquietud la nube de cuervos que revolotea sobre sus cabezas.

—¿Qué significa esto? —consigue articular.

—Él nos observa —responde Vera, desafiando a las aves con la mirada—. Vamos. No podemos perder más tiempo.

Sin decir nada más, comienza a caminar con paso decidido hacia la puerta de entrada.
Tal como había dicho el padre Luka, no encuentran ninguna valla que impida el acceso al jardín.
En pocos pasos alcanzan la entrada del palacete.

Ante ellos se alza una enorme puerta de madera, adornada con un aldabón dorado que resplandece bajo la luz de la luna.
Vera sabe que no puede simplemente llamar. Tendrá que encontrar otra forma de entrar.

Empieza a inspeccionar las macetas y las piedras que rodean la entrada, buscando una posible llave.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta Darío, mirándola con incredulidad.

—Busco una llave —responde Vera con total determinación.

—¿Y tú crees que la van a esconder en una maceta o debajo de una piedra?

—¿Qué? —Vera se yergue y coloca las manos en la cintura—. En las películas siempre funciona.

Darío no puede evitar soltar una carcajada.

—A ver, listo —protesta Vera—. ¿Tienes una idea mejor?

—¿Qué tal si inspeccionamos todas las ventanas rodeando la casa?

Vera lo mira un segundo antes de asentir.

—Bueno… quizá no es mala idea. Venga, ya estamos tardando.

Negando con la cabeza pero con una sonrisa en los labios, Darío la sigue mientras Vera comienza a rodear el perímetro del edificio en busca de alguna entrada.

Despacio en silencio, rodean la casa mientras escudriñan en la oscuridad alguna forma de entrar. Entonces lo ven, en el segundo piso hay una ventana que no ha cerrado del todo. La Luna llena refleja su luz en el alfeizar y se ve claramente como la ventana no esta cerrada.

— Entraremos por ahí – sentencia Vera

—Y como se supone que vamos a entrar – contesta Darío mientras mantiene la cabeza elevada evaluando la altura del salto – Es un segundo piso.

Ambos se ponen a mirar en los alrededores algo que les sirva de ayuda para llegar a la ventana. Sin embargo no ven nada. Darío empieza a perder la esperanza.

—Si me subo a tus hombros, puedo llegar al saliente de la ventana – dice Vera – Y una vez dentro busco algo que te ayude a subir.

—Estas loca si crees que te voy a dejar subir la primera y estar allí dentro – Tiene que haber una manera.

Mientras Vera busca en el suelo alguna piedra u objeta que le ayude a elevarse, Darío se pone a quitar las ramas de enredaderas que suben por la fachada del antiguo edificio.

—Bingo – exclama Darío

—Que?

—Mira es una tubería de desagüe. Si trepo por aquí estoy seguro que puedo colgarme del saliente de la ventana y con un empecimiento subir.

Vera parece sopesar la jugada, sin embargo se gira y lo mira muy serio.

— Y yo? , como pretendes que suba yo?

Darío se aleja un poco de la fachada para coger perspectiva sobre el edificio mientras piensa.

— Si te ayudo a subir a la primera ventana y esperas ahí mientras trepo, cuando llegue arriba creo que puedo subirte a peso por los brazo.

—¿ Crees? – Vera levanta una ceja- Eso no es muy esperanzador la verdad. Y si no puedes con mi peso que?

— Tantas mañanas en el gimnasio levantando pesas han tenido que servir para algo. Confía en mi…

—No se yo Darío…. – duda Vera

—Tienes una idea mejor?

Vera permanece callada por lo que Darío lo interpreta como una negativa

—Vega, súbete a mis hombros y espérame agarrada en la ventana.

Así lo haces, Darío eleva a Vera hasta que esta esta segura el el saliente de la primera ventana, mientras, con el corazón en un puño, ve como su primo empieza a trepar por la tubería.

No sin esfuerzo, Darío consigue legar al alfeizar y allí se sujeta con las dos manos. Ahí viene lo difícil. Tiene que elevar su propio cuerpo para subir y poder abrir la ventana.

Hace el primer intento, sin embargo no ha cogido el suficiente impulso y las piernas no le llegan al saliente.

Cogiendo aire y soltándolo lentamente, vuelve a intentarlo. Esta vez si logra poner una pierna y con gran esfuerza se pone de pie en el pequeño saliente. Mira un segundo abajo para comprobar que todo esta bien, y ve a Vera agarrada mirando hacia arriba con cara de pánico.

— Tranquila, estoy bien – Dice Darío para tranquilizarla – Voy a abrirla. No te muevas de ahí.

Con un gesto, consigue subir a ventana dejando la apertura suficiente para conseguir entrar en el interior del edificio.

— Darío? – llama Vera de forma impaciente- Darío súbeme

A los ojos segundo, la cabeza de Darío se asoma por la ventana y mira directamente a Vera con una sonrisa burlona.

—Me parece a mí que necesitas un poquito de ayuda —dice Darío, con un brillo travieso en los ojos.

—Venga ya, esto es serio.

—¿Quién es tu primo favorito? —pregunta con tono infantil.

—Darío… eres mi único primo. Déjate de tonterías y súbeme ya.

—Eso me ha dolido —responde, llevándose una mano al corazón con dramatismo.

—¿Es que no puedes tomarte nada en serio? —le riñe Vera.

—Claro que sí —dice entonces, adoptando un tono completamente serio—. Ser tu primo más guapo, elegante y simpático es un tema muy serio, Vera.

Vera suelta un gruñido sabiendo que cuando su primo coge esa actitud, hasta que no le diga lo que quiere oír no le ayudara

— Esta bien – Dice Vera de mala gana – Eres mi primo favorito, el mas guapo y elegante de todos. Contento?

—No hacia falta que me lo dijeras primita – Darío hace alarde una falsa modestia – Se que lo soy, pero si, yo también te quiero mucho.

En ese mismo momento Darío saca medio cuerpo de la ventana y estira sus brazos para coger de las manos a Vera. Y empieza a tirar de ella. El esfuerzo es evidente, y Vera teme por su seguridad cuando se ve suspendida en el aire con la única ayuda de la fuerza da Darío.

Al fin, consigue que Vera entre dentro del edificio, y mientras el pone las manos en las rodillas a modo de recuperar el aire después de un sobre esfuerzo dice.

—Primita no sabia que pesaras tanto – se seca el sudor con el dorso de la mano – Quizás deberías ponerte a dieta.

—Eres imbécil – Le contesta Vera ofendida dándole un manotazo en el hombro.

— Es broma, es broma – contesta Darío ante el ataque – Eres la mujer mas bella y esbelta del mundo. Eres perfecta.

Y sin mas da un beso en la frente a su prima y esta corresponde con un abrazo.

—Vale, vale ya – se separa Vera – Tenemos que encontrar el puñal.

Ambos se giran hacia el interior de la estancia y comienzan a observar con cautela.

La habitación permanece en penumbra, pero pronto distinguen que se trata de un espacio pequeño y austero, decorado únicamente con lo imprescindible. Parece el despacho de alguien sin demasiada relevancia dentro de la organización. En el centro hay un escritorio antiguo que contrasta con un ordenador de última generación, y al fondo una hilera de archivadores metálicos grises ocupa toda la pared. Nada en aquel lugar responde a una intención estética; es un espacio práctico, frío, funcional.

Vera se acerca al escritorio y se detiene ante un cenicero repleto de colillas.

—Con razón la ventana estaba entreabierta —murmura Darío con gesto de desagrado—. Aquí dentro no se puede ni respirar.

—Quien trabaje aquí fuma como un carretero —responde Vera mientras mueve el ratón para comprobar si el ordenador sigue activo.

La pantalla se ilumina de inmediato. Un fondo azul. Una pequeña ventana blanca.

Contraseña.

Vera suelta un suspiro.

—No podía ser tan fácil, ¿verdad?

Darío no responde. Recorre la estancia con la mirada, analizando cada detalle con atención.

—No creo que encontremos nada importante aquí —dice finalmente en voz baja—. Esto lo usa alguien administrativo. Si hay algo relevante, estará en los despachos de los altos cargos. Y si son como imagino… no tendrán nada que ver con esto.

Vera asiente, aunque antes de marcharse se acerca a los archivadores. Abre varios cajones con rapidez, revisando su contenido.

—Facturas… registros… más facturas —resopla, cerrando el último—. Tienes razón. Tenemos que seguir.

Se dirigen a la puerta y la abren lo justo para asomarse. Al otro lado se extiende un pasillo en penumbra. Salen con cuidado y, al hacerlo, ambos se quedan inmóviles durante un instante.

El contraste es abrumador.

La pequeña habitación queda atrás como si perteneciera a otro lugar. El pasillo en el que se encuentran ahora parece sacado de otra época. Todo está decorado con un estilo elegante y excesivo, casi teatral. Amplios ventanales cubiertos por densas cortinas de terciopelo rojo, recogidas con borlas doradas, dejan pasar la luz plateada de la luna. Desde el segundo piso pueden ver unas

imponentes escaleras de mármol blanco, con un pasamanos de madera finamente tallada.

El hall es amplio, luminoso, casi majestuoso. Una gran alfombra roja recorre el suelo, combinando con las cortinas, mientras que a ambos lados reposan aparadores blancos con molduras clásicas sobre los que descansan jarrones antiguos llenos de flores frescas. El aire huele limpio, delicado… demasiado perfecto.

—Madre mía… —murmura Darío, girando sobre sí mismo—. Esto no tiene nada que envidiar a las grandes casas señoriales.

—Parece que pertenecer a la hermandad sale bastante rentable —responde Vera con un tono de desprecio apenas disimulado.

Darío asiente.

—Sigamos. Tiene que estar en esta planta.

Avanzan despacio, observando la distribución del edificio. El pasillo se extiende en forma cuadrada alrededor del hueco central, y es entonces cuando la ven. Justo enfrente, al otro lado del corredor, se alza una puerta de doble hoja de madera oscura, ricamente decorada. Imponente. Diferente al resto.

Vera se detiene.

—Tiene que ser ahí —susurra—. Esa puerta grita poder.

Caminan hacia ella en silencio, dejando que la luz de la luna guíe sus pasos. La moqueta amortigua cualquier sonido, envolviéndolos en una quietud inquietante. Cuando llegan frente a la puerta, se miran durante un segundo. No necesitan decir nada.

Ambos colocan las manos sobre los pomos dorados.

Y empujan lentamente hacia dentro.

Lo que ven al cruzar el umbral los deja perplejos.

La estancia es amplia, de techos altos y paredes blancas, decoradas con enormes cuadros que representan a hombres y mujeres encapuchados, todos con túnicas rojas y una pose solemne. Sus miradas, oscuras e impenetrables, parecen seguirlos desde cada rincón. No hay duda: son los miembros más influyentes de la Hermandad. Una Hermandad tan antigua como el propio Draven.

En el centro, un gran escritorio de caoba domina la sala, flanqueado por dos elegantes butacones de cuero marrón oscuro. En una esquina, una chimenea de mármol se alza junto a un amplio sofá y dos sillones orejeros, formando un rincón que invita a la calma… una calma que allí resulta inquietante.

Todo en aquella estancia respira poder. Un poder antiguo, silencioso, peligroso.

Frente a la chimenea, sobre un atril del mismo tono que el escritorio, se alza una vitrina de cristal. En su interior descansa una caja de madera envejecida, sorprendentemente sencilla en comparación con la opulencia del resto de la sala.

—Mira, Darío… —susurra Vera, señalando hacia ella.

—¿Puede ser eso? —responde él en voz baja, acercándose con cautela.

Darío observa la alargada caja a través del cristal, pero no se atreve a tocarla. Permanece unos segundos en silencio, analizándola, hasta que de pronto se gira hacia su prima con el gesto endurecido.

—¿Esto no te parece demasiado fácil? Quiero decir… mira esto.

Hace un gesto amplio con los brazos, abarcando toda la estancia mientras empieza a moverse por la habitación con creciente inquietud.

—Aquí hay arte, muebles y seguro que objetos que valen su peso en oro, y sin embargo no hay alarmas. ¿De verdad crees que la hermandad lleva tantos años escondiendo esto y lo va a dejar para que cualquiera entre sin más y se lleve lo que quiera? No hay murallas, no hay seguridad… y, sin embargo, todo aquí es… es… riqueza.

Se detiene un instante, como si intentara ordenar sus propios pensamientos, pero enseguida continúa, más alterado.

—Hay algo aquí que no funciona. Es demasiado fácil.

Vera lo observa en silencio, procesando cada una de sus palabras. Sabe que tiene razón. Lo sabe. Pero también sabe que no puede detenerse.

—Es un pueblo pequeño… —responde finalmente—. Quizá confían en que nadie de aquí entraría a robar.

—¿En serio? Mira esto —replica Darío, acercándose al escritorio para coger un abrecartas dorado con una piedra roja—. Esto es oro. Y esa piedra es un rubí. Solo esto vale miles de euros.

Se desplaza hacia los cuadros, señalándolos con insistencia.

—Y estos… algunos tienen siglos. ¿Sabes lo que costaría uno de estos en el mercado negro? Millones, Vera. —Se detiene, toma aire—. Y nosotros estamos aquí dentro. ¿Quién dice que no han saltado ya las alarmas? ¿Quién dice que no vienen de camino? Está claro que esta gente quiere mantener las apariencias en el pueblo, pero están forrados. Nadie en su sano juicio dejaría todo esto sin proteger.

Vera da un paso hacia él y le toma las manos, intentando calmarlo.

—Cálmate, Darío… Tienes razón. Pero ya estamos aquí. Necesitamos ese puñal. Lo cogemos y nos vamos lo más rápido posible. Todo va a salir bien… ya lo verás.

Durante un segundo, él la mira fijamente. Después asiente.

—Hagámoslo.

Se acercan a la vitrina. Darío se coloca detrás, atento, esperando la señal de Vera. Ella asiente. Con un movimiento lento y cuidadoso,con una precisión del que esta acostumbrado a tratar con obras de arte valiosas, comienza a levantar el cristal, mientras Vera aprovecha el espacio justo para retirar la caja.

En ese instante, un leve clic rompe el silencio.

Ambos se quedan inmóviles.

Se miran como si esperaran que pasara algo.

Nada.

El silencio vuelve a caer sobre la estancia como una losa.

Darío vuelve a colocar la vitrina con cuidado, sin apartar la vista de su prima.

—¿Has oído eso? —murmura.

—Seguramente el cristal… —responde Vera demasiado rápido.

Pero su voz no suena convencida.

Vera lleva la caja hasta el escritorio y la abre con sumo cuidado. En su interior, sobre un lecho de seda negra, descansa un puñal. Es más pequeño de lo que esperaba, pero su hoja brilla como si acabara de ser afilada. La empuñadura dorada está decorada con tres piedras preciosas: una azul, una roja y una blanca. Una pieza de artesanía perfecta.

Justo debajo, protegido por una lámina translúcida, hay un papel antiguo.

Vera lo levanta y lo lee en silencio. Luego alza la mirada hacia Darío.

—Es el conjuro… el mismo que usaron con Milena y Draven. Lo han conservado.

Darío se acerca y observa el documento.

—Es exactamente igual que el del diario de Danica.

Ambos permanecen en silencio durante unos segundos.

—Lo tenemos todo —dice Vera finalmente—. Tenemos que irnos ya.

Sin perder tiempo, ella guarda el puñal y el documento en la mochila y se la cuelga a la espalda.

—Rápido.

Salen al pasillo y comienzan a dirigirse hacia la habitación por la que han entrado. Entonces Vera se detiene.

Darío se gira hacia ella.

—¿Qué pasa?

Vera mira hacia el pasillo. Luego hacia las escaleras. Luego hacia atrás.

Su respiración cambia.

—Darío… espera. No creo que sea capaz de bajar por la cañería.

La frase suena frágil, poco firme, casi impropia de ella. Ni la propia Vera está segura de creérsela. Traga saliva y aparta la mirada un instante, como si necesitara convencerse a sí misma antes de seguir hablando.

—¿Y si la puerta principal está abierta? Podemos probar por ahí. Será más rápido.

Darío frunce el ceño. La observa durante unos segundos con esa expresión suya que siempre aparece cuando intuye que algo no encaja.

—¿Y si tiene alarma? —pregunta en voz baja—. Puedo ayudarte a bajar si eso es lo que te preocupa.

Vera duda apenas un segundo.

—No podemos perder tiempo —responde al fin—. Necesito salir de aquí ya.

Y en su voz ya no queda estrategia, solo urgencia. Solo miedo.

Darío sigue mirándola un instante más, como si quisiera insistir, como si supiera que aquel cambio de plan no es lo correcto. Pero al final cede, incapaz de negarle nada.

—Está bien —murmura—. Probamos. Pero a la mínima duda volvemos al plan inicial. ¿Entendido?

—Sí —responde Vera demasiado rápido.

Bajan las escaleras de mármol blanco con paso ágil y silencioso. El eco amortiguado de sus movimientos se disuelve en la inmensidad del hall, donde la alfombra roja, los aparadores y los jarrones con flores frescas siguen intactos, como si aquella casa respirara una calma ajena al peligro.

Se detienen frente a la gran puerta principal.

Darío apoya la mano en el pomo y le lanza a Vera una última mirada de reojo. Si no se abre, tendrán que volver atrás. Durante un segundo todo queda suspendido en esa pequeña duda. Luego, un clic rompe la quietud.

La puerta cede.

Vera no puede evitar sonreír. Es una sonrisa leve, casi incrédula, con ese brillo fugaz de quien sabe que tenía razón. Se gira hacia su primo y, durante un instante, no hace falta decir nada. Aquel gesto suyo, aquel pequeño "te lo dije" silencioso, logra arrancarle incluso a Darío una expresión de alivio.

Lo han conseguido.

Salen.

Y en ese mismo paso, cuando el aire fresco de la calle roza el rostro de Vera y el cuerpo empieza por fin a relajarse, el mundo se quiebra.

El disparo suena seco, brutal, fuera de lugar. Tan repentino que durante un segundo Vera no comprende lo que ha ocurrido. Solo siente el vacío a su lado. Solo nota que algo se ha roto en el aire.

Se gira.

Darío la está mirando.

Pero no como antes.

Hay desconcierto en sus ojos. Una perplejidad infantil, absurda, como si no entendiera qué acaba de pasarle. Vera frunce el ceño y da un paso hacia él. Entonces ve la mancha. Roja. Oscura. Extendiéndose lentamente sobre su camisa, absorbiendo toda la vida que se apaga en su rostro.

—Darío… —susurra.

Su voz no suena como la suya.

Él intenta mantenerse en pie, pero el cuerpo ya no le obedece. Apenas resiste un instante antes de que sus piernas cedan. Vera llega a sostenerlo en la caída y ambos terminan en el suelo, ella abrazándolo con desesperación, negando una y otra vez, como si la negación pudiera alterar la realidad.

—No… no…no —susurra, temblando—. Darío, no…

Sus manos tiemblan mientras recorren su pecho, su rostro, su cuello. Buscan una explicación, una salida, algo que no esté allí. Pero la sangre sigue brotando, caliente e imparable, empapándole los dedos, la ropa, la vida entera.

Darío respira con dificultad. Cada bocanada es más pequeña que la anterior. Sus ojos no se apartan de los de Vera, como si todavía pudiera sostenerse en ellos, como si ella fuera el último lugar al que aferrarse.

Y entonces Vera lo entiende.

Entiende que él también lo sabe.

Ve el instante exacto en el que Darío comprende que se está muriendo.

—No… —murmura ella, rompiéndose por dentro—. No me mires así… no…

Acerca su rostro al suyo, casi pegando la frente a la de él, como si pudiera mantenerlo con vida solo con la fuerza de su presencia.

—Acaba lo que empezamos, prima… —consigue susurrar él en un hilo de voz—. Acaba con él… y vive…

Vera niega con violencia, las lágrimas cayendo ya sin control.

—No. No. Cállate. No hables. Lo conseguiremos juntos. Te necesito.

Una sombra de ternura, casi de tristeza, atraviesa el rostro de Darío.

—Tú puedes hacerlo sola… —añade apenas audible—. Vive, Vera. Vive por los dos… Te quiero.

La frase queda suspendida en el aire como una despedida que ninguno de los dos está preparado para aceptar.

Y algo dentro de Vera se quiebra para siempre.

Niega otra vez, desesperada, tratando de recomponerlo con las manos, alisándole la camisa manchada en un gesto inútil, infantil, como si ordenar la

tela pudiera evitarle la muerte.

—Darío, por favor… no me dejes…

Él hace un último esfuerzo, buscando aire donde ya casi no queda.

—Vete… corre… vete de…

No puede terminar.

Sus ojos, aún clavados en los de ella, empiezan a apagarse lentamente. La luz se retira de ellos sin ruido, sin grandeza, sin ningún gesto heroico. Simplemente deja de estar.

Y ya no vuelve.

Durante unos segundos Vera permanece inmóvil, con la cabeza de su primo sobre el regazo, acariciándole el pelo como si estuviera dormido, como si en cualquier momento fuera a abrir los ojos y burlarse de ella por haberse puesto así. Pero el silencio es demasiado profundo. Demasiado definitivo.

Entonces grita.

Grita con un dolor tan salvaje que siente cómo la garganta se le desgarra por dentro. Las lágrimas caen sobre los párpados cerrados de Darío y durante un instante le parece que brotan de él, como si hasta el llanto les perteneciera a ambos.

Cuando alza la cabeza, la ira ya está allí.

Frente a ella, alineados en la entrada del palacete, varios hombres con capuchas rojas contemplan la escena sin moverse. Delante de todos, uno sostiene todavía el arma en alto, el cañón apuntando hacia ella.

Todo encaja.

Demasiado tarde.

Vera coloca con cuidado la cabeza de Darío sobre el mármol frío y se pone en pie. Sus manos siguen empapadas de sangre. Le tiemblan, pero su mirada no. Algo dentro de ella se ha roto de forma irreversible.

—Ese disparo iba para ti —dice el hombre con una frialdad que corta el aire—. Tú eras la que debía morir.

Vera no responde de inmediato. Baja la vista solo un instante, lo justo para ver el cuerpo inmóvil a sus pies, lo justo para asumir que acaban de arrancarle todo lo que tenía. Luego vuelve a alzar la cabeza.

Ya no queda miedo en sus ojos.

—Habéis matado a miles de inocentes —dice despacio, con una calma baja y firme que resulta más amenazante que un grito—. Habéis destruido familias, generaciones enteras. Y ahora me arrebatáis a la única persona que siempre está a mi lado.

Avanza un paso.

Uno solo.

Pero es suficiente.

—No tenéis ni idea de lo que acabáis de hacer.

El hombre ladea la cabeza con una media sonrisa torcida y vuelve a apuntarle directamente al pecho.

—Las Radic nunca habéis entendido vuestro papel en esta historia. Vuestra sangre impura no os permite verlo.

Vera ni siquiera mira el arma.

—No —susurra, apretando los dientes—. Los que no habéis entendido nada sois vosotros.

Respira hondo.

—Que esto no ha terminado.

Y avanza otro paso.

—Hazlo —dice, sin apartar la mirada—. Porque te juro que, antes o después, voy a acabar con él.

No hay duda en su voz. No hay temblor. Solo una determinación fría, nacida del dolor más puro.

El hombre tensa el dedo sobre el gatillo.

Y entonces, de la nada, el rugido de un motor rompe la escena.

Un coche irrumpe a toda velocidad, interponiéndose entre ellos en el último segundo. Todo sucede demasiado rápido. Una puerta se abre de golpe y unas manos la agarran con fuerza, tirando de ella hacia el interior.

—¡No! —grita Vera, descontrolada, resistiéndose—. ¡NO!

Se aferra al suelo, al marco de la puerta, intenta soltarse, volver atrás. Sus uñas rasgan, sus manos buscan, desesperadas, el cuerpo de su primo.

—¡DARÍO! —su grito se quiebra—. ¡NO LO DEJÉIS AHÍ!

Pero la arrastran dentro.

El coche arranca antes de que pueda reaccionar. Vera golpea, empuja, se retuerce con una fuerza casi animal, intentando abrir la puerta, saltar en marcha, regresar, aunque solo sea para morir junto a él.

—¡PARA! ¡PARA! ¡TENEMOS QUE VOLVER! —grita, completamente rota—. ¡NO PUEDO DEJARLO! ¡NO PUEDO DEJARLO SOLO!

El palacete se aleja.

Y con él, la mancha roja en el suelo.

Su mundo.

Sus manos siguen cubiertas de sangre. Su respiración es descompuesta, brutal, hecha de sollozos y rabia, como la de un animal herido.

Solo entonces, entre lágrimas, con la voz rota de tanto gritar, se gira hacia la persona que la sujeta.

Y lo ve.

Matjet., el novicio del Padre Luka.

Al volante, con el rostro descompuesto por el miedo, está Ivana.

Durante un segundo Vera no entiende nada. No puede.

Todo es demasiado.

Y cuando por fin comprende lo que han hecho, cuando entiende que la han arrancado de allí, de Darío, del último lugar donde ha respirado, su voz no es más que un susurro destrozado.

—¿Qué habéis hecho…?

Vera mira a través de la luna trasera con los ojos vacíos, viendo cómo Darío se queda allí. Cómo su mundo entero se queda con él.

Entonces los ve.

Los malditos cuervos vuelan detrás del coche.

Sus graznidos desgarran la noche.

Y Vera entiende, con una certeza helada, que Draven ya sabe que sigue viva.

38

El mundo se ha vuelto negro.

Vera yace en la cama de la casa de Adja, pero no sabe cómo ha llegado hasta allí. Todo en su mente es una mancha espesa, una niebla que le emborrona los pensamientos y le impide ordenar los recuerdos. Solo hay una frase que regresa una y otra vez, flotando en su cabeza como un eco lejano.

Necesitas descansar. Esto te ayudará.

La voz del padre Luka.

La recuerda pronunciando esas palabras mientras le tendía un vaso de agua. Pero no recuerda por qué.

Se incorpora despacio. El cuarto permanece en penumbra, sumido en un silencio tan denso que resulta irreal. Todavía aturdida, alarga la mano hacia el otro lado del colchón. Tiene que despertar a Darío. Tienen que continuar. Tienen que salir de allí.

Pero la cama está vacía.

Las sábanas permanecen frías, intactas, sin rastro alguno del calor de su cuerpo.

Durante un segundo, Vera frunce el ceño, confundida.

¿Se habrá levantado ya?

El pensamiento surge de forma automática, casi absurda.

Se lleva una mano a la sien. Le duele la cabeza. Es un martilleo constante, profundo, como si algo golpeara desde dentro de su cráneo. Quiere levantarse, buscar a Darío, pedirle un ibuprofeno, cualquier cosa que le devuelva la normalidad. Pero entonces siente algo.

Su ausencia. Y el miedo le sube por el cuerpo como un latigazo helado.

Se pone en pie y camina hasta el baño con movimientos torpes, aún atrapada en ese estado extraño entre el sueño y la vigilia. Abre el grifo y se echa agua fría en la cara, esperando que la claridad regrese, que la niebla se rompa, que todo vuelva a su sitio.

Entonces lo ve. Su ropa.

Está tirada en un rincón, hecha un ovillo oscuro sobre el suelo. Vera se agacha despacio y la recoge con manos temblorosas. La sangre seca mancha la tela.

Y en ese instante, el recuerdo regresa. No como una imagen nítida, sino como un golpe.

Darío.

El disparo.

La sangre.

Su cuerpo cayendo.

—No… —susurra, retrocediendo un paso—. No. No puede ser.

Aprieta la ropa contra su pecho, como si pudiera deshacer lo que acaba de recordar. Sale del baño a toda prisa, descalza, con apenas el camisón sobre el cuerpo, y abre la puerta del dormitorio de un tirón.

—¡Darío!

Su voz rasga el pasillo.

—¡Darío!

Tiene que encontrarlo. Tiene que verlo. Tiene que hablar con él. Tiene que escucharle decir alguna tontería, cualquier cosa, lo que sea, para que todo aquello deje de ser real.

Entonces los ve.

Matej e Ivana suben las escaleras corriendo hacia ella. Detrás viene Adja, pálida, con el miedo dibujado en el rostro. Más abajo, junto a la escalera, el padre Luka levanta la cabeza hacia el sonido de sus pasos.

—Hija mía… —susurra.

Matej intenta sujetarla, envolverla en un abrazo para detener su carrera, pero Vera se aparta de él con brusquedad y baja los escalones casi a trompicones.

Se detiene frente al padre Luka.

Él apenas puede sostenerse en pie.

—Padre… —la voz de Vera sale rota, áspera, como si hubiera pasado horas gritando—. ¿Dónde está Darío?

Durante un segundo nadie responde. El silencio lo dice todo antes que las palabras.

—Vera, hija mía… —murmura el anciano—. Lo siento muchísimo.

Ella se queda inmóvil. Aún aprieta contra el pecho la ropa ensangrentada.

Sabe que el padre Luka no puede verla, pero aun así clava la mirada en su rostro. Y en sus ojos apagados, en la tristeza que le quiebra la voz, encuentra la verdad entera.

Darío se ha ido. Se lo han arrebatado.

El aire abandona sus pulmones de golpe. Las piernas dejan de sostenerla y cae de rodillas al suelo, doblándose sobre sí misma, haciéndose pequeña, como si su cuerpo intentara desaparecer para no seguir sintiendo.

Entonces llora. No con lágrimas suaves ni con sollozos contenidos.

Llora como si le hubieran arrancado el alma del pecho.Llora sin consuelo, sin dignidad, sin fuerza para detenerse.

Y a su alrededor, los demás no pueden hacer otra cosa que mirarla en silencio, con lágrimas en los ojos, mientras el dolor de Vera llena la casa entera.

Quizá pasan minutos así. O quizá son horas. A Vera ya no le importa el tiempo.

Poco a poco levanta la cabeza. Frente a ella, sus amigos permanecen de pie, quietos, esperando una señal, un gesto que les permita acercarse. Pero Vera no puede. No quiere el contacto de nadie. No soporta la idea de unos brazos que no sean los de su primo.

Se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ha muerto por mi culpa —sentencia al fin, con la voz rota—. Ese disparo era para mí.

Se pone en pie despacio y deja que la mirada vague por la estancia. Entonces la ve.

Sobre una de las sillas del comedor está la chaqueta de Darío.

Siempre la deja allí. Siempre. Porque es friolero y le gusta tenerla a mano por si la necesita.

Vera se acerca como si caminara dentro de un sueño. Deja caer al suelo la ropa ensangrentada que aún aprieta entre los dedos y toma la chaqueta con las dos manos. La lleva hasta su rostro y aspira su olor.

Cierra los ojos.

Durante un segundo, el mundo se detiene.

Y entonces, en un gesto rápido, casi desesperado, se la pone encima y se abraza a sí misma, aferrándose a la tela, al calor que todavía conserva su aroma, a la ilusión absurda de que él sigue allí de alguna manera.

—Vera… lo siento mucho…

La voz de Ivana suena temblorosa. La muchacha da un paso inseguro hacia ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Se me olvidó recoger tu ropa. No queríamos que pasara así. Íbamos a ir a despertarte y a explicártelo todo, pero… —traga saliva, incapaz de contener el llanto—. Lo siento. Se me olvidó.

Vera alza la mirada hacia ella. Incluso rota, incluso hecha pedazos, comprende que la culpa se está instalando también en el pecho de la adolescente.

—No te preocupes, Ivana —dice, obligándose a sonar serena—. No es tu culpa. Tú no has hecho nada.

Da un paso hacia ella, dispuesta a abrazarla, cuando unos golpes secos y contundentes en la puerta hacen saltar el aire de la casa.

Todos se quedan inmóviles.

Los golpes vuelven a sonar, más fuertes esta vez, retumbando en las paredes como una amenaza.

Matej alza una mano hacia Adja, indicándole que no se mueva, y se dirige a la puerta con paso decidido. Pero en cuanto la abre, un grito ahogado escapa de su garganta.

Vera lo oye.

Y sin pensarlo corre hacia la entrada, sin estar preparada para lo que va a encontrar allí.

En el umbral hay un hombre alto, corpulento, cubierto con una capa roja y la capucha echada hacia atrás. Vera lo reconoce al instante.

Es el tabernero. El padre de Mikaela.

Su rostro permanece duro, pétreo. No hay ternura en él. No hay compasión. Solo una severidad sombría, antigua, como si hubiera venido a cumplir con una obligación que no le honra, pero tampoco le pesa.

Vera va a encararse con él, pero algo la obliga a bajar la vista.

Y entonces lo ve.

El cuerpo de Darío yace en el suelo, justo delante de la puerta.

El aire se le escapa en un grito roto. Se lleva las manos a la boca, incapaz de contener el horror, y cae de rodillas junto a él casi en el mismo segundo. Lo rodea con los brazos en un gesto instintivo, inútil, feroz, como si todavía pudiera protegerlo del mundo.

El hombre la observa sin moverse.

—Tú eres la única culpable de esto —dice con dureza.

Cada palabra cae como una piedra.

—Sin embargo, se lo que pasó. Nadie parece recordarlo, pero yo si. Él se llevó a la gente del pueblo, en un gesto de terror, y aun así, te enfrentaste a él para hacerlos volver. Para que mi hija, Mikaela, regresara. Toma éste gesto, como una muestra de agradecimiento.

Vera no responde. No puede. Solo aprieta más el cuerpo de su primo contra sí, como si temiera que incluso ahora pudieran arrebatárselo otra vez.

El hombre empieza a retroceder.

—Ahora estamos en paz —sentencia—. Llévate a tu primo y dale la sepultura que merece. Marchaos. Vuelve a casa con él. Porque, si te quedas… te juro que la próxima serás tú.

Sus palabras no suenan a amenaza vacía. Suenan a verdad. Luego se gira.

Y se marcha.

Entre todos consiguen meter el cuerpo de Darío en la casa. Lo colocan sobre la gran mesa del salón, y Vera se mueve a su alrededor con una serenidad

extraña, casi irreal, como si el dolor hubiera entrado tan hondo que ya no pudiera romperse más.

Le coloca bien los bajos del pantalón. Le alisa la camisa. Le acomoda los puños con una delicadeza minuciosa, segura, como si supiera exactamente lo que hace.

Darío es muy presumido. Siempre lo ha sido. Tiene que estar perfecto.

Vera se inclina sobre él y le acaricia el rostro. El contacto helado de su piel la sacude por dentro y retira la mano con un leve respingo, como si aún hubiera una parte de ella que no termina de aceptar lo evidente. Cierra los ojos un instante. Cuando vuelve a abrirlos, lleva la mano a su pelo oscuro y rizado y empieza a colocárselo con suavidad.

Es tan joven. Tan guapo. Tenía toda una vida por delante.

Nadie se atreve a hablar. Todos la observan en silencio mientras ella arregla el cuerpo de su primo con la devoción de quien intenta conservar la última imagen digna de alguien amado.

—Tengo que llamar a casa… —susurra, como si hablara solo para él—. Tenemos que arreglarlo todo para que puedas volver.

Sus manos descienden hasta su pecho.

Y entonces se fija en su camisa.

La mancha de sangre.

Vera se queda quieta, con la mirada clavada en el torso de Darío. Durante unos segundos no se mueve. Luego, de pronto, se gira hacia los demás con una urgencia que les hiela la sangre.

—Tenemos que cambiarle de ropa. A él no le gustaría verse así de sucio. Se enfadaría.

Se apresura a desabrocharle la camisa, pero los dedos le tiemblan demasiado. No acierta con los botones. Tira de ellos con torpeza, cada vez más nerviosa, cada vez más desesperada.

—Maldita camisa… —murmura entre lágrimas—. Ábrete…

Lo intenta otra vez. Y otra.

Hasta que la frustración termina estallando.

—¡ÁBRETE!

El grito le rompe la voz. Llora ya sin ningún control mientras forcejea inútilmente con la tela ensangrentada, como si en ese gesto absurdo se estuviera jugando algo mucho más grande que una simple prenda.

Entonces siente una mano cálida sobre el brazo. Vera se gira.

Es el padre Luka.

Lo mira con un dolor desnudo, profundo, con esa mirada rota de quien siente que lo ha perdido todo. Sabe que él no puede verla, pero también sabe

que la entiende. Que siente cada grieta de su llanto.

—Padre… yo lo he matado —dice al fin, con una seriedad que asusta más que los gritos.

—No digas eso, hija mía —responde él con una dulzura fatigada—. Tu primo te quería más que a nadie en este mundo. Estoy seguro de que no le gustaría escucharte hablar así. Nuestro Padre cuidará de él ahora.

Guiándose con las manos, el abad se acerca al cuerpo y traza sobre Darío la señal de la cruz. Sus labios murmuran una oración baja, temblorosa, pidiendo paz para su alma.

Vera lo observa en silencio.

Nunca se ha considerado creyente. Nunca ha necesitado creer del todo. Pero ahora sí. Ahora necesita que exista algo más allá de aquella habitación, algo capaz de acoger a Darío, de cuidarlo donde ella ya no puede seguir haciéndolo.

Si existe un cielo, piensa, él merece estar allí.

El padre Luka empieza a recitar el Padrenuestro. Poco a poco, las voces suaves de los demás se unen al rezo. Vera no mueve los labios, pero en su interior repite cada palabra. Una por una. Como si rezar en silencio pudiera sostenerla un poco más.

Cuando terminan, ella levanta la vista hacia los demás.

—¿Podéis dejarme un momento a solas con él, por favor?

Nadie responde. No hace falta. Uno a uno abandonan la habitación en silencio hasta dejarla sola con Darío.

Entonces Vera se acerca de nuevo a la mesa y toma su mano entre las suyas.

—Jamás te perdonaré que me hayas abandonado —le dice, con la voz baja y endurecida por el dolor—. Me prometiste que estaríamos juntos. Siempre. Y, sin embargo, te has ido.

Traga saliva, intentando contener el temblor.

—Lo sé… no es justo que te lo diga. Lo sé. Pero es así.

Aprieta con más fuerza sus dedos fríos.

—Te necesito, Darío. Yo no sé vivir sin ti. Nunca he sabido. Siempre has estado ahí. Siempre.

La voz se le quiebra.

—¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago con ese viaje que íbamos a hacer al volver? ¿Qué hago con nuestros cafés con churros? ¿Con tus bromas? ¿Con las llamadas a cualquier hora? ¿Qué hago con mi vida si tú ya no estás en ella?

Las últimas palabras apenas le salen.

Entonces se inclina sobre él y se derrumba, apoyando la frente contra su cuerpo mientras el llanto vuelve a romperla entera.

En la cocina, los demás esperan en silencio. Adja prepara una infusión con manos nerviosas, aferrándose a ese gesto pequeño y doméstico como si todavía pudiera ordenar algo en mitad de tanto desastre.

Cuando está vertiendo el agua sobre la tisana, Vera aparece en la puerta.

Se ha lavado la cara. Se ha recogido el pelo.

Y, aunque sus ojos siguen hinchados y su voz aún conserva las huellas del llanto, hay algo nuevo en su postura. Algo más firme. Más duro. Más definitivo.

—Las últimas palabras de mi primo fueron que acabara lo que habíamos empezado —dice alzando el mentón—. Y eso es exactamente lo que pienso hacer.

Nadie responde.

El silencio se llena de miedo y de certeza.

Vera mira a Ivana.

—Por favor, ¿podrías traerme la mochila negra que llevaba ayer?

Ivana parpadea, sobresaltada.

—Eh… sí. Claro. La dejamos en tu cuarto. Voy a por ella.

39

DRAVEN

Salgo al pequeño balcón que se abre sobre el lago negro y espero a que mis mensajeros regresen de su vuelo. Siempre me ha gustado este rincón del castillo. Aquí el aire es más frío, más limpio. Aquí todavía puedo fingir, durante unos minutos, que existe algo parecido a la paz.

Y esta noche la necesito.

Los cuervos no tardan en llegar. Sus alas rompen el silencio antes de posarse sobre la balaustrada de piedra. Extiendo la mano y acaricio la cabeza del más grande, que inclina el cuello bajo mis dedos con un graznido grave, satisfecho. Son mis ojos en el mundo. Mis leales vigías. Nada escapa a su mirada.

Y a través de ellos lo he visto todo.

He visto a la Hermandad acorralarla. He visto el arma alzada. He visto cómo estaban a punto de matarla.

A mi protegida. Craso error.

Aprieto la mandíbula. La furia vuelve a treparme por dentro con la misma violencia con la que me ha atravesado al contemplar la escena. Han cruzado un límite del que no podrán regresar. Sé que la muerte de su maestre ha quebrado el precario equilibrio que manteníamos desde hace años, pero aun así deberían recordar cuál es su lugar.

No pueden tocar lo que me pertenece. Lo saben.

Durante generaciones me han arrebatado a muchas Radic. Unas por miedo. Otras por soberbia. Otras porque creyeron, en su estupidez, que podían desafiar un destino sellado mucho antes de que sus apellidos significaran nada. Y, aun así, hemos sostenido una especie de paz miserable, un acuerdo no escrito basado en la conveniencia mutua. Ellos me toleran. Yo les permito existir.

Al fin y al cabo, sin mí seguirían siendo poco más que campesinos muertos de hambre.

Y míralos ahora.

Escondidos en su palacete lleno de mármol, terciopelo, oro y cuadros antiguos, fingiendo nobleza, fingiendo poder, cuando todo cuanto tienen nació de mi sombra.

Pero esta noche casi matan a Vera. Y eso no se lo voy a perdonar.

He tenido que reunir toda mi fuerza para no intervenir, para no atravesar la noche y arrancarles la vida con mis propias manos. He estado a punto. Lo

habría hecho. Sin embargo, la suerte —o quizá algo más caprichoso que la suerte— se ha inclinado a mi favor en el último instante.

El que cae no es ella.

Es el primo.

Un problema menos.

Y, sin embargo, no es alivio lo que permanece ahora en mí.

Porque cuando la veo derrumbarse sobre su cuerpo, cuando la contemplo gritar con ese dolor desnudo que ni siquiera intenta contener, algo se agita en un rincón de mi memoria. Algo antiguo. Algo que creía enterrado bajo siglos de sangre y rabia.

Ese dolor. Yo ya lo he oído antes.

Y sé a quién pertenece.

Milena.

Su nombre atraviesa mi pensamiento con la violencia de una herida mal cerrada. Durante un instante cierro los ojos, pero no sirve de nada. Sigue ahí. Su recuerdo. Su rostro. Su voz. La forma en que me miraba cuando todavía no entendía del todo lo que yo era… o quizá sí lo entendía y aun así se quedó.

Han pasado siglos desde entonces.

Siglos.

Milena no está aquí.

Milena murió.

Y Vera no es más que otra Radic. Otra mujer nacida para entregarme lo que necesito. Su corazón. Su sangre. El último paso para devolverme aquello que me fue arrebatado.

Eso debería bastar. Y, sin embargo, no basta.

Porque cuando la miro, cuando sus ojos se alzan llenos de rabia, cuando la veo sostener el dolor con esa terquedad feroz que solo ella posee, el tiempo se pliega sobre sí mismo y por un instante insoportable creo verla a ella.

A Milena con su oscura melena al aire y eso ojos verdes que parecían que me atraviesan cada vez que posaba su vista en mi. Era hermosa, si, pero había estado con millones de mujeres hermosas. Había algo mas que no sabia explicar, esa determinación, esa valentía casi salvaje. Capaz de desafiarlo todo incluso cuando el miedo le estaba devorando el alma.

Vera tiene algo de esa misma llama. No en el rostro. No en la voz. Ni siquiera en sus gestos. Está más adentro. En un lugar al que no logro poner nombre y que, sin embargo, reconozco.

Maldito corazón humano.

Durante demasiado tiempo me he convencido de que no queda nada de él, de que solo sobrevive en mí la voluntad, el hambre, la ambición de recuperar

lo que es mío. Y, sin embargo, esta noche vuelve a latir como una reliquia podrida, trayéndome recuerdos que no quiero. Debilidad. Nostalgia. Fantasmas.

No.

Me aparto de la balaustrada y los cuervos se inquietan, levantando el vuelo para posarse más lejos, como si percibieran el cambio en mi ánimo.

No voy a permitirme esa flaqueza.

Solo quiero una cosa de Vera.

Su corazón.

Y cuando lo tenga, el mundo recordará mi nombre. No habrá rincón, reino ni frontera en que no se pronuncie con temor. Ningún mortal volverá a alzar la vista ante mí sin inclinar después la cabeza. No habrá piedad para nadie que no me rinda pleitesía.

Si cree que por haber encontrado el puñal puede acabar conmigo, es más necia de lo que imaginaba. Muchas lo han intentado antes y todas han muerto.

Estoy deseando que venga a mí. Que me mire con esa falsa valentía y crea, aunque solo sea por un instante, que puede desafiarme. Quiero verla luchar. Quiero verla romperse. Quiero obligarla a doblar las rodillas hasta que comprenda, al fin, que todo esto no es una elección.

Es un destino. El mío. El suyo. Pero no debo precipitarme, aún no. Le di una semana y mantendré mi palabra. Esperaré aquí, paciente, aunque en el fondo sé que no tardará tanto. Vera ya está preparada. Lo noto.

Y quizá debería recordárselo. Un pequeño gesto. Un presente. Una advertencia envuelta en delicadeza, para que comprenda que yo también la espero con el mismo anhelo con el que ella empieza a odiarme.

Ya rechazó mis lirios negros una vez. Tal vez ahora los acepte. Después de todo, siempre puede llevarlos a la tumba del pobre imbécil de su primo.

40

Nadie ha dormido esa noche.

La casa entera permanece suspendida en una vigilia espesa, agotada, como si el dolor hubiera expulsado el sueño de cada rincón. Vera no recuerda cuántas horas lleva sentada en la cocina con los demás. El tiempo se ha convertido en algo blando, impreciso, sin forma. Solo sabe que el amanecer ya empieza a insinuarse al otro lado de las ventanas y que, desde que Darío murió, todo parece avanzar con una lentitud insoportable.

Aun así, ninguno se ha marchado.

Adja. Ivana. El padre Luka. Matej.

En tan poco tiempo se han convertido en algo que Vera no sabe nombrar sin que le tiemble la voz. No son su familia, no son su vida de antes, pero han permanecido a su lado cuando todo se ha roto. Han visto lo peor. La sangre. El cuerpo de Darío. Su derrumbe. Y, pese a ello, no han retrocedido ni un solo paso.

Ahí siguen.

En vela con ella.

Adja acaba de preparar el tercer café de la mañana. Apenas el sol asoma por el horizonte, pero sabe que Vera necesita mantenerse despierta, alerta, aferrada a algo que no sea el dolor. Todos permanecen sentados alrededor de la mesa de la cocina. El puñal y el conjuro descansan sobre ella como una promesa oscura. El padre Luka sostiene la daga entre sus manos y recorre la empuñadura con los dedos, memorizando cada relieve como si pudiera comprender mejor así el arma que quizá cambie el destino de todos.

El temor flota espeso en el aire.

Vera lo nota sin necesidad de que nadie diga una palabra. Saben lo que piensa hacer. Entienden por qué debe hacerlo. Pero también saben —todos lo saben— que tal vez esta guerra esté perdida desde hace siglos.

El olor amargo del café arrastra hasta ella un recuerdo absurdo y dolorosamente nítido: Darío, años atrás, explicándole el mito de las Moiras con aquella solemnidad burlona suya, como si todo estuviera siempre a medio camino entre una broma y una revelación. Cloto tejía. Láquesis medía. Átropos cortaba. Él insistía en que los mitos importantes hablaban siempre de lo mismo: del miedo a no decidir la propia vida. Vera se había reído entonces, incapaz de imaginar que algún día acabaría sintiéndose exactamente así, atrapada en un hilo antiguo, tenso, tejido por otros.

Pero aquella mañana no hay nada de lo que reírse.

Unos golpes suaves suenan en la puerta.

Tres golpes débiles.

Y, unos segundos después, vuelven a repetirse.

Nadie se mueve. Todos se miran en silencio, compartiendo la misma pregunta.

—Voy yo —susurra Ivana, poniéndose en pie.

—No —dice Vera con firmeza—. No sabemos quién puede ser.

Todavía lleva puesta la chaqueta de Darío. Se levanta y sale de la cocina, no sin antes añadir:

—No os mováis de aquí.

Para llegar a la entrada tiene que atravesar el salón.

Y allí está él.

Inmutable. Sereno. Como si nada pudiera alterarlo ya.

Darío.

Vera se detiene apenas un segundo y le deposita un beso suave en la frente antes de seguir caminando.

Entonces lo percibe.

Un aroma familiar.

Empalagoso. Dulzón. Inconfundible.

Los lirios.

Vera frunce el ceño y mira a su alrededor. En el recibidor no hay flores, no hay rastro visible de ellas, y sin embargo el perfume invade ya la estancia. Lo reconoce demasiado bien. Recuerda perfectamente el momento en que arrojó aquel ramo al lago.

Los tres golpes vuelven a sonar.

Toc. Toc. Toc.

Demasiado débiles.

Demasiado… pequeños.

Vera apoya la mano en el pomo y abre despacio.

En el umbral hay una niña rubia con dos trenzas.

Debe de tener unos cuatro años. Es pequeña, delicada, vestida con sencillez. Sus ojos azules son muy claros, casi translúcidos, y hay algo en ellos que desconcierta a Vera de inmediato: no parecen los ojos de una niña asustada ni curiosa. Parecen vacíos. Como si estuvieran mirando sin ver.

La pequeña sonríe.

No dice nada.

Solo alza un poco las manos.

Entonces Vera ve lo que lleva entre los brazos.

Un ramo de lirios negros.

—No puede ser… —susurra.

La sonrisa de la niña se ensancha apenas un poco más.

—Son para ti —dice con una voz suave, infantil, casi dulce pronunciando cada palabra en un español perfecto.

El rechazo sube por el cuerpo de Vera como una náusea. Aun así, se obliga a agacharse hasta quedar a su altura.

—¿Quién eres?

—Son para ti —repite la niña.

Vera levanta la vista, buscando en la plaza a unos padres, a alguien que explique lo que está viendo. No hay nadie.

—¿Dónde están tus padres? —pregunta.

La niña extiende un poco más el ramo hacia ella.

Vera se incorpora lentamente y niega con la cabeza.

—¿Quién te ha dado esas flores? —pregunta ahora con más prisa—. No las quiero.

La niña parpadea una sola vez.

Y cuando vuelve a abrir los ojos, algo cambia.

No en el rostro. No en la postura.

En la presencia.

—Ángel mío… —dice entonces una voz masculina, profunda, imposible —. ¿No te gusta mi regalo?

Vera retrocede de golpe.

Se le hiela la sangre.

Tiene delante a una niña pequeña.

Pero la voz que sale de su boca es la de él.

La niña da un paso al frente.

—Las he escogido expresamente para ti —continúa Draven a través de ella, con una suavidad insoportable—. Ya sé todo lo que ha pasado. Y me alegra muchísimo que sigas viva. Por eso he querido enviarte este presente. Nuestras flores.

Vera se lleva una mano a la boca, incapaz de apartar la mirada de aquella boca infantil que sigue pronunciando palabras que no le pertenecen.

—Sé que estás algo triste por ese primito tuyo —prosigue la voz con un matiz burlón—. Pero tranquila. Cuando estés conmigo, ya no sentirás dolor alguno. Todo será perfecto.

La mención de Darío le atraviesa el miedo como un hierro al rojo.

Y algo en Vera se endereza.

—Vete de aquí —dice con una firmeza que vuelve a nacer de la rabia—. Y llévate esas flores. No las quiero.

La niña niega lentamente con la cabeza y chasquea la lengua en un gesto vulgar, impropio, obsceno en un cuerpo tan pequeño.

—Vera, Vera, Vera… No deberías hablarme así. Al fin y al cabo, soy tu destino. Pero te lo dejaré pasar. Sé que estás apenada. Aun así, mi plazo sigue en pie. Cada vez te queda menos para cumplir tu promesa.

Después se inclina despacio y deposita el ramo en el suelo, sin apartar los ojos de Vera.

Luego se da media vuelta y empieza a alejarse.

Antes de cruzar la plaza se detiene, gira apenas la cabeza y añade:

—Aunque algo me dice que nos veremos antes, ángel mío. Te espero impaciente.

Entonces la niña cierra los ojos.

Solo un instante.

Cuando vuelve a abrirlos, la inocencia ha regresado a su rostro con una naturalidad tan absoluta que resulta aún más perturbadora. Mira a Vera con desconcierto, como si no entendiera qué hace allí ni por qué está sola frente a una casa desconocida.

Vera tarda un segundo en reaccionar.

—Vete a casa, pequeña —dice al fin, con la voz baja—. ¿Sabes dónde está?

La niña la mira sin entender.

Sonríe.

Y echa a andar dando pequeños saltitos, tarareando una canción infantil que Vera no consigue reconocer. La observa cruzar la plaza hasta el portal de enfrente. Justo antes de entrar, la niña se gira para despedirse con la mano en un gesto completamente normal.

Completamente inocente.

Y esa inocencia es, quizá, lo más terrible de todo.

Con manos temblorosas, Vera recoge el ramo de lirios del suelo. No lo sostiene con ninguna ternura. Lo agarra por los tallos con gesto de repugnancia, como si incluso tocarlos le resultara ofensivo.

Alza la vista hacia el cielo.

Allí, sobre la plaza, varias aves negras revolotean en círculos lentos, vigilantes.

—¿Queréis esto? —grita, levantando el ramo mientras algunos pétalos oscuros se desprenden y le rozan el brazo al caer—. Decidle que no las quiero.

Y, con un gesto brusco, arroja el ramo al vacío.

Ni siquiera espera a verlo caer.

Cierra la puerta de un golpe y se gira de inmediato, avanzando hacia la cocina con paso firme. Pero al llegar al salón se detiene de nuevo junto al

cuerpo de Darío.

Lo mira en silencio.

Después apoya una mano sobre su pecho.

—Te prometo que mañana habré acabado con todo esto —susurra—. Y te llevaré a casa. Te lo juro, primo.

Sus pasos la conducen hasta la cocina. Vera se detiene en el umbral y observa a cada uno de los que permanecen allí con ella, en silencio, como si quisiera grabar sus rostros en la memoria antes de lo que está a punto de hacer.

Cuando habla, su voz suena tranquila. Demasiado tranquila.

—Ha llegado el momento. Esto termina hoy. Voy a matar a Draven.

41

Vera camina con paso lento, pero decidido. La ducha que se ha dado antes de salir le ha servido para limpiar de su piel los restos de la sangre de Darío. Quitarse la chaqueta ha sido una de las cosas más difíciles que ha hecho en su vida, pero la ha dejado allí, junto a él, con la certeza de que volverá a ponérsela.

Adja no le ha permitido marcharse sin comer algo antes. Así que, como en una escena extraña y dolorosa de un funeral irlandés, todos han compartido comida, café y recuerdos. Incluso han reído al evocar algunas anécdotas de Darío, su forma exagerada de hablar, sus bromas absurdas, su teatralidad constante. Esa, piensa Vera, es la despedida que él merece: una en la que el dolor no borre la luz que dejó en los demás.

Ha preparado la mochila con todo lo necesario para cumplir su propósito. Después se ha despedido de todos con abrazos largos, con lágrimas contenidas y con la promesa de volver. Adja e Ivana no han dejado de llorar.

Durante el abrazo, el padre Luka la ha retenido unos segundos más entre sus manos temblorosas.

—Hija mía —le dice en voz baja—, has de concederme un último deseo.

—Lo que necesite, padre.

El anciano aprieta suavemente su mano.

—Sé que hoy te enfrentas a tu destino. Pero antes de ir a verlo… ve al monasterio. Habla con el Señor. Sé que tu fe no es fuerte ahora, quizá nunca lo haya sido del todo, pero él está contigo. Y no tengo duda de que te escuchará en este momento.

El silencio cae entre ambos.

Vera no sabe qué responder.

—Concédemelo, hija —añade él con dulzura—. Hazlo por este pobre viejo.

Vera asiente por pura inercia, aunque él no pueda verla. Aquel hombre ha perdido demasiado por ayudarla. Si eso le da algo de paz, siente que es lo mínimo que puede hacer.

Por eso, a primera hora de la tarde, sus pasos la conducen al monasterio.

En la mochila lleva también el diario de Danica. Ese cuaderno gastado que tanto le ha dado. El que le ha ofrecido respuestas cuando solo había oscuridad. El que la ha acompañado cuando creía estar completamente sola.

Al llegar, no va primero a la capilla.

Sus pasos la llevan a la biblioteca.

Allí dentro sigue habitando la misma paz antigua, la misma sensación de refugio, de sabiduría y silencio. Vera siente una punzada de culpa al pensar que el padre Luka no podrá volver a leer uno solo de aquellos libros por culpa de todo lo que ha ocurrido.

Acaricia con la yema de los dedos los lomos apilados sobre la mesa de trabajo del anciano. Espera de verdad que algún día Matej cuide de aquel lugar con la misma devoción. Porque sin los libros, sin la memoria, la historia termina por desdibujarse. Y quien olvida su historia está condenado a repetirla.

Con cuidado saca el diario de la mochila.

Contempla la portada durante unos segundos y deja que los dedos recorran cada marca del cuero envejecido.

—Gracias, Danica —susurra—. Tu vida y tu muerte no han sido en vano. Sin ti, yo… la última Radic… no habría sabido cómo llegar hasta aquí. No me olvidaré de ti. Te lo prometo.

Besa el libro con suavidad y lo coloca de nuevo en el lugar exacto donde un día lo encontró.

—Ya estás en casa. Descansa en paz por toda la eternidad.

No mira atrás al salir.

Abandona la biblioteca y se dirige a la vieja capilla.

Toma asiento en el primer banco, cerca del pequeño altar y de la cruz que lo preside todo. Está nerviosa. No sabe qué debe decir ni cómo decirlo. Se lleva una mano a la cruz que su madre le entregó antes de salir de Sevilla y aprieta los dedos alrededor de ella.

—No sé si puedes escucharme o no —empieza, sintiéndose un poco ridícula—, pero he hecho una promesa y aquí estoy.

Baja la mirada un instante.

—Sé que nos diste libre albedrío, pero también has permitido que muchas mujeres de mi linaje sufrieran un destino que no eligieron. ¿Cómo has podido consentirlo?

Niega con la cabeza y cierra los ojos, avergonzada de su propia rabia.

—Está bien… está bien —murmura, tratando de serenarse—. Mi abuela siempre decia que Dios aprieta, pero no ahoga. Solo te pido que no me ahogues. Dame la fuerza para acabar con el tormento que nos ha perseguido durante siglos. Si de verdad estás ahí arriba, no permitas que él gane. Mi vida no importa, pero no dejes que consiga lo que quiere.

Alza la vista hacia el crucifijo y empieza a incorporarse.

Pero algo la hace detenerse.

Entonces, despacio, se arrodilla.

—Y necesito pedirte una última cosa —dice cruzando las manos, con los ojos clavados en el rostro de Cristo—. Cuida de él. Necesito saber que Darío está en paz, donde quiera que esté. Por favor… haz que me perdone por haberlo traído a este infierno. Él era más merecedor de tu amor que yo.

El silencio de la capilla la envuelve por completo.

Vera se seca las lágrimas con el dorso de la mano, se pone en pie y abandona el lugar sin volver la vista atrás.

Antes de cruzar la puerta, apenas susurra:

—Amén.

En unos minutos llega al lago. Se detiene un instante a contemplar aquellas aguas oscuras, quietas, misteriosas. La tarde cae fría, más de lo normal, y un escalofrío le recorre el cuerpo entero. Justo allí empezó todo.

—Ojalá estuvieras aquí para soltarme una gracieta —susurra Vera al vacío.

Traga saliva y alza el mentón.

—En fin… todo empieza aquí y acaba allí.

Su mirada se posa en el castillo.

Él la espera.

Siente un ardor en la marca y, de forma instintiva, se la acaricia con la yema de los dedos.

Sus pasos enfilan el sinuoso camino que conduce hasta las puertas del viejo castillo. La última vez que estuvo allí, él rompió su cuerpo, su voluntad y casi su alma. Hoy no va a permitírselo.

Sin anunciarse, Vera cruza la entrada.

Una vez más, el castillo luce limpio, luminoso, como si un ejército invisible se encargara de mantener con vida cada piedra del antiguo edificio.

Entonces escucha una melodía.

Suave. Lejana.

Proviene de la sala del trono.

Vera se dirige hacia allí.

—Ángel mío. Qué alegría verte.

Draven la espera sentado en su elegante asiento, como si hubiera sabido desde el principio el instante exacto en que ella cruzaría la puerta. Esta vez, en la estancia hay una gran mesa de madera sobre la que descansan varios cuencos repletos de fruta fresca y otros manjares. En una de sus manos sostiene una copa de vino con esa elegancia estudiada que parece inseparable de él.

—He sabido que no te ha gustado mi regalo —dice con un gesto de fingida pena—, pero no pasa nada. Estás aquí. Y eso lo compensa todo.

Con refinada calma se pone en pie y se acerca a la mesa. Deja la copa, toma la botella y sirve vino en otra. Después camina hacia Vera con ambas copas y le ofrece una.

Ella duda un instante.

Draven insiste con la mano inmóvil, sin permitirle rechazarla sin más.

—Verás, ángel mío… —dice mientras se gira despacio, recreándose en cada movimiento—. Lo tengo todo preparado. Tú te mereces lo mejor. Y lo vas a tener.

Se vuelve hacia ella y la mira directamente a los ojos.

—Tú sabes que eres especial, ¿no?

Su tono se ha vuelto más grave. Más solemne.

Draven acorta la distancia que los separa y le acaricia una mejilla con una lentitud que a Vera le resulta insoportable. Está demasiado cerca. Mucho más de lo que debería.

—Te pareces tanto a…

La frase queda suspendida en el aire.

Draven se interrumpe a sí mismo, como si hubiera estado a punto de romper una regla invisible. Se lleva la copa a los labios con aparente naturalidad, intentando disimular.

Vera no aparta la mirada.

—¿Qué quieres exactamente de mí, Draven?

Él sonríe apenas.

—Ummm- ronronea- Mi nombre suena tan bien entre tus labios…

Vera hace un gesto de abierto desagrado y deja la copa, intacta, sobre la mesa. Esta vez es ella quien avanza un paso hacia él.

—He preguntado qué quieres de mí.

—No te enfades, gorrión —murmura Draven mientras aparta un mechón suelto detrás de su oreja con una familiaridad repugnante—. Lo quiero todo.

Sus ojos descienden un instante por el rostro de Vera antes de volver a los suyos.

—Vas a ser mía. Porque así quieres que sea. Porque así lo prometiste.

Vera necesita espacio.

Se gira apenas, da unos pasos hacia la mesa y vuelve a coger la copa. Esta vez sí bebe un poco. Solo un sorbo. Lo suficiente para templar los nervios sin perder el control. No puede permitirse un solo error.

—Sé que sabes lo que le ha pasado a mi primo —dice, buscando ganar tiempo—. Tu truquito con la niña no te ha funcionado.

Draven ladea la cabeza.

—Qué mala fortuna ha tenido el muchacho, ¿no? —dice con un dramatismo casi insultante—. Si se hubiera ido antes a casa, nada de eso habría ocurrido.

Vera contiene un gruñido de rabia.

Draven se acerca otra vez. Lento. Sin apartar la vista de sus ojos.

—¿Sabes qué es lo que más deseo de ti, Vera? —susurra con una dulzura enfermiza—. Esto.

Sus dedos rozan la clavícula de Vera y comienzan a descender despacio, recreándose en el contacto, hasta detenerse justo sobre su corazón. Entonces apoya toda la palma de la mano en esa zona.

Vera siente una descarga brutal al contacto con él.

Intenta retirarse.

No puede.

Una fuerza invisible la inmoviliza en el sitio.

—Esto es lo que anhelo de ti —murmura él, con la voz cargada de deseo y obsesión—. Dímelo, Vera… ¿me lo darás?

La respiración de Vera se vuelve irregular. Entrecortada. Le falta el aire y siente que sus pies ya no obedecen la orden de moverse. Necesita espacio. Necesita romper ese hechizo.

Cierra los ojos.

Y entonces él ríe.

Una risa larga, grave, satisfecha.

—Pero aún no, ángel mío. Aún no.

El hechizo parece disiparse y Vera recupera el control de su cuerpo.

—Sabes que nunca te amaré, ¿verdad? —las palabras salen con dureza de su boca—. Creo que jamás nadie te ha amado… y menos aún que tú sepas lo que es el amor.

Draven recibe esas palabras con sorpresa. Algo en su rostro se ensombrece y su voz se vuelve oscura, profunda, como si emergiera de lo más hondo de su ser.

—El amor es un sentimiento humano. Pero, sí lo he conocido… y me la arrebataron.

—Tú también has arrebatado muchos amores —sentencia Vera sin piedad, sin dar espacio a la duda.

—Puede ser. Pero era mi destino. En cambio ella… ella era inocente.

Draven se aparta de Vera y sale al balcón, dejándola unos segundos sola en el comedor. Ella aprovecha ese instante para sacar el puñal de la mochila y guardárselo en el pantalón. Cuando se asegura de que está oculto, se dirige hacia la pequeña terraza.

—Háblame de ella —dice Vera con suavidad, haciendo un esfuerzo por mantener la calma, por hacerlo bajar la guardia.

Draven dirige la mirada hacia el lago. La noche empieza a caer y los primeros reflejos de la luna se dibujan sobre las aguas oscuras. No corre ni una brisa. Todo parece en calma. Irreal.

—Se llamaba Milena —dice al fin, con la voz más baja—. Fue la única mujer que logró inquietarme en esta vida. Sus gestos eran cálidos, sus palabras sabias… y desprendía algo… algo que hacía que todo el mundo quisiera estar cerca de ella.

Se gira lentamente y fija sus ojos en Vera.

—Sí… incluso un monstruo como yo. —Una leve sombra cruza su expresión—. Había algo en ella… algo que me decía que era mi destino. No sabía lo que era el amor… pero mi cuerpo la necesitaba. Necesitaba estar cerca del suyo.

Hace una pausa.

—Y por eso la mataron.

Vera juraría que un destello de dolor cruza su mirada.

—La Hermandad —termina Vera.

Draven asiente. Nunca lo ha visto tan vulnerable, tan… casi humano.

Entonces, un destello le llama la atención. Su mirada desciende hasta el pantalón de Vera. Un haz de luz se refleja en una de las piedras del puñal.

Lo sabe. En ese instante, el Draven calculador, frío y despiadado, vuelve a aparecer.

—Pero que ven mis ojos… Querías engañarme —su voz suena cargada de ira—. ¿Pretendías entretenerme para clavarme ese puñal, Vera?

Vera retrocede un paso, sin apartar la vista de él. Su mano permanece cerca del arma, tensa, preparada. .

—Yo…

Vera retrocede un paso, sin apartar la vista de él. Su mano permanece cerca del arma, tensa, preparada.

—Vera, Vera, Vera… —niega con la cabeza—. ¿Crees que eres la única Radic que ha intentado atravesarme el corazón con esa daga? Muchas lo han hecho antes que tú. Ayudadas por la Hermandad. ¿Y sabes qué han conseguido? Aquello que yo no puedo. Morir

No puede terminar la frase. Draven avanza despacio, imponiendo su presencia, llenando el espacio entre ambos como si el aire mismo le perteneciera.

—No te acerques más.

—¿O qué harás? ¿Matarme? – Su tono es cruel, casi divertido – Sabía que habías conseguido el puñal, lo vi. Sin embargo, creí que tú eras más lista que las demás. Que eras especial. .

La ira recorre el cuerpo de Vera como un latido salvaje, descontrolado, pero esta vez no la domina. Se asienta dentro de ella, firme, como una certeza. Ya no hay dudas. Ya no hay miedo que pueda detenerla. Lo sabe. Es ahora. No habrá otro momento.

Draven la observa con esa sonrisa ladeada, segura, casi divertida, como si ya conociera el final de aquella escena.

—¿Sabes qué? —dice con calma—. No voy a oponerme. Sabes perfectamente que con un solo gesto de mi mano puedo partirte todos los huesos del cuerpo. Pero, oye… si estás tan segura de que puedes matarme, adelante. No te lo voy a impedir.

Da un paso más hacia ella, invadiendo su espacio, envolviéndola con su presencia.

—Pero dime… ¿de verdad prefieres morir? Porque eso es justo lo que pasará.

Se inclina ligeramente, acercando su rostro al de Vera, como si compartiera un secreto, como si todo aquello fuera inevitable.

—Pero si te entregas a mí, prometo traerte de vuelta. Cuando tenga de nuevo mis poderes podré hacerlo. Te devolveré la vida y viviremos eternamente juntos. Te mostraré lugares y mundos con los que jamás has soñado, saborearás manjares como nunca antes y todo el mundo te rendirá pleitesía

Alza la mano hacia ella, invitándola con un gesto lento, casi ceremonioso.

—Sé mi reina, Vera.

Durante un segundo, todo queda suspendido. La mirada de Draven parece sincera, y Vera sabe que podría hacerlo sin dudar. Para él, ella es distinta a las demás. No sabe exactamente por qué, pero es la primera vez que ve algo parecido a la verdad en sus ojos. Y por un instante… duda.

La idea de pasar la eternidad con él la tienta. Es fuerte, poderoso… el hombre más atractivo que ha visto nunca. Y algo dentro de ella responde a su cercanía, como si lo conociera desde siempre, como si su cuerpo recordara el suyo sin saber de dónde nace ese recuerdo.

Pero entonces la imagen de su primo lo rompe todo. Aquellas últimas palabras, desgarradas, clavándose en su mente con una claridad insoportable.

—Acaba lo que empezamos, prima…-

Y Vera se mueve. No es un impulso ciego. Es una decisión. Sabe que si le permite seguir hablando, él ganará. Será suya.

Se abalanza sobre él con una determinación feroz, impulsada por todo lo que ha perdido, por todo lo que le han arrebatado… y le clava el puñal directamente en el corazón. El acero atraviesa el pecho de Draven con una facilidad inquietante, como si el camino hubiera estado trazado desde siempre.

Draven baja la mirada, incrédulo, incapaz de comprender lo que acaba de suceder. Durante un instante busca una explicación que no existe. El gesto de superioridad desaparece de su rostro. Algo se rompe. Algo que llevaba siglos intacto.

Sus miradas se encuentran. Vera, temblando, comienza a murmurar las palabras del hechizo. Su voz sale torpe al principio, desordenada, como si tuviera que abrirse paso entre el miedo, la rabia y el dolor que le oprime el pecho.

—Por el corazón arrancado sin consentimiento,
te negamos la plenitud.
Que solo la entrega voluntaria
pueda devolverte lo que hoy te arrebatamos.
Desde este instante quedas atado
al pulso de la sangre que has reclamado.
Que el linaje nacido de este corazón
sea tu cadena y tu condena.

El efecto es inmediato. El cuerpo de Draven se tensa de golpe, como si una fuerza invisible lo atravesara desde dentro. Sus ojos se abren con un desconcierto absoluto, y por primera vez en siglos no hay arrogancia en ellos. Solo incredulidad.

—No… no puede ser…

Vera siente cómo la cicatriz le arde, como si se estuviera quemando desde dentro. El dolor es insoportable, pero no retrocede. Aprieta el puñal con ambas manos y lo hunde un poco más, obligándose a mantenerse firme. Esta vez repite el conjuro con voz clara, alta, pronunciando cada palabra con una determinación que ya no tiembla.

No aparta los ojos de él.

—Por el corazón arrancado sin consentimiento,
te negamos la plenitud.
Que solo la entrega voluntaria
pueda devolverte lo que hoy te arrebatamos.
Desde este instante quedas atado
al pulso de la sangre que has reclamado.

Que el linaje nacido de este corazón
sea tu cadena y tu condena.

Un grito desgarrador rompe la noche.

Un grito desgarrador rompe la noche. El cuerpo de Draven se arquea de forma antinatural mientras el dolor lo atraviesa por completo. Sus miembros se tensan, su respiración se quiebra, y el mundo parece reaccionar con él. Afuera, el cielo se oscurece y una tormenta eléctrica estalla, iluminando la noche con relámpagos violentos, como si el propio Zeus se enfureciera por eso .

Draven cae al suelo con un golpe seco. Vera intenta sostener su peso, pero es arrastrada con él. El cuerpo queda tendido boca arriba, el puñal sobresaliendo de su pecho, los miembros extendidos, ajenos ya a su voluntad.

Ella se coloca de rodillas a su lado, cerca del arma.

Entonces Draven abre lo ojos y la mira. Algo cambia en su expresión, algo se quiebra desde dentro, como si una verdad largamente enterrada acabara de abrirse paso. Sus labios se separan apenas, y su voz, ahora más débil, apenas sostiene las palabras.

—No… tú no…

Un segundo basta. Lo entiende. Un destello cruza su mirada, pero no es rabia ni odio. Es reconocimiento. Alza la mano con un esfuerzo imposible y acaricia la mejilla de Vera con una ternura que no encaja con el monstruo que ha sido.

—Eres tú… —exhala—. Mi Milena.

Y por primera vez, Draven acepta su destino. .

Vera permanece inmóvil, incapaz de comprender lo que está ocurriendo. El miedo la paraliza, le anula el cuerpo, pero él… él sí lo comprende. Con un último esfuerzo, entrelaza su mano con la de ella, como si ese contacto fuera lo único que aún lo mantiene unido al mundo. Vera no se aparta.

—Solo tú podías matarme…Debí imaginarlo. Nos unieron para toda la vida. Y has vuelto por mi.

Su voz es ya apenas un hilo. Tose ,débil

—Te lo arrebaté todo… como ellos hicieron contigo. Y aun así… solo te amé a ti. Por eso… hoy te devuelvo lo que te robé.

Sus ojos se apagan lentamente.

Y con él… el mundo.

La estancia comienza a desvanecerse. La mesa, el trono, la luz… todo desaparece como si nunca hubiera existido. El castillo se derrumba ante sus ojos, devorado por el tiempo. La piedra se abre, la maleza invade cada rincón y

el techo desaparece por completo. La ilusión desaparece en el momento que el cae.

En ese momento cielo parece enmudecer sin rastro alguno de los truenos, pero una fina lluvia comienza a caer mojando a Vera y al cuerpo caído.

Vera permanece inmóvil, empapada, temblando, sin fuerzas para reaccionar. Ante ella, el cuerpo inerte de Draven sigue tendido en el suelo, atravesado por el puñal.

¿Lo ha conseguido?

¿Está realmente muerto?

Las palabras de él resuenan en su mente una y otra vez. Solo ella podía matarlo. ¿Qué significaba eso? ¿Era cierto que Milena vivía en su interior? ¿Por eso el conjuro había funcionado esta vez?

Con manos temblorosas, Vera se inclina y agarra el puñal. Lo retira despacio, casi con miedo.

Vera permanece inmóvil, conteniendo la respiración, esperando una reacción que no llega. El silencio se instala de nuevo, pesado, definitivo, como si el mundo hubiera decidido detenerse en ese instante. Y entonces, algo se quiebra dentro de ella. Sus fuerzas la abandonan de golpe y se deja caer al suelo, rota, incapaz de sostener el peso de lo que acaba de hacer. El llanto brota sin control, desgarrado, profundo, llevándose consigo todo lo que le queda por dentro. Pero en medio de ese derrumbe, algo cambia. Es casi imperceptible al principio. Un leve movimiento. Un dedo que se contrae. Luego otro. Vera alza la cabeza bruscamente, con el corazón golpeándole el pecho, y se pone en pie de un salto, retrocediendo instintivamente, aferrando el puñal con manos temblorosas. El cuerpo frente a ella se estremece, y de sus labios escapa un gemido débil, extraño, como si perteneciera a alguien que regresa de muy lejos. Lentamente, el hombre gira la cabeza… y la mira. Vera siente que el aire desaparece de sus pulmones. Ha fallado, piensa. Todo ha sido en vano. Pero no. Algo no encaja.

Los ojos que la observan ya no son violetas. Son de un azul claro, limpio, profundamente humano. La miran con desconcierto, como si no entendiera dónde está ni qué acaba de ocurrir. Su respiración es irregular, torpe, como si el propio aire le resultara extraño después de tanto tiempo sin necesitarlo.

Parpadea varias veces, desorientado, y su mirada recorre el entorno con una lentitud casi dolorosa, intentando reconstruir una realidad que ya no reconoce. Luego vuelve a fijarse en Vera. Hay en sus ojos algo frágil, casi vulnerable, completamente ajeno al ser que fue.

—¿Draven…? —susurra Vera, con la voz quebrada.

El hombre frunce el ceño, confuso, como si despertara de un sueño demasiado largo.

—Draven… —repite, confuso, con dificultad—. Ja sam Nikola.

Vera no se mueve. No puede.

Él alza una mano con vacilación, como si incluso ese gesto le resultara nuevo, y roza su brazo con una cautela casi reverente. No hay fuerza. No hay dominio. Solo un contacto real. Humano.

Y en ese instante, Vera lo entiende.

Recuerda las ultimas palabras que Draven le susurró

"Por eso… hoy te devuelvo lo que te robé.

Epílogo

Vera mira a través del ventanal cómo cae la lluvia. Desde su escritorio observa a la gente pasar con paraguas, inmersa en sus ajetreos cotidianos. Hace frío, así que se aferra a una infusión caliente con la esperanza de que le levante un poco el ánimo.

Un coche pasa más rápido de lo normal y levanta un gran charco que salpica el cristal. Menos mal que no había nadie justo en ese momento.

La mañana está tranquila. No han entrado muchos clientes, pero tiene trabajo pendiente: eventos, ventas, nuevas adquisiciones. Desde que se hizo cargo de la galería Darío, el trabajo nunca termina.

Mientras tramita unos documentos en el ordenador, su mirada se desvía hacia la fotografía que tiene en el escritorio. Es una imagen de Darío y ella en el puente de Sevilla, cerca de su restaurante favorito. La observa unos segundos, con esa tristeza que ya forma parte de ella, y lleva los dedos a sus labios para lanzar un beso hacia el rostro de su primo.

Le echa tanto de menos.

Han pasado cinco años desde su muerte. Y su ausencia sigue doliendo como el primer día.

—Venga, prima… seguro que no es para tanto. Aunque ya eres cinco años más vieja, ¿eh? Tienes que cuidarte…

Casi puede escucharlo allí mismo, como si estuviera apoyado en el marco de la puerta, observándola con esa media sonrisa suya, dispuesto a señalar cada detalle que no estuviera en su sitio. Siempre había sido así con ella. Siempre detrás, insistiendo, corrigiendo, obligándola a mirarse con otros ojos. Vera baja la vista un segundo hacia su ropa. Está algo desaliñada, lo sabe, pero las circunstancias no dan para mucho más. Aun así, desde que se hizo cargo de la galería, hay algo que no ha permitido descuidar: su imagen. No por vanidad, sino por él. Porque Darío había convertido la elegancia en una forma de estar en el mundo, y ella aprendió, casi sin darse cuenta, a sostener ese estándar, a estar a la altura de lo que él esperaba. Nunca del todo, eso también lo sabe. Nadie podía estar a la altura de Darío en eso. Pero cada gesto, cada elección, cada intento de arreglarse un poco más de lo que le nacía, sigue siendo, en el fondo, una forma de honrarle. De mantenerlo presente.

Vera esboza una sonrisa, leve, casi dolorosa. Puede imaginarlo con claridad, apoyado en cualquier esquina, mirándola con esa mezcla de ironía y cariño que siempre tenía reservada para ella. Sacude la cabeza suavemente, intentando volver al presente, pero el recuerdo ya ha abierto la puerta.

Nada fue fácil cuando regresó. La familia Radic quedó completamente destrozada. El viaje de vuelta con el cuerpo de Darío en un ataúd sigue siendo una de esas imágenes que aún le cortan la respiración, igual que el rostro de su tío al recibirlos en el aeropuerto, roto por un dolor imposible de contener. La culpa la arrastró con una fuerza que no supo gestionar, y terminó cayendo en un abismo del que tardó semanas en salir. Hubo hospital, hubo silencio, hubo noches interminables… pero nunca hubo reproches. Su tío jamás la culpó. Por muchas veces que ella le pidió perdón, él solo la abrazaba y repetía lo mismo: que estaba orgulloso de Darío por haberla protegido.

—Si pudieras verme ahora… —murmura Vera, mirando la fotografía—. Serías el hombre más feliz del mundo.

Una punzada en el vientre la obliga a detenerse. Cierra los ojos un instante y respira hondo, esperando a que el dolor pase. Cuando lo hace, se levanta despacio y decide recorrer la galería; necesita moverse, despejar la mente. El espacio luce impecable, incluso más vivo que antes. Ha conseguido no solo mantenerlo, sino hacerlo crecer, aunque durante mucho tiempo dudó de si sería capaz. Aquel era el mundo de Darío, su esencia, su pasión, y aceptar hacerse cargo fue también aceptar una responsabilidad que al principio le pesaba demasiado. Pero terminó entendiendo que cuidar de aquello era, en cierto modo, seguir cuidando de él.

Y no lo hizo sola.

Ivana.

Cuando terminó el instituto en Radomir, Vera le ofreció estudiar arqueología en Sevilla, y desde entonces se convirtió en su mano derecha. Aprendió el idioma y se adaptó a la ciudad con una naturalidad sorprendente, como si siempre hubiera pertenecido a ella, y juntas han construido algo que va mucho más allá de la galería.

Otra punzada. . Esta vez es un poco mas intensa. Vera para un momento. Necesita coger aire.

Se detiene, apoyando una mano sobre una de las paredes, respirando con más dificultad.

Hoy ha quedado con las chicas para comer en el restaurante de Adja, y solo pensar en ello le arranca una pequeña sonrisa. Adja tampoco pudo quedarse en Radomir; terminó mudándose a España y abrió un pequeño restaurante croata que se ha convertido en un éxito. Vera presume de ser su clienta número uno, y no sin razón.

Sigue caminando entre las obras de arte, dejando que los recuerdos se mezclen con el presente. Hace tres años recibió la carta de Matej anunciando la muerte del padre Luka. Aquello la golpeó con una tristeza distinta, más

silenciosa, más profunda. No pudo asistir al entierro. No puede volver a Radomir. Aquella tierra le ha arrebatado demasiado. Desde entonces, y para placer de su madre, acude a misa cada domingo. No para hablar con Dios, sino para sentirse cerca de ellos. De Darío. De Luka. Dos presencias que, de alguna manera, sigue sintiendo a su lado

Ha seguido en contacto con Matej. Nunca llegaron a perderse, ni siquiera con la distancia. Con el tiempo, terminó el noviciado y, tal y como todos intuían, fue él quien asumió el cuidado de la biblioteca del monasterio. Vera siempre supo que lo conseguiría. Había algo en él —una calma firme, una forma de escuchar el mundo— que lo hacía perfecto para ese lugar. Y ahora, cada vez que piensa en aquella sala llena de libros, no puede evitar imaginarlo allí, recorriendo los lomos con los dedos, cuidando cada historia como el padre Luka le había enseñado.

Fue él también quien, con el paso de los meses, le fue contando lo que ocurrió después. La Hermandad no sobrevivió a la caída de su líder. Sin Draven, sin propósito, sin aquello que los mantenía unidos, se desmoronó desde dentro. Algunos desaparecieron sin dejar rastro. Otros abandonaron Radomir para siempre, como si quisieran borrar cualquier vínculo con lo que habían sido. Y los pocos que quedaron… dejaron de ser una amenaza. Se convirtieron en sombras de lo que un día creyeron ser.

Matej nunca necesitó decirlo con claridad, pero Vera lo entendió.

Todo había terminado.

Ha viajado varias veces a Sevilla para visitarlos, y con cada encuentro se ha ido convirtiendo en algo más que un recuerdo de Radomir. Matej ya no pertenece solo a aquel pasado. Es, sin duda, parte de su vida. Parte de su familia.

Otro dolor. La cosa se pone seria. Vera empieza a sentirse mal y decide cerrar un poco antes e ir a buscar a Blanca para reunirse con las chicas. Coge su teléfono y marca el numero de su amiga.

—Hola, bonita… ¿ya saliste del hospital? —dice con voz tranquila—. Creo que voy a cerrar un poco antes… no me encuentro del todo bien…

De pronto se queda en silencio. Mira hacia abajo. Un charco de agua se extiende bajo sus pies.

Su mente tarda un segundo en encajar lo que está viendo. Hasta que los gritos de Blanca le sacan de la confusión.

- Si, si estoy bien. Pero Blanca – dice Vera con una mezcla de incredulidad y emoción – creo que he roto aguas.

El grito al otro lado del teléfono es inmediato. Vera no puede evitar reírse, incluso en ese momento.

—Sí, sí… te escucho… que no me mueva… que vienes… vale…

Cuelga y se acaricia el vientre con ternura.

—Así que hoy es el día, ¿eh, bichito?

Habían decidido no saber el sexo del bebé hasta el momento del parto. No era un capricho, ni una ilusión inocente. Era miedo. Desde el instante en que supo que estaba embarazada, algo se le instaló en el pecho como una sombra constante. ¿Y si era una niña? ¿Y si no había conseguido romper la maldición? Durante mucho tiempo se negó siquiera a contemplar la idea de ser madre. No podía soportar la posibilidad de traer al mundo a alguien condenado antes de nacer. Ese pensamiento la paralizaba. La rompía. Pero el tiempo, poco a poco, fue suavizando ese terror. No lo borró del todo, nunca lo hizo, pero lo transformó en algo más soportable. Y entonces apareció otro miedo, más silencioso, más profundo: que todo terminara con ella. Que el linaje Radic desapareciera sin dejar nada atrás. Y esa idea, con el tiempo, empezó a doler más que la otra.

Se dirige al despacho, recoge la bolsa preparada desde hace semanas y se coloca el abrigo con movimientos lentos, cada vez más condicionados por las contracciones. Cuenta los intervalos con el reloj, tal y como le enseñaron, intentando mantener el control. Al subir la manga, la marca queda al descubierto, y Vera la acaricia con un gesto casi instintivo.

—Por favor… —susurra— si eres una niña… que tú no la tengas.

Justo en ese momento escucha un portazo seguido de un grito.

Ya está aquí Blanca. En el corto trayecto de cinco minutos ha llamado a todo el mundo. A Andrea y a Sofía, a mis padres y a Adja e Ivana . La escucho dar instrucciones aceleradas a la llamada grupal que ha hecho para indicar que todo el mundo deje de hacer lo que esta haciendo y se vayan para el hospital

- Tranquila Blanca – Dice Vera mientras camina despacio hacia su amiga con la bolsa en el hombro

- ¿Tranquila? – exclama mas alto de lo normal Blanca – mi bichito esta apunto de llegar. Como quieres que este tranquila!

Suben al coche. Blanca conduce rápido, demasiado, mientras Vera intenta concentrarse en su respiración. El dolor ya es constante, más profundo, más exigente. Cuando llegan a urgencias, todo sucede deprisa. La examinan y la llevan directamente a paritorio. Blanca no se separa de ella, como trabaja allí, tiene ciertos privilegios.

El parto es duro.

Largo.

Cada contracción es una ola que la atraviesa, que la arrastra, que la obliga a luchar. Se aferra a la mano de Blanca, al sonido de su voz, a cualquier cosa que la mantenga anclada. Respira. Empuja. Grita. Siente cómo el cuerpo se le agota, cómo las fuerzas empiezan a fallar.

Respira

Empuja

El cansancio ya empieza hacer mella en ella, pero Blanca le da ánimos mientras le coge la mano y le seca el sudor de la frente. Ella siempre esta ahí, piensa en un momento Vera.

El ginecólogo le avisa que esta saliendo, que debe dar el ultimo empujón. Vera grita de cansancio, siente como las fuerzas le empiezan a fallar, hasta que, lo escucha. El llanto de su bebe. Vera inmediatamente empieza a llorar incapaz de controlar sus emociones.

- Es una niña – Dice el doctor mientras se la entrega para hacer el contacto piel a piel.

Vera la sostiene con brazos temblorosos y le mira esa dulce carita. Es tan pequeña. Eso no la preocupa, todos los bebes de su familia son pequeños, según su madre. Vera la envuelve bien con la mantita, y la acuna junto su pecho. Mira entonces a Blanca, que tiene los ojos llenos de lágrimas y entiende la pregunta silenciosa de Vera. Blanca hace un pequeño gesto de asentimiento, infundiendo valor a su amiga.

Vera suspira hondo, y descubre el pequeñito hombro de la bebé. Un a piel perfecta, lisa, sin rastro de ninguna marca . No hay señal . Vera cierra los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, respira de verdad. La cubre de nuevo y la estrecha contra su pecho. Ambas amigas se miran entendiéndose.

Un fuerte ruido se escucha en la sala. Parece que se han caído varias cosas al suelo. Entonces, la puerta se abre de golpe. Y aparece él. Con la cara roja y sudorosa se frena en seco a ver a Vera con un bebe entre los brazos.

- Lo siento mucho amor – dice con un acento muy marcado – no he podido llegar antes.

Vera sonríe, agotada, pero en paz. Le hace un gesto para que se acerque. Él avanza despacio, como si temiera romper algo, y se detiene a su lado, incapaz de apartar la mirada de la niña.

—Te presento a la pequeña Milena.

El nombre queda suspendido entre ellos, cargado de historia, de memoria… de todo lo que fue y lo que ha sobrevivido.

—Milena… —susurra él, con una emoción que no sabe nombrar.

Sus dedos rozan la cabeza de la niña con una delicadeza casi reverente.

Levanta la mirada hacia Vera.

—Te quiero muchísimo.

Vera sonríe, con una calma que le ha costado toda una vida.

—Yo también te quiero… Nikola.

Y, por primera vez en generaciones, el destino deja de estar escrito. Dos almas que el tiempo separó vuelven a encontrarse, porque cuando un corazón reconoce a otro… ya no importa cuánto haya pasado.

NOTA DE AUTORA

Hay historias que no se escriben solo con palabras, sino con todo lo que nos atraviesa por dentro.

Esta es una de ellas.

Vera ha luchado contra su destino, pero también contra el miedo, la pérdida y el peso de todo aquello que nunca eligió.

Porque, al final, todos heredamos algo. Una historia. Un dolor. Un camino marcado.

Pero también tenemos la capacidad de romperlo.

Si algo deseo para quien lea estas páginas, es que recuerde que incluso en la oscuridad más profunda, siempre existe la posibilidad de elegir.

Gracias por llegar hasta el final.